
Jack X. Faber
Mandrake
Parte 7

Mandrake - Parte 7



La vida de un hacker
Los rehenes
Casa para nosotros solos
Ataque en el monasterio
Pequeño guerrero
En la mazmorra
drama de rehenes
El guerrero
El pequeño espía
Interludio coreano
Noches blancas
El asesino en serie
Pero la madre lo hizo.
El nuevo mundo de Gabi
En Himmelbauerhof
Reina durante 180 días
Nido de serpientes
El doctor sexy
Ángeles Negros de la Venganza
Vacaciones en el Caribe
Sherezade
Lena corre
El General Suave

Puede contactar con el autor en: JackFaber@gmx.net
¡Y seguro que le encantaría saber de ti!

Vida hacker

von Jack Faber © 2024

A finales de 2023, los rebeldes hutíes en Yemen comenzaron a amenazar el transporte marítimo en el sur del Mar Rojo, atacando, secuestrando o bombardeando embarcaciones en el estrecho de Bab al-Mandeb. El transporte marítimo internacional se vio presionado, lo que llevó a Estados Unidos, Gran Bretaña y otros países a bombardear y atacar con misiles a los hutíes en enero de 2024. Esto es solo una introducción, ya que debería ser útil para comprender mis declaraciones posteriores. Pero ahora pasemos al protagonista principal de todo este asunto.

Soy un simple comerciante en El Cairo, nada ostentoso, solo yo y mi esposa Jana. Me casé con ella hace cuatro años, aunque me lleva unos 25 años, pero trajo consigo una tienda de 10 metros cuadrados en el Gran Bazar, lo cual es algo. Aún no tiene 50 años, pero su aspecto, la elasticidad de su piel, todo en ella ya roza lo vintage. Todavía me recibe con los brazos abiertos todas las noches, y no hay razón para no follarle su viejo y arrugado agujero. Yo aún no tengo 30; solo necesito un agujero donde pueda eyacular todas las noches. La verdad es que va bastante bien. En los dos primeros meses, renové completamente la tienda. Tiré toda la chatarra china que apenas interesaba a los turistas. Solo ofrecía artesanía egipcia de primera calidad: cobre, cuero y vidrio. Y solo tenía en stock artículos que veía en revistas europeas. No pasó mucho tiempo antes de que la tienda tuviera un éxito excepcional.

Contraté a una empleada doméstica por unos 350 dólares estadounidenses, ya que Jana agradecía la ayuda en casa. Nima, una mujer etíope delgada, de piel morena, de veintitantos años y poco busto, hablaba bien nuestro árabe egipcio y ayudó a Jana desde el primer día; no se quejó. Tuve tres días de fuertes discusiones con Jana porque Nima tenía que dormir sobre unas mantas sucias en el trastero. Al final me salí con la mía y ahora Nima duerme entre Jana y yo en nuestra cama.

En el mercado ilegal de esclavos, había que tener cuidado para no ser estafado. El traficante de esclavos reconoció de inmediato que no era de los que se dejan engañar. “Solo hay dos para ti”, dijo con una mirada cómplice. La primera no era la indicada. Tenía poco más de veinte años, era de Sudán, simpática y tenía un certificado de una escuela de cocina y economía doméstica. Hablaba con un acento terrible y estaba segura de que le encantaría cocinar. Se negaba rotundamente a ir a un burdel, y eso me hizo sospechar. Le quité el vestido y vi el desastre. Había sufrido mutilación genital femenina; le habían cortado los labios mayores, dejándole dos horribles cicatrices. También le habían extirpado la parte visible del clítoris. Rara vez se masturbaba porque le dolía muchísimo. Le puse un billete de cinco libras en la mano y negué con la cabeza; no, ella no era la indicada.

Con un brillo en los ojos, el traficante de esclavos me dijo que podía probar con la otra por 15 libras, pero me negué, por supuesto. La otra, dijo, valía cada centavo, así que costó 500 libras estadounidenses. Era Nima; era delgada y muy hermosa. “No quiero una mutilada”, le recordé. La desnudó; no estaba mutilada, y la observé con mucha atención. Tuve que regatear un rato, pero conseguí a Nima por 350. De camino a casa, me detuve en casa de una conocida en el bazar y compré cuatro camisas y dos galabiyas. Ella quemó los trapos del traficante. Nima me contó su historia: era huérfana y había servido como objeto sexual para los lugareños desde su juventud; ahora el jefe de la aldea la había vendido al traficante.

Nima permaneció en completo silencio y no nos interrumpió mientras teníamos relaciones sexuales; Jana aún no se acostumbraba. Le sorprendía mucho que Nima se masturbara abiertamente y sin pudor antes de dormirse. Jana se había criado como musulmana y había aprendido a masturbarse solo en secreto. Nima era copta, cristiana, y desconocíamos la opinión de la gente de la lejana Etiopía al respecto. Acaricié la piel joven y aterciopelada de Nima mientras se masturbaba. A ella no le importó en absoluto; Jana estaba bastante furiosa al día siguiente. Incluso tuvimos una discusión muy acalorada porque sospechaba que Nima tendría relaciones sexuales con mucha más pasión que ella, la vieja bruja. No la habría provocado tanto si mis pensamientos no hubieran girado constantemente en torno a tener sexo con Nima. No le había dicho ni una palabra al re-

specto, ni había hecho nada más que acariciar su delicada y maravillosa piel.

La discusión afectó profundamente a Jana, y por primera vez, pareció querer rechazar el sexo. Por mi culpa. No dije ni una palabra. Puse mi mano sobre la mano de Nima que se estaba masturbando, deteniéndola, y me acosté suavemente sobre ella. Sus ojos sonrieron. Extendió la mano hacia mi pene y lo guió firmemente hacia su vagina. Me sorprendió lo estrecha y firme que era su vagina por dentro; solo conocía la vagina de Jana, era mi primera esposa. Follamos durante un buen rato. Sentí que su excitación aumentaba, y ella se tocó el clítoris. Asentí con la cabeza. "Adelante, Nima, no hay problema". Experimenté la masturbación "desde dentro" por primera vez; fue excitante. Jana me había dicho que se masturbaba, pero nunca lo hacía en mi presencia. La estaba follando hasta mi clímax cuando sentí que Nima se acercaba rápidamente al orgasmo. La follé con fuerza durante su orgasmo y luego me corrí. Me acosté a su lado, jadeando, sin aliento por el esfuerzo, calmándome poco a poco. Jana nos dio la espalda deliberadamente y apagó la luz. No dijo nada al respecto, ni yo tampoco. Me acostaba con Nima todas las noches, y una vez a la semana también me acostaba con Jana delante de Nima, si ella tomaba la iniciativa. Las dos mujeres se hicieron muy cercanas rápidamente, acariciándose y besándose. No sabía cuán fuertes eran las inclinaciones lésbicas de Jana. Los besos apasionados entre ellas me excitaban; era un buen plan para las tres. Eso es todo, pasemos al tema principal.

Como buen musulmán, no bebí vino, porque así lo indica el Corán. Le pregunté al imán qué decía el Corán sobre el coñac. Se sabía las escrituras de memoria y respondió: «Ni una palabra sobre el coñac». No pregunté más; ya tenía mi respuesta. Después de tres coñacs, se me suelta la lengua y cuento anécdotas y cuentos increíbles. Después de otros tres coñacs, incluso revelo secretos de Estado, que nuestro barbero, por supuesto, conoce. Después de otros tres coñacs más, incluso cuento la historia de cómo mi madre se interpuso desinteresadamente entre mi hermana pequeña y yo porque la amenacé con violarla cuando tenía nueve años.

Mi padre, por supuesto, sabía que me acostaba con su esposa, porque ella se lo había dicho enseguida, pero simplemente negó con la cabeza cuando ella me jaló de la manga hasta su cama y tuvo relaciones sexuales conmigo delante de él. Eso era inaudito en su época. Ni siquiera las sagradas escrituras le servían de consuelo; a menudo hablaban de hombres y mujeres, de lo que se les permitía hacer y lo que no. ¿Pero madre e hijo? Ni una palabra. Yo no lo sabía entonces, siendo niño; disfruté del sexo con gran satisfacción y gratitud. Mi hermana pequeña estaba sentada a mi lado, haciendo pucheros, verde de envidia, y se tocaba el clítoris porque a su hermano mayor ya se le permitía tener sexo y a ella no. Pero, para ser sincero, nunca fue un objeto sexual deseable. Siempre la observaba masturbarse con lujuria, y ella me observaba a mí, y a veces se le permitía frotarme el pene cuando eyaculaba. Una vez probó mi semen con la punta de la lengua: "¡Mmm, qué rico está!". Y a partir de entonces, me masturbó justo delante de sus labios y eyaculó en su boca. Cuanto más crecía, más amplia se volvía su sonrisa mientras tragaba el semen. La pequeña se masturbaba diligentemente mientras nosotros, los hombres adultos, follábamos, pero se giraba deliberadamente hacia la pared y nos daba la espalda cuando terminaba.

Lo había orquestado con astucia, como suelen ser los chicos de 13 años. Le di instrucciones muy precisas a mi hermana pequeña, ella pidió ayuda y yo introduje mi pene profundamente en la vagina de la niña de 9 años, que hacía tiempo que había perdido la virginidad. Ella sonrió porque no le dolió y le hizo cosquillas maravillosamente cuando eyaculé sin siquiera tener sexo; a la niña le encantó. Ayla me dejó meter mi pene dentro de ella y se masturbó salvajemente, y cuando tuvo su orgasmo, instantáneamente desencadenó mi eyaculación, sin ninguna penetración. Llevábamos un tiempo haciendo esto de "eyacular dentro sin penetración" porque a ambos nos gustaba. Pero ahora había tramado un plan, pero Ayla, mi hermana, estaba absolutamente segura de que mi estúpido plan no funcionaría con nuestra madre. Pero Ayla lo aceptó y gritó con una sonrisa en la cara. Mi madre entró corriendo en la habitación de los niños alarmada y me sacó el pene de la niña. Ella apartó a la niña, se tiró sobre la cama y abrió las piernas. "¡Vamos, pervertido!" gritó, riendo, y me permitió follarla allí mismo, y correrme tantas veces como pudiera hasta eyacular. Dijo que no le importaba, ¡pero que no me permitía follar a

la hermana, nunca! Asentí; mi plan estaba funcionando mejor de lo que esperaba. Me permitía follarla todos los días; ya no tenía la regla y no podía tener hijos. Y era solo un entrenamiento, enfatizó enfáticamente, ¡solo follábamos para que yo estuviera preparado para el matrimonio, ¿entiendes?! Asentí; el acuerdo duró 12 años, hasta que Padre pudo casarme con Jana.

Me gradué con honores de la escuela británica; mi padre había invertido bien en mí. Simplemente no encontraba trabajo, así que mi padre tiró la correspondencia a la basura. «¡No te mandé a la mejor escuela del país para que terminaras trabajando de ascensorista!», le gritó a la papelera. Me quedé en casa, leí miles de libros y a veces me acostaba con ella tres veces en una tarde. Mi padre apenas levantaba la vista de sus papeles. Podría haberme visto follar, pero se aburrió al cabo de un rato.

Ella follaba a su manera única. Colocaba los dedos sobre sus labios, ambos pulgares presionando su clítoris desde un lado, frotando firmemente de arriba abajo. Su cuerpo temblaba y se estremecía, tragaba el orgasmo casi como un pensamiento tardío, y solo sus pulgares se detenían un momento antes de continuar. “¡Estoy lista, puedes irte!” susurraba muy suavemente. Antes de correrse, separaba completamente sus labios, abriendo su vagina de par en par. Explicaba que esta era la única manera en que podía disfrutar físicamente de los potentes chorros de eyaculación. Por supuesto, siempre supe que toda esa charla sobre entrenamiento era solo eso, charla.

Ella simplemente amaba follar, y su marido estaba de acuerdo. “No se acuesta con cualquiera del pueblo como una puta, ¿verdad?” El padre sonrió. “Eso está perfectamente bien, no hay problema. Me la follo por las noches cuando me pican los huesos viejos, y no creo que te importe. Estoy feliz de compartirla contigo, hijo mío. Es una maestra estupenda, y puedes aprender mucho de ella. Y por la noche, cuando ambos dormimos, se masturba con avidez como una chica de 14 años, y ninguno de los dos se da cuenta. Puedes tener a mi mujer ahora, pero no recibirás mi fortuna hasta que esté muerto y enterrado.” Le agradecí con una sonrisa porque el trato era muy ventajoso para todos, probablemente para los tres. Podía ver cuánto disfrutaba viniendo a practicar y con qué cuidado comprobaba si estaba listo

para bailar de nuevo, incluso si era el quinto baile de la tarde. La masturbación era para perdedores.

Después de nuestro encuentro sexual vespertino en la cama matrimonial, solía sentarme junto a mi padre en el pequeño banco de madera detrás de su mesa, y ambos la observábamos masturbarse, ya fuera que estuviera en pleno acto o que ya hubiera terminado y estuviera medio dormitando con las piernas abiertas. Casi siempre, él rompía el silencio con las mismas palabras cuando ella terminaba y dormitaba un poco: "¿No es una mujer magnífica, hijo mío?". Yo asentía con la cabeza, pero no decía nada, porque él solía quitarse las gafas, rodearme con un brazo y empezar a hablar de aquellos días, de los viejos tiempos.

"Dormí en la cama de mis padres desde que nací", comenzó mi padre. "Mi padre ya había dejado de tener relaciones sexuales con mi madre durante su embarazo. Era un verdadero jeque y ya era un anciano cuando me engendró. Mi madre era una chica muy devota, fiel y casta por aquel entonces, y nunca la vi hacer otra cosa que masturbar a mi padre y dejar que eyaculara en su boca. En aquel momento, yo pensaba que esa era la 'vida matrimonial normal'. Ella se arrastraba sobre mí hasta mi padre, lo hacía rápidamente con él y luego volvía a arrastrarse sobre mí. Mientras yo no pudiera eyacular, se detenía encima de mí, presionaba su vagina contra mi pene erecto y lo movía un poco. Cuando finalmente pude eyacular, ella siempre se confundía cuando yo llegaba al orgasmo, y después de unas semanas, dejó de hacerme eyacular de esa manera. Cuando estaba segura de que mi padre y yo estábamos dormidos, se masturbaba en secreto y rápidamente todas las noches, ¡porque eso se consideraba tabú!" Incluso con cinco años, sabía exactamente cómo se masturbaba por la noche, pero nunca dije nada. A veces se me ponía dura, y ella me acariciaba el pecho y la cara hasta que la erección desaparecía. Cada vez se acercaba menos a mi padre; él se estaba haciendo mayor. Yo también me estaba haciendo mayor; quería masturbarme, pero ella forcejeaba conmigo con fuerza. A veces yo era más fuerte, y ella me miraba fijamente mientras me masturbaba delante de su cara. Entonces tomaba el control y me dejaba eyacular sobre mi estómago. Me regañaba en voz muy baja para no despertar a mi padre, luego lamía mi semen del estómago y me limpiaba el pene. Si aún estaba

duro, lo frotaba como lo hacía con su padre y le dejaba eyacular en su boca. Cuanto más grande y fuerte me volvía, más a menudo quería que la frotara y eyaculara en su boca.

Debió de haberlo comentado con él en algún momento, porque una noche, después de acostarnos, me dijo con la solemnidad de un jeque que había oído que yo andaba con una pandilla de pilluelos, violando en grupo a mujeres jóvenes. Tuve que confesárselo todo: las jóvenes eran viudas que nos atraían a casa con ojos ardientes y codiciosos y dejaban que toda la pandilla las violara, una tras otra, hasta que no podíamos más. A veces incluso obligábamos a chicas jóvenes a que toda la pandilla las violara, y no nos importaba que lloraran porque las habíamos deshonrado. Solo las violamos, no las deshonramos, le aseguré a mi padre. Se enfadó bastante y dijo que su hijo jamás sería un pilluelo; éramos una familia decente y honorable. Así que decidió que jamás volvería con los niños de la calle, y que si sentía la necesidad o tenía ganas de eyacular, algo perfectamente normal a mi edad, mi madre debería enseñarme a tener relaciones sexuales y practicar hasta casarme. Se giró hacia la pared y se durmió. Ya tenía más de setenta años, y mi madre era más joven, quizás de unos treinta y cinco.

Desde que me concibió, nunca se había acostado con nadie más que con mi padre, nunca, pero sospechaba que lo echaba mucho de menos. Acarició mi pene erecto y susurró: “Te enseñaré a follar, y luego practicaremos hasta que te cases, el jeque lo ha decretado. Y así es como va. Haré que tu pene se ponga completamente rígido con mis labios y mi lengua. Luego lo insertarás muy despacio y suavemente en mi coño, pero solo follarás suavemente y sin empujar. Me daré placer con ambos pulgares, y cuando termine, podrás follarme fuerte y poderosamente. Entonces notaré que quieres correrte, así que abriré bien mis labios y agrandaré mi agujero, para que puedas correrte dentro y yo sienta el excitante chorro de los chorros. ¿De acuerdo?” Mi padre, el jeque, dejó sus gafas y su libro. “¡Oh, ya estás empezando, eso es bueno!” Se giró hacia la pared; desde luego no era un voyeur.

Asentí con la cabeza, porque desde mis días de pilluelo había sido bastante hábil en el sexo, así que lo hice bien desde el principio. Sentí

cómo me lamía y succionaba con delicadeza con sus labios y lengua. Era la primera vez que experimentaba algo así, y fue maravilloso. La penetré muy despacio y con suavidad, observando cómo sus pulgares frotaban mi clítoris de arriba abajo y de lado a lado. Primero suavemente, luego más rápido, y luego con más fuerza. Su respiración se volvió superficial, y contuvo la respiración mientras el orgasmo le cruzaba la cara como un relámpago. Exhaló y susurró: "¡Ya terminé, puedes irte!". La penetré rápido y con fuerza, sonrió y disfrutó de ser penetrada. De repente, separó sus labios vaginales, sus dedos índices enganchados en su coño a cada lado, ensanchando la abertura. Eso desencadenó mi eyaculación; lancé chorro tras chorro con todas mis fuerzas, y una sonrisa radiante se extendió por su rostro. "¡Oh, eso fue increíble!", susurró y se llevó el dedo índice a los labios. "Por favor, no mires, me ha excitado muchísimo y tengo que masturbarme ahora mismo." Asentí y me coloqué de forma que pudiera verlo todo con claridad. A ella le encantaba que la follara, y a menudo la llevaba a la cama durante el día para follarla. El jeque asentía con gran satisfacción cuando follábamos dos o tres veces durante la noche. La madre se llevaba el dedo índice a los labios cuando quería masturbarse después de follar, porque se masturbaba todas las noches antes de dormirse. Me casé con tu madre cuando tenía 28 años, y la follé con su consentimiento durante unos diez años después de nuestra boda. ¡Esa es más o menos mi historia, hijo!

Pasaron varias semanas antes de que me contara la historia de mi madre. Su abuelo, mi bisabuelo, la había desflorado antes de que cumpliera los doce años; no podía esperar. Ella tenía que acostarse con él todas las noches hasta que le dolían las entrañas. Inmediatamente después, la entregaron a su padre, mi abuelo, y también tuvo que acostarse con él todas las noches. Para ella, esto era normal; no sentía ni vergüenza ni remordimiento. Simplemente hacía lo que los hombres sabios y astutos le habían enseñado. Me permitieron casarme con ella cuando tenía diecisiete años porque nuestros padres se conocían del Gran Consejo de Jeques. Así como yo me acostaba con mi madre todos los días, ella se acostaba con su padre hasta que su virilidad disminuía y desaparecía. Cuando uno tenía edad suficiente para acercarse a su hermana pequeña de forma inapropiada, era evidente para ambos que ella tenía que instruirlo en el sexo y mantenerlo alejado de las calles. No fui desagradecido; después de todo, ella es

once años menor que yo y todavía lo necesita desesperadamente, aunque mi fuerza esté disminuyendo. Me alegra que no te acuestes con cualquiera como esos pilluelos sin escrúpulos y que le des tanto placer a mi esposa; ella me lo dice constantemente. Para mí era importante que supieras las razones y la historia detrás de todo esto, porque no solo tienes una libido desbordante, sino también una mente brillante.

Un día le pregunté a mi madre qué pensaba sobre la masturbación. Miró a mi padre, que se había quedado dormido sobre sus libros. "Tenemos que guardar silencio, hijo mío, ¡él no sabe nada de eso!". Poco después de la boda, le conté que después del sexo, mi coño zumbaba como un panal de abejas. Él sonrió y dijo: "¡Necesitas un orgasmo, mi amor!". En aquel entonces no sabía qué era un orgasmo. Me lo explicó. "Cuando tengamos sexo, presionas un dedo muy fuerte contra tu clítoris, y yo te follaré muy fuerte. Sentirás el zumbido de las abejas, y cuando salgan, presiona tu clítoris varias veces y deja que salgan las abejas". Asentí, y entonces hicimos exactamente eso. Tu padre es un buen amante, y me daba uno o dos orgasmos cada semana. Así fue como aprendí qué era un orgasmo.

Mi primera experiencia lésbica fue con Leyla. Le pregunté qué me estaba haciendo y sonrió. "¡Te estoy masturbando hasta que tengas un orgasmo!". ¡Estaba a punto de morir de placer, te lo aseguro! Luego me hizo sexo oral y le pregunté qué estaba haciendo ahora. Se rió. "¡Te estoy lamiendo el clítoris hasta que tengas un orgasmo!". Nunca me habían lamido antes, ¡y estaba a punto de morir de placer, te lo aseguro! Aprendí muy rápido y también la lamí. Fue una de las semanas más increíbles de mi vida.

Empezamos a hablar de masturbación, y ella no podía creer que yo todavía no supiera masturbarme. Leyla dijo que se masturbaba de dos maneras diferentes: durante el sexo y cuando lo hacía sola por la noche. "Te voy a enseñar", dijo, y salió desnuda, trayendo a su hijo de 12 años. Malek tenía un pene pequeño, pero ya tenía permiso para tener sexo con Leyla. Ella me ordenó que le abriera las piernas a Malek y observara atentamente cómo lo hacían. Sentía un nudo en el estómago porque nunca antes había visto a nadie teniendo sexo.

El pequeño pene de Malek empujaba y empujaba, y yo observaba cómo Leyla me masturbaba el clítoris de lado con ambos pulgares. Fue fantástico. Lo hicieron tres veces seguidas, y luego Malek tuvo que irse. A la tarde siguiente, iba a intentarlo yo. Le dije a Malek que no podía follarme de verdad, solo fingir. Apenas podía sentir su pene y me concentré en mis pulgares: ¡funcionó! El orgasmo fue solo uno muy pequeño y suave, pero cuando terminó, noté lo poco que se esforzaba Malek. Lo sentí eyacular y le saqué el pene. "Sigue frotando", ordenó Leyla, y lo froté hasta que terminó.

Leyla me regañó, diciéndome que no debía sacarle el pene con tanta brusquedad, que le dolía. Asentí y practicamos tres o cuatro veces cada tarde. Pronto me volví muy hábil para provocarle el orgasmo con los pulgares, y cuando Malek empezaba a eyacular, le sacaba el pene con delicadeza. «Sácalo más despacio», ordenó Leyla. Le saqué el pene muy despacio y dejé que eyaculara; de todas formas, no importaba.

No estaba del todo satisfecho y la importuné; deseaba desesperadamente saber cómo era el otro tipo de masturbación, la nocturna. Le rogué y la importuné; miró a su padre, pero él estaba dormido. Me miró con ojos felinos y asintió. "Primero tengo que despertar a los abejorros", dijo, "Estoy acariciando su clítoris de abajo hacia arriba, como si le estuviera acariciando el cuello". La observé, y ella dijo: "Ahora los abejorros están zumbando, ¡así que voy a provocarlos hasta que casi se vuelvan locos!" Y frotó y tiró muy fuerte de su clítoris. "¡Y ahora, y ahora, ahora voy a dejarlos volar, a los abejorros!" gritó suavemente, "¡Ahora no debes molestarme más!" ¡Ahora sí que se desató, y de qué manera! Contuve la respiración; ¡trabajó su clítoris como una loca y dejó volar a los abejorros!

Me reí, completamente libre, y la abracé después de mi orgasmo. "¿Por qué te reíste?", preguntó, y le respondí: "Porque lo haces igual que Ayla, solo que no tan rápido". Entonces se incorporó y tuve que confesarlo todo. Cómo tuve que meterle el pene hasta el fondo a Ayla, cómo se masturbaba tan rápido, tan increíblemente rápido, y cómo me corrí dentro de ella sin tener sexo con ella, ¡porque su madre lo había prohibido estrictamente! Sí, lo hicimos durante unas semanas, unos meses.

La madre rió a carcajadas y se tapó la boca con la mano para no despertar al padre. «Esa bestia ya no era virgen», dijo. “La pillé en el jardín dejando que Faruk, que solo tenía 12 años, la follara. Aparté a Faruk de ella, lo puse sobre mis rodillas, le bajé los pantalones del todo y le di una nalgada. Con cada golpe, sentía su erección golpear mi coño, y al final, ¡el estúpido se corrió por todas partes! Estaba indignada, pero los dos ya me estaban provocando al día siguiente. Puse al chico descarado sobre mi regazo, me subí la falda y le di una buena nalgada. Seguía intentando meter su polla en mi agujero con cada golpe, y al final, lo consiguió y se corrió descaradamente dentro. Así siguió día tras día. Yo le pegaba en el culo, y él descaradamente metía su polla en mi agujero y se corría con una sonrisa descarada. Sí, le dejaba penetrarme profundamente, y él sonreía descaradamente y astutamente, y entonces…” Le di una fuerte palmada en el culo con la mano y sentí cada golpe de su polla viajar dentro de mi agujero. Empezó a gemir cuando se corrió y luego cuando terminó. ¡Joder, a los dos nos encantó! Lo terminé cuando Ayla estaba bailando en círculo un día, aplaudiendo: “¡Se corrió dentro, se corrió dentro!”

Bueno, un coñac más, y luego pasaré al tema principal. Claro que tendrás que proponer algo nuevo, porque el proyecto del Canal de Suez ya terminó.

1. Los bancos. Primero, abres cuentas en varios bancos, cada uno reenviando cada pago entrante al siguiente. Del banco egipcio al suizo, al Caribe y de vuelta a Egipto. Probé el proceso varias veces con pequeñas cantidades de alrededor de 100 libras egipcias. Funcionó.

2. Los donantes. Meses atrás, un turista alemán dejó una revista PM en mi tienda. La edición especial era para viajeros a Egipto y también contenía información sobre el Canal de Suez. Usando las direcciones que aparecían allí, seguí una lista de contactos en línea hasta tener unos 40. Entonces me dirigí directamente a ellos; yo era un grupo de empresarios bien informados a los que podía llamar de mi lista, todos con buenas conexiones en Yemen. Con una cantidad decente de dólares, se podía sobornar a los yemeníes para que dejaran de atacar los barcos, incluso bajo la presión estadounidense. Por supuesto, oficialmente seguirían difundiendo propaganda. Investi-

gué en línea cuánto costaba un solo día de cierre del Canal de Suez cuando un carguero taiwanés estuvo atascado en el canal durante semanas. “Comparado con eso, fue una solución muy barata y rápida”, dije enfáticamente. No había tiempo que perder. Guardé registros detallados de mis conversaciones por si surgían preguntas posteriores, pero no las hubo. Confié en que hablaran entre ellos y se enteraran de que a ellos y a todos los demás en el “grupo” se les estaban pidiendo donaciones sustanciales. Todos conocían a una, dos o incluso varias personas que estaban considerando hacer las donaciones. Todo tenía perfecto sentido y era exactamente como se hacían los negocios por aquí.

3. El empujón. Llamé a varias empresas medianas: ¿Dónde estaba el dinero? Los yemeníes y los estadounidenses habían intercambiado más ataques con cohetes, así que pude superar la presión y la sensación de urgencia. Las grandes empresas se enteraron de que algunas ya habían donado. Vi llegar el dinero y llamé a las grandes empresas. ¡Es urgente, el dinero no será suficiente, por favor, aumenten sus donaciones!

4. Fracasos. Descarté a las pequeñas y medianas empresas que no donaron. Porque, sin duda, no hay una tercera oportunidad. En árabe, la segunda oportunidad se llama “insistir”, la tercera “desesperar”. Esto me demostró una vez más la gran habilidad de los comerciantes árabes, quienes ya lo sabían cuando sus cartas aún se transportaban de ciudad en ciudad a lomos de camello.

5. Las investigaciones. Las autoridades egipcias, por supuesto, cuentan con tecnología de punta, pero aún conservan la vieja guardia de la burocracia. Naturalmente, pronto descubrieron que yo había hablado por teléfono con las personas involucradas. Sin embargo, en un momento de previsión, había invitado a cenar dos veces a una pareja francesa que planeaba dar la vuelta al mundo y los bombardeé con preguntas sobre el Canal de Suez que no olvidarían. Quizás debería haberlo mencionado en el punto 1a, pero uno no revela todos sus trucos de golpe. Los investigadores llamaron a la gente del barco, que estaba anclado frente a la península de Gamasa, al norte de Hurghada, y esperaba a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos en Bab Al Mandeb. Pudieron confirmar a los investigadores: dos cen-

as y nada más que Suez y el Canal de Suez. Habían recibido mucha información de mí, sí. Los franceses querían saber de qué se trataba todo, pero eso era confidencial. Me excusaron, me exoneraron y soy inocente; ¡lo supe desde el principio!

5a. Secreto bancario. Había asumido, con toda razón, que los bancos suizos no revelarían ningún secreto bancario. Si los estadounidenses llamaban, entonces sí, pero Egipto no estaba ni remotamente cerca de Estados Unidos. Ahí terminaba todo. No sé si era porque todos los altos funcionarios egipcios guardaban su dinero negro en Suiza, y francamente, no me importaba, pero alguien de mayor rango no quería una guerra con los bancos suizos. El hilo se rompió en el primer punto débil; el Caribe era solo un punto débil adicional, por si acaso. Conclusión: el dinero podía rastrearse hasta Suiza, pero ahí terminaba todo. El policía, a quien conocía bien de su boda, me invitó a unas copas en el Sheraton y se lamentó de lo irracionales que eran los suizos.

5b. El tío rico. Ya había pensado qué diría si los detectives me preguntaran algún día de dónde había sacado mi dinero. Esta era la parte más inestable de mi plan, pero mejor que nada. Tenía un tío lejano en el sur, en el pueblo de Sohag. Tuve que llamarlo varias veces antes de que me contestara. Tenía un hermano que había emigrado a Australia 30 años antes y que había estado desaparecido desde entonces. Se suponía que había muerto y me había dejado su fortuna a mí, su sobrino favorito. Le di al tío de Sohag 75.000 dólares estadounidenses, suficiente para que comprara tres casas adosadas. Y la razón por la que no había heredado nada de su hermano era obvia: se habían peleado por una chica. La chica se acostó con los dos y les sacó todo el dinero. Lo llamé varias veces hasta que estuve completamente seguro de que él mismo se creía la historia. Se la contaba a todo el mundo en su mesa habitual del pub, que también era muy bueno. Y la posibilidad de que la policía lo interrogara no le asustaba en lo más mínimo.

6. La regadera. Había abierto una docena de cuentas en bancos de El Cairo a través de testaferros elegidos al azar. Yo figuraba como único titular, el testaferro recibía su dinero y se registraba como si no tuviera ningún derecho sobre él. Este no era un procedimiento inu-

sual ni especial; todo el mundo tenía una cuenta morganática, una cuenta "para la izquierda", para ocultar su dinero a su esposa o familia. Si las autoridades preguntaban, los programas informáticos buscaban al propietario, por lo que nunca se descubría a nadie. El botín estaba ahora bien escondido. Casi 27 millones de dólares.

7. ¡Dale las gracias a tu esposa! Solo teníamos dos cuentas, la de Jana y la mía. Le transferí 500.000 dólares, la besé en la frente y le dije que los invirtiera con prudencia; era su seguro de vida. Había hecho muy buenos negocios, ella lo sabía. No le sorprendió ni un instante la cantidad. Pero, en realidad, fue un gesto loable darle parte de la herencia a mi esposa, porque ella también sabía de la herencia australiana.

Un día, Jana me sugirió que me casara con Nima como mi segunda esposa, algo que no estaba reconocido legalmente, pero que era aceptado por la sociedad y la comunidad religiosa. Esperé seis meses hasta estar fuera del radar de los investigadores. Me casé con Nima y los tres nos mudamos a un apartamento más grande, donde Jana volvió a tener una ama de llaves que le caía bien, pero a mí no.

Llevaba apenas un año casada con Jana cuando mi hermana Ayla apareció un día en el bazar. Tenía un gran problema, y solo yo podía ayudarla. Tenía 21 años y llevaba dos años casada con un jeque increíblemente rico. Era un buen marido, amable y cariñoso, un abuelo de casi ochenta años. Ayla deseaba desesperadamente tener un hijo, pero lo único que podía hacer era masturbar su viejo y arrugado pene frente a su vagina y dejar que eyaculara dentro de ella, porque el anciano ya no podía tener una erección. Había hablado largo y tendido con su marido; él la comprendía y entendía su deseo de tener un hijo, pero se negaba rotundamente a dejar entrar a un completo desconocido en su vientre. Temía por su reputación, bastante importante. Así que se le ocurrió la idea. Seguí a Ayla hasta su habitación. La mocosa descarada y fea se había transformado en una hermosa joven. "¡Por favor, dame un hijo, por favor, querido hermano!" Por supuesto, lo di todo, y ella me recompensó durante nuestro descanso masturbándose en la habitación de los niños, como antes, y dejándome mirar y excitarme. Follábamos todas las tardes, y eyaculé dentro de ella dos veces al día durante ocho semanas hasta que finalmente quedó emba-

razada. Tuve un hijo guapo y fuerte y fui tan feliz como el jeque, que no hizo preguntas. Ayla, que tenía un cuerpo joven y lujurioso y que compensó con creces el tiempo que pasé follando con mi vieja Jana, me dejaba follarla con fuerza todas las tardes. Después tuvo cuatro hijas más, y yo fui un padre feliz y secreto.

Ayla, que desde que tuvo a su primer hijo había estado contratando constantemente a dulces niñeras europeas de 16 o 17 años, notó, naturalmente, mis miradas lascivas hacia sus escotes y debajo de sus faldas. Sabía exactamente cómo mantenerme atado a ella durante años. Me recibió en su habitación, con la joven desnuda tumbada boca arriba contra su ama también desnuda. La abrazó por detrás con ambos brazos, con suavidad y ternura, y la sujetó con firmeza cada vez que yo aparecía con el pene erecto. Con los talones, separó las piernas de la aterrorizada joven. Ni ella ni yo prestamos atención a las protestas, lágrimas y gemidos de nuestra víctima; ella era capaz de un toque de sadismo, y yo, como un ladrón. Le masturbó el clítoris con maestría; la joven miraba mi pene frente a su vagina como un conejo hipnotizado. Su excitación aumentó rápidamente, ¡así que lo quería de inmediato! Ayla me sonrió, dándome la señal de inicio. Sorprendentemente, muchas de las chicas au pair aún eran vírgenes. Las desfloré con una embestida rápida en medio de su orgasmo y las follé con toda mi fuerza. Después, ya no fue necesario sujetarlas; ellas me dejaron follarlas con gusto. La mayoría no tuvo orgasmos durante el sexo, pero después, estaban tan excitadas que dejaron que Ayla les lamiera el clítoris para llevarlas a un orgasmo liberador. Ayla nunca me dijo dónde había aprendido a hacer el amor lésbico y a lamer el clítoris, pero pude ver lo ansiosa que estaba por ello. Por supuesto, tuvo cuidado de no dejar a la chica embarazada y tenía muy buen ojo para saber cuándo una chica estaba lista para ser desflorada. Ninguna se quejó.

Jana fue perdiendo interés en el sexo, lo cual no me disgustó del todo. Tenía relaciones sexuales con Nima todas las noches, y solíamos verla masturbarse; siempre lo hacía muy excitante. Le enseñé árabe a Nima, además de lectura y escritura. Tenía muy poca educación formal; nos sentábamos juntos a estudiar cuatro días a la semana. Yo trabajaba en el bazar tres días a la semana, Jana también, y cerrábamos los viernes. El negocio iba bien, y tanto Jana como yo

estábamos mucho más relajados porque la riqueza que teníamos nos permitía ser más despreocupados.

Nunca consideramos vender la tienda. Era increíblemente tranquilizador no tener que preocuparnos constantemente por los ingresos ni tener que juntar hasta el último centavo. Sin embargo, seguíamos siendo los mismos empresarios de siempre. Admiraba a Jana, que había recibido una formación empresarial mucho más completa en casa. Tenía muchos conocimientos sobre inversiones y acciones, y ahora estaba aumentando sus ahorros para la jubilación de forma hábil y considerable. «¡El dinero que se queda en el banco se oxida y se pudre!», solía decir. Le pedí consejo sobre qué se podía hacer con dinero, mucho dinero. Para ella, era solo un experimento mental; yo estaba aprendiendo y gestionando dinero que ni ella ni Nima conocían. Y si algún día me jubilaba, cada una recibiría una parte igual.

Por primera vez en mi vida, me fui de vacaciones como un turista. Reservé la suite presidencial en un hotel de playa en Hurghada durante cuatro semanas. Jana se quedó felizmente en la tienda. "¡Adelante, jóvenes! ¡Es su luna de miel!", comentó amablemente. En ese momento no necesitaba vacaciones; prefería trabajar a estar tumbada en la playa rascándose la arena. Estoy absolutamente decidido a mostrarle a Nima lo que es la buena vida. Volamos mañana al amanecer.

¡Un coñac más, y a la cama!

• • •

Los rehenes

von Jack Faber © 2024

Ton se despertó sobresaltado. Había oído pasos pesados en las escaleras. Miró a su madre, en cuya cama yacía. Se había rellenado la espalda con una docena de almohadas y se masturbaba con intensa concentración, con la cabeza inclinada hacia adelante de forma convulsa. Su brazo se movía furiosamente de un lado a otro; estaba a punto de alcanzar el clímax. La puerta del dormitorio se abrió de golpe, y una linterna iluminó a la mujer, completamente absorta en sus pensamientos. La mano que sostenía la daga se movió bruscamente hacia adelante, y la daga se clavó en el corazón de su madre. Con un sonido horrible, exhaló su último aliento, y su cabeza cayó sobre su pecho con una expresión de incredulidad, al igual que su brazo, que permaneció apoyado sobre su vulva. Incluso en la muerte, sus dedos se contraían con irritación sobre su clítoris. Esa fue la última imagen que Ton conservó de su madre: sentada muerta en la cama en una posición obscena.

Un brazo lo levantó con fuerza. «¡Ponte algo de ropa, canalla!», le gritó una voz áspera. Se puso rápidamente los pantalones y la camisa, mientras el hombre de la voz áspera gruñía: «¡Idiota! ¡Tendríamos una mejor baza con la marquesa! ¡La marquesa te arrancará la cabeza, puedes estar seguro! ¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota!». Ton estaba completamente aturdido; dejó que la turba lo metiera a la fuerza en un carruaje, y se lanzaron a una persecución desenfrenada.

El viaje fue largo, una hora en coche por terreno accidentado. Su guardia, un tipo sucio y andrajoso, apuntaba con su pistola a Ton y miraba fijamente por la ventana. El carruaje finalmente se detuvo, y una voz ronca preguntó: “¿Los tienes, a los dos?”. El hombre de voz áspera respondió: “No, solo al muchacho, Anthony d’Aubersville. El idiota apuñaló a la marquesa, más rápido de lo que pude gritar ‘¡Alto!’. ‘Muy bien’, dijo el hombre ronco, ‘¡tráiganlo!’. Sacaron a Ton a rastras; no reconoció aquel castillo. En una celda luminosa en el sótano, los barrotes se cerraron de golpe tras él y lo encerraron. Tuvo que desnudarse por completo; su ropa desapareció. La puerta exteri-

or también estaba cerrada con llave. Era pleno verano; la celda era un poco más fresca que el exterior, de dos metros cuadrados, o menos. En la celda solo había una cama de metal con un colchón sucio, o lo que se podía considerar uno; ni mesa, ni silla, solo la cama, que ocupaba casi toda la habitación. Los barrotes tenían el grosor de dos pulgares, y una ventana, de unos 8 a 10 centímetros de alto y un metro de ancho, daba al bosque. No tenía barrotes; nadie podía pasar. Se sentó; allí estaba, solo él y su amado pene.

Y el tiempo. No quería volver a ver los últimos segundos de la vida de su madre, pero las imágenes estaban grabadas a fuego en su cerebro. Su madre se masturbaba varias veces cada noche, después de que él se cansaba de follar y se quedaba dormido. Desde que nació, dormía en la cama de su madre, y mientras no pudiera eyacular, ella le chupaba y lamía el pene antes de empezar a masturbarse. Le chupaba y lamía el pene mucho después de que él pudiera eyacular. Ella sonreía, "¡Esto es como maná, arcilla!", sonreía una y otra vez. Su padre prácticamente nunca estaba allí; estaba luchando en la vecina Picardía, y su madre no tenía amantes.

Su madre era medio respetable y no tenía amante, y medio depravada porque lamía el pene de su hijo menor y bebía su semen antes de masturbarse durante horas. A los nueve años, Ton la presionó intensamente; suspirando con piedad, se rindió a lo inevitable y dejó que la follara. Tenía que follarla dos o tres veces cada noche; entretanto, ella se masturbaba un poco y lo excitaba con sus labios y lengua. Nunca fue a la iglesia ni se confesó, de lo contrario habría tenido que admitir cuánto disfrutaba de que Ton la follara, experimentando a menudo un breve y pequeño orgasmo durante el sexo. El confesor la habría echado del confesionario.

Ella le había lamido el pene desde que era niño, succionándolo y lamiéndolo en su boca con un ritmo entrecortado hasta que el pequeño gritó que veía las estrellas romperse, y ella sintió con la punta de la lengua cómo su pequeño pene palpitaba y pulsaba en su boca. Entonces quedó satisfecha; el pequeño había experimentado el orgasmo con atención absorta y susurraba sobre ello una y otra vez. Se sintió inmensamente complacida cuando él comenzó a eyacular gradualmente; tenía un pene de niño tan dulce y pequeño, como los put-

tos de la pequeña capilla del castillo, e incluso a tan corta edad, podía eyacular chorros espesos y firmes en su boca. La vieja Agnes, que cada mañana llevaba una bandeja con una jarra de vino, agua y fruta a la cabecera de la cama, miró furtivamente al niño, que estaba de pie con las piernas bien abiertas ante su ama. Ella había abierto la boca de par en par, y el niño tiró de su prepucio con fuerza con dos dedos y eyaculó en amplios chorros en la boca de su ama. La vieja Agnes salió y se persignó tres veces. Sintió al diablo entre sus piernas; gimió y se quejó de placer y lujuria mientras bajaba las escaleras. Tenía su rincón secreto en el fondo del patio; se sentó en su banco de piedra y se subió la falda. Nunca había entendido por qué el padre Bernard la regañaba tanto; desde entonces, simplemente dejó de confesarse, así de sencillo.

La vieja Agnes se masturbaba todas las mañanas en el banco de piedra, ya fuera después de ver al pequeño querubín eyacular en su boca o, más tarde, después de verlo follarla. Los niños, por supuesto, sabían lo que pasaba; a todos se les permitía meter sus pequeños penes en el coño de Agnes mientras ella se masturbaba y, naturalmente, eyacular dentro de ella. Ella se daba cuenta, claro, cuando no estaba del todo en su clímax y sonreía. Los niños follaban más rápido que conejos y eyaculaban muy rápido porque el siguiente ya estaba empujando por detrás. Finalmente, el viejo Bello, el perro del castillo, solía venir después de que el último niño hubiera eyaculado dentro de ella y lamía el semen de su coño. Su lengua la excitaba tanto que se masturbaba furiosamente hasta terminar.

La madre nunca permitió que el niño pequeño mirara su vulva, por mucho que lo intentara. Lo único que vio fue su dedo moviéndose en su espeso vello púbico. Ella lo levantó, le dejó succionar y lamer su pezón, lo mantuvo presionado contra su pecho cuando se masturbaba. Más tarde, toleró que explorara y sondeara dentro de su vulva con la mano y los dedos. Sintió la vulva húmeda; estaba mojada y agradablemente cálida. Había una cresta firme y densamente velluda a cada lado, con muchos rizos suaves en medio. Encontró la entrada a una caverna profunda, y por mucho que sondeara con los dedos, no encontró el final. Un agujero profundo, profundo. Pero sí encontró una pequeña cresta rígida y dura que su dedo trabajaba con tanta diligencia. Esa debía ser la parte secreta que quería ocultarle. Era alar-

gada, como un trozo de dedo, y ella solo dejaba que su dedo girara, bailara y rebotara en el extremo, en la cabeza. Y él podía sentir claramente cómo pulsaba y palpitaba cuando ella terminaba y se relajaba. Podía ver claramente que el extraño apéndice parecido a un dedo se suavizaba y se encogía un poco. No tenía ninguna posibilidad de ver su carne húmeda, la abertura profunda y el pequeño apéndice parecido a un dedo; ella era absolutamente reservada al respecto. Dijo que en realidad eso se llamaba clítoris, y que era la parte más sagrada y secreta de una chica y de toda mujer. Cuando estaba en la recta final, le había dicho, él tenía que mantener su dedo perfectamente quieto sobre su clítoris hasta que ella terminara. Presionó su pequeño pene rígido contra su cuerpo, contra su coño. "Corre en mi boca", susurró, se puso de pie con las piernas bien separadas y puso su pene contra sus labios. Ella lo frotó muy suavemente y lo dejó eyacular dentro de ella. "¡Quiero follar!" "¡Quiero follar como el viejo Simon!" graznó Ton, "¡Quiero follar como el viejo Simon!" Sabía que él debía haberlo visto. Durante varios días no cedió; nunca se había planteado follar con Ton. Pero era inevitable; el pequeño gimoteaba y no se rendía. Ella se persignó con un profundo suspiro y separó las rodillas. Tiró del prepucio de Ton, que era inusualmente largo, hasta cubrir el glande y lo estiró con fuerza. Luego guió su pequeño pene hacia su coño. Incluso antes de que empezara a follar como el viejo Simon, el pequeño se corrió. Esto sucedió cada vez que la penetraba por primera vez durante las primeras semanas, pero se detuvo. Ella le explicó cómo follar y lo dejó follar y correrse dentro de ella cinco o diez veces al día. Él sonreía de oreja a oreja; ¡follar era genial! ¡Mucho mejor que correrse en su boca! Le llevó meses hasta que pudo follar realmente bien, y estaba inmensamente orgulloso de ello.

Cada mañana, la madre se levantaba y bajaba a su jardín de hierbas. Solo llevaba una camisa hasta la rodilla para trabajar, nada más. Naturalmente, se fijó en el jardinero, Simon, un hombre muy amable y tranquilo, quizás no muy listo. Un día, decidió seducir al ingenuo. Siempre lo veía, dos o tres veces al día, masturbándose entre las flores. Pero él siempre esperaba a que ella se inclinara completamente, dejando al descubierto su trasero y su coño. Ella se agarraba las nalgas y las separaba, mostrándole su coño abierto y su ansiosa vagina. Ese era el momento en que Simon sacaba su pene, se masturbaba y eyaculaba sobre las flores. Más tarde, la mujer se paraba justo delan-

te de Simon y se inclinaba. Él se masturbaba a medio paso detrás de ella y eyaculaba sobre su coño. Después, colocaba su pene a un centímetro y medio dentro de su vagina y eyaculaba con todas sus fuerzas. Ella sonreía seductoramente y siguió con este juego durante unas semanas.

Pero la codicia de la mujer no se detuvo ni siquiera en ella. "¿No quieres meterla?", le preguntó a Simon. Él se rascó la nuca y preguntó: "¿Como con Agnes los domingos por la noche?". Ella no tenía ni idea de lo que hacía con Agnes. Él respondió a su pregunta: "Tengo que follarme a Agnes tres veces. Solo la segunda y la tercera vez su culo se contrae violentamente y grita: '¡Simon, se ha corrido!'. Siempre asiento, ¡aunque no sé lo que quiere decir!". Simon respiró hondo; nunca antes había pronunciado una frase tan larga. La amante asintió: "Sí, exactamente así, Simon. Cuando me inclino, entonces...". Simon se rascó la cabeza con incertidumbre. "¿Cuál, Ama, la de arriba o la de abajo?". Ella se quedó perpleja y luego se rió. "¡Una es para cagar, la otra para follar!". Simon sabía cuál era: "¡La de mear, entonces!".

Al día siguiente, la ama se inclinó mucho, Simon introdujo su pene en su agujero y no se movió. "¿Qué pasa?", preguntó la ama desde abajo, y Simon dijo: "¡Está a punto de eyacular, señora!". Y, en efecto, eyaculó en ese momento. Sacó su pene y se ocupó de él. Ella se enderezó y preguntó: "¿Así es como lo haces con Agnes?". Él negó con la cabeza. Le permitían sujetar a Agnes por las nalgas y las caderas, y Agnes le había dicho cómo follarla, embistiéndola con fuerza hasta que eyaculara. Tres veces. Ella lo entendió; tenía que decirle exactamente cómo lo quería. "Tienes que sujetarme las nalgas también y follarme muy fuerte, como Agnes", dijo, asintiendo en señal de confirmación. "¿Y eyacular dentro como con Agnes?", quiso saber. "Sí", confirmó ella, "eyacular todo dentro hasta que deje de eyacular". Él asintió pensativo. "¿En el agujero que es para orinar?". preguntó él, y ella asintió. "¡Por supuesto!" Dijo que no siempre era tan claro, porque por la noche tenía que follar al pequeño Bernhard por el otro agujero, el de cagar. Ella le preguntó, bastante asombrada, porque no conocía a ningún Bernhard.

A menudo se sentaban en el banco, y él les contaba en términos sencillos lo que experimentaba durante el sexo. Explicaba que el hombre trabajaba en los establos y exigía que lo follaran por el culo todas las noches porque no quería hacerlo con la mano. “Lo follo por el culo, y su pequeño pene se pone duro lentamente, luego se corre, y sale disparado de su pene como una fuente. Se ve bastante gracioso, y puede parar sin eyacular”. Bernhard trabaja en los establos; tiene que hacer que los sementales eyaculen para que se mantengan en forma cuando no tienen una yegua con la que reproducirse. Bernhard lo había llevado una vez y le había mostrado cómo lo hacía con la mano a los sementales y los hacía eyacular en la paja. Bernhard y el encargado de los establos a veces tenían que ayudar a una anciana cuando el semental la cubría. Simon lo había visto él mismo, y parecía absolutamente hilarante. Ataban a la joven boca abajo al marco de madera, y Bernhard tenía que follarla primero para mojarle el coño. Luego trajeron al semental, que olfateó un trapo empapado con fluido vaginal de yegua e inmediatamente tuvo una erección. Había estado parado justo al lado del semental, ocasionalmente rociando sobre el coño de la anciana, y era muy excitante porque la joven se excitaba cada vez más y gritaba que se estaba corriendo, pero seguía. Trajeron un semental tras otro, olieron el fluido del siguiente semental y la follaron aún más salvajemente, ya que los sementales solo la follaron brevemente, ni siquiera cinco minutos. La joven gritó de placer y lujuria al tercer semental hasta que gritó que ¡era suficiente! Gimió y jadeó cuando el encargado del establo finalmente la folló con fuerza en el marco, y a Simon se le permitió follarla con fuerza justo después de él, y la joven estaba totalmente exhausta después de tanto follar. “Pero Bernhard es un gran tonto”, le había dicho el encargado del establo, “nunca será un semental de cría”. Simon tomó una respiración profunda; No había hablado mucho en todo el año.

Klothilde, la gorda anciana de la cocina, se escabulle al establo todos los días para que el pequeño Bernhard la folle. Estaba totalmente enamorada del niño de diez años, aunque tenía casi 65. Pero a él no le interesaba de verdad. La follaba por el agujero correcto e incluso se corría dentro de ella, pero luego se levantaba de un salto y salía corriendo. Klothilde lloraba cada vez y le hacía señas desesperadamente al encargado del establo todas las noches. “No quiero hacerlo yo misma, no es muy agradable”, sollozaba Klothilde. “¡Por favor,

señor encargado del establo, fólleme, vieja bruja!" El encargado del establo la hacía rogar y suplicar durante un buen rato, tirando y desgarrando desesperadamente de su clítoris, porque le encantaba cuando lloraba, suplicaba y rogaba, desgarrándole el clítoris hasta el orgasmo. Así es como el encargado del establo tenía que terminar de follar a la gorda Klothilde hasta que ella gritara que se había corrido. Simon tuvo que presionar su polla firmemente contra la polla del mozo de cuadra y follarla junto con ella, y tan pronto como ella gritó y el mozo de cuadra eyaculó, a Simon se le permitió continuar follando a la anciana inmediatamente y terminar con ella mientras gritaba. — El mozo de cuadra negó con la cabeza; era despreciable que Bernhard solo follara a Clothilde a medias, huyera y no la terminara. Él, Simon, no lo entendía todo exactamente, pero el mozo de cuadra era un hombre inteligente y debería saberlo. Que así sea. A partir de entonces, Simon hizo bien su trabajo. Se aferró a las nalgas de la señora, la folló en el agujero correcto igual que a Agnes, y eyaculó dentro de ella. Ella quedó muy satisfecha con el breve polvo matutino, y llevaban haciendo esto todos los días durante diez años.

Y ahora mamá yacía muerta en su cama, con una daga clavada en el pecho. Tenía unos pechos preciosos, pensó Ton, ¡realmente preciosos! Estaba muerta en la cama, a segundos del orgasmo, en posición de masturbación, con el brazo sin vida y la mano fría sobre su coño densamente velludo. Nunca le había permitido a Ton mirar de cerca "allí abajo", retrayendo el prepucio por completo sobre el glande y guiando su pene hacia el matorral. Siempre daba en el clavo, nunca se desviaba al introducir su pene en su orificio difuso. Incluso muerta, él no pudo vislumbrar su coño expuesto.

¿Cuánto tiempo había pasado, se preguntó, cuando las llaves abrieron con estrépito primero la puerta de hierro y luego la de barrotes? Ton estaba de pie contra la pared de grandes piedras naturales; ¡tendrían que sacarlo a la fuerza! Pero no sucedió nada de eso. Una chica fue empujada a la celda, una voz ronca le ordenó que se desnudara. Una mano con un manojo de llaves tintineante la abofeteó. "¿Ya casi estás?", gruñó la voz, y la mano la abofeteó dos veces más. Ella comenzó a llorar y, avergonzada, se desnudó. Solo le quedaba la camisa como última prenda, y el manojo de llaves la abofeteó de nuevo. Se quitó la camisa, la arrojó por la puerta y se dio la vuelta hacia

ella. Una chica que no estaba acostumbrada a estar desnuda. Los barrotes y la puerta de hierro se cerraron de golpe. Solo entonces la chica miró de reojo y lo vio. “¿Ton?”, gritó, y él, “¿Cat?”. Su hermana Catherine lo abrazó y apretó su cuerpo contra el de él.

— El marqués de Vallons me secuestró de la casa de la tía Emilie. La violaron delante de mí, los cuatro, y el último le cortó la garganta — sollozó Cat contra su cuello. Ton la abrazó con fuerza; no la había visto en seis meses porque asistía a un colegio de monjas. Y nunca la había visto desnuda. La dejó llorar; era tres o cuatro años mayor, dieciséis o diecisiete. Pero lo único que quería era llorar y sollozar todos los detalles espantosos de las cuatro violaciones contra su cuello. La tía Emilie tenía treinta y tantos años y seguía siendo una virgen casta, santa y pura. Sus amantes solo podían follarla por la boca y el ano, lo cual le encantaba. Cat estaba atada en el suelo, obligada a mirar directamente al coño de su tía desnuda, que había levantado los pies en el aire, esperando ser follada por el ano, como estaba acostumbrada. Cat no podía apartar la mirada de su coño. La sangre brotó de su pequeño y apretado agujero cuando el primer hombre la desfloró. La golpeó tan fuerte que quedó medio inconsciente y la folló sin piedad. La mujer inconsciente tuvo un orgasmo enorme, luego fue el turno del siguiente hombre. Él también folló a la mujer inconsciente sin piedad, y los hombres rugieron cuando ella tuvo otro orgasmo. El tercer hombre llegó demasiado pronto y se fue de inmediato. El último le puso un cuchillo en la garganta porque se había despertado y gritaba y gritaba. La abofeteó en la cara, y ella se quedó en silencio al instante. Sus ojos casi se salieron de sus órbitas de la sorpresa cuando tuvo un orgasmo, pero el tipo con el pene enorme siguió follándola. Empezó a gritar casi en silencio mientras tenía otro orgasmo alucinante. Él llegó justo en medio de su orgasmo y le cortó la garganta. La sangre brotó de su garganta, y su vagina se expandió y contrajo al ritmo de su orgasmo, durante lo que pareció una eternidad. Luego se desplomó. ¿Qué sintió al final, orgasmo o muerte?

Ton la dejó terminar de llorar y se sentó con ella en el colchón. Ella se calmó rápidamente. “¿Qué dirán nuestros padres, que el marqués de Vallons nos ha secuestrado?”, exclamó Cat. “¡Papá se enterará pronto y le cortará la cabeza a Vallons!”, dijo Ton, y continuó en voz baja: “Por suerte, nuestra pobre madre no se enterará; ¡está mu-

erta!". Cat gritó, queriendo entender. Él le contó con voz entrecortada y lenta cómo había muerto y cómo lo habían secuestrado. Cat se aferró a él y sollozó amargamente. "Siempre dormías con ella", dijo después de que el dolor inicial disminuyera, "¿verdad? ¿Todos...?". Ton asintió. "Cat, ya tengo más de 13 años, ¡ya no soy un bebé! Ella me quería como yo a ella. Me dejó correrme en su boca cuando era una niña, y durante los últimos cuatro años la he follado dos o tres veces cada noche. ¡Es lo más normal cuando tu padre siempre está fuera en la guerra y Angelique, esa puta fea, le calienta la cama!" Cat sabía de qué hablaba, por supuesto, pero aun así no le parecía muy católico follar con su propio hijo. "¡Bah, católico! ¡Esa palabra nunca fue para mamá, jamás!" Ton maldijo desde lo más profundo de su corazón.

«Angelique puede ser una puta», reflexionó Cat, «¡pero desde luego no es fea! Me permitieron visitar a papá una vez en su tienda y los vi a los dos teniendo sexo desnudos. Papá tiene una polla enorme, ¡y ella chillaba y vitoreaba mientras tenían sexo, te lo aseguro!». El marqués Romuald d'Aubersville, su padre, se quedó completamente atónito cuando un día ella se presentó ante él vestida de hombre y guerrera, deseando luchar con él. No, no se había peleado con la gente de Picardía; solo luchaba por dinero. «De acuerdo», dijo encogiéndose de hombros, «puede venir». Sí, quería vestir ropa de hombre; era más barato luchar así. Examinó su espada española durante un buen rato. Era una hoja de Damasco afiladísima de Toledo, dijo ella, la mejor arma que jamás había tenido. Sí, había aprendido esgrima con su marido; era un maestro de esgrima. Preguntó: «¿Es cierto que lo apuñalaste?». Ella lo miró fijamente a los ojos. ¡Sí, porque jamás aceptaría que me cambiara por alguien más joven! Romuald la fulminó con la mirada. «Prefería a las chicas jóvenes, de 13 o 14 años, como yo lo fui. Pero a los 22, era demasiado mayor para él. Y luego me insultó con palabras viles. Ni siquiera se dio cuenta de lo rápido que su cabeza rodó por el suelo de mármol. Me fui con orgullo; no huí. El virrey podría haberme encarcelado fácilmente, pero no lo hizo. Había demasiados testigos de cómo me insultó, de cómo me habló, ¡de cómo ningún hombre debería hablarle jamás a su esposa!». Romuald asintió; eso era suficiente para él. Si demostraba su valía en combate, podría quedarse.

Sus hombres se quedaron boquiabiertos cuando la recién llegada entró desnuda al río esa mañana y se bañó. ¡¿Una mujer?! Se cambió a ropa de hombre y apenas se distinguía de los demás jóvenes. Luchó su primer combate, y esa noche los hombres no hablaron de otra cosa. A la mañana siguiente, arrastró a uno de ellos al río, le lavó meticulosamente el pene y dejó que la follara en la orilla. Cada pocos días, dejaba que uno u otro hombre la follara, solo por diversión; no tenía relaciones románticas. Manejaba la espada española con maestría; todos quedaron impresionados por su elegante estilo de esgrima, y algunos incluso la dejaban entrenarlos.

Después de seis semanas, Romuald la llamó. Era buena, muy buena de hecho, decían algunos. Podía quedarse con la tropa; él podía pagarle más. Ella hablaba en serio, pero dijo que le parecía perfecto. Le gustaría quedarse hasta fin de año, y luego hablarían más. El trato estaba cerrado. Pasaron meses antes de que se mudara a su tienda, con la condición de que pudiera acostarse con quien quisiera, porque no quería volver a "pertenecer" a un hombre. Al principio, fue muy difícil para Romuald, porque con el tiempo se acostó con todos los guerreros excepto con el cocinero cojo. El hecho de que estuviera casado le era completamente irrelevante. Era prerrogativa de su esposa cortarle la garganta o mantenerlo callado; Angélica se lo había dicho. Pero ahora compartía su cama, así eran las cosas, y no había mucho que discutir. Los guerreros entendieron el arreglo, y cada uno de los cincuenta guerreros habría arriesgado su vida por ella. Romuald comprendió cómo funcionaba su truco.

Cat y Ton se sentaron durante un buen rato, y él acarició su hermoso cuerpo. "Te has vuelto tan hermosa, hermanita", dijo, y ella sonrió. "¡No sabía que tenías una polla tan grande, hermanito!" Se rieron, y ella extendió la mano hacia su polla. "¿Puedo?" preguntó, y él asintió amablemente. Ella retiró suavemente el prepucio, cada vez más, mirando hacia abajo con asombro. "La de Thierry no es ni la mitad de grande y es tan delgada como un lápiz". "¿Thierry? ¿Quién diablos es Thierry?" Tragó saliva con dificultad. "Antes estaba locamente enamorada de él. Nos veíamos en secreto junto al río y nos besábamos y nos acariciábamos. Le dejaba arrodillarse entre mis muslos, luego frotaba su lápiz y eyaculaba en la parte interna de mis muslos. Por supuesto, no tuve sexo con él, sigo siendo virgen. Quería

meter su lápiz por el agujero de mi himen, entró muy fácilmente, y siempre le dejaba tener sexo conmigo porque no me rompió el himen. Pero ya no estamos juntos, y esa ha sido toda mi experiencia sexual hasta ahora, aparte de la masturbación, claro." Cat seguía retrayendo su prepucio, "Así es como lo hacía Thierry", susurró, "¿debería?" Ton no dijo nada; de alguna manera, se sentía bien la forma en que ella estaba frotando su pene. Lo frotó muy despacio, retrayendo su largo prepucio por completo y luego hacia adelante de nuevo. — Veo la abertura del glande por primera vez — susurró ella, y él estaba a punto de advertirle, pero ella frotó su pene justo delante de su cara y miró dentro de la abertura. Su semen salió disparado directamente sobre su rostro y luego le corrió por el pecho. — La razón por la que no me gusta que me den de comer a mano es, primero, porque te entra en el ojo, y segundo, porque paras de repente y demasiado pronto. Cat se limpió el semen y sonrió; lo había hecho ella misma por primera vez.

El sol se había puesto y él se estiró en la cama. "Ven, acuéstate a mi lado, ¡necesitamos mantenernos calientes!" Cat supo de inmediato que así tenía que ser si no quería dormir sentada. "Pero no puedes follarme", dijo, "¡Todavía soy virgen!" Ton asintió, ¡era obvio! Ella se acostó a su lado, y él la abrazó fuerte y cálidamente. Se quedaron así un buen rato, luego él se giró y apoyó la parte superior de su cuerpo sobre ella. Su erección cayó por casualidad en su mano. Empezó a follarle la mano, ella agarró su pene, y él la folló hasta que eyaculó en su mano. Ella sonrió, pero no dijeron ni una palabra. "Me masturbo todas las noches, una o dos veces", susurró suavemente. Él asintió y se quedó encima de ella. Ella empezó a masturbarse muy despacio y fue aumentando la intensidad gradualmente. La abrazó con fuerza cuando ella llegó al orgasmo y la sostuvo con ternura hasta que se calmó por completo. Se quedaron en silencio durante una eternidad, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Ella era tan tímida y avergonzada que no se atrevió a decir durante mucho tiempo que su clítoris estaba acostumbrado a ser masturbado dos veces por noche y que ahora estaba dentro de ella. Hubo una feroz batalla entre la lujuria y la vergüenza para Kitzler. "Lo necesito otra vez", susurró con temor en su timidez, y él, "¡Sí, yo también!". Ella comenzó de nuevo muy lentamente, él se tumbó sobre ella, y su pene buscó su abertura. "No, por favor no", dijo ella lastimeramente, y él le aseguró que no la

lastimaría, ciertamente no la desfloraría. Solo cuando se dio cuenta de que su glande simplemente se tambaleaba en su vestíbulo vaginal y que su himen no corría peligro continuó masturbándose. Incluso encontró de alguna manera placentero cómo su glande follaba su vestíbulo vaginal. Llegaron al clímax simultáneamente, sus labios aferrándose a su glande mientras él eyaculaba. Permanecieron entrelazados durante mucho tiempo hasta que se quedaron dormidos.

Se contaron todo el uno al otro. A veces, Cat comenzaba a masturbarse, girando la cabeza y cerrando los ojos. Él le separaba los muslos y las rodillas. Ella se abría completamente y sonreía tímidamente, pero le permitía observarla de cerca. Se frotaba suavemente, dejando que su clítoris creciera, rojo y duro. Ahora las cosas se estaban poniendo intensas. Se frotaba con concentración, su hermoso rostro se contorsionaba mientras el orgasmo se acercaba cada vez más. Se frotaba el clítoris cada vez más rápido, finalmente conteniendo la respiración y masturbándose salvaje y furiosamente. Exhaló bruscamente cuando el orgasmo cruzó su rostro como un breve rayo, y tuvo que presionar su dedo con fuerza contra su clítoris para evitar que explotara. Le sonrió tímidamente, con una extraña tristeza que casi instantáneamente se transformó en un dulce e imperceptible triunfo. Ese fue el momento en que él, espontánea y amorosamente, la atrajo hacia su pecho y la abrazó. “¡Eso fue tan hermoso!”, exclamó.

Cat disfrutaba enormemente de su follada; nunca se había masturbado tan a menudo, susurró. Follaban diez o veinte veces al día porque se excitaban en diferentes momentos. A veces, sin embargo, se excitaba tanto masturbándose que casi se desfloraba. Presionaba su glande firmemente contra la abertura de su himen mientras él eyaculaba y dejaba que el semen entrara con avidez. Él tenía cuidado de asegurarse de que ella tampoco se desflorara. Y follarle el vestíbulo vaginal era mucho más excitante que follarle la mano. Solo los interrumpían cuando les daban agua, un guiso horrible, o cuando vaciaban el urinario. Ton, naturalmente, preguntó cuánto tiempo más la tendrían, pero no obtuvo respuesta. Aparte de esta interrupción, no los molestaban. Cat le mostró felizmente cómo era allí abajo. Todavía no tenía vello púbico, solo una suave pelusa rubia, y no le había bajado la regla, aunque tenía casi diecisiete años. Labios, clítoris, la abertura casi completamente cerrada. No, su pene era definitivamente

demasiado grande. Le tocó el clítoris. “¿Es con eso con lo que se masturban las chicas?”, preguntó con incredulidad. Ella le dijo que mirara con atención; el clítoris podía ponerse tan grande y rígido como un pene. Se tocó el clítoris y lo frotó con mucha suavidad. Efectivamente, creció unos milímetros, se puso de un rojo oscuro y se puso bastante rígido. “¿No vas a continuar?”, preguntó él, pero ella negó con la cabeza; ahora no.

Hablaron durante días, hicieron el amor con cuidado, solo cuando uno de ellos se excitaba, quizás cinco o seis veces al día. Los días transcurrían con lentitud; por la mañana les daban un balde de agua limpia para que se lavaran. Era tal vez el quinto o sexto día cuando sonaron las llaves a una hora inusual. Ambos conocían al hombre que entró, el marqués de Vallons.

El pequeño desgraciado refunfuñó y despotricó. Su padre le había prometido la muerte, ya que sus secuaces habían asesinado a su esposa. Los d’Aubersville y los Vallon llevaban décadas enfrentados. Al menos él, se jactaba Vallon, había exigido un rescate desorbitado. Lanzas y espadas habían sido blandidas amenazadoramente a través del abismo, y se habían intercambiado gritos de muerte y del diablo. Ahora allí estaba él, el marqués de Vallon, y había oído de su padre que ella aún era virgen. ¡Y hoy, sí, hoy tenía antojo de carne virgen! Se quitó el cinturón y se lo entregó. Ton se retiró al otro extremo del colchón, y Cat se acurrucó en el otro. El marqués se bajó los pantalones y agarró las piernas de Cat, tirando de ella hacia sí. Cat gritó con todas sus fuerzas que aún era virgen y que no debía deshonrarla. El marqués rugió que le cortaría la garganta si no se callaba de inmediato. Cat se quedó callada al instante; tenía en mente a la tía Emilie.

El marqués la colocó tranquilamente para el sexo, y Ton pudo ver perfectamente su hendidura temblorosa. El pene rígido del marqués se acercó a su hendidura, sus dedos separando sus labios. Con una rápida embestida, rompió su himen. Cat gritó brevemente y se cubrió la boca con la mano; no quería que le cortaran la garganta. El marqués la folló lo mejor que pudo, pero Ton pudo ver su rostro. No estaba excitada en absoluto; lo miró con desprecio mientras él eyaculaba dentro de ella. Se puso de pie con dificultad e hizo una seña al siguiente hombre. Ton vio el agujero manchado de sangre del que re-

zumaba el semen. El siguiente hombre tenía un pene de tamaño decente. Cat se excitó rápidamente y tuvo un orgasmo maravilloso. El tipo siguió follándola hasta que se corrió, chorro tras chorro. Hizo una seña al siguiente hombre, que tenía un pene aún más grande. La folló con fuerza, y ella tembló en un orgasmo violento y espasmódico. Pero el tipo siguió follando y follando, y Cat tuvo otro orgasmo espasmódico y furioso. El último fue un tipo corpulento con una polla grande y gruesa. Cat aún temblaba en su orgasmo y jadeó cuando el monstruo la penetró. Ton contuvo la respiración; ¡esto debe ser doloroso! El orgasmo de Cat ni siquiera había disminuido cuando fue lanzada inmediatamente al aire, y en segundos, el orgasmo se reflejó en su rostro. Ya no podía sentirlo; se había desmayado. Él folló y folló, el cuerpo de Cat se sacudía de orgasmo en orgasmo. Ton estaba a punto de intervenir; ¡el tipo estaba follando a su hermana hasta la muerte! Pero finalmente el tipo se corrió, el coño de Cat se sacudió con un último orgasmo, y él se escabulló. La puerta se cerró con llave de nuevo, e inmediatamente abrazó a su hermana inconsciente; por suerte, todavía respiraba. La sostuvo en sus brazos hasta que despertó gradualmente.

Tuvo que contarle todo con todo lujo de detalles; ella quería saberlo todo. Se sintió un poco avergonzado porque lo había observado todo con tanta atención, como un voyeur. Ella se acurrucó en sus brazos y le hizo preguntas sobre todo. Él quería saber cómo se sentía. Todavía le dolía un poco, pero no mucho. Por otro lado, sintió una especie de alivio; se había convertido en mujer y ahora podía tener sexo cuando quisiera. “Quizás no hoy”, dijo sonriendo, “¡pero pronto!”. Preguntó si debía masturbarlo. Él movió la cabeza de un lado a otro; prefería eyacular en su boca. A su madre siempre le había encantado hacerlo. Ella nunca quiso masturbarlo; pensaba que era muy vulgar. Nunca antes se lo habían hecho a mano.

Cat asintió; le encantaría, pero nunca lo había hecho antes. “Oh, no hay problema”, dijo Ton, “¡es muy fácil!”. Se lo explicó. Frota el pene frente a tus labios como Thierry frota su lápiz. Tu lengua pasa por la cabeza, de un lado a otro y en círculos. Antes de la eyaculación, abre bien la boca y deja que eyacule dentro, o mejor aún, toma la cabeza en tu boca, o si pudieras abrir la boca lo suficiente como tu madre, toma el pene profundamente en tu boca y deja que eyacule

profundamente en tu garganta. Tu madre dejó que la penetrara profundamente en su garganta y eyaculara; solo tuvo que contener la respiración por un corto tiempo, pero esa también era su forma favorita. Pero realmente deberíamos ir despacio y proceder paso a paso si queremos.

Cat realmente tenía talento para eso. Practicaban día y noche; él probablemente eyaculó en su boca una docena de veces. Después de unos días, Cat dominó el truco de su madre: aguantaba la respiración y dejaba que la follara profundamente en su garganta. "¡Mamá tenía razón, no es solo maná, es maná celestial!", graznó alegremente. Después de unos días más, quería follar con arcilla, follar de verdad. Se rieron como niños cuando ella dijo: "¡Lo haremos católico!" en memoria de Mamá. Follaron tan a menudo como él pudo. El marqués y sus compinches nunca regresaron. Follaron durante una semana, diez semanas, medio año, encerrados con una sola cama. Nunca se aburrieron; seguían cambiando de posición. Nunca descubrieron que los guardias les preparaban el té con hierbas especiales que los ponían increíblemente cachondos. Los guardias nunca se atrevieron a follar a Cat; el marqués les habría cortado la cabeza. Pero observaron el sexo y la garganta eyaculando a través de un agujero oculto y se excitaron.

Cat le contó su mayor secreto. En el convento, las chicas se lamían el clítoris mutuamente hasta alcanzar el orgasmo; ella lo disfrutaba enormemente y lo hacía con gusto. Ahora, después de dejar que él la penetrara por la garganta y eyaculara dentro de ella, quería que le lamiera el clítoris. Él lo intentó de inmediato y rápidamente lo dominó; ella se retorcía de lujuria desenfrenada como una serpiente lujuriosa durante sus orgasmos. Lamer el clítoris se convirtió entonces en la manera perfecta de llenar el tiempo entre actos.

Llevaban diez meses encerrados en su mazmorra cuando oyeron por primera vez los sonidos de la lucha en el castillo. Durante dos semanas oyeron los ruidos de la batalla, que se acercaban cada vez más, mientras sus guardias luchaban con fiereza. Pero un día, a una hora inusual, sonaron las llaves. La puerta se abrió.

Era el padre, cubierto de sangre pero ileso. Sonrió ampliamente y abrazó a sus hijos.

• • •

Libre de la casa

von Jack Faber © 2024

Ria estaba perdidamente enamorada de Sam. El verdadero nombre de Ria era María y el de Sam, Samantha, pero así las llamaban todos. Ria iba a casa de Sam todas las tardes; tenían la casa para ellas solas. Ya estaban tumbadas en la cama de Sam, solo con sus bragas, abrazándose como verdaderas amantes, acurrucándose y revolcándose, besándose apasionadamente. Sam era mayor; Ria apenas había aprendido a besar con lengua gracias a ella. Ria aún no tenía trece años, era pequeña y regordeta, con nariz chata y cara de ratoncita, y cuando se quitó el sujetador por primera vez, se sintió terriblemente avergonzada porque ya tenía pechos grandes y maduros que solo se veían bien y firmes con sujetador. Sam, en cambio, era alta, un año mayor que Ria, y tenía una cara preciosa, uniforme, de modelo, y pechos pequeños y redondos con pezones grandes, que dejaba que Ria chupara y mordisqueara. Se besaron durante horas, y Sam echó la cabeza hacia atrás. “¡Besar me pone increíblemente cachonda y excitada!”, exclamó, y Ria asintió, aunque en realidad no sabía qué significaba estar cachonda.

Los dedos de Sam jugaban con el borde de las bragas de Ria, a veces deslizándose por debajo sin querer y retrocediendo. Todavía no habían llegado; Ria se negaba rotundamente a quitarse las bragas. Sam quería ir más allá, sus dedos seguían jugando con el borde de sus bragas. “Me gustaría mucho masturbarme”, espetó con naturalidad. Ria negó con la cabeza horrorizada. Solo había aprendido lo que significaba la masturbación gracias a Sam; se masturbaba todas las noches hasta quedarse dormida, pero nunca hasta el orgasmo. Sam se masturbaba hasta el orgasmo todas las noches, a veces incluso dos veces, rió. Ria seguía siendo virgen y no tenía experiencia sexual, o casi ninguna. Sam ya no era virgen, y ya le había contado a Ria la triste historia una vez.

Su madrastra, solo unos años mayor que ella, irrumpió una noche mientras se masturbaba y arrastró a la desnuda Sam al dormitorio de sus padres. Arrojó a la niña sobre la cama matrimonial junto a su

padre borracho. “Toma, puedes follarla, cerdo borracho, pero a mí no, ¡yo no follo con borrachas!” El padre parecía desconcertado. No estaba seguro de si su esposa hablaba en serio. Colocó a Sam en posición para tener sexo y esperó con su pene frente a la vagina de Sam. Pero la madrastra estaba furiosa; el tipo se estaba gastando todo su dinero en bebida. Agarró su pene y se lo metió en el agujero de Sam. “En realidad, fue mi madrastra”, susurró Sam con lágrimas en los ojos, “¡en realidad, ella fue quien me quitó la virginidad!” Ria escuchó horrorizada, recordando su única experiencia sexual. Sam solo había gritado brevemente; apenas había sentido que le quitaban la virginidad. Pero el padre ahora estaba completamente desequilibrado.

Su esposa observó con sentimientos encontrados cómo el idiota borracho follaba salvajemente a su propia hija. Tras lo que pareció una eternidad, la miró a los ojos con una expresión avergonzada y eyaculó en el ano de Sam. A partir de entonces, la folló todas las noches; la madrastra durmió en el sofá y solicitó el divorcio. Después de que su padre la follara y se durmiera, Sam se fue a su habitación; no quería masturbarse al lado del desgraciado.

Ria recordó su experiencia, la única. Su padre nunca bebía, pero ahora llegó a casa completamente borracho de la fiesta de la empresa. Muchas compañeras se habían acostado con él y querían un rapidito, pero él pensó en su esposa y se negó a más que unos cuantos toqueteos. Llegó a casa lleno de lujuria y alcohol barato, pero su esposa estaba profundamente dormida. Como siempre, se había masturbado en secreto antes de dormirse y se había tomado una pastilla para dormir. Irrumpió en la habitación de los niños y arrastró a la desnuda Ria tras él hasta la cama matrimonial. “¡Vamos, déjame follarte, por favor!” balbuceó, “¡solo una vez, por favor!” Finalmente, Ria asintió; había visto sexo en internet. Sí, quería follar con su padre; todavía estaba medio dormida y no pensaba en perder la virginidad ni, literalmente, en engañar a su madre a sus espaldas. “¡Sí, papi, ven a follarme!” “¡Sé cómo se hace!” murmuró adormilada. Abrió bien las piernas y el pene de su padre entró automáticamente en su abertura vaginal, pero no más allá. La miró con la vista borrosa e hizo algunos movimientos de empuje sin penetrarla. Su semen salió disparado caliente y rítmicamente hacia su abertura vaginal. Se que-

dó allí un rato, luego repitió lo mismo. Ria estaba ahora completamente despierta. Sabía perfectamente que no la había penetrado. Bajó la mano, hacia su pene, queriendo corregirlo y empujarlo correctamente. Pero en el momento en que sus dedos agarraron su pene, él eyaculó. No tanto como la primera vez, pero ella pudo sentir el palpitar y pulsar en su pene con los dedos. Cayó de lado y se durmió en cuanto cayó. Ria miró a su madre. En su sueño, se había liberado a patadas, su vulva estaba abierta de par en par, sus dedos se contraían ocasionalmente sobre su clítoris duro y rígido. Ria nunca había visto a su madre desnuda; ahora estaba sentada en la cama matrimonial y observaba cómo los dedos, pequeños dedos autónomos como arañas, acariciaban ocasionalmente su clítoris. Debió de haber estado mirando un rato, porque ahora sentía la humedad helada dentro de su vagina. Cubrió a su padre y a su madre y se fue a su habitación a dormir. Su padre no recordaba nada de aquella noche. Nunca más se volvió a mencionar.

Sam se quitó las bragas con determinación después del beso francés que duró varios minutos. “¡Lo necesito ahora mismo!”, dijo sonriendo. “Vamos, acuéstate aquí, ¡me gusta que me mires, cariño!”. Ria vio por primera vez el coño desnudo y sin vello de Sam; reconoció la abertura profunda y oscura. Sam se acomodó, los ojos de Ria a solo centímetros de su coño. Sam se masturbó, primero lentamente, luego más rápido. Ria solo llevaba seis meses haciéndolo, cuando una tarde echó un vistazo rápido al dormitorio de sus padres y vio a su madre tumbada estirada, masturbándose durante unos 35 minutos. Ria miró directamente al agujero de su madre, metiendo repetidamente el dedo dentro para humedecerlo. Ria se tocó el clítoris de inmediato; estaba rígido y duro, igual que por la noche cuando se despertó empapada en sudor frío, con el corazón acelerado, y se tocó el clítoris caliente, palpitando y golpeando salvajemente. Gradualmente, hizo la conexión cuando vio a su madre frotándose el clítoris con una sonrisa dichosa en los labios. Su madre tembló por completo y continuó, frotándose el clítoris con el dedo cada vez con más intensidad. Se estremeció, toda la parte inferior de su cuerpo se agitaba y se contraía, y de repente terminó. Desde entonces, lo hacía varias veces cada noche, pero si se volvía demasiado intenso, se detenía de inmediato. Nunca había tenido un orgasmo. Desde entonces, Ria siempre va al dormitorio y mira por la rendija de la puerta. Su madre no la ve,

aunque está desnuda en el umbral. La madre está completamente fuera de sí, mirándola fijamente durante 40 minutos, y en realidad la atraviesa. Es invisible para la madre, como todo a su alrededor. Ria notó que su madre se masturbaba en largas oleadas, construyendo laboriosamente la oleada, un rápido staccato en la cima, y luego descendiendo un poco más lentamente. Rápidamente, introdujo su dedo con firmeza en su coño varias veces hasta que estuvo bien mojado, y luego lo empujó con fuerza hacia arriba. Cuando terminaba, siempre estaba en la parte alta de la última ola. La mayor parte del tiempo, introducía su dedo salvajemente en su coño durante todo el largo orgasmo. Ria observaba el orgasmo con asombro y fascinación; Sid dejó de frotarse el clítoris de inmediato porque no se atrevía a masturbarse hasta el orgasmo. Era hora de escabullirse discretamente, para guardar el secreto de su madre.

Sam ya se estaba frotando muy rápido. Ria quiso incorporarse, porque esta era precisamente la situación en la que siempre tenía que parar. Pero Sam continuó, su rostro contorsionándose gradualmente en una mueca. Enderezó la cabeza, miró fijamente a los ojos de Ria, como si la traspasara. Abrió la boca en un grito silencioso, su cuerpo se estremeció y se agitó durante unos segundos, luego se recostó relajada y jadeó en busca de aire. Le sonrió a Ria.

"¡Y ahora tú, mi querida!", ordenó. Ria negó con la cabeza mientras Sam le bajaba rápidamente las bragas. Se sentía extraña, tan completamente desnuda. Sam le separó las rodillas. "¡Oh, ya tienes un vello oscuro!", exclamó Sam. "Vamos, hazlo, yo acabo de hacerlo, ¡no te avergüences!". Pero fue inútil, Ria negó con la cabeza, ¡absolutamente no! Sam la besó, la acarició y la besó una y otra vez. Le tocó repetidamente el coño a Ria, le susurró dulces palabras al oído, conquistando el territorio milímetro a milímetro. Las defensas de Ria se derrumbaron; enterró su rostro ardiente en las axilas de Sam. Sus rodillas se separaron lentamente, con vacilación, y se llenó de vergüenza mientras los dedos de Sam le masturbaban hábilmente el clítoris. Besó el pecho de Sam, succionó su pezón, pues el fuego familiar ardía en su interior. Sam debería parar ahora, pero Sam no lo hizo; frotó cada vez más rápido. La boca de Ria se abrió lentamente en un grito silencioso, chispas volaron tras sus párpados, pequeñas estrellas estallaron y la parte inferior de su cuerpo se estremeció y se

contrajo involuntariamente. Terminó tan rápido como había comenzado. Le dio a Sam un beso francés largo y profundo. Exhaló; estaba relajada.

— ¿Tu primera vez? — preguntó Sam, sorprendida, y Ria asintió con entusiasmo — . ¡Ya era hora, cariño! Durante un tiempo, Sam se masturbó, mientras Ria seguía dejándole que la masturbara y practicaban en casa por la noche. Después de semanas, ambos se masturbaban a sí mismos y el uno al otro. A Sam le encantaba, y ahora estaba sola con su padre; su suegra se había ido. Sam le había robado uno de sus dos grandes penes de goma, y Ria tenía que usarlo con ella mientras se masturbaba. Era un pene increíble, solo semierecto, pero Sam juraba que era mejor que el de verdad de su padre. Él bebía mucho otra vez, y le costaba mucho conseguir una erección. Sam rara vez lo mencionaba; simplemente era un cabrón.

Pasaron los meses y el nuevo año escolar trajo nuevos amigos. Sam estaba ansiosa por llevar a un chico a sus sesiones de amor. Ria sintió una punzada en el corazón, pero aceptó, curiosa y dispuesta. Sam examinó su vagina con mucho cuidado y dijo que su himen era solo una delgada media luna y que un pene cabría fácilmente dentro. Introdujo cuidadosamente el consolador en la vagina de Ria y lo empujó muy, muy profundo. La penetró lentamente, pero luego con mucha fuerza, y la llevó al orgasmo. Triunfalmente, dijo: “¡Ya estás desflorada al 95%, mi dulce niña!”. Ria estaba muy insegura. ¿Su padre ya la había desflorado?

Sam trajo a Luis. El chico era menor que ellas dos y no particularmente inteligente, algo tonto e inmaduro. Pero se desnudó al mismo tiempo que las chicas. Sam lo besó apasionadamente y con insistencia. Ria miró su pene, que se puso rígido lentamente. Sam lentamente le retrajo el prepucio sobre el glande, una y otra vez. Le preguntó a Ria si quería hacerlo, pero la cobarde negó con la cabeza. Sam continuó frotándolo muy lentamente, y de repente su semen salió disparado a chorros fuertes. Ria comprendió al instante cómo funcionaba un pene. Dejó que Luis mirara su coño muy de cerca, pero él no supo qué pensar. Sam lo masturbó por segunda vez y lo dejó eyacular. Luego lo despidió. Ella y Ria hablaron de Luis y su pene un rato más. Ahora Sam traía un chico nuevo casi todos los días y lo masturbaba.

Ria tocaba los penes con mucho cuidado; poco a poco aprendió a masturbar a los chicos, ¡lo cual era muy excitante!

Cada vez con más frecuencia, los chicos querían follar. Ria negó con la cabeza; no quería. Sam le dijo que se arrodillara detrás de él y le metiera la polla. Ella agarró la polla de Sam y la metió bien adentro. Se quedó arrodillada y observó el acto desde atrás. Era muy excitante; ella estaba mucho más excitada que Sam. Ninguno de ellos la excitaba tanto como Ria después de que él se corriera con el consolador.

Sam dejó que todos se acostaran con él, y algunos incluso lo hicieron una segunda vez. Ria seguía preguntándose si estaba lista. Sam dijo: "¡Absolutamente!", pero a Ria le tomó algunas semanas más antes de que finalmente lo hiciera. Luego fue Jorge, un joven estudiante de intercambio de España, quien lo hizo. Sam se arrodilló detrás de él, el corazón de Ria latía con fuerza en su pecho, y Sam guió el pequeño pene de Jorge hacia la vagina de Ria. Ella no sintió ningún pinchazo, ninguna desfloración, absolutamente nada. Jorge la penetró durante unos minutos y se retiró al eyacular. Sam examinó su himen más tarde, pero había desaparecido por completo.

Ria suspiró aliviada. Ahora era una de las adultas. De ahora en adelante todo sería fácil; ella y Sam se turnaban para follar con los chicos. Solo un par de veces dos chicos se corrieron a la vez, pero aun así cambiaban de pareja durante la segunda ronda.

Ria sabía que sus padres tenían relaciones sexuales todos los domingos por la mañana, y por supuesto también durante la semana, pero los domingos era simplemente más intenso, más frecuente y con mayor placer. Un domingo, se escabulló a casa de su padre al amanecer; su madre aún dormía. Lo despertó cuando él se despertó. Él se quedó terriblemente confundido cuando ella le susurró que la había desflorado hacía un año. Ella se acostó debajo de él, y él tuvo que tener relaciones sexuales con ella. Una, dos veces. Su madre se despertó y no se sorprendió particularmente. Observó y se giró para masturbarse. Él tuvo que tener relaciones sexuales con Ria una tercera y una cuarta vez, y su madre ya no apartó la mirada; no le importaba si los dos los estaban mirando. Le preguntó a Ria: "¿Por qué?", y

Ria le contó todo, cómo la había desflorado cuando estaban borrachos. Se levantó y se fue, girándose una vez más en el umbral.

"¡Ahora estamos a mano!"

• • •

Ataque en el monasterio

by Jack Faber © 2024

El dedo de la hermana Amy se deslizó suavemente sobre su clítoris. Pit dormía a su lado con la boca abierta. Dejó volar su imaginación, recordando todo con asombrosa precisión.

Amy, de ocho años, se metió en la cama con su padre. Él, el duque de d'Alembert, estaba jugando con su pene otra vez, y Amy lo agarró, como siempre. Ya había aprendido a frotar su pene y finalmente dejar que eyaculara en su boca. A él le encantaba que la pequeña atendiera su erección matutina con tanta devoción; ella, a su vez, sabía cuántos elogios y aprecio leía en sus ojos. Su esposa, una joven campesina regordeta, yacía a su lado con las piernas bien abiertas. Como siempre, masticaba sus semillas de amapola obsesivamente; como siempre, estaba completamente absorta en sus pensamientos, masturbándose lenta y reverentemente. Ya no era consciente de lo que sucedía a su alrededor. Su padre dijo: "¡Vamos, quiero follarme a mamá!". Amy sabía que no era su verdadera madre; su madre estaba en el cielo.

Amy se tumbó entre los muslos de su madre, dándole una vista directa del coño de la chica de la granja. Ya lo había visto muchas veces: su padre venía con su pene y lo introducía lentamente en su coño. Amy observaba cómo su pene entraba y salía de su coño. Su padre se reía, mientras la chica de la granja simplemente seguía masturbándose, aparentemente ajena a que la estaban follando. Amy susurró: «Papá, ¿vas a correrte?», pero él gruñó: «¡Todavía no, pequeña diablilla!». Amy siguió mirando las embestidas y el coño, que se ensanchaba al entrar y se contraía al retirarse. La chica de la granja, cuyo gran vientre de embarazada temblaba ligeramente con cada embestida, empezó a temblar violentamente por todo el cuerpo involuntariamente. Su padre susurró: «¡Ahora, Amy, ahora tengo que correrme!». Ella ya lo sabía; él se estaba esforzando mucho. Podía verlo en su pene, cómo se contraía y disparaba su semen dentro de la chica. Tuvo que hacerlo una docena de veces antes de terminar y tumbarse de lado. Ahora era el turno de Amy. Se tumbó boca arriba

contra su pecho y abrió las piernas frente a su cara para que pudiera verlo todo de cerca. Se masturbó mucho más rápido que la hija embarazada del granjero que estaba a su lado, terminó mucho antes y rodeó el cuello de su padre con los pies. Luego vinieron los fuertes temblores y espasmos, y entonces terminó. Su padre le dio un beso ruidoso en la vulva, y Amy sonrió de oreja a oreja. Fue mucho más rápida que la otra, que se masturbó durante más de una hora antes de terminar también.

La chica de la granja había muerto en el parto, igual que el niño. Amy estaba un poco triste, pero solo porque su padre también lo estaba. Por la mañana, volvió a meterse en la cama con él. Estaba muy triste porque no tenía con quién dormir y porque su pene estaba muy hinchado, ya que llevaba tres días sin tener relaciones sexuales. ¡Pobre padre! Amy lo abrazó para consolarlo. Le susurró al oído que, mientras no tuviera con quién dormir, ¡podía dormir con ella! Aún no era una mujer de verdad, susurró, pero había visto cómo funcionaba el sexo mil veces. Y no quería que estuviera tan triste. El padre pensó durante un buen rato. «Duele un poco la primera vez, ¡pero solo la primera vez!», protestó. «¿Como la mordedura de un perro o la picadura de una abeja?», preguntó la niña, que solo conocía esas. «Como la picadura de una abeja», dijo, «o ni siquiera eso». Amy se tumbó en la posición de perra. “¡Entonces fóllame, papi!”, susurró emocionada, con los ojos bien abiertos. “Ni siquiera dolió tanto como una picadura de abeja”, dijo mientras él la follaba. “¡Qué bien me hace cosquillas cuando te corres dentro, papi!”, sonrió. “No dolió mucho”, repitió, y él la folló todas las mañanas hasta que cumplió 18 años.

Cumplió dieciocho años y tenía muchos admiradores a quienes dejaba eyacular en su boca, pues esa era la costumbre en estas tierras si una era una virgen pura, santa e inmaculada como Amy. A algunos admiradores se les permitía follarla por el culo; ella se cubría la vagina con la mano protectoramente. Entonces llegaron los gascones y saquearon el castillo porque el duque estaba ausente. El marqués de Vallons no se conformó con el sexo anal; folló a Amy como solo su padre lo había hecho antes. Así fue como Amy quedó embarazada cuando su padre regresó a casa. Maldijo a los gascones, pero tuvo que enviar a Amy a un convento. Le dio una dote sustancial para que ella

y el niño tuvieran una celda bonita y grande y buena comida todos los días. También pagaba una buena suma cada año para que su hija y su nieto estuvieran bien cuidados.

Que los gascones asaltaran el convento cada año y violaran a todas las monjas parecía un acto divino. El pequeño Pit, como llamaban al hijo de la hermana Amy, que se había abalanzado sobre el gascón armado, fue arrojado a los brazos de la hermana Amy. «No me hará daño, mi pequeño», susurró ella, acariciándole la cabeza, «solo quiere follarme, ¡y eso no duele!». El pequeño Pit asintió y se quedó sentado a su lado en la cama mientras ella se quitaba el hábito y el gascón la violaba con fuerza. Dos más vinieron después; Pit observaba con curiosidad, y la violación parecía complacer tanto a los gascones como a la madre.

Cuando estuvieron solos esa noche, y él esperó pacientemente hasta que ella se masturbó lo suficiente, exclamando repetidamente en voz baja: "¡Oh, mi Jesús!" o "¡Oh, mi Dios!", le preguntó sobre acostarse con los gascones. Pero mamá sonrió y dijo: "Solo cuando seas tan viejo como los gascones, solo entonces podrás acostarte con ellos. Hasta entonces, puedes seguir eyaculando en mi boca, como siempre, ¿no te parece bien?". Sin embargo, había heredado su terquedad del duque, su padre biológico, y rogó hasta que la hermana Amy le permitió meterle el pene en el agujero. Estaba emocionado, pero después de unos minutos ella lo detuvo, y él se quedó de pie frente a ella con las piernas bien abiertas y eyaculó en su boca. Se le había permitido hacerlo desde el principio; ella frotó su pene contra sus labios y finalmente le permitió eyacular en su boca, lamiendo y chupando su pene hasta que terminó. Cuando ella se masturbaba suavemente y con concentración, él la penetraba regularmente con su pequeño pene y eyaculaba dentro de ella. Por lo general, él podía follarla y eyacular dentro de ella tres o cuatro veces hasta que ella gritaba pidiendo a Jesús y venía con un tembloroso "¡Oh, Dios mío!". Ella decía que no estaba bien que él la follara y eyaculara dentro de ella mientras ella se masturbaba, pero él continuó haciéndolo durante años hasta que finalmente ella le prohibió que lo hiciera.

Cada año se regocijaba cuando los gascones invadían el monasterio como una plaga de langostas. Pit, excitado, iba de celda en celda,

inclinándose para observar bien la escena. Los gascones no hacían distinción entre la novicia de quince años y la Madre Superiora de ochenta; se acostaban con todos antes de marcharse a caballo, rugiendo y gritando. Solo se llevaban vino y comida; ya habían robado todo lo demás.

Pit se quedó con su madre hasta que los tres o cuatro gascones terminaron de follarla. Luego vagó de celda en celda y se atrevió a follar a las hermanas que yacían exhaustas en sus camas, recuperándose del acto. Pit pronto descubrió que después de tres o cuatro orgasmos ya no podía eyacular, pero siempre podía seguir follando. Desafortunadamente, ese era el único día del año en que venían los gascones y a Pit se le permitía follar tan a menudo. Solo cuando su madre iba a casa de su padre por una o dos noches, para que pudiera follar como es debido, dormía con otras hermanas. Ellas actuaban muy avergonzadas y clamaban a Jesús a gritos, pero solo fingían, para aparentar, y dejaban que el chico las follara sin quejarse: ¡era una cuestión de honor!

Pit yacía junto a Amy, una mujer hermosa de unos treinta años, sobre todo comparada con sus hermanas. Era, sencillamente, la más bella de todas. Sus dedos descansaban sobre su vulva, como siempre hacía cuando se masturbaba por la noche. Ella susurró sobre haber tenido sexo con su padre; él fue su primer y más importante hombre. Rara vez hablaba de los gascones; al parecer, eran un mal necesario en su vida. Venían una vez al año para tener sexo; no querían nada más de ella. Todavía podía sentir los efectos de haber sido follada durante unos días, pero después de un tiempo, había perdido todo significado para ella.

Durante días después del ataque de Gascon, Pit habló de las novicias y monjas con las que se había acostado. Amy sonrió con indulgencia cuando él se jactó de haberse acostado con todas las monjas excepto la Madre Superiora, quien lo miró con su mirada penetrante, y él retrocedió. Pero las novicias, lloraban cuando las acostaba, sin embargo, lo abrazaban tímidamente y con ternura cuando él se acostaba con las jóvenes, presionándolo contra sus nalgas para que pudiera eyacular profundamente dentro. Sonreían tímidamente y con reserva cuando él se marchaba. Claramente estaban contentas de est-

ar siendo folladas no solo por los viejos guerreros, sino también por un chico mucho más joven que ellas.

Durante semanas, Pit había estado rogando por follar a Amy, follarla como es debido, como los gascones. Pero ella no se lo permitió durante mucho tiempo. Sí, le había permitido follarla un par de veces cuando era pequeño. Pero ella no le había dejado correrse dentro de ella; a veces le tomaba el pene con la boca, lo lamía y lo chupaba, y le dejaba correrse dentro de ella. ¿Ya no le gustaba? Pit lo pensó durante mucho tiempo. Siempre iba primero a las novicias, porque aún podía correrse al principio, y correrse en el agujero de una novicia era mucho más excitante y placentero que correrse en el de una monja mayor. Pensó que correrse en el agujero de Amy podría ser igual de placentero que con las novicias. Aun así, pasaron semanas antes de que ella finalmente cediera.

Amy terminó de masturbarse y lo atrajo hacia ella. “¡Vamos, fóllame, mi grandullón!” susurró. Él la penetró con cuidado. “¡Estás incluso más apretada que las novatas!”, exclamó asombrado. “Sí, papá también dice eso siempre. Le preocupaba que su gran polla me estirara demasiado la primera vez que me folló. Solo tenía nueve años, pero mi coño no se estiró; se volvió a apretar mucho después de follar. Creo que le gusta mucho, pero aún no se lo he preguntado”. La estaba follando demasiado rápido, dijo ella. “¡Ve más despacio, así yo también lo disfrutaré!”. ¿Qué quería decir con disfrutarlo más? “Papá me folla despacio y con deliberación; me da tiempo para correr y solo eyacula después. ¡No solo es mi primer hombre, sino también mi padrino!”. Pit decidió firmemente follarla tan bien como papá.

Preguntó por centésima vez si Padre también era su padre, no solo el suyo. — Sí — suspiró Amy — , así es. Es muy extraño, no eres solo mi hijo, sino también mi hermano. Lo he pensado mucho, y Dios, si existe, ¡debe haber tenido una razón para ello! Pit no respondió, porque ya no creía que Dios existiera de verdad. Ya había leído toda la biblioteca, todos los manuscritos y todos los libros nuevos. Había libros donde personas inteligentes reflexionaban sobre la existencia de Dios, y muchos lo dudaban. También había encontrado algunos libros «obscenos», con muchas imágenes imaginativas de sexo o historias muy sucias sobre cómo hombres y mujeres engañaban a sus

parejas con otros. Pit nunca había salido del convento, pero ya sabía bastante sobre el caos que reinaba allí fuera.

A veces, Pit se acercaba sigilosamente a alguna novicia para tener relaciones sexuales con ella. Siempre era toda una aventura llegar hasta una sin ser visto. Tenía que usar todo su poder de persuasión, porque solo las novicias que estaban allí contra su voluntad accedían. Las demás, que querían convertirse en Santas Novias, solo se dejaban seducir durante una incursión gascona, e incluso entonces, muy a regañadientes. No podían resistirse; al fin y al cabo, era una incursión.

Amy notó, por supuesto, cuánto esfuerzo ponía él en el sexo. Cada vez más a menudo susurraba: "¡Dios mío, sí! ¡Sí! ¡Sí!" o "¡Jesucristo!", pero también: "¡Sí, así mismo, cariño!". Le encantaba hacer esas exclamaciones durante el sexo, menos para Pit que para ella misma. Después de seis meses, Pit logró la hazaña de darle un orgasmo hermoso y suave antes de eyacular dentro de ella. A menudo, yacían abrazados después del sexo, y ella le contaba sobre cada encuentro sexual que había tenido. Realmente le encantaba hablar de su vida sexual y de su masturbación adictiva; jugaba casualmente con su clítoris mientras hablaba, solo guardaba silencio brevemente cuando su cuerpo tembloroso explotaba suave y silenciosamente.

Pit acariciaba su clítoris con las yemas de los dedos mientras ella se masturbaba, porque así lo había aprendido de ella, simplemente con el tacto. Explicó que podía dividir a las novicias en dos grupos. Las involuntarias, que estaban felices de ser folladas porque querían quedar embarazadas; luego las enviaban a casa y escapaban de la vida no amada del convento. Amy le dio un pequeño cabezazo, diciendo que eso no estaba bien en absoluto. A partir de entonces, les dio a las chicas embarazadas unas monedas de oro. Dijo que el segundo grupo también era muy interesante, las novias de Cristo. Inicialmente se negaron a ser folladas directamente. Pero la mayoría de ellas sintieron curiosidad porque él afirmaba que podía masturbarlas hasta el mejor orgasmo de sus vidas. Más de la mitad querían saber. Él masturbaba a las chicas hasta el orgasmo; lo había aprendido de Amy, sonrió. Y todas le permitían follarlas en el momento del orgasmo, todas y cada una sin excepción. Solo tenía que captar el momen-

to exacto en que se precipitaban hacia el orgasmo. Ahora podía montarla; Ella, con avidez, se metió su polla en la vagina y, con la conciencia intranquila pero sonriendo ampliamente, se dejó follar como es debido.

Las monjas mayores eran presa fácil, dijo; era un cambio bienvenido de la vida monástica y sin alegría, un respiro de la masturbación solitaria nocturna. Solo las hermanas jóvenes no estaban disponibles; habían hecho sus votos recientemente, y eso tenía peso. Incluso aquellas que se masturbaban como adictas no se dejaban penetrar, ni siquiera en el orgasmo más intenso, aunque sí se dejaban masturbar, lo cual era una pequeña victoria cada vez. Amy le preguntó a su hijo de 15 años con qué hermana nunca se había acostado. Él pensó durante un buen rato: la Madre Superiora y otras tres mujeres muy mayores, dijo. Ella le acarició el cabello a su hijo. "¡Eres un seductor terrible!"

Para cuando los gascones volvieron, ya se había corrido la voz de lo buena que era la hermana Amy en la cama. ¡Vinieron en masa! Amy tuvo que parar después del duodécimo; había tenido docenas de orgasmos y su coño estaba en carne viva y sangrando. Los salvajes lo entendieron. Amy no pudo follar durante una semana; solo volvió a masturbarse después de varios días. No se preocupaba por Pit; él vagaba desnudo de novicia en novicia por la noche, follando todo el tiempo que quería.

Leía aún más libros, tanto serios como subidos de tono. Había folletos, panfletos y periódicos políticos. Esto amplió sus horizontes, y Amy estaba realmente asombrada de lo bien que comprendía el funcionamiento de la sociedad y de los poderosos. Ella sabía bastante porque visitaba a su padre, el duque, todos los meses y aprendía mucho allí. Le alegraba poder hablar con su hijo sobre el mundo exterior. Lo pensó durante mucho tiempo y decidió regresar con su padre. Pit necesitaba profesores competentes, y no había ninguno en el convento. Pit estaba muy emocionado, como es de imaginar.

Los tres dormían en la cama del duque. El duque se acercaba a los sesenta y su virilidad menguaba gradualmente. Tener relaciones sexuales dos veces por semana era más que suficiente para él. Le resul-

taba algo gracioso que su nieto, a los dieciséis, estuviera cerca de su plenitud sexual; él también había estado así alguna vez. Pit tenía relaciones sexuales con Amy cuatro o cinco veces cada noche. Era un arreglo muy bueno para los tres. Pit recibió a los mejores maestros que el duque pudo encontrar. Aprendía como una esponja, absorbiendo el conocimiento como agua.

La vieja Agnes traía cada mañana una bandeja con vino, agua y fruta. Caminaba muy despacio, más despacio de lo necesario. Pero observaba cuando Amy acariciaba la erección matutina del caballero con la punta de la lengua, o cuando el apuesto joven tenía relaciones sexuales con la duquesa. A la vieja Agnes le costaba apartar la vista. Cerró la puerta y se sentó bajo la escalera, donde nadie podía verla. Con una mano bajo la falda, apoyó la cabeza contra el travesaño de la escalera. Tuvo un orgasmo tras otro hasta que las imágenes se desvanecieron.

Unas semanas después, Agnes encontró algo mejor. Fue al establo y dejó que el mozo de cuadra la follara. La vieja Agnes no había tenido una polla joven y fuerte en mucho tiempo. El mozo de cuadra la hizo recostarse sobre el semental y la folló alternativamente por el culo o por la vagina. El semental, por supuesto, entendió que los humanos estaban follando y dejó que su pene creciera. La vieja Agnes señaló la enorme polla y el mozo de cuadra se rió con malicia. La hizo inclinarse hacia adelante y agarrar la polla del semental con ambas manos, luego continuó follando a la anciana. “Tengo miedo de tocarlo”, dijo Agnes entre lágrimas, pues le tenía miedo a los animales grandes. “¡Agárralo como un hombre y luego hazlo como un hombre!”, dijo el mozo de cuadra, “¡tienes que agarrarlo bien fuerte con ambas manos y frotarlo hasta abajo, como un hombre!”. Apretó las nalgas de Agnes y la folló con los ojos brillantes. Ella superó su miedo, frotó su polla con ambas manos y tuvo que esforzarse mucho hasta que finalmente se estremeció y eyaculó. Pasó mucho tiempo, y el semental eyaculó a los pies de Agnes. Ella comprendió de inmediato lo que el mozo de cuadra quería que hiciera; a partir de entonces, frotó su gran pene con ambas manos y dejó que eyaculara en la paja. El mozo de cuadra cumplió su parte del trato y folló a Agnes hasta que ella gritó: «¡Jesús, Jesús, María!» y se estremeció hasta caer de

rodillas. Agnes se persignó tres veces y salió del establo con la cabeza gacha.

Dos años pasaron volando. Amy a veces dejaba que su padre la follara por las mañanas, y por las noches su hijo de 19 años, que era un maestro del sexo y siempre esperaba a eyacular hasta que ella hubiera alcanzado el orgasmo y se hubiera calmado, la follaba tres o cuatro veces. Pit se giró como si le hubiera picado una tarántula cuando la daga asesina rebotó en su omóplato y se alojó en el hombro de Amy. ¡Su primer pensamiento fue que ella no moriría por esa puñalada, por profunda que fuera! El odiado marqués de Vallons soltó la daga y clavó su espada en el corazón del duque. Pit vio a dos guardias del palacio heridos caer por la puerta, y a dos de los secuaces del marqués luchar desesperadamente contra los guardias que avanzaban. Pit miró fijamente el rostro triunfante del asesino. Se le había grabado a fuego en la memoria. Pit agarró instintivamente su camisa y sus pantalones antes de tomar la única vía de escape y saltar por la ventana que se hacía añicos, cayendo sobre la nieve fresca.

¡Él perseguiría, perseguiría y mataría al asesino!

• • •

Pequeño guerrero

by Jack Faber © 2024

Aya se quedó sin palabras por un momento. Era la nodriza de Pan; lo había amamantado desde su nacimiento, y él siempre había dormido en su cama. No era una cama en el sentido moderno, por supuesto, sino una cama improvisada en su choza, construida a la altura de la cintura con tierra a ambos lados y cubierta con un techo robusto y denso de ramitas y hojas grandes. Era una cálida noche de primavera; se había masturbado durante quizás una hora, como todas las noches desde la infancia, y estaba cansada, deseando solo dormir. Pan se había sentado a sus pies, como siempre, observándola atentamente mientras se masturbaba, y permanecía completamente quieto, pues el pequeño sabía que no debía molestar a Aya mientras se masturbaba. Ahora que había terminado, él se acurrucó contra su cuerpo desnudo, la abrazó y continuó succionando su pezón hasta que su respiración se calmó, pues a ella le encantaba succionar los pezones, incluso durante el orgasmo.

Aya se quedó sin palabras, porque el niño le había dicho, como ya lo había hecho varias veces, que sus amigos se acostaban con sus nodrizas, que se acostaban con ellas como mujeres adultas se dejaban acostar por hombres adultos. Él también lo quería ahora, exigió su pequeño protegido. No, no quería que simplemente le chupara el pene como antes y luego se lo frotara hasta que se corriera. Ella le sugirió que se corriera de verdad en su boca, y él aceptó. Se corrió con todas sus fuerzas en su garganta, y ella le chupó y lamió el pene hasta que se ablandó un poco. Su pene nunca se encogía; siempre permanecía al menos medio erecto. Le gustó esto durante unos meses, tres o cuatro veces al día, tal vez medio año. Luego volvió a sacar el tema de follar. ¡Ya tenía edad suficiente para follarse a su nodriza como los demás chicos! Aya no había tenido sexo desde su juventud, e incluso entonces solo había conseguido, por increíble suerte, acostarse con un anciano que la desfloró y luego se acostó con ella un poco.

Era anciano y su acto sexual era muy laborioso; apenas lograba una erección parcial. La desfloró con un dedo, pero Aya casi no sintió

nada. Finalmente, dirigió su erección parcial hacia su vagina y la introdujo con dificultad. Permaneció sentado y la penetró lenta y reverentemente, siendo él mismo un marginado al que solo se le permitía tener relaciones sexuales con una mujer ocasionalmente. Le llevó mucho tiempo, y le preguntó a Amy si no quería masturbarse. Ella solo se había masturbado con las otras chicas en la casa de las chicas; no estaba segura de si le estaba permitido masturbarse en presencia del anciano.

Pero la había excitado enormemente la forma en que el anciano se quitó los harapos, se lamió los labios y se retrajo el prepucio varias veces. "¿Te gusta que te folle, mujercita?", preguntó con avidez. "¡Entonces tienes que decirlo, esa es la regla!". Dios mío, Amy no tenía ni idea de las reglas; solo había visto sexo desde lejos, un par de veces, a escondidas. Se recompuso. "Bueno, entonces fóllame ahora mismo, viejo padre, ¡por favor!", susurró, y él asintió. "Nunca lo has hecho antes, ¿verdad?", preguntó, respondiéndose a sí mismo. "Estoy casi ciego y solo puedo verte vagamente", explicó. "Solo me dejaron vivir porque solía ser un gran guerrero".

Aya se tumbó muy cerca de él, se quitó la falda de hierba y le puso la mano en la cadera. "¡Por favor, fóllame, gran guerrero!", susurró, porque sabía que las chicas como ella nunca habían sido folladas ni una sola vez en su vida. Y así sucedió: se masturbó tímidamente y en secreto, y él tuvo que balancearse de un lado a otro sobre las puntas de los pies durante un buen rato, mientras su considerable pene semierecto entraba y salía de su coño. Esto la excitó enormemente, y se masturbó una tercera y una cuarta vez. Hacía rato que había terminado de masturbarse cuando él todavía la estaba follando con su pene semierecto. Dejó de balancearse, su pene se contrajo unas cuantas veces y se corrió dentro de ella. Todo aquello no había durado ni tres horas.

Se marchó inmediatamente y jamás miró atrás, y él fue su primer y único amante. Provenía de la casta más baja del reino femenino; se habría convertido en una simple campesina si no le hubieran crecido unos pechos excepcionalmente grandes tras aquel extraño encuentro, pechos que además producían leche. Una de las mujeres mayores la descubrió e inmediatamente la convirtió en nodriza. Tuvo muchí-

sima suerte; las nodrizas eran muy respetadas, y le dieron su propia cabaña, solo para ella y su bebé. Amamantar era su única tarea.

Las cabañas de las nodrizas estaban muy juntas, y cada día cinco o seis de ellas se reunían para la masturbación comunitaria. Solían durar dos o tres horas hasta que todas quedaban satisfechas. Aya había pasado su infancia y adolescencia en el hogar de niñas; había aprendido rápidamente a masturbar a las demás y a llevarlas al orgasmo mediante sexo oral. Por supuesto, seguía masturbándose todas las noches hasta que se le cerraban los ojos. Ahora, en el círculo de las nodrizas, era una gran ventaja conocer todas las técnicas y trucos de la masturbación y la estimulación del clítoris. Disfrutaba enormemente de estas placenteras sesiones de masturbación siempre que tenía tiempo.

Cada pocos meses tenía un nuevo bebé al que amamantar, casi todas niñas. Solo una le dio un niño. Él era el padre, dijo el orgulloso guerrero, el Primer Guerrero, y eso era inusual, pues normalmente ni el padre ni la madre eran conocidos; así era en el reino de las mujeres. Se pusieron en cuclillas uno frente al otro, e inmediatamente ella colocó al pequeño Pan en su pecho, donde bebió con avidez. El Primer Guerrero se alegró mucho de que el bebé aceptara su pecho y su leche. Luego le dijo que lo amamantara; volvería. Después se marchó.

El Primer Guerrero venía cada pocos meses a ver a su hijo. A veces ella descansaba en su cama, masturbándose durante una o dos horas, y el maestro esperaba pacientemente hasta que terminara. Le preguntó si se masturbaba a menudo. Ella asintió, todos los días, al menos una vez. Parecía conocerla bien y una vez le preguntó si alguna vez había tenido relaciones sexuales, una pregunta perfectamente legítima en aquel entonces. Ella separó sus labios vaginales con los dedos y le mostró su vulva abierta. Le contó con detalle cómo el anciano ciego había tenido relaciones sexuales con ella. El Primer Guerrero escuchó atentamente y le pidió que retuviera a Pan un poco más, tal vez hasta que le permitieran convertirse en guerrero a los doce años. Aya asintió, algo intimidada. “¡Con mucho gusto, mi señor!”. Después de todo, ella sabía cómo hablar con gente importante. “¿Quieres que te envíe un hombre para que tengas relaciones sexua-

les?”, preguntó casualmente, pero ella negó con la cabeza. No había suficiente espacio en la cabaña, dijo, aunque le gustaría mucho tener relaciones sexuales con un hombre. Estaba completamente sordo de ese oído, notó Aya con decepción.

Y ahora Aya se quedó sin palabras. ¿Por qué ya no se conformaba con solo chupar y frotar? Ella no había hecho nada malo. Lo acercó y le preguntó qué sabía sobre follar. Él sabía poco o nada, por supuesto. Ella le explicó cómo follar correctamente. Él asintió; sí, eso era exactamente lo que quería. Ella se colocó y lo puso encima de ella. “Te voy a enseñar todo, no tengas miedo”, dijo, y guió su pequeño pene dentro de ella. Él se corrió inmediatamente. “Pero yo ni siquiera he follado todavía”, dijo Pan con lágrimas en los ojos. “Lo dejaremos dentro, y podrás follarme cuando esté completamente erecto de nuevo, ¿de acuerdo?” Pan asintió.

Minutos después, empezó a follarla; lo había hecho muy bien desde el principio. Ella tenía sueño, pero lo dejó. Él se incorporó un poco y luego se corrió a chorros. Dejó su pene dentro de ella. Unos minutos más tarde, la folló de nuevo y se corrió otra vez, un poco menos. Lo repitió unas cuantas veces más, pero ya no pudo correrse más. Aya lo tomó en sus brazos. “Vamos a dormir; continuaremos mañana”.

Ella estaba amamantando cuando Pan despertó. Él aún no estaba del todo despierto, pero quería follar a Aya. Por supuesto, ella no lo detuvo, su cara justo frente a las nalgas del bebé lactante. “Es una niña, ¿no?” preguntó Pan. “¡Solo se ve un poco diferente a ti ahí abajo!” Aya asintió. “Sí, por supuesto, todavía es un bebé y yo soy una mujer adulta de 24 años.” Él asintió, un poco confundido. “¿Puedo follar al bebé también?” preguntó seriamente, y Aya sonrió. “No, las niñas no pueden follar hasta que tienen 12 años y los Sabios Viejos las han desflorado en la hoguera.” Separó los labios de la bebé. “Mira, todavía es virgen, el himen sella su abertura. Los Sabios Viejos rompen el himen con sus penes, entonces se convierten en mujeres y se les permite pedirle a un hombre que las folle. ¿No recuerdas? ¡Vimos eso en la última hoguera!” Pero Pan negó con la cabeza; Él no lo recordaba.

Aya dejaba que Pan la follara tan a menudo como quisiera y mientras pudiera eyacular, luego tenía que parar hasta el día siguiente. Aya le preguntó a uno de los oficiales si lo estaba haciendo bien. El oficial era muy altivo y arrogante. “Déjalo practicar, no puede estar mal. ¡Quizás se convierta en un buen semental muy solicitado!”. Aya se fue y le preguntó a una chica qué era un semental. “El semental que monta a la yegua, la folla y la hace tener un potrillo”. Aya debió de quedar atónita, porque la chica le gritó que un potrillo era la cría de una yegua. Eso completó la imagen. Aya dejaba que Pan la follara muy a menudo, incluso cuando la despertaba por la noche. Pero él tenía que convertirse sí o sí en un buen semental.

Su padre, el Primer Guerrero, visitó a su hijo. Había traído una cesta de fruta y buenos cortes de carne. Se pusieron en cuclillas uno frente al otro de nuevo, Aya separó las rodillas para mostrarle su coño y su vulva. Le dijo que Pan ya la había follado muy bien y mucho, y que esperaba que se convirtiera en un buen semental. El Primer Guerrero dijo que tenía una vulva muy hermosa y que era bueno que Pan hubiera aprendido a follar bien. Pero sería entrenado como guerrero a los 12 años, tan pronto; él y la madre de Pan lo habían decidido. Aya no dijo nada; simplemente le pareció asombroso que Pan tuviera no solo un padre, sino también una madre. Eso no estaba de acuerdo con las reglas, pero se mantuvo callada. Eso le pareció más sensato que hacer preguntas estúpidas. “Tienes una vulva muy hermosa y apetitosa”, dijo él, sonriendo amablemente. “¡Cuando vuelva, puedes pedirme que te folle!” El corazón de Aya latió con fuerza en su pecho, luego asintió.

Pan no conocía a otra madre que a ella. Estaba muy triste; en unos meses comenzaría su entrenamiento y tendría que dejarla. La abrazaba más a menudo de lo habitual, se aferraba a ella con fuerza durante el sexo y a veces lloraba después de eyacular. El Primer Guerrero había llegado y ella le había rogado ansiosamente que tuviera sexo con ella. Él la folló mucho más brutal y poderosamente que Pan; ella tuvo un orgasmo muy, muy fuerte y se quedó completamente en silencio mientras el hombre fuerte continuaba follándola y eyaculando. Sintió que por primera vez la habían follado como es debido. Él volvió a venir cada pocas semanas; Pan permaneció completamente en silencio mientras los adultos tenían sexo. Aya le dijo después que ese

era su padre, el jefe de los guerreros del reino de las mujeres. Los ojos de Pan se abrieron de par en par, pero no dijo nada.

Pan había sido llevado para ser entrenado por dos guerreros armados. Aya iba a la plaza grande cada dos noches. Allí aprendía mucho sobre su gente, y cada vez los hombres mayores la acosaban. Iba con ellos detrás de una cabaña para tener sexo, porque todos querían acostarse con la joven de pechos enormes. Siempre iba detrás de las cabañas; no quería tener sexo delante de todos, al menos no todavía. El noventa y nueve por ciento de la gente eran mujeres y niñas; no había hombres jóvenes, solo chicos jóvenes o adolescentes, pero ella no tenía sexo con ellos, al menos no todavía. Y había hombres mayores que sí tenían sexo con ella. Pero ella no venía aquí por el sexo, al menos no todavía. Venía a ver a los jóvenes guerreros teniendo sexo alrededor de la fogata. El padre de Pan siempre estaba entre ellos. Había tres docenas de guerreros teniendo sexo con una mujer o niña tras otra, y también había algunos hombres encadenados. Después del sexo público, un narrador actuaba, uno diferente cada noche. Aya aprendió muchísimo sobre su gente.

Su pueblo, el reino de las mujeres, estaba formado por este pequeño pueblo y algunos asentamientos. Había casi 2500 mujeres y niñas, y quizás 200 niños y ancianos. Luego estaba la casta guerrera, unos 50 guerreros y unas pocas docenas de prisioneros; ambos grupos servían únicamente para la reproducción. Solo los guerreros y los prisioneros tenían permitido tener relaciones sexuales, y solo en público alrededor de la fogata; esa era la regla. Ella sabía que algunos no la respetaban estrictamente, porque el padre de Pan había tenido relaciones sexuales con ella docenas de veces en su cabaña, y el único testigo público era Pan, que observaba en silencio.

Si un guerrero o prisionero quedaba paralizado, una tropa de amazonas lo sacaba de la ciudad, lo decapitaba y lo dejaba para que los cuervos lo mataran. Solo había unas pocas excepciones, cuando la reina perdonaba a alguien; estos eran los ancianos que tenían relaciones sexuales con Aya detrás de las chozas. Si ella no quería perderse lo que sucedía alrededor de la fogata, se sentaba en el regazo de un hombre y le permitía tener relaciones sexuales con ella. Un número sorprendentemente grande de personas sentadas alrededor de la

fogata observando a los guerreros tener relaciones sexuales hacía esto. Muchas muchachas y algunas mujeres simplemente se quitaban los harapos y se masturbaban en medio de la multitud si el sexo de los guerreros las excitaba. La fogata siempre era un festín sexual, y las mujeres se relajaban sin inhibiciones. Muchas tenían relaciones sexuales abiertamente con los muchachos y los jóvenes; a nadie le importaba. Al contrario, a algunos de los compañeros sexuales se les animaba con gritos y burlas.

Una vez al año se celebraba un festival especial, que algunos llamaban la Fiesta de las Vírgenes. Cada año, cien o más niñas cumplían doce años. Se reunían desnudas alrededor de la hoguera, y los Sabios Ancianos, que a menudo no eran tan mayores, entraban en medio de ellas y desfloraban a las niñas, una tras otra. Pero los Sabios solo les daban unas pocas embestidas antes de pasar a la siguiente niña, porque cada uno tenía que desflorar a veinte o más niñas. Solo con la última tenían relaciones sexuales de verdad, luego llegaban los guerreros y los prisioneros y tenían relaciones sexuales con las jóvenes. Era realmente asombroso de ver; a las niñas se les permitía tener relaciones sexuales de verdad por primera vez, y cada una intentaba acostarse con tantas como fuera posible. Hasta los doce años, solo se les permitía ser penetradas analmente o oralmente, porque eran castigadas sin piedad si perdían la virginidad antes de tiempo. Tenían que vivir solas en el bosque durante cinco años, lo cual era peligroso y duro.

Las amazonas y sus guerreros salían una vez al año a saquear otras tribus. Sus guerreros y hombres en la flor de la vida eran los más codiciados; los capturaban y los usaban sexualmente hasta su muerte. Así era como el reino de las mujeres aseguraba los embarazos. Era una idea ingeniosa, porque ni sus propios guerreros ni los capturados estaban enfermos o débiles; solo ellos podían dar descendencia sana. La reina amazona solo se dejaba ver durante estas guerras; el resto del año vivía discretamente entre la gente. Aya había sabido por el Primer Guerrero que la anterior reina amazona era la madre de Pan. Él visitaba a Aya aproximadamente una vez al mes y tenía relaciones sexuales con ella toda la noche. De alguna manera, los dos se habían encontrado: él, el jefe de los guerreros, y ella, la muchacha de

la casta más baja de los campesinos. Pero para ambos, era simplemente maravilloso.

Cuatro años después, Aya volvió a ver a Pan por primera vez. Tenía 19 años, era un guerrero alto y musculoso que se acostaba con las chicas alrededor de la fogata todas las noches. Al principio, Aya no podía apartar la vista; su clítoris ardía y palpitaba cada vez que lo veía teniendo sexo con ella. Ahora entendía a las chicas que se excitaban al verlo y se masturbaban en público. Pronto se unió a ellas.

Pero ella reunió valor y bajó a la hoguera, donde estaban las mujeres que rodeaban a Pan. Su mirada se posó en ella, y se hicieron el amor por primera vez en cuatro años. A partir de entonces, ella venía cada noche y se acostaba con Pan. No le importaba que después la violaran uno o dos guerreros. Era maravilloso tener tantos orgasmos por la noche, y no le importaba cuántos hombres la violaran. Cada noche, volvía a su cabaña aturdida y dormía profundamente hasta el amanecer. Eso era lo único que importaba: el sexo con Pan y con su padre.

Los comerciantes llevaron las primeras espadas, dagas y puntas de lanza de bronce al remoto valle. Pronto, todas las amazonas y guerreras poseían tales armas; eran muy superiores a las hachas de piedra y las lanzas de madera dura.

Había comenzado la Edad de Bronce.

• • •

En la mazmorra

by Jack Faber © 2024

Anne despertó con un fuerte dolor de cabeza. Estaba en un sótano con poca luz, rodeada de viejas paredes de ladrillo, en un compartimento con barrotes. Los barrotes eran pesados y yacía en una cama de metal sobre un colchón sucio. Vio a una mujer desnuda en el compartimento contiguo. Anne gritó: «Hola, hola», pero la mujer no se movió. Le pareció que tenía una raya roja alrededor del cuello. La mujer la miró con ojos vacíos. El horror se apoderó de Anne; ¡la mujer estaba obviamente muerta! Anne se estremeció ligeramente y entonces se dio cuenta de que solo llevaba bragas; estaba desnuda. Sintió en su vagina que la habían penetrado recientemente. El horror la abrumó con una fuerza que le quitó el aliento. No recordaba cómo había llegado allí. Tenía un sabor extrañamente dulce en la boca. Cloroformo, pensó, dejándose llevar por la confusión, ¡cloroformo! Perdió el conocimiento.

Habían pasado días, horas, o tal vez solo minutos. Abrió los ojos un poco. El dulce sabor del cloroformo aún persistía en su boca. Un hombre vestido completamente de negro, con una máscara de porcelana blanca, permanecía inmóvil frente a su jaula. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la miraba fijamente, con la mirada inmutable. Lo único que podía ver eran sus grandes ojos infantiles. El compartimento contiguo y el siguiente estaban vacíos. Anne se incorporó, y el fuerte dolor de cabeza palpitó una vez más, para luego desaparecer casi al instante. «La mujer», dijo con voz ronca, «la mujer...». Su voz se apagó.

Su voz no era desagradable, solo ligeramente amortiguada por la máscara. «No seguía las reglas», dijo lentamente, «prefería morir antes que seguirlas. ¡Qué mujer tan estúpida era, sí!». Anne no percibió emoción alguna en su voz. Reflexionó durante un buen rato. Había sido secuestrada y violada, eso estaba claro. Nadie la echaría de menos; vivía sola, todos sus familiares a cientos de kilómetros de distancia. Llevaba solo unas semanas trabajando como cajera en el supermercado, y sus compañeros recordarían con qué frecuencia había in-

sinuado lo mucho que le disgustaba trabajar allí. Se habrían olvidado de ella en media hora.

"No tengo dinero, nadie pagaría un rescate por mí." Era una afirmación categórica; él simplemente asintió brevemente. "Lo sé todo, he hecho mi tarea. Sé tu nombre, tu dirección, tu lugar de trabajo. Incluso sé tu saldo bancario. Te conozco bastante bien y no me interesan tus pocos dólares. Te elegí porque me caes bien, porque nadie te echará de menos y porque, sorprendentemente, se había vuelto necesario."

Anne estaba completamente despierta y podía pensar con claridad, aunque — entre nosotros — no era una mujer muy inteligente; al contrario, era bastante tonta y primitiva. "¿Puedes decirme algo sobre las reglas?", preguntó, "y ya que sabes mi nombre, ¿cuál es el tuyo?". Podía oír la sonrisa en su voz arrogante. "Llámame Jim, ese no es mi nombre real, por supuesto". Anne se sintió de repente muy expuesta. Se había dado cuenta de que no la había secuestrado para pedir rescate. Jim habló en voz baja. "Quiero que seas mi esclava sexual". Un escalofrío le recorrió la espalda. "No sé qué es una esclava sexual, Jim", dijo en voz baja. Pareció reírse suavemente. "Una esclava sexual hace todo lo que su amo le ordena. Anne hace todo lo que Jim quiere que haga, todo. Si Jim quiere follarte, ¡deja que te folle, Anne! Si te ordena que lo hagas tú misma, ¡mastúrbate con pasión y sinceridad, sin actuar! Si te ordeno que me cuentes sobre tu vida sexual, ¡cuéntamelo todo! Incluso puedes exagerar un poco o inventarte algo si eso hace que tu historia sea más picante. Y si sigues estas tres sencillas reglas, te cuidaré lo mejor que pueda. De lo contrario..." Jim miró la celda vacía, "de lo contrario acabarás como la pobre Julia. Se dejó violar durante meses y no siguió ni una sola regla. Se cortó la garganta; prefería morir antes que seguir siendo violada. ¡Qué estúpida vaca!", despotricó de repente, "daba igual si se acostaba con su marido o conmigo, ¡debería entenderlo!" La conversación se estancó; todos estaban perdidos en sus propios pensamientos.

"Sé por ti que tu padre retiró los cargos contra el tío Karl cuando te violó a los 10 años. A los 16, dejaste la escuela y te casaste con el viejo Jenkins, y te divorciaste un año después. Perdiste tu último trabajo hace un mes porque te pillaron teniendo relaciones sexuales con

una niña de 13 años. Creo que puedes contarme mucho más sobre esto. Regla 3." Jim guardó silencio, luego se levantó. "Piensa en todo. Volveré mañana por la mañana, y si sigues alguna de las reglas, tendrás un buen desayuno." Se fue en silencio; Anne lo oyó cerrar dos puertas con llave.

No pudo conciliar el sueño durante mucho tiempo y rumiaba las reglas. Él podía follarla tan a menudo como quisiera; después del aborto espontáneo del hijo de Jenkins, se había sometido a una cirugía de reasignación de sexo. No quería un hijo, tampoco había querido al viejo Jenkins. Sin dudarlo, se acostaba con cualquiera que quisiera follar al patito feo, al cisne que se había convertido en una niña hermosa, a la chica fea. No tenía amigos en la escuela; los chicos solo eran amables con ella porque estaban desesperados por sexo. Ella siempre lo supo, con cada masturbación, cada felación, cada vez que follaban en la ducha, porque no le importaba que los chicos desnudos estuvieran alrededor. Por un corto tiempo, fue una estrella porque dejaba que cualquiera la follara en la ducha, sin importar cuántos fueran. La fama se desvaneció rápidamente cuando las chicas alfa también comenzaron a dejarse follar por muchos seguidos. Inmediatamente volvió a ser el patito feo.

¿Qué podría decirle a Jim para evitar terminar como la otra chica? Después del divorcio, se había acostado con un camionero un par de veces en su camión, en la gasolinera. Pero los profesionales la habían asustado. Había desarrollado una preferencia por los chicos jóvenes; aún no sabían lo hermosa o fea que podía ser una mujer. No tenían experiencia sexual; se quedaban de pie junto a su cama, mirando su coño expuesto. Con qué inocencia sacaban sus pequeños penes de forma suave y se masturbaban sin vergüenza alguna. Ella les enseñó a cada uno cómo follar, dejándolos follarla y correrse dentro de ella una y otra vez hasta que quedaban completamente agotados. No esperaba que ninguno de ellos la llevara al orgasmo.

Ella tenía orgasmos mediante la masturbación; cuando se sentía sola, a menudo se masturbaba durante horas hasta alcanzar un orgasmo intenso antes de quedarse dormida. Había aprendido a masturbarse observando a su madre, incluso desde pequeña. También la veía tener relaciones sexuales con el tío Karl, quien cruzaba la calle

dos veces por semana y tenía relaciones sexuales con ella por la tarde. En realidad, era la hermana menor del tío Karl, y cuando una vez le preguntó a su madre si los hermanos podían casarse y tener relaciones sexuales, su madre se escandalizó y le dio una respuesta hipócrita.

La esposa del tío Karl había volado la cocina con gas y se había suicidado, pero antes lo había desheredado, y él estaba luchando por la herencia en los tribunales. Se quedó con ellos durante tres meses, en la habitación de los otros niños, a pesar de que ella no tenía hermanos. La sorprendió masturbándose; ella había puesto las piernas sobre su mesita y se estaba masturbando. Solo se dio cuenta de su presencia después de que ella terminó, y ella quería morirse de vergüenza, pero él sonrió dulcemente y la observó masturbarse todos los días desde entonces. También le mostró su pene y le enseñó cómo frotarlo para eyacular. Ella tenía solo nueve años, casi diez, cuando él le enseñó a tener relaciones sexuales. No sintió nada cuando perdió la virginidad, y él tuvo relaciones sexuales con la niña todos los días hasta que terminó la casa. Su padre inicialmente lo denunció a la policía, pero luego retiró los cargos por la madre de ella.

Anne miró su reloj digital barato; era hora de irse a la cama. Se masturbó durante media hora más, preguntándose si debería contárselo al tío Karl al día siguiente para que Jim le preparara el desayuno. Tras el orgasmo, se volvió a poner las bragas y durmió profundamente.

Jim llegó con café, tostadas con jamón frito y dos croissants de chocolate. Dejó la bandeja y se sentó. “Regla 3”, dijo Anne, “y tengo hambre”. La dejó hablar un rato y luego deslizó la bandeja entre los barrotes hasta la mitad. Ella le contó con todo detalle cómo solía acechar a su madre cuando desaparecía en el dormitorio después del almuerzo. Jim pegó su silla a los barrotes y sacó su pene mientras escuchaba atentamente. La niña había visto a su madre completamente desnuda por primera vez, y Anne le describió a Jim con precisión cómo era la vagina de su madre, cómo se masturbaba el clítoris y cómo, durante el orgasmo, se tocaba vigorosamente el coño con los dedos índice y medio. Había encontrado el escondite perfecto cuando tenía cinco o seis años: la cesta de la ropa sucia. Era lo suficientemente

grande, y si ponía un lápiz entre la tapa y el borde, el hueco era perfecto para espiar. Espió todos los días hasta que se fue de casa a los dieciséis años, sin que su madre se enterara jamás. El coño de mamá siempre estaba depilado, suave como el culito de un bebé. Al principio, era muy excitante mirar directamente dentro de su coño, tanto cuando se masturbaba como cuando follaba con el tío Karl. Tenía un coño enorme, y cuando se metía dos dedos durante el orgasmo, o cuando el tío Karl sacaba su polla, el agujero era aún más grande y aterrador. Mamá solía masturbarse durante una hora entera; el tío Karl rara vez la follaba durante más de 10 minutos. Ella nunca follaba con papá; él tenía que follar con la vieja contable de la empresa; lo había gritado una vez durante una discusión.

A veces la madre veía vídeos pornográficos en su teléfono mientras se frotaba suavemente el clítoris y subía el volumen para oír a las chicas gritar a Dios, Jesús o María, y luego gemir, quejarse y hacer sonidos espeluznantes. Anne no tenía teléfono entonces; solo veía vídeos pornográficos con sus compañeras de clase mientras ellas se frotaban el clítoris a escondidas debajo de sus pupitres durante la clase. La madre guardaba el teléfono cuando su clítoris se ponía duro y rígido. Entonces se masturbaba deliberadamente el clítoris, humedeciendo su dedo con saliva de vez en cuando, y continuaba masturbándose. Anne podía ver claramente cuando contorsionaba su rostro en una mueca y su dedo se precipitaba hacia el orgasmo. Separaba más los labios vaginales e introducía sus dedos índice y medio con firmeza y rapidez en su vulva, lo que prolongaba su orgasmo. Abría la boca en un grito silencioso y se tocaba hasta que terminaba el orgasmo. Anne también lo intentaba de noche, por supuesto, pero le dolía terriblemente cuando introducía un dedo en el pequeño orificio de su vagina. Solo después de muchos meses se atrevió a introducir dos dedos en el agujero, pero al principio le dolió mucho; solo gradualmente el agujero se hizo lo suficientemente grande como para acomodar ambos dedos. Pero tuvo que aprender cómo se masturbaba su madre y hacerlo de la misma manera, y aprender a tener un orgasmo igual que ella, aunque al principio fuera difícil y bastante doloroso.

Anne metió la mano entre los barrotes y agarró el pequeño pene de Jim. Parecía igual que los lindos penecitos de los niños, pero claro, era más grande. Anne no pudo leer sus reacciones; su rostro

permaneció oculto tras su máscara neutra. Jim tardó un buen rato en eyacular. Se limpió los pantalones, cogió la bandeja y se marchó. De nuevo, lo oyó cerrar las dos puertas con llave. «¡Gracias, Anne, gracias!», murmuró. Recordó el cuento de Las mil y una noches; tenía que alargar las historias como aquella princesa. Al final de la tarde, Jim llegó con una comida caliente congelada. Se marchó inmediatamente; obviamente tenía prisa.

Los días siguientes transcurrieron igual; ella lo masturbó a través de los barrotes después del desayuno y siguió hablando de la frecuente masturbación de su madre. Mencionó con qué frecuencia ella misma había intentado masturbarse de niña y solo había alcanzado su primer orgasmo después de semanas. Se dio cuenta de que Jim quería oír más y sacó a relucir la aventura de su madre con el tío Karl. No le mencionó a Jim que eran hermanos, tal vez más tarde. Anne describió con gran detalle cómo su madre tenía que chupar y lamer el pene del tío Karl hasta que estuviera completamente erecto, luego él tenía relaciones sexuales con ella durante unos 10 minutos y eyaculaba dentro de ella. Podía verlo claramente en sus nalgas porque su tío las apretaba rítmica y firmemente al eyacular. Por lo general, solo venía a tener relaciones sexuales con ella dos veces por semana.

Esa mañana, Jim trajo el desayuno y le preguntó si podía acostarse con ella. Ella aceptó de inmediato y, para tranquilizarlo, le dijo que no podía tener más hijos, así que él podía eyacular dentro de ella sin preocupaciones. Él entró, ella tuvo que arrodillarse a cuatro patas sobre el colchón y él la penetró por detrás. La folló con mucha insistencia, pero ella supo desde el principio que no tendría un orgasmo con su forma de follar. La folló todas las mañanas antes del desayuno durante seis semanas; tenía un poco de tiempo y se quedaba hasta que ella terminaba de comer.

Una mañana se dio cuenta de que Jim no era Jim, aunque iba vestido igual y llevaba la misma máscara. Este hacía todo exactamente igual que el primer Jim, pero enseguida vio que tenía un pene completamente diferente, un pene grande y carnoso como el del viejo Jenkins. Tuvo un orgasmo intenso porque no dejaba de pensar en Jenkins. Jim 2 gruñó y siguió follando hasta que se corrió. Se corrió

durante una semana, y luego se corrió el primer Jim de nuevo. Por supuesto, ella le preguntó, pero él no respondió quién era ni por qué.

Jim quería masturbarse con Anne antes del desayuno. Él afuera, ella adentro. A ella no le importó mucho; él no era el primero que quería verla masturbarse. Ella calculó el tiempo para terminar casi al mismo tiempo que él. Después del desayuno, él se acercó y la penetró por detrás, follándola durante un buen rato y eyaculando solo brevemente. Hicieron esto durante las siguientes semanas, y ella solo tuvo un orgasmo justo antes de quedarse dormida. Él le trajo un par de bragas nuevas; ella había dejado de usar las viejas hacía días porque estaban sucias y olían mal.

Anne le contó a Jim cómo el tío Karl hizo que la niña de nueve años lo masturbara, la desfloró sin dolor y tuvo relaciones sexuales con ella durante tres meses. A la pequeña Anne le encantaba que la follaran; casi siempre tenía un orgasmo y le hubiera gustado seguir así para siempre. Para ella, era maravilloso y no tenía nada de malo. Pero un día, su padre irrumpió en la habitación de los niños, se armó una buena pelea y el padre fue inmediatamente a la policía, arrastrando a la niña con él. La llevaron al médico forense, quien la examinó y la interrogó. Pero esa misma noche, la madre le dio una buena paliza al padre. Él fue a la policía con el pene escondido entre las piernas y retiró la denuncia.

Durante los siguientes seis años, Anne se acostó con todos en la escuela. Por las noches, se acostaba con su padre y tenían relaciones sexuales. Él estaba muy enojado con su madre porque ella seguía acostándose con su hermano. La pequeña Anne disfrutaba mucho de tener relaciones sexuales con su padre; tenían una relación muy cercana, y el sexo con él era muy valioso para ella. Durante seis años, dejó que su padre tuviera relaciones sexuales con ella todas las noches, tantas veces como él quisiera. Después de cada orgasmo, le sonreía triunfante a su madre, quien estaba muy enojada y se masturbaba en secreto bajo las sábanas. Los padres se odiaban intensamente; el padre demostraba su superioridad teniendo relaciones sexuales con su propia hija pequeña delante de la madre. La madre lo odiaba aún más porque siempre se excitaba al verlos tener relaciones

sexuales y casi tenía que masturbarse bajo las sábanas en contra de su voluntad.

Entonces la madre inició una verdadera guerra contra el padre. Se divorció de él, obtuvo la custodia exclusiva de Anne, y el padre quedó como el villano. Tuvo que abandonar el pueblo, el distrito, en desgracia; ella nunca más lo volvió a ver. Tenía que escapar de este dragón maligno, y así fue como el viejo Jenkins entró en escena. Logró liberarse de su madre, y Jenkins también era bastante bueno en la cama. Sufrió un aborto espontáneo, se esterilizó y se divorció de Jenkins.

A partir de entonces, vivió sola, trabajó como cajera en varios supermercados y volvió a masturbarse intensamente. Se masturbaba todas las noches, a menudo hasta altas horas de la madrugada, y era genial, aunque a la vez un poco aburrido. Buscaba chicos jóvenes y encontraba uno cada día, después de haber agotado por completo al anterior. Tuvo que cambiar de territorio varias veces, pero solo la atraparon una vez.

Eso fue prácticamente todo.

Pasaron algunas semanas, y Jim 2 volvió. Estaba en silencio, igual que antes, y no respondió a ninguna pregunta. Al día siguiente, llegó otro, Jim 3. Era un poco más bajo que los otros dos, igual de silencioso que Jim 2, y su pene era un poco más corto pero mucho más grueso que el de Jim 2. Era el mejor en la cama de todos; Anne tuvo orgasmo tras orgasmo, perdió la cuenta. Jim 2 y 3 se turnaban cada día; Jim 1 no volvió durante seis semanas. Anne se había memorizado los tatuajes de los hombres. Jim 1 no tenía tatuajes, Jim 2 tenía el antebrazo tatuado con demonios y calaveras hasta los nudillos, y Jim 3 tenía una enorme serpiente que se extendía desde la muñeca hasta los codos, pero ella no podía verla entera. Los tres Jims se turnaban cada día; ella era follada todas las mañanas antes del desayuno. Jim 1 nunca la hacía llegar al orgasmo, Jim 2 solo una vez o nunca, pero Jim 3 la hacía llegar a múltiples orgasmos de forma fiable.

No había pasado ni un año cuando las cosas empezaron a ir mal. Ni siquiera Jim 1, que solía disfrutar hablando con ella, podía expli-

car por qué a veces había días en que no recibía ni comida ni sexo. Anne se quejaba de que tenía mucha hambre y sed. Jim 1 empezó a llevarle galletas y agua embotellada con regularidad para que no pasara hambre. Ahora era el único; los otros dos dejaron de venir. Jim siempre parecía tener prisa, o al menos así le parecía a ella.

Una tarde, se paró junto a la puerta, con una pistola en la mano. Abrió la puerta para entrar, pero se quedó afuera, escuchando. Oyó a alguien, alguien disparando para abrir la cerradura. Un policía uniformado entró sigilosamente, agachado. Jim le disparó, hiriéndolo, pero volvió a disparar. La pistola de Jim cayó al suelo. Se abalanzó sobre el policía con un fuerte rugido, y forcejearon por el arma reglamentaria. Anne recogió la pistola de Jim del suelo. Jim le había arrebatado el arma al policía y ya le había disparado en el pecho.

Anne apuntó con la pistola a la espalda de Jim. Dudó en dispararle al hombre con el que llevaba un año acostándose. Jim apuntó con la pistola a la cara del policía, que no llevaba chaleco antibalas. Anne disparó una, dos, cinco veces. Entonces la pistola se quedó sin munición.

Entonces entraron muchos policías por la puerta, uno de ellos le quitó la pistola de la mano a Anne, que estaba desnuda. Alguien la cubrió con una manta. “Quiero ver su cara”, repetía, y se arrodilló junto a Jim. Le quitó la máscara. Dos largas y feas cicatrices cruzaban su rostro sorprendentemente joven. Nunca lo había visto antes. La llevaron a una ambulancia. Un paramédico le puso una inyección. Un detective la interrogó. Había estado encarcelada durante un año. Habían sido tres, dijo, dos de los cuales no habían sido vistos en semanas. Los tres la habían violado. “¿Contra tu voluntad?”, preguntó innecesariamente. Anne no pudo evitar reír. Se rió como una loca. “Me dejé secuestrar y encarcelar durante casi un año entero. ¡Y si no me hubiera dejado violar sin resistirme, estaría muerta como la pobre Julia!”. El detective se animó. “¡Registren todo el recinto en busca de un cadáver femenino!”, gritó por la radio. — ¡Y perros detectores de cadáveres! — ladró. El paramédico se impacientó.

El comisario la acompañó al hospital. Ordenó que un artista la acompañara. La descripción que Anne proporcionó fue escasa. Un

hombre era delgado, de 1,80 metros de altura, y el otro quizás de 1,70 a 1,75 metros, ancho y robusto. “Así que, solo 18 millones de hombres”, bromeó el asistente del comisario. El artista, sin embargo, pudo dibujar los tatuajes con gran precisión; Anne quedó satisfecha. “Exactamente así, ambos en el antebrazo izquierdo”, añadió. El artista consultó su obra en una base de datos y encontró a ambos hombres en cinco minutos. Anne nunca había visto sus rostros, pero examinó las fotos de los tatuajes con mucho cuidado. “¡Sí, son ellos, cien por cien!”. El comisario asintió satisfecho y envió al grupo de búsqueda. Llegó el médico. Anne presentaba una leve desnutrición, pero por lo demás estaba sana; sin signos de intoxicación ni consumo de drogas. Sin lesiones externas, sin enfermedades de transmisión sexual. Está perfectamente bien, dijo el médico, sin embargo, se recomienda encarecidamente un procesamiento psicológico de su cautiverio.

El detective entró tras una llamada telefónica en el pasillo. Le susurraba a su asistente, pero Anne podía oírlo todo. Hasta el momento se habían encontrado once cadáveres y la búsqueda continuaba. Anne estaba a punto de preguntar si Julia estaba entre ellos, pero guardó silencio; era una pregunta completamente inútil. El forense identificaría los cuerpos, lo sabía por la televisión.

Anne recibió una pensión transitoria y pudo volver a vivir en su apartamento, aunque con protección personal. Rechazó las visitas de su madre, quien exclamó: «¡Ay, mi pobrecita!». No quería volver a ver a esa vieja, pero su madre seguía dando entrevistas y gritando a las cámaras. Los policías apostados frente a su puerta fueron retirados después de seis meses. El agente que había recibido dos disparos en su chaleco antibalas recibió una medalla del comisario. Acudió a un psicólogo durante todo el año, lo que le ayudó muchísimo. Tuvo que identificar a los dos hombres en el juicio por sus tatuajes, y entonces todo aquel circo llegó a su fin.

Ella escribiría un libro con un periodista sobre sus 341 días de cautiverio; es decir, él escribía y ella aprobaba todo. Para su pesar, tuvo que recortar drásticamente las numerosas escenas de sexo, dejando solo insinuaciones sugerentes. A Anne no le importó; se embolsó la gran suma de dinero y firmó para interpretar el papel princi-

pal en una película pornográfica sobre su cautiverio. El productor quedó satisfecho con docenas de tomas de prueba de ella teniendo sexo con varios actores. El hecho de que se interpretara a sí misma y lo hiciera todo ella misma prometía un gran éxito, justificando la tarifa millonaria.

Anne se subió a su coche nuevo y se dirigió a la casa de su padre.

• • •

drama de rehenes

by Jack Faber © 2024

Jim Carpenter entró en su garaje, pulsó el mando a distancia, la puerta del garaje bajó y se cerró. Cogió su maletín del asiento del copiloto y salió del coche. Solo entonces vio al hombre del rifle.

En realidad era un chico, de no más de 25 años, calculó Jim. Pero se quedó inmóvil en la puerta, apuntándole con el rifle. Sabía, por uno de los seminarios recientes, que su única oportunidad era mantener la calma. Se acercó lentamente al chico, quien le abrió paso y agitó el cañón del rifle, indicándole que entrara. Jim entró, dejó su maletín en el zapatero y se detuvo. El chico del rifle le presionó el cañón contra la espalda y lo empujó hacia la sala.

Con una sola mirada, comprendió la situación. Dos hombres armados estaban apoyados contra las paredes a su izquierda y derecha. Su esposa, Lynn, y su hija, Cary, estaban acurrucadas juntas en un rincón. Ambas tenían los ojos llenos de lágrimas y el maquillaje corrido. Estaban desnudas, excepto por la ropa interior. El mayor de los tres gánsteres sonrió ampliamente. “¡Ah, papá por fin está aquí! ¡Y nos trae la combinación de la caja fuerte! ¡Como Papá Noel! ¡Pase, señor Carter! ¡Y quítese los calzoncillos, no queremos sorpresas!”, ladró, riendo con una risa repugnante.

Jim se quitó lentamente el traje y la camisa, todo excepto los calzoncillos. Enseguida se dio cuenta de que Lynn no había revelado la combinación de la caja fuerte para ganar tiempo, para salvarse a sí misma y a Cary del asesinato. Quizás Lynn también esperaba que Jim pudiera salvarla de alguna manera. El segundo criminal blandió su rifle, y Jim se sentó junto a Lynn y Cary. “¿Están bien?”, susurró. Lynn negó con la cabeza. “Se llevaron todo lo que encontraron. ¡Violaron a Cary!”. Jim miró a Cary a los ojos, horrorizado. Ella lo miró con expresión herida, luego bajó la mirada. “Nos violaron a las dos, a mamá y a mí”. Cary comenzó a llorar en voz baja. “¡Papá, ya no soy virgen!”.

Lynn no miró a Jim. «Me ofrecí a ellos cuando manoseaban a Cary. Aun así, violaron a la niña, los dos». Aunque susurró muy bajo, él percibió su rabia. «¿Jack?», preguntó en silencio. Lynn negó con la cabeza. «El ático». Eso significaba que aún no habían encontrado a Jack, de ocho años; se escondía en el ático. Jim suspiró aliviado; con suerte, Jack se quedaría en su escondite.

Los gánsteres habían esparcido su botín sobre la mesa de centro. Un puñado de billetes de dólar, teléfonos móviles, tarjetas de crédito, baratijas de mujer de sus bolsos. Un montón de joyas, tanto auténticas como baratas, todo amontonado. Una pila de cartas, atadas con una cinta azul. Jim se quedó mirando las cartas. El primer gánster notó su mirada y arrancó la carta superior del paquete. «Sra. Lynn Carter», leyó en voz alta, sacando la carta del sobre. «Querida Lynn», leyó en voz alta y patéticamente, «no tienes ni idea de cómo me quedé sentado en la cama durante otra hora después de la última vez, solo quería olerte, sentir tu cuerpo y abrazarte, y...» se interrumpió, «pura tontería, creo». El gánster sonrió y leyó la última línea. «Tengo muchas ganas de que llegue el jueves y tu clase de yoga, con amor, Larry». Miró de una carta a otra, pero su actuación no recibió aplausos.

Cary miró a sus padres, Lynn tenía la mirada baja y Jim la miraba fijamente, sin palabras. No conocía a ningún Larry, excepto al chico que limpiaba la piscina cada pocas semanas. Susurró sin tono: "¿Larry?", y Lynn no levantó la vista. Simplemente asintió, su mirada se suavizó y luego se endureció de nuevo. "¡Vaya, vaya!", exclamó el gánster, "¡Vaya lío que tenemos aquí! Lynn va a yoga, ¡y Larry está deseando enseñarle todas las mejores posturas! ¡Ay, señor Carter, aprender yoga de esta manera debe doler!". Se rió estridentemente. Jim lo miró a los ojos y escupió. El tipo se rió aún más fuerte. "En realidad, pensaba enseñarle a tu hija cómo sus padres tenían sexo. ¡Pero ahora todo ha cambiado! Él tiene una rabia contenida, y ella está mortificada. Lo haremos de otra manera". Lynn se quitó las bragas y se acercó a Jim, queriendo detenerlo. Pero el tipo lo interrumpió. — ¡Vamos, señor Carter, la hija es suya! — Blandió el cañón del rifle frente a la cara de Cary y luego hacia sus bragas — . ¡Vamos, quítatelas, y rápido! — Cary, asustada, se quitó las bragas. Ahora el cañón

del rifle apuntaba a Jim — . ¡Quítatelas, señor Carter, por favor! — Jim obedeció a regañadientes.

Cary se acercó a su padre por detrás, de lado. Vio la mirada furiosa de su madre, por supuesto, pero la ignoró. Tomó el pene de Jim entre sus dedos, que se endureció al instante al contacto, y le susurró al oído: «Dos completos desconocidos ya me han follado hoy. ¡Pero me alegra pensar que tú me folles, papá! ¡Todas las noches, cuando me masturbo, sueño con eso, sueño contigo! ¡No me importa, papá!». Jim se sentó rígido, sin mirar a Lynn. Miró a los ojos de Cary, a su rostro. Nunca la había tocado antes; había tenido mucho cuidado de evitar cualquier situación incómoda. Ahora sintió el cañón del rifle contra su sien y vio la determinación en los ojos de Cary. Gruñó: «¡Guarda esa pistola!». Lo dijo con tanta firmeza que el hombre bajó el rifle de inmediato. Jim se inclinó hacia adelante y besó la mejilla de Cary. Se inclinó hacia su oído y le susurró: «¡Perdóname, pequeña!», y ella asintió, luego lo jaló al suelo con ella.

Los tres gánsteres sonreían mientras Jim follaba a su hija. No vieron el brillo de placer en el rostro de Cary, ni la expresión tensa y de asco en el de Jim. Estaba a punto de correrse e intentó sacar su pene, pero Cary lo sujetó por la nalga. Sintió los dedos de Cary rozar suavemente su clítoris y sintió con su pene las contracciones rítmicas de sus músculos vaginales. Solo en un rincón oculto de su mente registró su orgasmo. Se quedó encima de ella durante mucho tiempo, luego se puso los calzoncillos y se sentó junto a Lynn, con la cabeza gacha y triste.

— ¡Oye, Shorty, no te has acostado con nadie hoy! — le gritó el líder al chico — . ¿Puedes siquiera, o eres gay? — Shorty se sonrojó — . No soy gay, cerdo, solo que todavía no he tenido ninguna. — El líder se quedó en silencio, atónito — . Pensé que solo la hija era virgen, ¡pero aquí tenemos otra! Tranquilo, Shorty, no te preocupes. ¡Tenemos una profesora de yoga maravillosa que te puede enseñar! — Lynn se estremeció al comprender. Jim llamó al líder, preguntándole si le importaría abrir la caja fuerte. Un dolor punzante atravesó el corazón de Lynn; su marido quería protegerla, evitar que la violaran de nuevo.

Pero el líder permaneció impasible. “¡Yoga primero, luego seguridad!” dijo con firmeza. No necesitó decir más; Shorty se desnudó y se arrodilló ante la desnuda Lynn. “Señora Carter, lo siento, ¡nunca he hecho esto antes!” Lynn sintió que su corazón se ablandaba. Era una situación extraña; la estaban obligando a tener sexo, pero Shorty apenas tenía más de 20 años y tenía un pene de buen tamaño que ya estaba erecto. “Vamos, Shorty, vamos despacio. Te mostraré cómo se hace.” Fue brusco. “¡Ya sé cómo se hace!” dijo con desdén. Ella se colocó, agarró su pene y lo guió rápidamente hacia adentro. Shorty comenzó a follarla, sus amigos sonrieron y Jim cerró los ojos. No quería verlo.

Shorty dejó su polla dentro de la vagina de Lynn después de correrse. “Aún no he terminado, señora Carter”, dijo, y pronto continuó follándola. Lynn tuvo que admitir que la follaba bien y con gran resistencia. Se corrió e inmediatamente comenzó a follarla de nuevo, sin darle a Lynn tiempo para que su excitación disminuyera. Shorty sonrió de oreja a oreja cuando Lynn se corrió breve pero claramente. Ella se relajó de inmediato y dejó que Shorty la terminara de follar sin pensarlo dos veces. Se sentó enseguida y se puso las bragas. Su mirada se encontró con la de Jim; él simplemente asintió cortésmente, no había nada que decir.

El líder siguió a Jim, que caminaba delante en calzoncillos. Sin embargo, se detuvo y agarró el maletín de Jim. “Veamos qué tienes ahí dentro”, dijo, y volvió a la sala. Tiró todo del maletín al suelo, pero luego se detuvo. Un joyero, con una tarjeta de felicitación adjunta. Miró dentro del joyero y silbó entre dientes. “¡Qué bonito!”, exclamó, mostrando a todos el collar. No parecía barato. “¿Y qué dice la tarjeta?”, preguntó el segundo gánster, porque Shorty había vuelto arriba. El líder leyó en voz alta: “Querida Amy, ¡Feliz cumpleaños, Jim! P.D.: Ya hablé con Lynn, ¡nos estamos divorciando!”. El líder se volvió hacia Lynn. “¡Ajá, el divorcio está en marcha, y el señor Carter ya tiene una sustituta!”. Lynn permaneció en silencio; no lo sabía, pero no quería mirar a Jim a los ojos ahora.

Shorty bajó las escaleras arrastrando a Jack por la oreja. “Estaba sentado frente a internet viendo YouTube”, gritó Shorty triunfante. El líder se molestó brevemente, pero Jack le aseguró que había esta-

do viendo un documental de animales con auriculares y que no se había dado cuenta de nada. Cuando le preguntaron qué había estado viendo, Jack dijo que era sobre cómo se reproducían y criaban los animales. “¿Y ya sabes cómo se reproducen los humanos?”, preguntó el gánster, y Jack dudó, muy avergonzado, pero luego asintió. “¡Maldita sea, quiero ver eso!”, gritó el líder con alegría, ¡y le ordenó a Jack que se quitara toda la ropa! Agarró al chico desnudo y lo puso frente a Cary. “Ahora, todos queremos ver cómo se hace”, gritó, y arrojó a Jack hacia Cary. Jim intentó atacar al gánster, pero el líder lo golpeó en la cara con el cañón de su rifle.

Cary rodeó con su brazo los hombros de Jack. “Vamos, esto no es problema para mí, ya lo has visto en internet, ¿verdad?!” Jack asintió, pero estaba muy inseguro y parecía muy disgustado. Cary frotó su pene varias veces y lo guió hacia su vagina. Jack la folló con cuidado y obediencia. Cary le susurró al oído que simplemente empujara correctamente. Él asintió y se corrió después de unos minutos. Dejó su pene dentro de ella y continuó follándola después de un rato. Se corrió de nuevo y susurró que debían seguir follando. Su pene ya estaba bastante flácido, pero intentó seguir follando. Esperó el momento en que los gánsteres apartaran la mirada y le susurró al oído a Cary: “¡Policía! ¡Pronto!” Cary lo miró con duda, pero él asintió con firmeza y metió y sacó su pene flácido de su vagina. “¿Nunca has pensado en eso, cariño?” preguntó Cary, completamente inesperada. “Sí, de hecho, cada vez que te miro”, respondió Jack con simpleza, “hay un agujero debajo de la foto de Lenin”. Cary lo miró con los ojos muy abiertos, “¿y lo viste todo?” Jack asintió, “¡cada pelo púbico, hermanita!” Ella bajó la mano y sostuvo su pequeño pene recto, que seguía entrando y saliendo de su agujero con ahínco.

En ese momento, decenas de sirenas policiales sonaron durante un minuto. Luego, un altavoz crujió: “¡Salgan, manos arriba, ahora! ¡Están rodeados!”. Los tres gánsteres dispararon a través de las ventanas, pero la policía no respondió al fuego. Jim se abalanzó sobre Lynn y los niños, dispuesto a protegerlos con su cuerpo. Jack seguía dentro de la vagina de Cary y continuó eyaculando a pesar de que ya no la estaba follando; siguió eyaculando durante todo el tiroteo, y Cary simplemente lo miró extrañada.

Tras un breve intercambio de disparos, se les acabó la munición. El líder gritó que salieran corriendo y dispararan con más precisión. Los dos corrieron hacia la puerta y continuaron disparando, con Shorty justo detrás, con las manos en alto. Los policías vaciaron sus cargadores, recargaron y abrieron fuego. «¡Alto!», resonó el altavoz, «¡Alto el fuego!». Entonces se hizo el silencio, y los policías entraron con cautela en la casa donde estaban las cuatro personas que habían rescatado.

Todo había cambiado. Lynn y Jim hablaron durante horas, durante días, sobre Larry y Amy. Las cosas se calmaron. Larry y Amy ya no tenían cabida en sus vidas.

Cary pegó un póster de Elvis Presley sobre el de Lenin. Tenía trece años y ya había superado su etapa revolucionaria. ¡Adiós, Lenin! Cada pocas semanas, bajaba sigilosamente al dormitorio de sus padres y le preguntaba a mamá si podía acostarse con Jim. Su madre sonreía con complicidad, apartaba las sábanas de forma seductora y despertaba a Jim.

Cary dejaba entrar a Jack por la noche cuando él rascaba la puerta. Quería sentarse entre sus muslos y observarla masturbarse de cerca. Luego, cuando ella terminara, lo abrazaría y dejaría que la penetrara hasta que quedara completamente exhausto.

Lo hicieron con mucha discreción, pero si los padres lo supieron, nunca dijeron nada.

• • •

El guerrero

by Jack Faber © 2024

El curandero estaba vendando la herida de Mark en la parte superior del brazo cuando su padre, Reik, entró en la tienda. El curandero se apartó y Reik se sentó en el taburete. Vio que la herida estaba bien atendida y no preguntó cómo se sentía Mark. Asintió con la cabeza hacia su hijo y le pidió que le contara lo sucedido. Había oído algunos detalles, pero quería escuchar de su hijo la verdad.

Mark contó que corrió al oír los gritos de su hermanastra Aya. Un chico desconocido estaba violando a la niña de once años. Saltó sobre la espalda del chico y lo apartó de Aya. El hombre agarró su espada, y Mark entró corriendo a la casa, tomó la espada de bronce de su abuelo del cofre y salió corriendo a la plaza. Luchó contra el hombre, quien lo hirió en el brazo, y entonces vio su oportunidad. Le dio un puñetazo en la rodilla, derribándolo al suelo, y luego le cortó la cabeza.

Reik asintió pensativo. «Ya lo has practicado cien veces, y es bueno que recuerdes las lecciones. Iré al Consejo de los Sabios y hablaré por ti; eres mi hijo y mi discípulo». Reik se levantó y se dispuso a marcharse. «No olvides al primero; vendrán muchos más, pues eres un guerrero. Solo tienes catorce años, pero conserva la espada de mi padre; sé que está en buenas manos».

El consejo aceptó la explicación de Reik. El joven fallecido tenía ya 17 años y era responsable de sus actos. El consejo rechazó rotundamente la demanda de indemnización de su familia; había cometido un delito y abusado de una niña de 11 años. Su hermano lo había matado en una pelea justa, lo cual era su derecho. La familia se marchó furiosa, y se oyeron palabras muy duras.

Mark era el único hijo de Reik; los demás eran bastardos criados por sus madres. Reik era el comandante y entrenador de la casta guerrera, que contaba con unos 50 hombres. La tribu tenía casi 400 miembros, y la mayoría de los hombres tenían cuatro o cinco espo-

sas. Reik fortalecía las amistades y alianzas permitiendo ocasionalmente que sus amigos se quedaran a dormir y turnándose para acostarse con una de sus esposas. Esa era la costumbre; así se consolidaban las amistades.

Mark recordó la primera vez que realmente se había acostado con una mujer. Reik y su amigo roncaban junto a la esposa de Reik, y Mark estaba en el otro extremo de la tienda. Había observado a los hombres follar con gran interés, su polla estaba dura como una roca, y estaba acostado detrás de la mujer gorda y embarazada de Reik. Hasta entonces, solo se había acostado con sus compañeras de juegos por el culo; las chicas aún no estaban permitidas para chicos jóvenes como él; eran un tabú. Con vacilación, Mark acarició el redondo trasero de una mujer que estaba acostada de lado, con su gordo culo girado hacia él. Estaba casi completamente oscuro. La mujer tocó su mano y la guió hacia su trasero. Mark apartó su ropa y exploró su culo con los dedos. Ella no ofreció resistencia cuando él introdujo su polla en su hendidura, luego en su ano. Ella la sacó con una risita suave y la palpó. “En realidad era la polla de un niño pequeño”, susurró casi inaudiblemente. “¿Te gusta?”, susurró de nuevo, sin esperar su respuesta. Ella levantó la pierna y presionó su pene contra su agujero. Él inmediatamente comenzó a follarla como había follado a sus amigos. Era tan agradable, cálido y apretado dentro de su coño; contuvo la respiración. Estaba follando a una mujer de verdad por primera vez; ella ya estaba embarazada, y Reik pronto la enviaría a casa con su familia. Mark se corrió dentro de ella y sacó su pene. Después de un rato, ella le susurró si quería follarla de nuevo, y por supuesto que sí. Después de la tercera vez follando y corriendo dentro de ella, se acostó contra su espalda y se durmió, cansado. Se despertó por la mañana rodeado de las mujeres gordas, que dormían acurrucadas como morsas. Mark no habría podido decir a cuál de las mujeres se había follado.

Pero no importaba. Ahora se acostaba con una de las morsas todas las noches; a veces la reconocía, a veces era claramente otra. Reik tenía seis esposas, pero solo se acostaba con una cada noche y se dormía maravillosamente cansado. Ahora le tocaba el turno a Mark. Se acercaba sigilosamente a la morsa más cercana, apartaba sus harapos y se acostaba con la que yacía de lado por detrás. Normalmente se la

follaba dos veces, se corría dos veces dentro de ella, a veces se la follaba tres veces. No le molestaba que la morsa se frotara y se rascara entre sus pelos rizados y se corriera temblando y convulsionando; eso no era asunto suyo. Se acostaba con una de las esposas de Reik todas las noches, y Reik nunca decía una palabra. Mark cumplió 10, 12 y 14 años; seguía acostándose con las esposas de Reik, y por supuesto, cada vez también se acostaba con su propia madre cuando venía de visita y se acostaba con Reik. Después, ella se tumbó entre las morsas gordas y preñadas, y Mark se arrastró detrás de ella y se le permitió follarla por detrás; eso era algo muy especial para él. Ella sonrió después de que él la follara unas cuantas veces y le besó en la coronilla, algo que nadie más hacía. Él la quería un poco, aunque ella ya no vivía en el harén de Reik. Ella tenía una relación especial con Reik, y así fue como Mark se convirtió en su único hijo reconocido, no un bastardo como los demás. Pero en realidad ella vivía en la casa de un amigo de Reik. Ella le había dicho a Mark que Reik no lo soportaba y no le permitía masturbarse mientras tenían sexo. A Aarn, su nuevo marido, tampoco le gustaba mucho, pero no estaba tan en contra como Reik. Mark, sin embargo, quería que ella se acostara con él todas las semanas porque, según él, era la única mujer tan bellamente delgada y elegante, no una morsa como las otras esposas de Reik, y cuyo agujero era tan bellamente estrecho como el de una jovencita. Le gustaba mucho cuando ella se contoneaba delante mientras él la penetraba por detrás, y le excitaba cuando ella temblaba y se estremecía durante un buen rato y luego, de repente, le pellizcaba el pene. Ella sonreía sutilmente y se corría todas las semanas.

Mark y su pandilla sentían un inmenso respeto por el curandero. Él podía curar a los enfermos, y eso lo hacía especial. Pero también era el único que podía invocar al Gran Espíritu en la niebla durante la luna nueva. El curandero encendió una gran hoguera y desapareció entre el humo. Entonces, el Gran Espíritu emergió del humo. Se parecía mucho al curandero, pero hablaba un idioma ininteligible. Todos se arrodillaron, boca abajo en el suelo. El espíritu caminó entre las filas, palpando los cuerpos de las jóvenes. Tomó una decisión, caminó sobre las brasas ardientes y desapareció en el bosque con la muchacha. Ella regresó al amanecer, pero no pudo decir qué le había sucedido al espíritu en el bosque.

Mark y sus amigos superaron su miedo y siguieron sigilosamente al fantasma. Se había transformado de nuevo en el curandero y estaba teniendo sexo con la chica en un claro. La chica yacía completamente inmóvil y le permitía follarla una y otra vez. El curandero hizo señas a los amigos para que se acercaran, y tuvieron que turnarse para follar a la chica hasta que no pudieron más. La chica estaba congelada en el sitio y aparentemente no sentía nada. El curandero ahuyentó a los chicos y siguió follando a la chica hasta el amanecer. El curandero era intocable; vagaba entre las chozas, agarrando a cualquier chica y follándola prácticamente en público. Nadie lo detenía, ni un marido ni una prometida. Era su derecho natural.

Mark no quería ser curandero como algunos de sus amigos. Quería ser guerrero como su padre y comenzó su entrenamiento a los doce años. Dormía con una morsa todas las noches y, por lo tanto, se sentía mucho más mayor que sus amigos. Reik lo había aceptado en su entrenamiento; era inteligente, trabajador y se esforzaba mucho.

Y ahora, con apenas 14 años, había matado a su primer hombre.

Por supuesto, Reik no hacía alarde del orgullo que sentía por su hijo. Le había regalado a Mark la espada de bronce de su padre; se la había ganado. El abuelo de Mark había viajado por todas partes, incluso había matado dragones en costas lejanas, ¡dragones de verdad! Había traído consigo una docena de dientes de dragón, de entre 15 y 20 centímetros de largo, curvos y afilados. Eso le granjeó un gran respeto.

Mark estaba bastante seguro de que Reik sabía que él tenía relaciones sexuales con las morsas y la madre por la noche, pero Reik nunca lo mencionó, ni una palabra. Reik entrenaba a las tropas a conciencia, pero no era un matón. Daba por sentado que el guerrero mismo debía saber lo importante que era el entrenamiento. Entrenaba a los hombres durante seis horas diarias y luego les daba un largo descanso. A menudo les hablaba de otros pueblos.

Los Dogon vivían a tres valles de distancia, al amanecer. Tenían grandes y extensos campos donde cultivaban grano. No eran guerreros, sino cazadores, recolectores y agricultores. Habían entrenado

avestruces para montar, pero solo para la velocidad. El avestruz era fácil de entrenar, pero no tan apto para la lucha como los caballos. Y un huevo de avestruz era tan grande que podía alimentar a una familia. Sus mujeres eran gordas, feas y muy arrogantes. Incluso el marido tenía que colmarlas de regalos y rogarles que le permitieran tener relaciones sexuales con ellas. Años atrás, Reik había guiado a sus jinetes por tierras Dogon. Los hombres eran amigables y entretenían a los guerreros. Las mujeres reían con altivez y descaro cuando los jinetes querían tener relaciones sexuales con ellas. Así que los guerreros las tomaron por la fuerza, y hubo una gran conmoción y gritos, pero las mujeres fueron violadas una tras otra hasta bien entrada la noche, no porque fueran particularmente hermosas, sino porque armaban tanto alboroto por el sexo.

Al norte, a cinco valles de distancia, vivían las amazonas. Ese era el reino de las mujeres; eran unas 800, y mataban a todos los varones recién nacidos. Solo mantenían a una docena de prisioneros de guerra varones, que servían como sementales. No era un destino muy agradable, dijo Reik, mientras sus hombres sonreían con complicidad. Tenían que acostarse con una amazona tras otra, día y noche. Las amazonas les agarraban el pene con bastante brusquedad para comprobar si estaban dispuestos. Los prisioneros solo duraban unos pocos años antes de ser decapitados a las afueras de la ciudad, y sus cuerpos eran abandonados a los cuervos. Había guerra con las amazonas cada pocos años porque necesitaban nuevos sementales.

Pasó casi un año antes de que las amazonas atacaran. Eran quizás 50 o 60 jinetes, y emboscaron a los muchachos que estaban en el río jugando con las chicas. Capturaron a una docena de muchachos de la edad adecuada y huyeron. Reik las persiguió con 30 jinetes. Las amazonas se dividieron; un pequeño grupo se llevó a los prisioneros, mientras que los demás se volvieron y las atacaron. Las amazonas eran guerreras muy valientes, pero Reik había entrenado bien a sus jinetes. Después de tres horas de combate cuerpo a cuerpo, todas las amazonas, excepto tres, habían muerto. Reik tomó sus caballos y armas. Mark había luchado con una muchacha durante media hora y finalmente la dejó inconsciente con la empuñadura de su espada. La ató cuidadosamente y ató a la muchacha inconsciente a su caballo.

Reik se acercó y le dijo que le cortara la cabeza; una amazona capturada traía mala suerte. Pero Mark, como los otros dos vencedores, se negó a escuchar a su padre. “Quiero llevármela para follar”, dijo Mark secamente mientras cabalgaban de regreso a casa. Muchos de los jinetes de Reik estaban heridos, pero ninguno había caído. Reik estaba muy orgulloso de los muchachos y se encogió de hombros. “Como quieras”, gruñó, “pero debes seguir las reglas, porque las amazonas también las seguían. Sin las reglas, saquearían y quemarían nuestra ciudad; no tendríamos ninguna posibilidad. Tienen cinco veces más guerreras”. Mark, reacio a separarse de su cautiva, le preguntó a Reik sobre las reglas.

Las amazonas conservaban a sus sementales de por vida. Si un hombre era incapaz de aparearse o no podía embarazar a una mujer en seis meses, se le daban cinco días de comida y un palo largo para defenderse de las serpientes. Entonces se le permitía marcharse. Las amazonas vivían en territorio de serpientes, adoraban a una diosa serpiente, se introducían una serpiente grande en la vagina mientras se masturbaban y vestían faldas cortas y finísimas hechas de piel de serpiente. Esto, Reik se rió a carcajadas, a menudo cautivaba al oponente con más eficacia que la punta de las lanzas de las amazonas. Mark encogió los hombros, pues así se había quedado, boquiabierto, ante su primera amazona, casi perdiéndose la pelea. Estaba acostumbrado a que las mujeres y las niñas llevaran harapos hasta las rodillas alrededor de las caderas. Pero las amazonas se habían pintado los pechos, o al menos los pezones, de rojo; muchas se habían afeitado completamente el vello púbico y se habían pintado la vulva de un rojo brillante. La fina falda de piel de serpiente no cubría absolutamente nada.

Él, por otro lado, continuó Reik, volviéndose hacia Mark, tenía que follar a la prisionera y dejarla embarazada. Luego tenía que liberarla, con provisiones para cinco días y un bastón para ahuyentar a las serpientes, aunque no había ninguna donde vivían. Si no lograba dejarla embarazada en seis meses, aún así tenía que liberarla. Mark lo pensó. Quería a su propia esposa para follar, aunque solo fuera por seis meses. Le habría examinado el coño detenidamente cuando la ató; ya no era virgen, por supuesto, tenía unos diecisiete o dieciocho años y era muy atractiva. Reik rió fuerte y estruendosamente. “¿Ya te

cansaste de las morsas, eh?" Mark no dijo nada; era la primera vez que Reik sacaba el tema. Reik debía de saberlo todos estos años. Cabalgaron a casa en silencio.

Reik le había asignado una cabaña abandonada justo al lado de la suya. Mark ató a la prisionera a una gruesa estaca de madera, trajo un cubo de agua limpia y la desnudó. Despertó de su inconsciencia cuando él le frotó la pintura roja del pecho. Lo miró con los labios fruncidos, pero no dijo nada y en silencio le permitió lavarla, alimentarla y darle agua. Colocó un orinal junto a ella. Sabía que el idioma de su pueblo y el de las amazonas eran casi idénticos; ella debía entenderlo, aunque permaneciera muda y obstinada. Su nombre era Mark, tenía 20 años y era hijo de Reik, el líder de la caballería. Ella había luchado contra él; había luchado muy bien y lo había arañado varias veces con su espada. Pero él la había derrotado y la había hecho prisionera; ahora le pertenecía y la liberaría después de seis meses; conocía las reglas. Ella lo miró con hostilidad mientras él le desataba una mano y le ataba la otra solo el tiempo suficiente para que pudiera acostarse. La giró boca abajo.

La folló por detrás, pero ella se giró inmediatamente, con los ojos brillantes. "¡Quiero ver tu cara, quiero recordar tu cara, la cara de la guerrera que me dará un hijo!". Él se sorprendió porque ella tenía una voz muy hermosa. Intentó entablar una conversación con ella, pero ella permaneció en silencio y lo miró expectante. Solo había follado a una mujer de frente, cara a cara, a su madre, porque ella le permitía verla masturbarse mientras follaban. La folló de frente; ella abrió la boca de par en par cuando él se corrió dentro de ella. "¡Dame un hijo, mi guerrero!", gritó. La folló toda la tarde y toda la noche hasta el amanecer, y durante los descansos ella se acurrucaba contenta en sus brazos. Dijo que se llamaba Ayla, que tenía 17 años y que era hija de la reina amazona Perea. Dijo que si Perea descubría que era prisionera, vendría y lo destrozaría todo. Ayla se había ido a luchar sin que su madre lo supiera; Perea creía que no había terminado su entrenamiento. Ella haría todo lo posible por liberar a su hija. De hecho, en los meses siguientes apareció un pequeño grupo de amazonas, supuestamente para rescatar a Ayla. No secuestraron niños ni hombres; vagaron sin rumbo por la ciudad y fueron ahuyentadas. Mark le tapó la boca a Ayla para impedir que pidiera ayuda, a

pesar de que Ayla había prometido no hacerlo. Las amazonas no regresaron después del tercer ataque.

Mark y Ayla hacían el amor tan a menudo como él podía. La ataba tan flojamente que ella podía hacerle el amor con pasión. Tenía que admitir que se había enamorado de ella. Reik lo entendía perfectamente, pero Mark tenía que prometer que siempre ataría bien a Ayla cuando se marchara, y Mark se lo prometió a su padre. Pero Ayla también amaba a Mark cada día más. Se sentaba con cierta tristeza junto a ellos cuando la madre de Mark venía a pasar la noche y a hacer el amor. "¿Tu esposa?", preguntó Ayla cuando llegó para hacer el amor. Mark negó con la cabeza. "¡Ella me dio a luz!", dijo, y ella preguntó, bastante asombrada, si los hijos de su tribu hacían el amor con sus madres. Él negó con la cabeza; algunos sí, pero solo unos pocos, no todos. Ayla los observaba haciendo el amor con celos, pero no dijo nada más al respecto.

Ayla estaba embarazada de cuatro meses, pero aún no quería irse. Mark la follaba todos los días y todas las noches. Pero ya habían pasado seis meses, dijo Reik, mirando la barriga de Ayla. "¡Tienes que mandarla a casa, hijo!", insistió. Un día, Reik trajo un saco lleno de provisiones y un palo de un hombre. "¡Sácala del pueblo!", ordenó. Mark cabalgaba a su lado, con la cabeza gacha. El pueblo ya había quedado muy atrás cuando se tumbaron en la hierba. Ambos sabían que tenía que irse, pero él no quería dejarla marchar, no hoy, tal vez mañana.

La dejó montar en su caballo detrás de él, cabalgó cinco valles más y la dejó deslizarse al suelo a la vista de su ciudad. "¡La reina Perea te está esperando, no dejes que tu pobre madre espere tristemente!" dijo, girando su caballo. Cabalgó sin mirar atrás y galopó a casa a un paso rápido. Se sentó en silencio en su cabaña durante días, y Reik tuvo que ordenar a su madre que lo cuidara. Comía y bebía apáticamente y permanecía mudo; no quería charlar. Pero por la noche, ella lo sedujo, y él volvió a ser él mismo durante su apasionado acto sexual y masturbación. Al cuarto día, había superado su desamor y volvió a entrenar. Reik lo miró brevemente y asintió; sabía lo que se sentía al anhelar a una chica. Pero Mark entrenaba como antes. Su madre se quedaba a dormir en su cabaña una vez por semana, y después de

un tiempo, se colaba en la cabaña de Reik por la noche y se acostaba con una morsa u otra. No estaba en ello de corazón; Se acostó con mujeres gordas y obesas hasta dejarlas medio destrozadas para deshacerse de su semen.

Cabalgó bajo el mando de Reik hasta la ciudad Dogon, donde fueron bien recibidos y pagaron a los hombres con herramientas que podían usar. Tuvieron relaciones sexuales con las mujeres, indignadas y gritando, durante todo el día, perdonando solo a las niñas menores de 14 años. Los hombres aplaudían con entusiasmo cada vez que un guerrero eyaculaba con fuerza dentro de ellas. ¡Fue un festín delicioso!

Más tarde, Reik cabalgó hacia el sur con Mark y otros siete; estos bosques oscuros aún estaban en gran parte inexplorados. Al mediodía, asaban un ciervo o un puma desprevenido. Por las noches, se quedaban con los colonos dispersos. Reik talló un mapa en un trozo de corteza de árbol; quería crear el mapa más preciso posible del sur cuando regresara a casa. Se esmeró en marcar con líneas el tiempo de cabalgata entre dos puntos. Les obsequiaron a los colonos cuchillos y lanzas de bronce relucientes, que sin duda podrían usar. Tuvieron relaciones sexuales con todas las campesinas, hijas o sirvientas hasta que quedaron exhaustas. Las mujeres estaban encantadas de tener guerreros robustos entre sus muslos en lugar de los cansados y agotados granjeros o hijos. Reik regresó después de cuatro semanas.

Había pasado más de un año, y la profunda herida en el corazón de Mark sanaba poco a poco. Se había vuelto un poco insensible, aunque su madre lo visitaba cada semana y las morsas seguían tan dispuestas como siempre. Un día, al regresar a su cabaña después de entrenar, Ayla estaba afuera, esperándolo. Corrió al verla. La abrazó durante lo que pareció una eternidad, cubriendo su rostro con mil besos. La soltó y la invitó a entrar. Llevaba su espada corta atada a su falda corta de piel de serpiente, una lanza de batalla en la mano y un bulto a la espalda. Apoyó la lanza y el cinturón de armas contra la pared y se quitó el bulto de la espalda. Los ojos de Mark se abrieron de par en par; el bulto era un niño pequeño de cabello rubio. Ayla le entregó al niño. “¡Tu hijo, guerrero Mark!”, dijo solemnemente, y una cálida y reconfortante sensación inundó su corazón. “¡Hijo mío!”, ex-

clamó varias veces. Luego corrió hacia la cabaña de Reik, agarró un puñado de comida y un odre lleno de vino, y le gritó a Reik, riendo, que lo acompañara. Reik lo siguió.

Los tres se sentaron alrededor de la estera. Ayla tenía mucha hambre, pero les contó todo. Había dado a luz a su hijo y le había rogado a la reina Perea que no lo matara. Iba en contra de las reglas, pero ella suplicó por su vida. La reina la desterró al rincón más alejado del palacio. Pero después de meses, las voces de sus oponentes se hicieron cada vez más fuertes. Le pidió a la reina que la dejara irse con su hijo; ya no quería que se cuestionara la autoridad de la reina amazona. La madre lloró desconsoladamente, pero la reina amazona la desterró para que la paz regresara al reino. Había estado viajando a pie durante ocho días y quería que Mark decidiera su destino. Mark miró brevemente a Reik y luego dijo que debía quedarse con él como su esposa. Ayla se acurrucó contra su brazo.

— ¿Y cómo se llama el pequeño? — preguntó Reik con curiosidad, y Ayla dijo que aún no tenía nombre. No había nombres masculinos en el idioma amazónico; a los sementales los llamaban «¡Oye, tú!» o «¡Tú, ahí!». Se sonrojó; ¡no podía llamar a su hijo Duda! Reik soltó una carcajada. Una Duda era una vagina grande y dilatada en la que se había introducido una serpiente gruesa y gorda demasiadas veces. Reik rió a carcajadas, Ayla sonrió tímidamente porque ella también había introducido una serpiente muchas veces, y Mark sonrió con amargura. — Padre Reik, ¿puedo ponerle el nombre del abuelo, tu padre? Reik se puso serio y asintió. Así que el pequeño se llamó Erik.

No todos en el pueblo estaban contentos de que una amazona viviera ahora entre ellos. Escupieron con desprecio cuando Mark dijo que era una verdadera princesa, hija de la reina amazona. Quizás eso empeoró las cosas. Pero no tenían ni idea de lo testarudo que era Mark. Repartía bofetadas y puñetazos a diestro y siniestro; desde luego, no se contenía. Se adentró en el bosque y mató serpientes para que Ayla pudiera vestirse siempre con la obscena falda de las amazonas; insistía en ello, ¡debía exhibir con orgullo su vagina y sus nalgas! Ayla tardó un año entero en ser aceptada por la comunidad. El pequeño Erik prosperó. Las pijamadas de su madre se hicieron menos frecuentes, aunque Ayla ya no sentía celos y no insistía en que su

madre se quedara a dormir. Sentía perfectamente lo profundo y hermoso que era el vínculo entre ella y Mark. Sabía lo profundamente arraigada que estaba en el corazón de Mark y no necesitaba sentir celos ni por un instante.

Ayla cazaba liebres y ciervos con arco y flecha en el linde del bosque; tenía que proveer de buena comida para Erik y Mark. Su lanza y su espada corta aún estaban apoyadas contra la pared. Erik se convirtió en un hombre magnífico, como Mark; tenía 12 o 13 años. Cuando Ayla y Mark hacían el amor por la noche, Erik se revolvía inquieto. Cuando se masturbó y eyaculó por primera vez, Ayla se sorprendió mucho; no estaba familiarizada con eso. Habló con Mark durante un buen rato. Él dijo que ahora estaba en la edad en que un chico tenía que eyacular. La masturbación era muy poco saludable. Pero como a los chicos no se les permitía tener relaciones sexuales con chicas jóvenes hasta los 16 años, generalmente se les dejaba con las viejas, feas o viudas. Ese habría sido también su destino, si Erik no hubiera pasado por alto generosamente el hecho de que se había acostado con la mujer que lo había dado a luz y con las morsas, una tras otra.

Ayla dijo con voz firme que había dado a luz a Erik. Discutieron durante un buen rato, pero para ella estaba decidido. Erik no debía volver a hacer nada malo; no quería dejar a la perla de sus ojos en manos de la anciana. Mark asintió pensativo; le parecía perfecto. La noche siguiente, después de que él se acostara con Ayla, ella se arrastró hasta Erik. Él se sorprendió mucho, pero también se alegró mucho. Se acostó con Ayla como un profesional en poco tiempo; ella le permitió penetrarla y eyacular dentro de ella tantas veces seguidas hasta que él vació completamente su semen.

Ella le permitió acostarse con ella hasta que cumplió 16 años y luego se le permitió acostarse con las chicas jóvenes, y luego durante muchos años más.

• • •

El pequeño espía

by Jack Faber © 2024

La carrera de espía del pequeño Ben llegó a su fin después de seis meses. Sin embargo, antes de eso, había espiado a su madre durante algunas semanas. Hasta que ella lo descubrió.

Se había escondido en la cesta de la ropa sucia, mirando a través del hueco entre la tapa y el borde, observándola mientras ella se tumbaba en la cama y leía su novela romántica. Ella jugaba con su clítoris mientras leía, a veces dejando la novela a un lado y masturbándose. Él, por supuesto, también estaba allí cuando el tío Charly aparecía una vez a la semana con el dinero de su hermano. Apenas hablaban, no se desnudaban del todo cuando él la follaba. La follaba rápido y con fuerza, se corría dentro de ella y se marchaba rápidamente.

Ella solía quedarse dormida, Ben salía gateando y la follaba muy suavemente sin despertarla. Ella gemía o se quejaba mientras dormía; esa era su única reacción. Después de masturbarse, siempre se quedaba dormida. Doblaba una pierna, de modo que su hendidura y la carne húmeda y suave de su coño quedaban claramente visibles y expuestas a su pequeño pene. Esto le permitía follarla como lo hacía el tío Charly, pero mucho, mucho más despacio. Él deslizaba cuidadosamente su pequeño pene en su coño húmedo y suave. Esto tenía que hacerse con mucho cuidado y lentamente. Normalmente solo dejaba que penetrara una pequeña parte. Sabía que no podía follar tan salvajemente como el tío Charly. Solo pequeños movimientos, apenas unos milímetros dentro y fuera, pero increíblemente despacio. Gracias al entrenamiento con Sara, podía eyacular muy fácilmente; ella hacía ruidos suaves cuando él se corría dentro de ella. A veces tenía que esperar hasta que ella doblara la pierna superior con fuerza, exponiendo completamente su coño. Esto le permitía deslizar cuidadosamente su pequeño pene profundamente dentro de ella y eyacular dentro de ella. Él esperaba unos segundos hasta que ella se calmara de nuevo, y luego continuaba eyaculando. Tardaba bastante en terminar, y entonces retiraba su pene lenta y cuidadosamente. A veces ella se despertaba medio y murmuraba con los ojos cerrados, pregun-

tando qué pasaba. Ben susurraba: "¡Solo un poquito de follada, mamá!", y ella suspiraba: "¡Oh, sí!", y sacaba aún más su coño, sin despertarse, y volvía a dormirse. Esta posición era mucho mejor para penetrarla por detrás. Ella sonreía dormida mientras él ensanchaba cuidadosamente su coño con los dedos y la penetraba con su pene. Ella sonreía y gemía de placer, pero nunca despertaba cuando él la follaba muy cuidadosamente y lentamente por detrás. "¡Solo un poquito de follada, mamá!", susurraba él, y ella seguía durmiendo profundamente. Solo la penetraba profundamente cuando eyaculaba dentro de ella. Él permanecía inmóvil, solo su pene se contraía mientras eyaculaba dentro de ella. Esto sucedía casi a diario, excepto cuando ella seguía masturbándose en lugar de dormirse. Ahora era importante desaparecer en silencio, como un fantasma. Claro que siempre había situaciones en las que tenía que ponerse a salvo rápidamente, porque nunca quería que lo atraparan. A veces se daba palmadas en el trasero, como para espantar una mosca molesta, pero nunca lo entendió. Entonces, un día, se estaba masturbando al borde de la cama, con los pies apoyados en la cesta de la ropa sucia, y mientras se estremecía de orgasmo, movió la tapa. Así fue como Ben quedó al descubierto.

Ella sacó al mocoso por las orejas, con el rostro enrojecido por la vergüenza y la ira. Lo puso sobre sus rodillas y le dio una nalgada. "Y... lo viste todo, ¿verdad?!" susurró con voz ronca. Ben asintió, "¡Sí, mamá! ¡Todo!" Preguntó, "¿Cómo me lo hice a mí mismo?" Ben asintió, aunque eso significaría más golpes. "Sí, mamá, cuando te estabas masturbando tan bien." Presionó su erección contra su muslo y comenzó a follarla. "Y también cuando el tío Charlie te folló, el bribón", respiró, y ella tragó saliva con dificultad. Dejó de golpearlo y solo acarició sus nalgas suavemente. Vio que se le había puesto dura con la nalgada. Con cada golpe, su pene se contraía contra su muslo, golpe tras golpe su pene se contraía y se levantaba, poniéndose rígido, y ahora su semen goteaba en unos pocos hilos largos. Hizo una pausa. Él la estaba follando en el muslo, subiendo cada vez más, su polla golpeando contra su coño, deslizándose de un lado a otro por la hendidura, intentando penetrarla. Había leído en una novela barata que no se debe interrumpir ni molestar a alguien mientras folla o se masturba, ya que podría provocarle un problema mental. Ahora se dio cuenta de que estaba a punto de correrse, y él eyaculó un chorro

espeso sobre su coño. Ella se negó rotundamente a dejar que la penetrara.

Ella lo levantó, su pene a la altura de los ojos. “Tienes que acariciarlo firmemente de arriba abajo una vez”, murmuró. Ella miró su pene; era un pene de niño recto y hermoso, solo que el glande había salido del prepucio y ahora estaba erecto y listo para eyacular. Ella agarró su pene y lo frotó firmemente de arriba abajo una vez. Después de un breve segundo, el glande se puso erecto y eyaculó en un chorro abundante sobre sus muslos. Ella miró con incredulidad el pene del pequeño, que eyaculó y luego se detuvo. Ella agarró su pene. Él eyaculó de nuevo, porque había aprendido a detenerse si eyaculaba dentro de Sara y ella no debía darse cuenta mientras se masturbaba excitada. “¡Otra vez, por favor, mamá!” susurró. Su madre lo sostuvo y frotó su pene una vez de arriba abajo, y él eyaculó una vez. “¡Otra vez!” gritó el pequeño, y ella lo frotó de nuevo, y él eyaculó un poco más. “¡Otra vez!” El pequeño lloró, y ella lo acarició, haciéndolo eyacular de nuevo. “¿Y... me follaste mientras dormía?”, preguntó, haciendo una pausa. “¡Debes haber aprovechado la oportunidad y follarme, cerdito!”, dijo con voz lastimera. “Estoy segura de que esperaste a que me durmiera y luego la metiste.” Dijo entre lágrimas, “¡y luego me follaste!” Ya había tomado una decisión; no quería oír su respuesta en absoluto. “¡Otra vez!”, gritó, y ella lo acarició, haciéndolo eyacular de nuevo. Ben se preguntó si debía mentir. “Un poquito, mamá, solo un poquito.” Ahora que lo había dicho, ahora seguramente habría un infierno que pagar. Lynn respiró hondo. “Menos mal que solo un poquito”, murmuró, olvidando al instante lo que su respuesta significaba en realidad. En su ingenuidad, inmediatamente reprimió la confesión de Ben. Sonrió y relató su propia experiencia. “Siempre soñé que Dave me follaba por detrás; fue un sueño hermoso.” Ella lo levantó a la altura de sus ojos y le dio un rápido masaje en el pene. Se quedó completamente sorprendida; él eyaculaba obedientemente cada vez que ella le daba un breve masaje. “Sabes, cuando me masturbaba, papá siempre me ponía boca abajo y me follaba por detrás. Sí, le gustaba mucho eso”. No podría haber dicho cuánto tiempo le tomó a Ben terminar. “¿Y... siempre eyaculas así?”, preguntó, y él dijo: “Solo cuando Sara no tiene ganas de masturbarse”. Lynn sintió curiosidad, y mientras lo dejaba eyacular de nuevo, lo bombardeó con preguntas. Él le contó todo, y sus ojos se abrieron de

par en par. “Pero… ustedes dos no tienen sexo, ¿verdad?!” Y Ben dijo que no, Sara aún era virgen. Ella miró su pene; el glande se había deslizado de nuevo bajo el prepucio, y su pene ya no estaba tan firme. Lo soltó, gritándole: “¡Piérdete, cerdito!” Nunca antes había visto una eyaculación tan extraña. Charly eyaculaba de forma completamente diferente cuando ella solía masturbarlo.

Solo una vez, la noche siguiente, volvió a sacar el tema y llamó a Ben a su habitación. Sus ojos brillaban de lujuria; en realidad había querido masturbarse de inmediato, pero lo había llamado primero. Se acostó desnuda en la cama, con la pastilla para dormir y el vaso de agua listos. Le pidió que se acostara a su lado, se quitó el pijama y le tocó el pene juguetonamente. Él tuvo que explicarle exactamente a qué se refería con “solo un poquito”. Pero ella no se detuvo y jugó con su pene, pero sin masturbarlo. Él dudó al principio, pero ella insistió. Le tomó un tiempo hasta que se lo explicó con detalle. “¿Y al final, realmente te corres dentro?” Lynn había soltado su pene y se había acariciado la vulva pensativa durante su confesión. Él la observó jugar con su vulva atentamente y luego lo admitió todo. “Después de follarte solo un poquito, solo milímetros a la vez, lo meteré del todo y dejaré que se corra dentro de mí. ¡Pero siempre tengo mucho cuidado de no despertarte!”, dijo inocentemente. Nunca le había mentido a Lynn, porque solía apretar los labios con fuerza para evitar mentir. “Me alegra que me hayas contado todo con tanta sinceridad. Otros chicos de tu edad me habrían mentido, estoy segura. Eres un buen chico, así que no te guardo rencor por haberme follado a escondidas y haberte corrido dentro de mí. Y por no haberme despertado.” Ella se había excitado aún más durante su confesión y lo mandó de vuelta a la habitación de los niños, con Sara. Lynn tomó la pastilla e inmediatamente comenzó a masturbarse para que hiciera efecto. En cuanto terminara, se quedaría dormida como un tronco. Ben lo sabía, por supuesto. De alguna manera, interpretó su confesión y su reacción sonriente como un permiso para seguir follándola, siempre y cuando se asegurara de no despertarla.

Su hermana Sara había tolerado que él se sentara en la cama y la observara masturbarse. Solo le había permitido sentarse a su lado una vez, cuando robó la carta de despedida de su padre. La leyeron juntos con tristeza y sentimientos encontrados.

“Querida Lynn”, comenzó,

Me voy, aunque te quiero a ti y a los niños más que a nada en el mundo. Sinceramente, intenté durante diez años tener una vida familiar, pero no puedo. Mi lugar está en la carretera, en mi camión; llevo gasolina en las venas. Eres la primera y única a la que amo. Las autoestopistas, las zorras con las que me acuesto, son solo para desahogarme, nada serio. Pero cuando veo a Sara corriendo desnuda por la casa, tengo pensamientos terribles de los que me avergüenzo mucho. No quiero que se convierta en una zorra como las que hay en la calle. Me avergüenza pensar estas cosas; me voy porque tengo miedo de hacerle daño a Sara. Seguiré cuidando de ti y de los niños.

“Adiós, tu Dave.”

Ben y Sara leyeron la carta una docena de veces. Sara entendió perfectamente lo que quería decir. Ben no lo entendió todo, pero intuyó a qué se refería con la Sara desnuda. No había entendido cuando su padre le separó las piernas a Sara y le masturbó el clítoris, ni cuando ella jugó con el prepucio de su padre y lo hizo eyacular en un arco alto. A veces veía a su madre observándolos a escondidas, pero nada de eso tenía sentido para él. Desde ese día, le permitieron sentarse en su muslo cuando Sara se masturbaba. Estiró su pene hacia adelante para que tocara sus dedos mientras se masturbaba. Disfrutaba mucho de que su dedo tocara su pene al mismo tiempo que ella se masturbaba. Eso lo excitaba muchísimo. Tenía que eyacular mucho antes de que ella terminara. Sara le advirtió que no eyaculara directamente dentro de ella; le daba miedo. Pero él siempre intentaba eyacular dentro de ella. Ella toleraba que la observara porque él le contaba todo lo que había visto en la cesta de la ropa sucia. Él le contó todo con sinceridad, porque Sara se masturbaba aún más salvajemente cuando él hablaba de que su madre se masturbaba. Se volvía completamente loca cuando él hablaba del tío Charly, que se acostaba con su madre una vez por semana. Entonces él tenía que describir todo con minucioso detalle: cómo era su pene, cómo se veía cuando la penetraba con fuerza y exactamente cómo se veía cuando eyaculaba. Por supuesto, Sara no le creyó ni una palabra cuando dijo que casi siempre podía acostarse con Lynn con cuidado. Lo juró y

perjuró, porque Lynn era la primera mujer con la que Ben se había acostado.

Qué sorprendida estaba Sara cuando Ben la llevó a follar con Lynn. “Charly la follará muy fuerte”, dijo Ben, “y tal vez Lynn tenga un orgasmo. En cualquier caso, se masturba después de follar, siempre lo hace. Está completamente agotada y se queda dormida boca abajo, duerme muy profundamente. ¡Y entonces puedo follarla, ya verás!” Charly se había ido, Lynn se masturbó muy suavemente, y su orgasmo llegó como siempre, solo un leve espasmo, nada más fue visible. Los dos esperaron un minuto, Lynn se tumbó boca abajo, colocó su clítoris en su mano bajo su vientre, y de hecho se quedó dormida. Entraron. Él separó sus labios con sus dedos y la penetró con mucho cuidado. Ella murmuró en sueños, y él la calmó con susurros. “¡Solo un poquito de follada, solo un poquito!” Se quedó en silencio y volvió a dormirse. Los ojos de Sara se abrieron de par en par cuando él eyaculó dentro de ella. En silencio, como fantasmas fugaces, desaparecieron.

En los años siguientes, siempre se escabullían a casa de Lynn después de las sesiones sexuales de Charly. Sara perdió el interés; él iba a verla solo, y ella se despertaba a medias cuando él le susurraba que solo quería tener sexo con ella un ratito. Cada vez con más frecuencia, se despertaba a medias y murmuraba: “¡Hazlo ya!”, y entonces él ya no tenía que ser tan cuidadoso. La follaba con mucha fuerza, y ella temblaba y murmuraba un poco. Ella se frotaba el clítoris con el dedo, y después de que él eyaculara, dejaba su pene dentro de ella hasta que temblaba ligeramente y terminaba. Después de que Charly desflorara a Sara por error, Sara dejó que Ben tuviera sexo con ella, y él dejó de ir a casa de Lynn.

Lynn sabía inconscientemente que era bastante simple, al menos en lo que respecta a asuntos sexuales. Había experimentado sus primeros orgasmos de forma inesperada durante el sexo con Dave; su bajo vientre se contrajo y se agitó como solía hacerlo cuando se despertaba por la noche empapada en sudor. Cuando la virilidad de Dave disminuyó después de unos años, él le enseñó a masturbarse. Disfrutaba masturbándose, suave y tiernamente, y estos orgasmos eran muy suaves y hermosos; su bajo vientre no se contraía con tanta

intensidad como durante el sexo, era como una suave ola del Atlántico que retrocedía ligeramente. Más tarde, cuando Dave permitió que Charly tuviera sexo con ella, volvió a tener esos orgasmos intensos y duros durante el sexo; Charly era bastante bueno en eso. Dave se había ido, pero Charly se quedó y tuvo sexo duro con ella todos los días durante un tiempo. Después de un tiempo, él solo eyaculaba una vez por semana, y ella descubrió a Ben espiándola. Él tuvo una erección cuando ella le dio una nalgada; él la penetró por el muslo, y ella tuvo que frotar su pene brevemente una y otra vez hasta que eyaculó. Esa fue la única forma en que se dio cuenta de que el pequeño ya podía eyacular. Cada semana, después de que Charly se iba tras su encuentro sexual, y ella se masturbaba suavemente y se quedaba dormida, Ben entraba en su cama. Sabía por Dave y Charly que los hombres tenían que follar y eyacular. Ben había sido su bebé hasta ahora, pero ahora era un hombre; tenía que follar y eyacular, eso le quedó claro de repente. ¿Y por qué no iba a follarla, si ella estaba tan dispuesta? Se colocó de manera que él pudiera follarla. Sabía desde el principio que la follaba suavemente, y fingía estar dormida para no asustarlo ni seguirle el juego. Él venía cada semana después de su encuentro sexual con Charly, y ella dejaba que Ben la follara con una sonrisa. Vino durante años, pero se mantuvo alejado cuando Charly, borracho, desfloró a Sara, ¡el idiota! Lynn sospechaba que Ben se acostaba con Sara ahora. Pero mientras Sara no tuviera la regla, no necesitaba intervenir. Ben tenía 17 o 18 años cuando ella los separó y lo obligó a dormir en su casa. Le tomó un tiempo, tal vez una semana, antes de poder tener relaciones sexuales con ella cara a cara. Era muy hábil en la cama, tenía que admitirlo. Así que no le importaba que Charly ya no pudiera acostarse con nadie por culpa de su celosa mujer negra.

Lynn no tenía ni idea de sexo cuando Dave la desvirgó a los 13 años. A los 17, ya había dado a luz a dos hijos, Sara y Ben. Tras el difícil parto de Ben, no pudo tener más hijos. Pero vivieron una vida familiar tranquila y feliz. Dave tenía relaciones sexuales con Lynn noche tras noche; al principio, ella siempre tenía un orgasmo cuando él la penetraba. Pero se fue volviendo cada vez menos frecuente. Dave le enseñó cómo se masturbaban las chicas, y pronto volvió a quedar embarazada. Después del sexo, se masturbaba suavemente, temblan-

do brevemente durante el orgasmo, y Dave la observaba, cansado como estaba.

En cierto momento, trajo a su hermano Charly, que no tenía novia ni con quién acostarse. Ella se negó indignada cuando Charly quiso tener sexo con ella. Dave sonrió con amargura, pero en realidad tampoco quería compartir a su esposa, con o sin hermano. Encontró un punto intermedio: le enseñó a Lynn cómo frotar el pene de Charly hasta que eyaculara. Ella se asombraba cada vez que el semen salía a chorros del pene de Charly. Nunca lo había visto antes y sus ojos y boca se abrieron de par en par cuando sostuvo el pene de Charly y él eyaculó en un arco alto. Al principio, le resultaba desagradable que Charly le tocara el cuerpo, los pechos y la vagina mientras ella lo masturbaba, volviéndose cada vez más hábil. Incluso cuando Dave, en un momento de borrachera, accedió a que Charly tuviera sexo con ella, ella no lo quería en absoluto.

Dave fue su primer y único amor, así que no quería acostarse con Charly, para nada. Siempre se negaba y lloraba cuando Charly se abría paso a la fuerza. Dave se recostó cansado después de acostarse con ella, dejando que su hermano Charly se acostara con su esposa Lynn. Por un instante, Lynn pensó que Dave la había traicionado hacía mucho tiempo. Charly venía todas las noches durante algunos años, observándolos con avidez mientras se acostaban, esperando impacientemente a que Dave eyaculara. Inmediatamente se abalanzó sobre Lynn; era una mujer increíblemente hermosa con un gran atractivo sexual, ¡así que se lanzó con furia!

Lynn no tuvo tiempo de que su excitación sexual disminuyera; Charly inmediatamente reanudó el acto sexual y la llevó al orgasmo de nuevo en un instante. Ella se recostó, cansada y algo decepcionada, y dejó que el chico continuara. Charly a menudo la penetraba durante tanto tiempo que ella alcanzaba el orgasmo de nuevo. Pero no era suficiente para otro orgasmo; él eyaculaba demasiado pronto, y Lynn inmediatamente reanudaba la masturbación. Esta vez era su orgasmo; se complacía a sí misma con suavidad y cuidado, tal como siempre lo hacía cuando se masturbaba sola. Charly se volvió cada vez más hábil en el sexo; pronto logró penetrarla durante tanto tiempo que ella experimentó un segundo orgasmo durante el acto sexual.

Dave era su pareja, pero él ya no podía llevarla al orgasmo, pero Charly era quien se beneficiaba de los preliminares de Dave y la llevaba al orgasmo dos veces. Este sexo con ambos hermanos solo cesó cuando Charly se casó con una viuda anciana y adinerada.

Ahora Lynn tenía a su marido solo para ella, pero él entraba en la habitación de los niños todas las noches y se acostaba con Sara. Lynn a veces los espiaba, pero la mayoría de las veces los dos se acurrucaban juntos. Por supuesto, vio que Dave masturbaba a Sara y le enseñó cómo hacerlo, pero pensó que eso estaba perfectamente bien. También le gustaba cuando la pequeña Sara jugaba con el pene de Dave. Hablaba mucho con Dave sobre su sexo con Sara y le decía que no había nada de malo en que quisiera acostarse con la niña. Había escuchado a escondidas a la niña, y Sara no deseaba nada más que acostarse con papá. Pero para Dave, eso era completamente impensable; le aterraba, y sería lo peor que podría hacerle a su preciosa hija, su angelito inocente. Lynn había leído su carta de despedida y comprendía perfectamente por qué Dave se había marchado.

Dave estaba destrozado por un profundo conflicto interno. Cuando Sara, de nueve y diez años, corría desnuda por la casa, tuvo pensamientos y sentimientos que ningún padre debería tener. Tras acostarse con Lynn, se coló en la habitación de Sara y se tumbó a su lado. Al principio, solo se abrazaban, pero él la masturbaba todas las noches, sentando las bases de su masturbación obsesiva y compulsiva, que la acompañaría el resto de su vida. No pasó mucho tiempo antes de que ella también empezara a jugar y experimentar con su pene. Rápidamente aprendió a frotar su prepucio con tanta destreza que él inevitablemente eyaculaba. Sabía perfectamente adónde lo llevaría todo aquello y decidió abandonar a la familia antes de hacer lo impensable.

Hace muchos meses, Ben vio al tío Charly llegar borracho a casa después de una fiesta y tomar un camino equivocado. Tuvo relaciones sexuales con la aterrorizada Sara, pero de repente se le pasó la borrachera, no eyaculó y se levantó de un salto para correr al dormitorio de su madre y tener relaciones sexuales con ella. Desde ese día, Sara ya no era virgen, y Ben eyaculaba dentro de ella si no tenía cuidado. “Ya no soy virgen”, susurró Sara con tristeza, y a Ben se le per-

mitió introducir su pene en su vagina y eyacular sin tener relaciones sexuales con ella. Simplemente dejaba que fluyera dentro de ella cuando se masturbaba y su dedo, frotando su clítoris, lo llevaba al orgasmo. Ella lo dejaba eyacular dentro de ella durante un buen rato, sonriendo torcidamente mientras lo hacía.

Los meses transcurrieron tranquilamente. Ben eyaculó dentro de Sara y nunca tuvo que masturbarse. A Sara le resultaba increíblemente excitante dejarlo observar y verlo eyacular sin frotarse. El simple roce de su clítoris lo excitaba, y ella sentía un poder inesperado para llevarlo al orgasmo con solo frotarlo. Y entonces, una noche, sus palmas comenzaron a hormiguear, a arder como locas. Se apoyó contra la pared, y esta cedió. De repente, pudo atravesar la pared y se volvió invisible. Estuvo desconcertado solo por un instante, pero existían los superhéroes, los superpoderes. Superman, Iron Man, Capitán América. Sí, de verdad, los había visto en la televisión.

Primero fue a ver a Ruth. Estaba un poco enamorado de la niña de 12 años, pero ella pensaba que todo era un juego. Eso era lo que su padre le había dicho cuando de vez en cuando la follaba y eyaculaba dentro de ella. ¡Era solo un juego! Dejó que Ben le metiera el pene, la follara y eyaculara durante su juego; al fin y al cabo, era solo un juego. Ben se hizo invisible y se acercó a la cama de Ruth. La observó durante un buen rato mientras ella se revolvía y se movía en la cama, increíblemente excitada, pero lo único que hacía era tocarse los labios vaginales. Ben se dio cuenta de que Ruth no sabía masturbarse. Le tocó el clítoris. Ella no podía verlo, así que se quedó allí paralizada. Ben le masturbó el clítoris, y ella se estremeció y tembló en el orgasmo, pero sonrió durante el proceso. Así fue como Ruth aprendió a masturbarse, y desde entonces, lo hizo todas las noches.

Sara, por supuesto, no creía lo que él le contaba. “¡Tienes una imaginación muy vívida y ves demasiadas películas!”, comentó ella sonriendo, pero escuchaba sus relatos de aventuras mientras se masturbaba. Él se colaba en las habitaciones de las chicas y se marchaba inmediatamente si no había sexo. Muchas chicas y mujeres no tenían sexo; muchas simplemente se dormían, y él tenía que seguir adelante, atravesando paredes para encontrar a otra. Se quedaba cuando se masturbaban o tenían sexo, describiendo sus vaginas y clítoris cuan-

do Sara se masturbaba. Se acercaba mucho a las chicas, fijándose en la apariencia de sus vaginas y en la forma en que se masturbaban. Le describía a los hombres a Sara, sus penes y cómo las penetraban y eyaculaban dentro de ellas. Sara conocía a algunas de las chicas y ahora entendía que sus padres o hermanos las violaban en secreto.

Solo duró medio año, tal vez unos meses más. Un día, de repente se hizo visible. Estaba arrodillado frente a la mujer desnuda, mirándola fijamente a la vagina mientras se masturbaba. Ella gritó: "¿Cómo había entrado? ¡Había cerrado la puerta con llave!". Se abalanzó sobre él, lo agarró del pelo y no lo soltó. Tuvo que follar a la fea mujer durante más de una hora, y ella solo lo dejó ir cuando eyaculó todo su semen dentro de ella. Corrió hacia la puerta, la abrió y salió disparado. A partir de entonces, ya no pudo hacerse invisible; podía frotarse las palmas de las manos cuanto quisiera, pero ya no funcionaba. Nunca más.

Ben habló con Sara sobre ello; ella se dio cuenta, por supuesto, de que estaba realmente triste y afectado. Pero de todos modos no le creyó sus historias y no pudo consolarlo. Además, le esperaba otra decepción. Su madre había hablado con Sara; ella y Ben eran demasiado mayores para dormir en la habitación de los niños. Ben tendría que dormir ahora con su madre y ya no con su hermana. Ben aulló y se aferró a Sara, llorando; había dormido con ella toda su vida.

Ben era un oportunista. Le daba igual acostarse con Sara o con mamá. Le manoseó el culo a mamá; ella le había dado la espalda deliberadamente. Ben tenía 17 años y necesitaba correrse; no podía dormirse sin hacerlo. Le subió el camisón; hacía años que no veía su precioso culo. Ella se hizo la muerta, dejándole manosearla y tocarla. Tenía los ojos muy abiertos y llenos de miedo, y esperaba ansiosamente el momento en que él le metiera la polla en la vagina por detrás con todas sus fuerzas, porque era una mujer muy simple, quizás incluso un poco tonta.

Sabía que cuando un hombre manoseaba a una mujer de esa manera, siempre terminaba en sexo. Eso era cierto con Dave, y también con su hermano Charly. Charly le traía el dinero de Dave, quien viajaba por todo el país, ganaba buen dinero en su trabajo y se acostaba

con una autoestopista o una prostituta todos los días. Esa era la vida que había elegido, y Charly, cuya esposa ahora estaba completamente demente, iba una vez por semana a tener sexo. Él quería acostarse con una mujer de verdad, y ella lo entendía perfectamente, así que accedió. Antes solo se había acostado con Dave; él era su primer y único hombre. Nunca se había acostado con nadie más. Pero ahora Dave se había ido, y Charly juraba por todos los santos que Dave le había dado permiso explícito para acostarse con Lynn. Al principio, no lo creyó de inmediato, pero Charly juró y juró hasta que finalmente cedió. Hacía mucho tiempo que no se acostaba con Charly. Se sentía como si fuera virgen otra vez; había abrazado suavemente a Charly y guiado su pene dentro de sí. Las primeras veces, experimentó un orgasmo intenso durante el sexo, pero este disminuyó al poco tiempo, igual que con Dave. Charly solo tenía sexo rápido y breve para liberar su energía reprimida; en ese sentido, era exactamente igual que Dave.

Los hermanos no tenían ni idea de lo que era el romance, algo que ella solo conocía por sus novelas románticas. Y ella se daba orgasmos a sí misma; Charly no estaba ahí para eso. Años atrás, él se había acostado por error con Sara, y ella se lo había reprochado durante unas semanas. Pero él nunca volvió a acostarse con Sara; ella misma se lo había dicho. Y Sara nunca confirmó su sospecha de que Ben se acostaba con ella, pero tampoco lo negó. Durante semanas, se escabullía a la habitación de los niños por la noche y veía a Ben teniendo sexo con Sara. Parecía increíblemente excitante, y de alguna manera se sentía tan orgullosa de ellos dos, que tenían sexo con tanta intimidad y pasión que ni siquiera se daban cuenta de Lynn debajo de la puerta. Por supuesto, entonces no sabía que Sara ya tomaba la píldora. Pero no podía permitir que Sara se quedara embarazada, así que había acogido a Ben. Claro que no había querido acostarse con él desde el principio, pero si tenía que ser así, entonces era mejor que se acostara con ella que con Sara.

Los dedos de Ben recorrieron sus nalgas de arriba abajo. Los ojos de Lynn se abrieron de par en par por la sorpresa cuando el chico le separó las nalgas y exploró su vulva por detrás. Estaba preparada para que la penetrara. Pero no lo hizo. Apenas se estremeció cuando su pene se movió arriba y abajo en su hendidura. Sintió que eyaculó du-

rante un tiempo increíblemente largo. Luego se acurrucó contra su trasero y se durmió. Ahora podía masturbarse; su penetración la había excitado bastante. Permaneció acostada de lado, porque la cabeza de Ben descansaba sobre su nalga mientras se masturbaba. Ben solo se durmió cuando ella terminó.

Esto se repetía noche tras noche. Lynn dejó de usar el camisón; no era necesario. Ben la había estado penetrando entre las nalgas durante días, y volvería a hacerlo después de masturbarla. Ella comprendió, por supuesto, que él quería algo más. Se giró hacia él y se lo preguntó directamente. Él, en silencio, le tomó la mano y la colocó sobre su pene. Siguió un momento muy placentero; ella lo masturbaba todas las noches hasta que él quedaba satisfecho.

Finalmente, él quería más. Pero ella nunca le había practicado sexo oral antes, ni con Dave, ni con Charly, ni ahora con Ben. Ella le había dejado eyacular en sus pechos, dijo, porque estaba orgullosa de ellos. Él negó con la cabeza. Quería que ella continuara con su mano, pero que al final le permitiera eyacular dentro de ella. En su vagina. Ella asintió; eso estaba bien, dijo. Todos los hombres querían eyacular dentro; era perfectamente normal. Ben negó con la cabeza cuando ella le preguntó si quería tener sexo completo antes de eyacular. Tal vez más tarde, murmuró, tal vez más tarde. Ella asintió, un poco decepcionada. Sí, tal vez más tarde. Ella le practicó sexo oral y guió su pene hacia su vagina para que eyaculara. Tuvo que frotarlo dentro de ella durante un rato hasta que eyaculó. Una, dos, rara vez tres veces. Se sentía tan bien, dijo Ben cada vez, y eyaculó dentro de ella.

Probablemente tardó una semana en estar listo. Primero tuvo que superar una inhibición interna, porque nunca antes la había follado cara a cara. Ahora la follaba con devoción; Sara le había enseñado hacía mucho tiempo que tenía que esperar a eyacular hasta que ella tuviera su orgasmo, entonces estaba bien. Ben follaba a Lynn con devoción y esperaba a eyacular hasta que Lynn tuviera un orgasmo. Charly venía todos los martes por la tarde cuando los dos niños estaban en la escuela y se desahogaba. Lynn simplemente lo dejaba pasar; Charly tenía cierto derecho, porque Dave le había dado permiso. Disfrutaba follando con Ben por la noche; era muy excitante lle-

gar al orgasmo. Follar con Charly ya no era realmente emocionante, pero ella hacía el trámite; se lo debía a Dave.

Había sido su primer marido, seguía siendo su marido, y esa era su misión.

Charly había enterrado a su esposa y poco después se casó con una mujer africana menuda y sexy. Ella estaba terriblemente celosa y rápidamente puso fin a sus encuentros sexuales semanales con Lynn. A Lynn no le importaba mucho; hacía tiempo que se había cansado de que Charly se acostara con ella solo para liberar su energía reprimida y eyacular dentro de ella. Prefería acostarse con Ben, quien se había vuelto mucho más hábil en la cama.

Dave regresó a casa. Había provocado un terrible accidente de coche, perdido una pierna y matado a una joven y a sus dos hijos. Sufrió una profunda depresión hasta el final. Lynn lo acogió con cariño, pero Dave, con una sola pierna, ya no podía tener relaciones sexuales como antes. Ella lo intentó una y otra vez, pero él simplemente no podía más. Lynn estaba furiosa con Charly; le había mentido. Dave nunca le había permitido tener relaciones sexuales con Lynn una vez por semana. Ella no volvió a dirigirle la palabra a Charly, el muy canalla.

Sara acogió a Dave; amaba a su padre más que a nada y revivió los sentimientos que había tenido cuando tenía 10 años. Él permitió que Sara lo cuidara y lo amara; ella jugaba soñadoramente con su pene y probablemente lo llevaba al orgasmo 10 veces al día. “Estoy tan contenta, papi, de que me masturbaras entonces y me enseñaras cómo. Lo he hecho todas las noches desde entonces y pienso mucho en ti. Tenía muchas ganas de follar contigo entonces, pero no querías seguirme el juego. Fue tan hermoso y maravilloso cuando, después de mucho tiempo, finalmente me dejaste deslizar mi coño arriba y abajo de tu polla hasta que te corriste. Fue casi como follar de verdad para mí. Solo me di cuenta mucho después de que no querías quitarme la virginidad entonces. Siempre dejaba que Ben mirara; a él le gustaba mucho. Charly, ese cabrón, me quitó la virginidad completamente sin querer, e incluso entonces, solo a medias. Nunca volvió conmigo, así que dejé que Ben me follara, ¡y los dos lo disfrutamos mucho!

Mamá tenía miedo de que me quedara embarazada y lo llevó a su cama. En realidad no follaron durante semanas; Ben tuvo que acostumbrarse." Dave estaba bastante enfadado con Charly; le guardaba rencor por mentirle a Lynn durante años para poder seguir acostándose con ella sin impedimentos.

Dave le contó a Sara cómo habían ido las cosas con Charly en aquel entonces. Dave estaba bastante devastado porque Lynn no podía tener más hijos; su virilidad se vio afectada por ello. Charly era muy torpe con las mujeres; ni siquiera había tenido relaciones sexuales con ninguna. Dave quería darle a Lynn más placer físico, así que llevó a Charly a su cama. Lynn se resistió y al principio solo le hacía una felación a Charly. Nunca lo había hecho antes y estaba visiblemente fascinada por la forma en que el semen salía a chorros del pene de Charly. Solo después de semanas dejó que Charly tuviera relaciones sexuales con ella. Él le había dicho a Charly que tenía que tener relaciones sexuales con Lynn inmediatamente después, y así Lynn finalmente tuvo un orgasmo. Charly hizo muy bien su trabajo y folló a Lynn hasta que ella tuvo un orgasmo y luego continuó durante un buen rato hasta que se corrió. Ella siguió masturbándose suavemente hasta que se durmió. El estado mental de Lynn volvió; le encantaban los orgasmos al ser follada y la suave masturbación posterior. Las cosas habían ido bien durante años, y antes de irse de la familia, le dijo explícitamente a Charly que los buenos tiempos habían terminado. Qué decepcionado se sintió cuando descubrió la verdad.

Se quejó de que ya no podía follar a Lynn con una sola pierna. La enfermera lo había montado un par de veces durante su convalecencia, pero a Lynn no le gustaba nada. Sara, a diferencia de Lynn, no tenía ningún problema en montar a Dave. Nunca lo había hecho antes, pero lo hizo para complacerlo. Lo montó con gran pasión y entusiasmo, porque ser follado tan maravillosamente por ella le producía un gran placer. Por un momento, parecía que Dave se recuperaba gracias a la apasionada monta. Pero fue solo un breve destello.

Una mañana no despertó; sus espíritus oscuros le habían robado el alma, la fuerza vital y la vida durante la noche.

• • •

Interludio coreano

by Jack Faber © 2024

Sian se acomodó, sintiendo cómo la excitación aumentaba en sus caderas. Kim, como siempre, apoyó un muslo sobre el suyo y se acurrucó contra su madre, que se masturbaba, dejando que sus pensamientos vagaran libremente. Kim estaba acostumbrado a acurrucarse junto a su madre mientras dormía, desde que era pequeño. Ella sonrió cuando él se meció suavemente al hacerlo. Era como si el niño disfrutara del movimiento.

Sian provenía de un barrio pobre de Seúl. Desde muy joven, se masturbaba con avidez y adicción, anhelando el sexo. Se masturbaba por las noches hasta quedarse dormida de agotamiento. Era su secreto; nunca se masturbaba con amigos. Tras terminar la escuela, tomó un curso de escritura creativa y recibió algunos encargos. Pasó un año antes de que se reconociera su talento para la escritura. Así conoció a Daewon, su futuro esposo. Él era un cineasta muy exitoso; sus películas, opulentas epopeyas ambientadas en los antiguos reinos de Corea, se vendían bien. Caminaba sobre la cuerda floja para evitar que sus películas fueran catalogadas como pornográficas. Solía editar la versión final, combinando las partes pornográficas en películas de sexo explícito y vendiéndolas a la industria pornográfica. Había comenzado con un puñado de monedas y ahora tenía una cuenta bancaria considerable. Le dijeron que era hora de casarse.

Estaban en el apartamento de una habitación de Daewon en el corazón de Seúl. Tenía techo de cristal y era completamente privado. Estaban tumbados desnudos en el sofá, ella sujetando su pene con el puño, y Daewon masturbaba hábilmente a Sian, pero ella detuvo su mano antes de llegar al orgasmo. Había sido idea suya que ella mantuviera la mano sobre su pene mientras él la masturbaba, y a ella le resultaba bastante excitante. No estaba preparada para la masturbación propiamente dicha. Así que fue aún más desconcertante cuando él continuó presionando su espalda contra su pecho y agarró su pene entre sus piernas abiertas. Nunca antes había visto un pene, ni había visto a un hombre masturbarse. Él frotó su pene muy rápidamente,

presionó la punta contra su vulva y eyaculó. Ella se sintió incómoda, porque evitar su propio orgasmo era fácil: simplemente detuvo su dedo masturbándose. Pero no quería verlo frotándose el pene, hundió la cara en las almohadas, pero no encontró la manera de evitar el chorro o el goteo. Cuando él se dispuso a frotarse el pene, ella enterró la cara en las almohadas; no quería volver a verlo. Cuando terminó, él le tomó la mano, agarró su pene y frotó el prepucio una vez de arriba abajo. Ella sintió que el líquido preseminal salía a chorros, y él usó su mano para retraer el prepucio con fuerza. Después, ella le dijo que no quería masturbarle el pene con el puño, ¡no! Daewon estuvo de acuerdo; ella solo debía retraer el prepucio con firmeza con el puño cuando saliera el líquido preseminal. Ella asintió; estaba bien. Solo retraer el prepucio cuando saliera, ese era el trato. Ahora levantó la vista de las almohadas; su líquido preseminal estaba saliendo, espeso y lento. Tenía que retraer el prepucio con firmeza, dijo él. Ella asintió, pero enterró la cara en las almohadas cada vez que él se frotaba el pene. Solo cuando murmuró que estaba a punto de correrse, ella agarró su pene con el puño y retrajo el prepucio con firmeza, y el líquido preeyaculatorio salió a borbotones, brotando de su puño en un chorro espeso y viscoso. “Me corro”, decía él cada vez, y ella retraía el prepucio con fuerza; eso era lo que él quería. Ella miró fijamente su glande, del cual el líquido preeyaculatorio ahora brotaba en un chorro espeso y viscoso. Él no cumplió el trato ni un solo día. Le agarró la mano, y ella hundió aún más la cara en las almohadas. Tuvo que sujetar su pene con el puño, y él frotó su puño con firmeza de arriba abajo. La siguiente vez, jadeó diciéndole que tenía que continuar sola. Ella miró su puño de reojo y lo frotó con la misma brusquedad que él. La siguiente vez, en lugar de enterrar la cara en las almohadas, se concentró intensamente en su pene. Lo frotó con fuerza, sacudiéndolo hasta que eyaculó. Ella lo observó frotarse el pene con el rabillo del ojo hasta que él jadeó: “¡Ahora!”. Entonces ella agarró su pene con el puño y le tiró del prepucio con fuerza durante minutos, largos minutos. Con brusquedad, justo como a él le gustaba. Cerró los ojos de placer y abrió la boca. Entonces ella lo había hecho; él eyaculó en un arco alto, y ella siguió tirando de su pene porque a él le gustaba que continuara hasta que terminó. Ella le hizo esto durante semanas porque estaba enamorada de él, y en realidad no era tan malo. Él le enseñó algo nuevo, “planear”, que a ella le gustó de inmediato.

Siempre empezaba con ella encima de él, besándolo y acariciándolo hasta que su pene se ponía duro como una roca. Daewon le había enseñado una vez cómo "planearlo". Tenía que sujetar su pene entre sus labios y frotar su coño de un lado a otro. Si quería, podía presionar su clítoris contra su pene; pensaba que eso se sentía increíble. Sus ojos brillaban, "Es casi como follar de verdad", susurró, "¡Puedo sentir tu pene con mi coño!". Él dijo que venía del mundo musulmán, donde se le daba gran importancia al himen; se llamaba "follar a la virgen", y millones de chicas lo hacían. Con movimientos amplios y fluidos, ella acariciaba su pene, y normalmente tardaba 10 minutos hasta que él eyaculaba. Ella solía tener un orgasmo mucho antes que él; temblaba durante minutos, detenía sus caricias, tocándose el clítoris solo tres o cuatro veces para provocar el orgasmo. Dejaba que disminuyera y luego volvía a acariciarlo, ¡a por el segundo orgasmo! Tenía la cabeza apoyada en su estómago, arqueando la espalda como un gato para colocar su boca bien abierta lo más cerca posible de su pene. Observaba su pene y sus labios mientras lo acariciaba y eyaculaba. A veces le salpicaba la cara, pero eso no le molestaba; se lo limpiaba con un dedo y lo lamía con una amplia sonrisa. A menudo dejaba que eyaculara en su cara o directamente en su boca; era divertidísimo. Para ella, se trataba de atrapar su eyaculación con la boca, lo cual, para su disgusto, no siempre funcionaba. De alguna manera, se sentía muy malvada y depravada cuando dejaba que eyaculara en su cara o boca. La mayoría de las veces, él solo eyaculaba en su cara; ella sonreía torcidamente y se lamía el dedo. Realmente le encantaba el roce; sus labios envolvían su pene, deslizaba su vulva de un lado a otro sobre él, presionando su clítoris contra su pene. Solo se detenía cuando él había eyaculado. A él le encantaba que ella le frotara el pene. Si su clítoris ya estaba cerca del orgasmo cuando él eyaculaba, ella seguía deslizándose hasta que lo hacía. Pero después, siempre se sentía culpable, confundiéndolo con la melancolía postcoital perfectamente normal. En realidad, nunca quería tener un orgasmo durante esas sesiones de amor, pero ahora simplemente sucedía. "Todavía tengo que hacerlo", susurraba si aún no había tenido un orgasmo, o no había tenido un segundo, y seguía frotándose hasta entonces, hasta que sus muslos temblaban y minutos después alcanzaba el orgasmo. Lo hicieron así durante muchas semanas; era lo que más les gustaba a ambos.

Contó cómo su madre le había lamido el pene cuando era pequeño y le había permitido eyacular en su boca hasta que le hizo una paja a los 10 años. A los 13, ella le enseñó a follar, y desde entonces él la ha estado follando. Él tenía casi 40 años y ella más de 60; cada vez era más difícil, su vagina se había encogido rápidamente, y para entonces solo era posible con lubricante. La visitaba cada pocos meses; incluso a los 90, ella seguía queriendo que la follaran bien y se masturbara después como siempre, aunque a su avanzada edad tenía que esforzarse durante una hora con su carne vieja y arrugada para alcanzar el orgasmo.

Tras planificarlo, Sian se recostó sobre su pecho, jugando soñadoramente con su pene y escuchándolo mientras él le contaba la historia de su vida, poco a poco. A los siete años, recibió su primera cámara de regalo. Lo primero que filmó fue a su madre teniendo que abrir la boca de par en par para que él pudiera eyacular en ella a chorros. Filmó a sus padres teniendo relaciones sexuales y a su madre masturbándose después. Sian vio cientos de vídeos en su portátil.

Amaba profundamente a su padre y no comprendía cuánto le afectaba la fuerte depresión. Después del sexo, en el que su madre decía que era muy bueno, su padre se agachaba a sus pies, llorando con melancolía postcoital. Su madre, abrumada por la lujuria, se masturbaba inmediatamente después. Las únicas grabaciones que tenía de su padre lo mostraban teniendo relaciones sexuales o llorando, con el brazo de Daewon alrededor de sus hombros. Daewon tenía 12 o 13 años cuando su padre se fue al bosque a llorar, donde lo encontraron seis meses después. Daewon estaba ahora solo con su madre; tenía relaciones sexuales con ella todas las noches hasta que ella se agotaba y la filmaba masturbándose.

A los 18 años, empezó a trabajar para uno de los cineastas más famosos de la vieja escuela, quien pronto se dio cuenta de que no era un buen camarógrafo, sino un editor muy talentoso. Aprendió a editar películas con rapidez e hizo que el maestro se volviera aún más famoso. El viejo se acostaba con todas las actrices antes de filmar. “Aquí hay que saber quién manda”, decía el viejo, que tenía que apretar los dientes por el esfuerzo de tener sexo con ellas, “y, además, las chicas actúan con mucha más pasión cuando han sido folladas”. Ar-

mado con tales enseñanzas dudosas, el joven Daewon lo siguió y se acostó con todas las actrices, famosas y no tan famosas. En esos cuatro años, Daewon se acostó con todas las actrices de la ciudad al menos una vez. El viejo maestro se volvió cada vez más excéntrico y bizarro; hizo películas pornográficas donde niñas menores de edad eran folladas sin piedad. Fue encarcelado por esto y se ahorcó después de 14 días.

Daewon aprovechó los contactos de su amo en la industria pornográfica y vendió cientos de vídeos que había grabado de su madre. Ahorró lo suficiente para rodar su primera película. Era un fastuoso drama de época, que eludió la censura porque mostraba mucha desnudez y solo cortaba cuando las actrices estaban teniendo relaciones sexuales. Vendió lo que tuvo que cortar a la industria pornográfica y se hizo rico. Se acostó con todas las actrices, incluso con las extras, y disfrutó tanto del dinero como del sexo por igual. Conoció a Sian, y su naturalidad lo fascinó desde el primer momento. Quería casarse con Sian cuanto antes, pero ella aún no estaba preparada para tener relaciones sexuales con él.

Sian no tenía mucho que contar. Ella también había crecido en un apartamento diminuto y dormía en una colchoneta con sus padres. Recordaba que sus padres tenían relaciones sexuales todas las noches, y si no estaba completamente oscuro, podía verlos. Su padre era su héroe en aquel entonces; se acostaba sobre el ombligo de su madre y observaba, excitada, cómo su héroe se frotaba su gran pene hasta que se ponía rígido y lo introducía en su vagina. Era fascinante verlo embestir durante diez minutos y luego eyacular dentro de ella al final. A la pequeña le resultaba increíblemente excitante el sexo y se tocaba y se acariciaba la vulva. Pero cuando tenía unos diez años, su padre solía dormir fuera de casa, y su madre se sentía muy dolida porque no podía hacer nada contra las niñas. Fue entonces cuando empezó a masturbarse y a abrazar a su hija. Así fue como Sian también aprendió a masturbarse, y no era ningún secreto entre ella y su madre. Tuvo una educación muy estricta y nunca había experimentado sexualmente con sus novias o novios. Esa era la razón por la que seguía siendo virgen.

— Todavía soy virgen, señor Daewon — dijo ella — . ¡Quiero esperar a casarme para tener relaciones sexuales! Y el señor Daewon quedó impresionado. Así que se casaron primero, y luego ella se entregó a él. Apenas sintió su primera vez; no tuvo un orgasmo la primera vez que tuvieron relaciones. Solo cuando él la puso boca abajo a altas horas de la noche y la penetró por detrás tuvo un orgasmo jubiloso. Eso se mantuvo igual durante todos esos años; tenía un orgasmo cada vez que él la penetraba por detrás. Él fue su primer y único hombre, y disfrutaba teniendo orgasmos estando medio dormida. Siempre esperaba a masturbarse hasta que Daewon se hubiera vuelto a dormir, porque se masturbaba todas las noches de su vida.

Sian se convirtió en una excelente guionista, tras sumergirse en la historia de los primeros reinos de Goryeo. Daewon le mostró los primeros cortes sin editar del metraje. Sin embargo, les permitió continuar filmando las secciones que luego tendría que recortar. Los protagonistas tenían sexo frente a la cámara; por lo general, la actriz era penetrada por tres o cuatro hombres sucesivamente. Solo contrataba actrices que aceptaban ser penetradas durante el rodaje. Rara vez alguien podía permitirse rechazar un papel, pero él prefería perder a la actriz antes que permitir que la penetraran. No se lo ocultó a ninguna de las chicas; una mala reputación era mejor que ninguna. Sian vio el metraje con él, tapándose la boca con la mano porque había sido criada de forma muy convencional y ahora estaba viendo a cientos de mujeres hermosas teniendo sexo.

Ella escribía excelentes guiones para Daewon. Pronto se dio cuenta de que él necesitaba dos: uno que pasara la censura y otro destinado a la industria pornográfica. Era sexualmente inexperta; Daewon fue su primer y único hombre. Pero tenía una imaginación desbordante, vio muchas de sus películas pornográficas y compuso escenas muy intensas que los actores simplemente tenían que recrear. Daewon estaba encantado porque ella le entregaba material verdaderamente inusual y sensual. La audiencia femenina se disparó porque el público podía percibir que sus guiones debían haber sido escritos por una mujer sensible. Ella y Daewon estaban encantados con el aumento de audiencia y las grandes ganancias.

Su hijo Kim era un niño tranquilo y dulce. Desde pequeño, aceptaba tener que esperar horas en la guardería o con una niñera hasta que sus padres volvieran del trabajo. Daewon le había preguntado a Sian, cuando Kim aún era pequeño, por qué no le tomaba el pene en la boca y lo lamía; era una práctica común y supuestamente buena para el niño. Ella había oído hablar de ello durante mucho tiempo; sus amigas les tomaban los penes pequeños en la boca y, por supuesto, los dejaban eyacular dentro hasta que fueran lo suficientemente grandes para una masturbación. Estaba horrorizada, pero todas las que tenían un hijo lo hacían. Así que le tomó el pene al niño en la boca y lo lamió durante un rato. Cuando empezó el colegio y eyaculaba en su boca cada vez, ella dejó de hacerlo gradualmente hacia el final del curso escolar. Kim había disfrutado de tener su pene en la boca desde muy pequeño. Cuando tuvo edad suficiente para eyacular y fue a orinar por la mañana, comprobaba si ella seguía dormida. Se frotaba la erección matutina y eyaculaba en el inodoro. Ella abrazó al niño y le preguntó si le gustaría eyacular en su boca. Él estaba muy inseguro y preguntó si podía, y ella asintió. “Por supuesto que puedes eyacular en mi boca, pequeño, no hay problema y estoy segura de que te sentirás de maravilla”. Dijo que a varios de sus compañeros de clase se les permitía eyacular en la boca de sus madres, y que lo había imaginado cien veces, eyacular en la boca de Sian, pero nunca se había atrevido a mencionárselo. Había visto repetidamente videos de sus compañeros eyaculando en la boca de sus madres, pero generalmente estaba más interesado en ver a las madres desnudas, que casi siempre solo se veían como siluetas. Sian sonrió con ternura mientras su hijo hablaba de ello con tanta franqueza y confianza. Hablaron de cómo ella quería que él eyaculara en su boca. Le encantaría, dijo Sian, tomar su glande entre sus labios y dejar que eyaculara dentro. Ella lo masturbó, luego tomó su glande entre sus labios y lo dejó eyacular dentro. Hicieron esto durante muchos meses. También habían intentado que él se masturbara con la mano y solo al final metiera su pene profundamente en su boca para eyacular dentro, pero eso no le gustó para nada. Así que ella lo masturbó y lo dejó eyacular dentro al final. Pero a ambos les gustaba más cuando él metía su pene completamente en su boca desde el principio y ella lo chupaba y lamía hasta que eyaculaba. Ella continuó chupándolo y lo dejó completamente seco.

Él asintió, con los ojos brillantes. Le permitieron eyacular en su boca, y ella obedientemente tragó su semen. Disfrutaba mucho de que ella lo chupara y lamiera, y su rostro se iluminó al acercarse al clímax. Su pene se contrajo sobre su lengua; eyaculó rítmicamente, esforzándose por meterlo todo en su boca, y ella lamió, chupó y mordisqueó su pene con gran pasión. Ella lo había lamido durante cuatro años y le había permitido eyacular en su boca durante dos, y ahora, al cumplir diez años, habían cambiado a la masturbación manual.

Daewon fue el primer y único marido de Sian; ella era completamente inexperta sexualmente. Pero se dejó convencer por Daewon para que la hiciera de doble de cuerpo. Eran primeros planos de sexo, y a menudo tenía que ser penetrada por ocho o diez hombres seguidos. Al principio, se quedó en shock. Daewon era su marido, el único, ¡y no podía permitir que hombres desconocidos, incluso profesionales, la penetraran así! Pero Daewon lo minimizó; era trabajo, no infidelidad. Él siempre estaba ahí, y su disgusto inicial se desvaneció. Además, porque muy a menudo tenía orgasmos con estos profesionales. De alguna manera era excitante, porque los hombres eran profesionales bien dotados que sabían exactamente cómo hacerla llegar al orgasmo. Tenía que aprender a separar bien los labios vaginales y la vagina después del orgasmo para que el cámara pudiera apuntar lo más profundo posible, asegurándose de que la eyaculación fuera claramente visible y filmada. Siempre miraba las grabaciones con mucha atención, pensando en cómo podría mejorarlas. No funcionaba muy a menudo, y solo cuando el hombre retiraba ligeramente su pene durante la eyaculación. Daewon le aseguró que usaría todas las grabaciones, incluso aquellas que no mostraban bien la eyaculación. La eyaculación siempre era visible porque los penes se contraían y se contraían de forma bastante evidente. Había acordado con los profesionales que sacaría un poco el pene con los dedos durante la eyaculación para que el camarógrafo pudiera obtener una buena toma del chorro. Ahora tenía una cantidad increíble de sexo sin sentirse como una puta, y se dejaba follar durante horas para saborear cada segundo. Daewon, como ahora se daba cuenta, no era un muy buen amante. Solo tenía un orgasmo si él la despertaba de nuevo a altas horas de la noche y la follaba por detrás.

Por la noche, ella le tapaba los ojos al pequeño Kim con la mano para que durmiera y no viera nada. Pero el niño le contaba que su padre siempre se acostaba con la vecina muy rápido cuando venía a recogerlo. La señora Nakamura era una camarera que siempre andaba por el apartamento con un yukata desabrochado, que se abría cada vez que su padre se acostaba con ella. Él siempre tenía que hacerlo muy rápido, pero el pequeño Kim lo veía todo y siempre se lo contaba a Sian. Ella se enfadaba, no por el acto en sí, sino porque Daewon dejaba que el niño lo viera tan despreocupadamente.

Sian se había vuelto bastante experta en alcanzar el orgasmo mediante sexo anal. Después de que cientos de hombres la usaran como doble, cada vez estaba menos dispuesta a tener relaciones sexuales con ellos. Su educación estrictamente convencional y su íntima relación sexual con Kim comenzaban a salir a la luz. Daewon fue lo suficientemente perspicaz como para ayudarla a superarlo gradualmente. Ella se contentaba con tener sexo con Daewon; era un deber conyugal. Por eso, fue aún más sorprendente cuando él solicitó el divorcio. Había tenido tantas aventuras con actrices muy jóvenes que ya no quería someterla a eso. Ella permaneció en el apartamento de una sola habitación, y él venía cada pocas semanas para tener sexo con ella y pasar la noche juntos.

Estaba acostumbrada a tener muchos orgasmos durante el rodaje. Ahora, tras retirarse del cine erótico, se masturbaba con la misma intensidad que cuando era joven. Un orgasmo por noche no le bastaba; interrumpía su trabajo en el portátil para masturbarse. Solo tenía que ser considerada con Kim.

Cuando Daewon iba a tener relaciones sexuales, llevaba a Kim a casa de un vecino y lo recogía enseguida. Sin embargo, por la noche, cuando Daewon la penetraba por detrás hasta que ella llegaba al orgasmo, a menudo era imposible evitar que Kim se despertara y los espiara. Esto la avergonzaba muchísimo, pero no podía evitarlo.

Kim llegó a la edad en que empezó a interesarse por las mujeres. Ella encendió la pequeña luz y le mostró su vulva, explicándole todo con detalle y mostrándole cómo se masturbaban realmente las chicas y las mujeres. Él estaba muy interesado y atento; se había inclinado

mucho para verla masturbarse de cerca. Ella le había explicado el proceso con precisión, y ahora él tiraba y jalaba constantemente de su pequeño pene mientras ella se masturbaba frente a él, sus muslos comenzaban a temblar y ella tenía un orgasmo maravilloso. Quería saber cómo era al final, su orgasmo. Ella le dijo que los hombres también podían tener un orgasmo cuando se masturbaban con la mano. "¿Quieres que te lo muestre, que lo haga por ti? ¿Hacer que eyacules muy bien con mi mano?" Kim asintió con entusiasmo; nunca había eyaculado con la mano antes, solo en la boca de Sian, durante años, y ahora preguntó con curiosidad: "¿De verdad quieres hacerlo?" porque consideraba que la sola idea era mágica. Ella tomó su pene en su mano; era un pene pequeño y hermoso. Ella retrajo el prepucio, pues nunca lo había hecho con la mano; solo lo conocía por videos. El pequeño glande quedó completamente expuesto y ella comenzó a frotarlo. Kim exclamó "¡Ooh!" cuando empezó a eyacular, y Sian continuó frotando hasta que terminó. Él estaba absolutamente encantado con la eyaculación, y ella tenía permiso para masturbarlo y dejarlo eyacular una o dos veces cada noche. Siempre esperaba a que se durmiera exhausto antes de masturbarlo.

Kim se despertaba cada vez que Daewon follaba a Sian por detrás por la noche. A veces él deslizaba su pene en la mano de ella, y ella lo llevaba suavemente al orgasmo mientras él la follaba. Daewon se daba cuenta, por supuesto, pero no le importaba porque era bastante normal y común que una madre masturbara a su hijo. Su madre le había dejado eyacular en su boca desde pequeño y luego lo había masturbado con la mano. No fue hasta que tuvo 13 años que su madre le permitió tener sexo. Al igual que su padre había sido masturbado por su abuela, y tuvo sexo con ella a diario desde los 14 años hasta su matrimonio a los 30. Ahora Sian le hacía a Kim dos o tres mamadas cada noche hasta que estaba exhausto y se dormía. Pero un día, ya no fue suficiente para él.

Kim volteó a la atónita Sian boca abajo. Se arrodilló entre sus muslos, separándolos con las manos. "¡Me gusta follar, mamá!", susurró con voz ronca. "¿Sabes cómo?", preguntó ella por encima del hombro, y él asintió con entusiasmo. "¡He visto a papá follarte muchas veces!". Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendida y completamente desconcertada, al sentir su pene abriéndose paso

entre sus nalgas. “¡Me gusta follar, mamá!”, sonó más como un grito de auxilio. “Sí, adelante, ¡está bien!”, confirmó ella. Bajó la cara entre las manos avergonzada; él ya estaba listo, y la iba a follar, y ella iba a dejar que la follara, tal como algunas de sus amigas habían dejado que sus hijos las follaran. Había oído de algunas amigas que sus hijos las follaban todas las noches hasta que se independizaron de sus madres a mediados o finales de sus veintes y se casaron. Sian había olvidado esas historias susurradas, porque le hacía una mamada a Kim todas las noches y pensaba que eso era suficiente. Ahora ella era una de ellos. Él le separó las nalgas con ambas manos y esperó con incertidumbre. Ella metió la mano debajo, agarró su pene y tiró del prepucio con fuerza. Luego guió su pene hacia su vagina, introduciéndolo por completo. Kim había entrado con cuidado; era la primera vez que metía su pene en la vagina de Sian, en cualquier vagina. Se sentía increíblemente bien. “¿Ya lo has metido del todo?”, preguntó ella suavemente. “No, no del todo.” “¡Entonces mete tu pene tan profundo como puedas!”, ordenó ella. Él lo metió del todo. “¡Hasta ahí llega, mamá!”, susurró. “Cuando lo pusiste en mi boca, lo lamí hasta correr y luego me lo tragué.” Él asintió. “Sí, así fue”, confirmó. “Ahora es diferente. Lo has metido del todo, ¿se siente bien ahí?” De nuevo confirmó: “Sí, mamá, ¡es mucho más excitante que en tu boca!” — lloró en voz baja — . Ahora tienes que meter y sacar, como papá. — Asintió y dudó — . ¡Ahora mismo, mamá, ahora mismo! — Pero luego volvió a sacar su pene, se acostó junto a Sian y susurró lastimosamente — . ¡No puedo, mamá, no puedo!

Ella lo abrazó con ternura. Se sentó con las piernas bien abiertas frente a él y lo atrajo hacia sí. “Solo lo meteremos y no haremos nada más”, dijo con firmeza. Él asintió, sorbiendo por la nariz, y ella guió su pene hacia su vagina. “Empújalo hasta el fondo”, dijo, y lo abrazó. Se quedaron abrazados durante quince minutos, y ella sintió que su pene comenzaba a palpitar y a eyacular. “Ya vino”, susurró él, y ella asintió. Noche tras noche, se sentaban así, abrazados, y ella lo mecía suavemente de un lado a otro hasta que él eyaculaba dentro de ella. Sian sintió que ya no tenía miedo y sugirió que lo intentaran de nuevo. Ella le dijo que prefería que la penetraran por detrás; era su posición favorita. Él asintió, “¡Sí, mamá!”.

Kim había visto a Daewon follar a Sian por detrás suficientes veces. Simplemente tenía que hacerlo de la misma manera, y lo hizo. "¡Mamá, mi polla está palpitando tan fuerte y creo que voy a correr!" gritó desesperadamente, apenas dos o tres veces. "Conténte, tienes que empujar mucho más tiempo antes de correrte", susurró ella, pero ya podía sentir el primer chorro. Pero se estaba corriendo demasiado rápido, y era demasiado pronto, él mismo lo sabía. Se tumbó junto a su madre, avergonzado. Ella le acarició la cara. "¿Estuvo bien?" susurró, pero él negó con la cabeza. "Fue demasiado rápido", dijo lastimeramente, "¡demasiado rápido, demasiado pronto!" Ella lo acarició con ternura. "La próxima vez", lo consoló, "la primera vez siempre es demasiado rápido". Durante los siguientes días, ella se sentó frente a él de nuevo con las piernas abiertas, comenzó con su puño y guió su pene hacia adentro hasta que eyaculó, luego lo intentaron de nuevo. Ella lo había masturbado antes del coito para que él ya hubiera eyaculado una buena cantidad de semen, y luego lo intentaron de nuevo. Ahora él folló como debía y eyaculó bastante tarde. Sian dijo que eso era normal.

Ella practicaba todas las noches con Kim, quien pronto aprendió a contener su eyaculación por más tiempo. Sin embargo, aún pasaron varias semanas antes de que ella tuviera su primer orgasmo. Ella lo guiaba y dirigía, indicándole exactamente qué puntos de su vagina debía estimular con sus embestidas. Era obvio que solo le permitiría penetrarla por detrás. Solo en esa posición podía tener un orgasmo con Daewon y Kim. Los orgasmos que tenía con los profesionales eran la excepción, pero al fin y al cabo, eran profesionales. Ni Daewon ni Kim eran profesionales. Kim ahora había comprendido lo que era importante. Ella dejaba que Kim la penetrara todas las noches y le permitía observarla masturbarse si él quería; ya no tenía las mismas reservas sexuales hacia él que tenía con Daewon.

Una noche fueron atacados. La mafia coreana, los Jo-Pok, los secuestró y extorsionó a Daewon para pedir un rescate. Los encerraron en un calabozo oscuro durante diez días. Cada pocas horas, uno u otro gánster venía y follaba a Sian con tanta fuerza que la dejaba completamente inconsciente. Kim se sentó en un rincón y se escondió. Podía ver directamente la vagina de Sian y el pene que la penetraba y eyaculaba dentro de ella. Estaba listo para saltar y rescatarla

si alguien intentaba hacerle daño, pero nunca llegó a tanto. A veces venían solo uno o dos, a veces cinco. Kim miraba a la madre siendo follada por los hombres uno tras otro, y se avergonzaba porque a veces parecía realmente excitante. Vio que los muslos de Sian aún temblaban por su orgasmo y que sus dedos exploraban desesperadamente su clítoris. Seguía retrayendo su prepucio y mirando su coño y clítoris hasta que eyaculó. Se secó la mano, la abrazó después de cada violación y la consoló como solo un chico de 14 años podía hacerlo. Permanecieron abrazados durante 10 días, y probablemente fueron unos 50 hombres quienes la violaron. El intercambio de rescate fracasó tres veces y solo tuvo éxito al cuarto intento. Les vendaron los ojos y los dejaron en un muelle del río Han, donde Daewon podía recogerlos. Daewon mandó instalar inmediatamente una pesada puerta de acero.

Durante un tiempo, Sian no pudo tener relaciones sexuales, ni con Daewon, ni con Kim, ni siquiera masturbarse. Las violaciones no eran algo que pudiera superar fácilmente. Sian acudía a una buena terapeuta todos los días, quien la ayudó a liberarse de toda esa suciedad. Se tomó su tiempo, volvió a masturbarse por primera vez en semanas, y una noche permitió que Kim tuviera relaciones sexuales con ella. Todas las noches se acurrucaba en sus brazos, se abrazaba a él y le susurraba que aún no podía. Kim la abrazaba con fuerza; ahora él era el fuerte en quien podía apoyarse.

Después de meses, intentó escribir un guion de nuevo. Veía repetidamente los montajes sin editar de su época como doble de cuerpo para revivir algunas de las sensaciones del pasado. Era mucho más excitante cuando Kim la observaba. Llamó a Daewon; quería volver a trabajar como doble de cuerpo. Por supuesto, él aceptó, y ella volvió a tener sexo con 10 o 12 hombres por la tarde frente a la cámara. Sentía que era su vocación. Daewon pensaba que no debería limitarse a ser una doble de cuerpo en primeros planos; debería aparecer en clips cortos como actriz porno. De hecho, tenía talento para ello, y ocasionalmente filmaba una película porno completa. Pero la mayor parte del tiempo seguía siendo doble de cuerpo, y honestamente, eso era lo que más le gustaba porque podía ser penetrada a fondo por una docena de hombres y muy a menudo tenía un orgasmo con estos profesionales.

Kim estaba progresando espléndidamente; ahora tenía 15 años, aprendía excelentemente en la escuela y por la noche Sian se tumbaba boca abajo, esperándolo somnoliento.

• • •

Noches blancas

von Jack Faber © 2024

Sarah empezó a interesarse por la sexualidad poco antes de cumplir 14 años. Adele era un año mayor, repetía curso y era increíblemente guay. Adele dejaba que los chicos se acostaran con ella, lo cual era genial. Pero seguía siendo virgen, y eso era aún más guay. La virginidad era imprescindible en su comunidad judía, muy estricta; no había escapatoria. Adele se rió. ¿Que no había escapatoria? ¿En serio?

Adele tenía la casa para ella sola, y su familia lo respetaba. Adele había invitado a Sarah a su casa para tener relaciones sexuales. Su pulso se aceleró mientras ella, junto con Adele y Jonas, se desvestían. Sarah examinó el pene con atención. Era el primero que había podido observar con detenimiento.

Adele se tumbó boca arriba, levantó las piernas hacia el cielo y las abrazó. Dejó caer las rodillas a la altura de la cara, ofreciendo su trasero perfectamente redondo tanto el agujero para follar como el ano. Separó las nalgas con las manos y presionó los pulgares contra la vulva. Jonas lubricó su ano. Sarah observó atentamente cómo Jonas penetraba el ano de su alta amiga y la follaba. Miró los pulgares de Adele y poco a poco se dio cuenta de que eran los pulgares de Adele los que le habían hecho llegar al orgasmo el clítoris. Después de eyacular, Jonas retiró su pene y se sentó. Adele se rió. “¡Menuda follada a una virgen!”, exclamó, riendo sin parar y con voz estridente.

Así fue como Sarah aprendió sexo anal virgen. Adele era su mejor amiga, quien le enseñó todo. Los padres de Sarah vivían como si estuvieran separados. Su padre, que rondaba los 70 años, era el mejor sastre del pueblo; trabajaba día y noche hasta la madrugada. Solía disfrutar teniendo relaciones sexuales con su esposa temprano por la mañana, pero estaba envejeciendo rápidamente. La madre de Sarah, a quien llamaban Mame en la familia porque hablaban yiddish y alemán, tenía varios admiradores con quienes desaparecía en el dormitorio por las tardes. Mame era perversa en cierto modo; le encan-

taban especialmente los chicos jóvenes de entre 12 y 15 años. Solía atraer a dos o tres a su dormitorio y dejar que se turnaran para tener sexo con ella hasta que los pobres chicos ya no podían mantener la erección.

Sarah solo lo entendió cuando fue mayor. Su madre no lo ocultó; era veinte años menor que su marido, con quien mantenía relaciones sexuales como mucho una vez por semana, con gran dificultad. Sarah observaba al anciano teniendo sexo y no le resultaba excitante. Su pene estaba muy arrugado y medio flácido; apenas lograba introducirlo en su vagina con gran dificultad. A Sarah no le excitaba mucho cuando él entraba y salía, sobre todo porque tardaba mucho sin que ella se excitara particularmente. Sabía, por el sexo anal, lo increíblemente excitada que era y cómo bastaba con frotarse un poco el clítoris para alcanzar el orgasmo. Para asombro de la pequeña Sarah, que la espiaba, su madre nunca llegaba al orgasmo mientras tenía relaciones sexuales con su padre, sino que solo se masturbaba después de que él se hubiera dormido. Su madre ponía cara de indiferencia y dejaba que él eyaculara dentro de ella sin pensarlo dos veces. Cuanto más viejo se hacía, más a menudo tenía que sacar su pene, agachándose como un mono jorobado sobre Mame y frotando su pene arrugado con su puño huesudo durante un buen rato hasta que su semen rezumaba laboriosamente. Dejaba que su semen goteara sobre la vulva de Mame y se escabullía abatido bajo las sábanas. Mame se limpiaba, y entonces todo terminaba, y dejaba que sus admiradores la follaran durante el día. Sarah rara vez espiaba, pero enseguida se dio cuenta de cuánto disfrutaba Mame del sexo.

Tenía 18 años cuando sus padres encontraron al hombre perfecto para ella. Ari era un hombre amable y bueno, casi diez años mayor que ella, con 27 años. Trabajaba en el negocio familiar; su padre había fundado una gran empresa de transporte de mercancías con más de cien camiones propios y tres depósitos de carga. El trabajo se prolongaba hasta altas horas de la madrugada. Se enamoró de Ari, hijo de una familia adinerada, y se dejó penetrar analmente con fervor. Acordaron cumplir con las expectativas de sus respectivas familias judías y casarse con Sarah siendo virgen.

Ari le había contado a Sarah que había vivido con su madre desde los 13 años y que aún se acostaba con ella todos los días, hasta su noche de bodas. Era la única mujer con la que se había acostado; había aprendido todo de ella. Cuando era pequeño, ella se masturbaba dos veces al día, por la mañana y por la tarde. Al niño se le permitía acostarse entre sus muslos y observarla masturbarse de cerca. Después de diez años de matrimonio, ella perdió todo interés en el sexo y la masturbación; simplemente lo dejaba pasar. Ari se acostaba con ella todos los días, y ella se masturbaba después porque a Ari le gustaba así. Ari, su esposo y su propio padre, quien se había acostado con ella durante una década, eran las únicas personas con las que se había acostado en toda su vida. Ari dijo que su madre se lo había contado cien veces. Cuando era niña, era perfectamente natural y esperado que su padre se acostara con ella. La madre, que nunca le había permitido follarla desde la primera y única vez, acostó a la fea niña de 13 años junto al padre con una sonrisa maliciosa, porque él simplemente estaba harto de que su madre lo follara con el puño y deseaba desesperadamente follar una vagina. Ella siempre había observado, dijo la niña, cuando su madre lo frotaba con el puño y lo hacía eyacular. "Y también he visto follar muchas veces", continuó la niña, "¡cuando follaste a Ninni!". La madre sonrió con descaro: "¡Eso es exactamente lo que no quiero, que te folles a Ninni o a ninguna otra mujer! La niña ya es mayor, puedes follarla tantas veces como quieras, ¡me da igual!". El padre no se atrevió al principio, pero la madre insistió en que follara a su hija, ¡punto! El padre se acercó con cautela y preguntó, probablemente cien veces, si la niña lo deseaba. Ella asintió con los ojos brillantes; su padre era su gran héroe, y había soñado mil veces mientras se masturbaba que él la follaría. Temblaba de excitación, la penetró con ansiedad y cautela, y la desfloró con delicadeza. A partir de entonces, la folló todas las noches. Ella nunca tuvo un orgasmo, pero se masturbaba como su madre después del sexo. Se acostó con su padre todas las noches hasta que quedó embarazada a los 26 años y tuvo que casarse muy pronto.

Los padres tenían habitaciones separadas debido al horario laboral del padre. Él llegaba todas las mañanas para tener relaciones sexuales con su esposa, y Ari tenía que fingir que dormía. Al padre siempre le daba vergüenza tener relaciones sexuales con su esposa delante de su hijo, pero así eran las cosas. Después del sexo, veían el

pene rígido y erecto del niño palpitando. Ella lo señalaba con la barbilla cada vez, diciendo: "¡Mira cómo palpita y pulsa su pene! ¡Pobre chico, debe estar soñando con sexo! ¿Debería?", y el padre se encogía de hombros. Pensaba que era un gesto completamente inocente cuando su esposa acariciaba el pene del niño y lo frotaba con el puño hasta que eyaculaba mientras dormía. Se consideraba afortunado de tener una esposa tan cachonda. Nunca se enteró de que su hijo tenía relaciones sexuales con su esposa todos los días.

Sarah había escuchado muy atentamente a Ari. Mientras él hablaba, ella jugaba con su gran pene, acariciándolo suavemente, pero no volvió a ponerse erecto; después de todo, acababan de follarla por el culo. Había tocado muchos penes circuncidados antes, pero el suyo era el más hermoso. ¿O acaso veía las cosas de color de rosa porque estaba encaprichada? "¿Debería hacer que se corra con mi puño?", preguntó en voz baja, pero él negó con la cabeza. "¿Me vas a contar exactamente cómo empezó con tu madre?", preguntó porque le había descrito con gran detalle cómo había comenzado el sexo anal con Adele, porque él quería saberlo. Él asintió y comenzó a contar su historia.

Tenía trece años y me masturbaba en cada oportunidad. Una noche, no pude resistir más la tentación. Deseaba desesperadamente que mi madre me masturbara porque algunos de mis compañeros de clase se jactaban descaradamente de ello. Superé mi resistencia interior y entré desnudo en la habitación de mi madre. Ella dormía en camisón, así que me metí en la cama junto a ella y me acurruqué a su lado. Mi pene rozó su costado y se despertó porque me estaba masturbando furiosamente. Se giró hacia mí y me preguntó qué estaba haciendo. No respondí directamente; ya estaba irremediablemente cerca del orgasmo. «¡Por favor, por favor! ¡Hazlo!», grité con desesperación, porque estaba seguro de que estaba a punto de echarme de casa.

Para mi total sorpresa, no lo hizo. Sin decir palabra, agarró mi pene y me atendió, colocándolo contra sus muslos para que eyaculara. Se quitó el camisón y, después de que la contemplara durante un buen rato, apoyé la cabeza en sus pechos. Nos susurramos al oído y me sentí maravillosamente seguro y protegido en su abrazo. Me in-

terrogó extensamente sobre lo que hacía sexualmente con las otras estudiantes. Le conté todo con sinceridad y se echó a reír a carcajadas porque algunas chicas nos dejaban a los chicos verlas masturbarse. "¡Así son ustedes, los chicos, siempre queriendo ver ese secreto!". Le dije que ella misma lo hacía; ¡yo mismo lo había visto antes!

Se puso seria de nuevo. "¡Ay, mi pequeña Ari, hace siglos que no lo hago!" Estaba confundida, ¿por qué no? Dijo que un día simplemente había perdido todo deseo sexual, así sin más. Nadie tenía la culpa, simplemente ya no lo quería. No se había masturbado en años, y tampoco quería tener sexo. Su padre entraba en su habitación todas las mañanas después del trabajo para tener sexo con ella; tenía sexo con ella para eyacular. Había dicho años atrás que sentía lástima por ella, pero seguía viniendo todas las mañanas. La bombardeé a preguntas; quería saberlo todo sobre sexo. Me lo contó todo, ¡y me puse roja como un tomate, te lo aseguro! Entonces se le ocurrió un plan.

Debería quedarme con ella, fingir que estaba dormida por la mañana y observarlos a escondidas mientras tenían sexo. Vería por mí misma que ella no lo estaba disfrutando. Asentí con entusiasmo; ¡esto iba a ser emocionante! "Y si tienes una erección, lo haré por ti, pero tienes que fingir que estás dormida, ¿de acuerdo?" Y así sucedió. Papá llegó por la mañana y despertó a mamá. Apenas pegué ojo porque estaba muy excitada y completamente despierta, pero por supuesto, fingí. Papá se molestó y enojó al principio porque yo estaba allí acostada fingiendo dormir, pero ella dijo que el chico seguía profundamente dormido y que no debía enojarse, sino venir; ¡para eso había venido, después de todo! De reojo, lo vi todo. Ella me guiñó un ojo en secreto cuando papá llegó. "¡Sí, vamos, correte dentro!", le gritó suavemente y lo abrazó mientras él llegaba, ¡porque realmente se amaban!

Papá se tumbó exhausto junto a mamá, y ella le dijo: "El pobre chico debe estar soñando con follar, ¡mira cómo palpita y late su erección!". Él no abrió los ojos y solo gruñó: "¡Mmm!". Mamá susurró: "¡Pobre chico, tengo que ayudarlo!". Él solo gruñó otro cansado "¡Mmm!" y mamá, con mucho cuidado y discreción, me masturbó el pene con el puño, pero ahora abrió los ojos cuando ella le dio dos o tres golpes firmes con el puño y me hizo eyacular.

Ella se limpió los dedos y papá dijo: "¡De verdad que sigue dormido!". Mamá asintió con aire de suficiencia: "¡Claro! ¡No es la primera vez que se lo hago!". Ahora tenía que contarle una historia inverosímil, pero él se lo creyó todo y se quedó dormido. Se fue a su habitación después de 20 minutos. Todas las mañanas la veía masturbar a su hijo dormido con el puño después de tener relaciones sexuales. La vi tener sexo así durante años, hasta que él poco a poco empezó a venir con menos frecuencia.

Le susurré durante un buen rato, exigiendo, insistiendo, que quería follarla como lo hacía papá. Al principio se resistió por completo, pero no me di por vencido. "¡Pues bien, en el nombre de Dios!" maldijo, y entonces la follé por primera vez. No estaba nada excitada y me hizo trabajar duro, porque ya me había corrido hacía poco y me llevó mucho tiempo. ¡Guau! ¡Qué maravilloso se sentía dentro de su coño! Se lo dije, y ella sonrió. "¡Ahora fóllame fuerte y salvajemente y lléname por completo, de verdad por completo, porque no quiero follármela una segunda vez!" Al principio solo estaba un poco excitada y me hizo trabajar duro, ya que ya me había corrido hacía poco y me llevó mucho tiempo follármela. ¡Pero fue celestialmente bueno y excitante! Dejé mi polla dentro de su coño y, después de un breve descanso, la follé una y otra vez hasta que no pude más. Se puso muy excitada y respiraba con dificultad, su dedo vibrando en su clítoris. Me miró fijamente a los ojos, y pensé que estaba teniendo orgasmo tras orgasmo con el dedo vibrador, pero no lo demostró en absoluto, ¡ni un poquito! Me miró fijamente a los ojos pero no dijo nada mientras yo seguía eyaculando dentro de ella. Solo retiró el dedo cuando saqué mi pene. Respiré hondo, y cuando pude respirar con calma de nuevo, le dije que lo hiciera como lo hacía consigo misma hace 10 años; me sentaría entre sus piernas y la vería masturbarse.

Tuve que trabajar con ella durante mucho tiempo, pero finalmente cedió porque se había puesto sorprendentemente cachonda por el sexo. Me encanta verla masturbarse. Puede masturbarse bastante rápido y eficazmente, pero me encanta especialmente cuando tiene un orgasmo; siempre es muy intenso y la deja sin aliento, pero también termina muy rápido. Desde entonces, tenemos sexo todos los días, y ya no tengo que forzarla. Se masturba completamente de buena gana

después del sexo porque sabe cuánto disfruto viéndola. Llevamos haciendo esto 14 años. A veces trae a una amiga a tomar café y hacer el amor lésbico: un grupo de viejas lesbianas feas. Me tumbaba junto a ellas y me ponía increíblemente cachonda. Me las follaba a todas sin excepción, y la madre solo miraba con tristeza. Pero me las follaba a todas, siempre con asco por sus coños viejos, arrugados y goteando, pero siempre llena de curiosidad y sobre todo con placer. La mayoría dudó durante bastante tiempo; Incluso obligué a algunos contra su voluntad. Ari terminó de hablar y Sarah se acurrucó junto a él. "Eso fue increíblemente interesante", dijo, besándolo apasionadamente con la lengua. Ari la miró a los ojos. "¿Sigue vigente la idea de que me harás fisting?"

Ari había comprado el apartamento de enfrente del de sus padres, Sarah recibió un piano como regalo esa misma mañana y se le permitió amueblar el apartamento de 200 metros cuadrados con buen gusto y comodidad.

Antes de la boda, según la costumbre, la madre de la novia debía asegurarse de que el novio, en primer lugar, estuviera circuncidado y, en segundo lugar, tuviera una virilidad fuerte. Lo primero se comprobaba con una simple mirada; lo segundo requería más esfuerzo. La mayoría de las madres de la novia le practicaban una felación; parecía la forma más sencilla de asegurar a la comunidad que un novio débil debilitaría su poder. Algunas sentían demasiada vergüenza para hacerlo. Y luego estaban las que aprovechaban la oportunidad para tener relaciones sexuales con un joven. Mame era una de ellas; contradecía a Sarah, quien defendía con vehemencia la felación. Estaba celosa, nada más. Por eso insistió en estar presente durante la prueba.

Mame contó su propia historia. En aquel entonces, todas las madres de la novia se acostaban con el novio; practicar sexo oral se consideraba de cobardes. La madre de Mame llevaba mucho tiempo muerta, así que Mame obligó a su novio a traer a su propia madre. Él estaba terriblemente nervioso y temblaba de miedo porque nunca antes se había acostado con ella. La mujer de 70 años gemía y se quejaba horriblemente porque no había tenido relaciones sexuales en 20 años, y ahora su hijo se acostaba con ella durante horas seguidas, sin

descanso. No podía parar hasta que ya no pudo más. Al día siguiente, envió a su hermana menor, quien disfrutaba enormemente de su tarea. A ella no le importaba que él temblara como una hoja de álamo porque tampoco se había acostado nunca con su tía. Pero él superó sus miedos y se acostó con su tía una y otra vez hasta quedar completamente exhausto. Mame rió suavemente: “Si hubiera escuchado mi voz interior en aquel entonces, cuando lo vi cobarde y temeroso teniendo relaciones sexuales, ¡no estarías aquí, mi querida Sarah!”

Mame se había depilado el vello púbico, se había bañado y se había perfumado cuidadosamente. Sarah nunca la había visto desnuda; ahora contemplaba su cuerpo desnudo. Sus pechos eran lo más llamativo. Solían ser grandes y voluptuosos, pero ahora colgaban como gruesas tortillas de huevo frito a ambos lados. Sarah se quedó mirando la gran vulva abierta de Mame y su clítoris, rígida por la anticipación. «Los hombres podrían perdérselo», murmuró Sarah, molesta por la evidente excitación de Mame.

— ¡Vamos! — le dijo Mame a Ari — . ¿O es que tienes miedo de acostarte con una mujer de 50 años? Ari sonrió dulcemente — . ¡Me he acostado con mujeres mayores toda mi vida, y todas han sido geniales! ¡No, no tengo miedo! Sarah se sentó al borde de la cama, furiosa. Mame abrió los brazos de par en par.

Ari penetró con firmeza y determinación en la vagina de Mame. Ella respiró hondo, porque el pene de Ari era más grande de lo que había pensado. La folló con bastante brusquedad, Mame se elevó como un cohete y se corrió rápidamente. Se aferró a su presa como una tigresa, su vagina empujando con fuerza contra él. Tan rápido como él se corrió, el orgasmo disminuyó. Pero Ari siguió follando sin descanso, y Mame volvió a excitarse. Ari tenía que correrse; se corrió rítmicamente y durante mucho tiempo, luego cayó exhausto en los brazos de Sarah. Mame rápidamente comenzó a masturbarse, pero no funcionó. Sarah y Ari observaban; ninguno de los dos había visto a Mame masturbarse antes. “¿Siempre tarda tanto?”, susurró Ari al oído de Sarah, pero ella negó con la cabeza. “No lo sé”, susurró Sarah, “¡nunca la he visto masturbarse antes!”. Mame luchó ferozmente, con los ojos desorbitados y el rostro contorsionado mientras el orgasmo llegaba después de 20 minutos. El cuerpo de Mame se estremeció

y se retorció en espasmos involuntarios, y luego todo terminó de repente. Ari y Sarah se marcharon en silencio, dejando que Mame se durmiera.

Fue una gran boda judía. El patio estaba abarrotado; ambas familias contaban con muchísimos miembros. Había comida y bebida en abundancia, y una banda tocaba música klezmer. Los novios se retiraron para su noche nupcial ritual, la consumación, y los invitados hicieron mucho ruido para ahogar los sonidos. Mame, según la costumbre, se sentó en el dormitorio para presenciar la consumación. Sus ojos brillaban mientras contemplaba al desnudo Ari.

Mame estaba sentada en su silla, con los ojos brillantes al ver la erección de Ari mientras yacía junto a Sarah. Él solo sabía follar a su madre, y le rompió el himen a Sarah con bastante brusquedad. Ella gritó después de que él la penetrara profundamente y se apartara, llorando. Mame se levantó y tomó la sábana ensangrentada de la cama. Abrió la ventana y presentó la prueba de la virginidad de Sarah a los invitados que se burlaban y aplaudían. Se acercó a la llorosa Sarah y la consoló. “Ari, deja a mi pequeña en paz, le dolió”, dijo, desabrochándose el vestido y dejándolo caer al suelo. Sarah miró a su madre desnuda con incredulidad, con los brazos alrededor de las rodillas, llorando en silencio.

Mame yacía de espaldas. “¡Vamos, Ari, ven a mí, fóllame!”, gritó suavemente. Sarah contuvo la respiración mientras Ari, en silencio, se tumbaba encima de Mame. La penetró con fuerza y la folló, exultante y temblorosa. Él eyaculó rápidamente, y Mame se frotó el clítoris con rapidez. Alcanzó el orgasmo al mismo tiempo que él; tenía mucha práctica en esto. Sarah abrazó el cuerpo sudoroso de Ari y lo estrechó contra sí, besándolo y llorando.

Mame se alegró de que el pene de Ari siguiera erecto y lo atrajo hacia ella. Él la penetró durante un buen rato, gimiendo de alivio, y ella lo llevó al orgasmo como antes. Ari se dejó caer exhausto en los brazos de Sarah. Ella acarició su enorme pene, que aún estaba medio erecto. Sarah se sintió muy orgullosa cuando su pene se puso rígido de nuevo. Él se excitó y volvió a tumbar a Mame boca arriba. La penetró por tercera vez y se corrió demasiado rápido. Jadeando, se

tumbó junto a Sarah y observaron a Mame masturbarse. Ella se masturbó durante al menos 15 minutos y, con el mayor esfuerzo, alcanzó su tercer y último orgasmo.

Mame se vistió rápidamente y bajó a recibir a los invitados. Los había oído susurrar; Ari le comentaba lo genial y maravillosa que era Mame en la cama. Ambos se vistieron de nuevo y también bajaron a recibir a los invitados.

Durante los primeros años de su matrimonio, se amaban profundamente. Ari solía llegar a casa en los momentos más inoportunos, pero a Sarah le encantaba acostarse con él. Tuvieron tres hijos: Ben (Benjamin), Lily (Lilith) y Miri (Miriam). Sarah descubrió que Ari iba a casa de Mame para tener sexo una o dos veces por semana. Hubo lágrimas, acusaciones y palabras duras, pero Ari finalmente convenció a Sarah. ¿De verdad quería que Mame saliera a la calle como una prostituta barata para un rapidito a su edad? Y había echado mucho de menos el sexo amoroso con su anciana madre, admitió con la cabeza gacha. Ella le había enseñado a disfrutar acostándose con mujeres mayores, y acostarse con ellas le sentaba de maravilla, murmuró. Sarah no podía enfadarse con él, el grandullón estúpido. Mame no era una amenaza; no le quitaría a Ari. Le dio una ligera bofetada y lo besó. “Todo está bien”, susurró con la voz quebrada por las lágrimas.

Se quedó paralizada, como si le hubiera caído un rayo, al entrar en la habitación de las chicas una tarde. Ben, de trece años, Lily, de once, y Miri, de diez, estaban desnudos. Lily estaba sentada con las piernas abiertas, la vulva manchada de semen, frente a Ben, que se estaba masturbando. Miri estaba sentada a su lado, masturbándose con los ojos brillantes y vidriosos. Sarah estaba paralizada por el miedo. Ben levantó la vista solo un instante. “¡No le he roto el himen, no!”, exclamó, y continuó masturbándose con excitación. Sarah estaba paralizada por el horror ante la implacable continuación de los niños. Lily la miró con picardía. “¡Ben siempre tiene que correrse tres veces!”, dijo con complicidad, separando sus labios vaginales con los dedos. El pene de Ben se acercó cada vez más; lo insertó entre sus labios y eyaculó dentro de ella. Miriam había alcanzado el orgasmo en silencio y discretamente y se escondió bajo su manta.

Sarah enderezó la espalda y salió de su trance. Maldijo con furia y gritó que jamás volverían a hacer eso. Ben los supervisaría personalmente; ¡a partir de ahora, tendría que acostarse con ella! Dio un portazo y entró furiosa a la cocina.

Ben se desnudó y obedientemente se acostó junto a Sarah, que dormía con un camisón de seda. Tras dos minutos de silencio, suspiró y comenzó a masturbarse. Sarah, de espaldas a él, extendió la mano hacia atrás y frotó su pene contra el de él. Él eyaculó sobre sus nalgas y permaneció allí tumbado con su pene erecto contra su mejilla. Ella sopesó sus opciones frenéticamente. Entonces tomó una decisión.

Ella guió su pene entre sus nalgas y murmuró que podía follarla allí. No tuvo que explicarle lo que era follar. Él la folló entre sus nalgas apretadas y se corrió en su hendidura anal. Dejó su pene erecto allí y lo movió un poco. Sarah suspiró profunda y resignadamente, relajada, e insertó su pene en su ano. "¡Vamos, fóllame otra vez!", jadeó con claridad, y Ben la folló por el ano por primera vez. Después de correrse, se tumbó de lado y se durmió.

La noche siguiente, se quitó el camisón; era una prenda cara y demasiado valiosa para mancharla de semen. De nuevo, le dio la espalda. Ben le acarició las nalgas, descubriendo su fascinación por su hendidura, explorando su abertura con dedos temblorosos. Ignoró su ano, su polla deslizándose por sus labios, y Sarah suspiró profundamente, conteniendo la respiración mientras su polla se deslizaba en su coño como si fuera lo más natural del mundo, en lo profundo de ella. Por un instante, pensó en Ari, que también había empezado a tener sexo con su aburrida e indiferente madre a los 13 años. Ben la folló rápida y apresuradamente, gimiendo al correrse dentro de ella y simplemente dejó su polla rígida dentro. Ella se dio la vuelta y se tumbó boca arriba con feroz determinación. En silencio, lo tomó entre sus muslos y le metió la polla en el coño. A partir de entonces, Ben la folló todas las noches, y ella estaba asombrada de lo bien que podía excitarla.

Así que Sarah se lo contó a Ari, pero él solo se encogió de hombros y dijo: «Lo mismo digo». Durante la conversación, Sarah se enteró,

casualmente, de que Ari no solo se acostaba con Mame una o dos veces por semana, sino también ocasionalmente con su madre de 70 años. Ella tenía aún menos interés en el sexo que antes, pero desde la muerte de su marido, quería ver a su hijo más a menudo. Se habría conformado con un café y una charla, pero Ari siempre la llevaba primero al dormitorio y se acostaba con ella bruscamente, como siempre. Se había vuelto muy tímida y avergonzada de su cuerpo viejo y arrugado. Solo se masturbaba después del sexo por él; lo había dejado hacía años y solo se masturbaba después del sexo con Ari porque al buen chico siempre le había gustado verla llegar al orgasmo. Lo había aceptado desde el principio, y desde entonces, de alguna manera, se había convertido en parte de sus vidas.

Sarah tampoco le contaba todo a Ari. Se había puesto en contacto con viejos amigos que solían follarla por el culo, y desaparecía con ellos en su habitación durante una o dos horas. Ambos tenían secretos, Ari y ella, pero su amor apasionado se había calmado y los secretos ya no les molestaban. Le había costado un tiempo dominar la técnica de Mame para provocarle el orgasmo con unas pocas caricias en el clítoris justo antes de que Ben eyaculara, de modo que Ben corriera dentro de ella en medio de su orgasmo.

Lily ya salía con chicos, y ella y Ari buscaban un buen marido. Sarah estaba decidida a hacer lo mismo que Mame y dejar que su recién casado esposo la follara con fuerza en la noche de bodas de Lilith.

Sarah era tremendamente decidida.

• • •

El asesino en serie

von Jack Faber © 2024

Flo, como llamaban a Florence, se preparó para su actuación. Ella y algunas otras chicas modelaron lencería atrevida y ropa interior sexy. Era un cine porno muy concurrido, donde se mostraban espectáculos sexuales en vivo, chicas masturbándose y películas porno. Durante los intermedios, había demostraciones de lencería. Flo se afeitaba la zona púbica a diario porque al menos los espectadores de la primera fila querían verlo todo, absolutamente todo. A veces le resultaba bastante excitante mostrar su zona púbica a los hombres babeantes. Después de los espectáculos, subía a su bonito apartamento. Nunca se consideró una prostituta; se llamaba a sí misma bailarina de espectáculos, aunque normalmente alguno de los clientes subía a su habitación para tener sexo y dejaba algunos billetes en la mesita de noche. Nunca lo hacía gratis.

Su hermano Ben le enseñó a masturbarse cuando era muy pequeña, pero ella amaba los orgasmos más que nada. Por supuesto, la niña intentó masturbar a Ben, pero sus muñecas eran demasiado débiles. Espiaban juntos cuando sus padres tenían relaciones sexuales. Flo tenía unos 12 años cuando Ben la desfloró, y tuvieron relaciones sexuales toda la noche y algo más. Cuando tenía 13 años, su padre los sorprendió teniendo relaciones sexuales. Se enfadó y regañó a Ben en voz baja, luego se llevó a Flo a la cama conyugal.

La madre los vigilaba como un halcón y los regañó porque Flo ya no llevaba pijama y se acurrucaba desnuda junto a su padre. La madre de Flo era adicta a la masturbación; empezaba a masturbarse por las noches y terminaba sumergiéndose por completo en sí misma, sin ver ni oír nada más que el roce del clítoris y los orgasmos, una y otra vez, hasta que se quedaba dormida de agotamiento. Durante años, rara vez había permitido que su marido tuviera relaciones sexuales con ella, y normalmente solo lo golpeaba con el puño cuando estaba a punto de eyacular. Ahora su hija yacía desnuda a su lado, y al parecer pensaban que ella no se daría cuenta de sus vergonzosas actividades. Por supuesto que lo notó todo; les arrancó la man-

ta protectora y los regañó como un gorrión cuando simplemente continuaron.

El padre era muy torpe y no le frotó el clítoris a Flo como debía. La madre, si no estaba ya absorta en la masturbación, le arrancaba la manta protectora y lo regañaba: "¡Bastardo asqueroso, estás jugando con el clítoris de la pequeña!". Flo se acurrucaba junto a él y se masturbaba a escondidas entre sus cuerpos. Él le sostenía la cabeza y le acariciaba el pelo para que se mantuviera tranquila durante el orgasmo y no le diera a su madre motivos para gritar. Aun así, la madre le arrancaba la manta protectora: "¿Y la dejas frotarse y masturbarse así, a tu propia hija?". Pero observaba a Flo masturbándose con curiosidad y solo la volvía a cubrir después de que la niña hubiera tenido un orgasmo.

Flo jugaba a escondidas con su pene; ¡era enorme! Descubrió que lo que más disfrutaba papá era cuando ella le bajaba el prepucio hasta cubrir el glande y luego lo volvía a subir, masturbándolo lo más rápido que podía; ese era su juego favorito. Y si jugaba con él durante mucho tiempo, ¡él eyaculaba maravillosamente! Cuando eyaculaba, la madre gritaba: "¿Y tú tan tranquilamente dejas que tu propia hija te haga eso?". El padre la miró y le dijo: "¡Cállate la boca, mujer frígida!".

Su segundo juego favorito era cuando Flo se sumergía, le lamía el glande y luego le retraía el prepucio por completo, tirando de él hacia adelante de nuevo, muy rápido y durante tanto tiempo, que eyaculaba en su boca. Su madre lo había observado todo el tiempo: «¡Qué asco y perverso, eyacular en la boca de la pobre niña!». Ella misma, por supuesto, le permitía eyacular en su boca cuando lo masturbaba con el puño, ¡pero hacerlo con un niño, eso sí que era perverso!

El padre giró a Flo de modo que su trasero quedara frente a él, y Flo separó sus nalgas con las manos. Esto le facilitó a papá introducir su pene, colarse en su coño y follarla en secreto. Se movían con mucho cuidado, pero a veces la madre lo oía eyacular y gritaba y regañaba: "¡Y ahora la cerda está chorreando dentro! ¡Sí, dale un hijo!". Pero la madre rara vez se daba cuenta, porque era adicta a la masturbación y se masturbaba toda la noche hasta quedarse dormida, agota-

da. Los dos esperaban para follar hasta que la madre estuviera profundamente absorta en la masturbación. Cuando Flo cumplió 14 años, papá ya no se lo ocultó a su esposa y se encogía de hombros con indiferencia cuando la madre los regañaba por el sexo. "¿Y ahora quieres follar a la pobrecita, como si ya tuviera edad para ello?". El padre la fulminó con la mirada: "¡Cállate la boca, estúpida vaca!".

Ya no era un secreto que él tenía relaciones sexuales con Flo y eyaculaba dentro de ella. Su madre los observaba y, para entonces, ya se había empezado a masturbar. No hizo nada al respecto; estaba ocupada masturbándose ella misma y miraba a Flo teniendo sexo con una sonrisa culpable. Flo también encontraba esta forma de tener sexo mucho más placentera: era tan abierta y desinhibida. No tenía un orgasmo, pero se masturbaba después, igual que su madre, y le gustaba apoyarse en su cuerpo mientras se masturbaba. A su padre le encantaban esos momentos en los que los dos se masturbaban tranquilamente uno al lado del otro.

Flo descubrió cada vez más que el sexo podía servir como moneda de cambio. La consecuencia lógica fue que primero aceptaba pequeñas cosas, luego dinero en efectivo, a cambio de sexo con sus compañeros de clase. Naturalmente, sedujo a todos los profesores excepto al profesor de religión gay y se graduó con las mejores calificaciones. Tenía sexo con su padre todas las noches hasta que su madre le metió la cabeza en el horno y abrió el gas. Empezó la universidad y la financió trabajando como modelo. Posaba desnuda por buen dinero y tenía sexo frente a la cámara. Después de cada sesión, había una fiesta en toda regla y mucho sexo, e incluso los fotógrafos que eran considerados gays participaban obedientemente. Así que una cosa llevó a la otra; entró en el cine porno y al principio tenía sexo frente a cientos de espectadores o se masturbaba fingiendo pasión frente al público. El público estaba principalmente interesado en su orgasmo cuando contorsionaba su hermoso rostro en una mueca horrible. Pero eso no estaba bien; modelaba lencería sexy y llevaba a clientes que pagaban a su habitación. Eso era mejor que trabajar para un proxeneta, eso era lo peor.

Schorsch era un cliente habitual, grosero y desagradable, sobre todo cuando estaba borracho. Estaba obsesionado con Flo, quien, sin

embargo, nunca lo llevó arriba para tener sexo con ella. Solo una vez la sorprendió en el pasillo; se tambaleó borracho hacia ella y le empujó la cara contra la pared. Ella sabía que cualquier resistencia lo enfurecería y que podría abusar de ella. Así que lo dejó pasar; él apartó su camisón y la penetró por detrás. Ella se sorprendió del tamaño de su pene. La penetró profundamente y tuvo que eyacular de inmediato. Nunca llegó a tener sexo con su amada. Ella se alejó con ligereza, maldiciendo blasfemamente porque esto sucedía cada pocas semanas. Él siempre eyaculaba de inmediato, pero no muy a menudo lograba follar bien con Flo. Solo si continuaba follándola después de eyacular podía seguir follándola y finalmente eyacular dentro de ella. El hecho de que a veces la gente pasara a empujones junto a ellos, mirándolos estúpidamente, nunca le molestó al borracho.

El negocio iba bien; tenía un hombre con quien acostarse todos los días y después se masturbaba en la ducha. Algunos días se le unían un segundo e incluso un tercer hombre. Con el tercero tenía un orgasmo increíble, y el dinero también era bienvenido. Entonces, un día llegó Hiro, un euroasiático con un pene extraordinariamente grande. Se enamoró al instante del apuesto hombre. Primero se acostó con los otros clientes, luego se duchó y esperó a Hiro.

Flo no se había enamorado desde la secundaria, pero ahora la emoción la abrumaba. Después de que él se fue, se masturbaba por las noches hasta que se le entumecían las muñecas. Hiro nunca iba a los espectáculos; venía todos los días y disfrutaba siendo el amante favorito de la joven e inexperta prostituta. Ella le daba todo; él podía probar de todo. El dinero no importaba; él nunca pagaba ni recibía dinero de ella. Fueron los mejores meses de la vida de Flo.

Hiro le enseñó el juego de la asfixia. Ella se puso una cuerda delgada alrededor del cuello, él la penetró y lentamente apretó la soga. Ella no podía respirar, y justo antes de perder el conocimiento, tuvo un orgasmo como nunca antes. Él continuó penetrándola inconsciente y eyaculó dentro de ella. Esto se convirtió en su maravilloso ritual diario.

Entonces sobrevino la catástrofe. Schorsch se quedó junto a su cama, gritando que ella le pertenecía solo a él, y golpeó a Hiro hasta

matarlo con su bate de béisbol. Flo gritó furiosa y golpeó repetidamente la pesada lámpara de noche sobre la cabeza de Schorsch hasta que quedó inmóvil en el suelo. Lloró desconsoladamente y llamó a los servicios de emergencia. Decenas de policías irrumpieron en su apartamento, esposaron a Schorsch y lo llevaron al hospital.

Hiro fue identificado por sus huellas dactilares. Era un asesino en serie buscado. Había estrangulado al menos a 14 mujeres y niñas con una soga. Fue capturado, pero escapó de la policía antes de que pudieran condenarlo. Flo negó con la cabeza. No podía ser cierto: "¡Me estranguló cientos de veces, pero no me mató!". Le describió todo al detective con detalle, y su creencia solo se tambaleó gradualmente cuando el detective le mostró todas las pruebas de sus asesinatos anteriores y se lo explicó todo con precisión. Flo estaba destrozada y permaneció en completo silencio durante casi tres meses.

Ben, a quien no había visto en mucho tiempo, volvió a verla después de tres meses. La consoló con cariño y volvieron a tener relaciones sexuales como adultos. Ella se aferró a Ben; se abrazaron y tuvieron sexo durante horas y horas durante semanas hasta que ella se sintió de nuevo enraizada. Regresó al trabajo, modelando lencería sexy y llevando a una docena de clientes a su habitación todos los días. Les permitía tener sexo con ella uno tras otro y tenía un orgasmo a más tardar la segunda o tercera vez, y luego tantos más que dejó de masturbarse por la noche después de tener sexo con Ben. Con su consentimiento, Ben tuvo sexo con todas las mujeres y chicas del cine porno, y fue una época verdaderamente aventurera para él. Ben había perdido su trabajo, y ahora ambos vivían de lo que ella ganaba con el trabajo sexual. Ella tenía sexo más que nunca, y ahora tenía orgasmos en abundancia. Y Ben la amaba con todo su corazón.

Nunca encontró a nadie más que la follara tan bien como Hiro.

• • •

Pero la madre lo hizo.

von Jack Faber © 2024

La madre de Ray siempre lo bañaba dos veces por semana. Desde que empezó a depilarse el vello púbico hacía unas semanas, él había notado su pequeña hendidura infantil mientras se duchaba. Aquella pequeña protuberancia con forma de salchicha, situada entre sus labios menores, era su clítoris. Una compañera de clase le había enseñado a masturbarse, algo que él ya sabía, y le había mostrado su clítoris y se lo había explicado. «El clítoris propiamente dicho está oculto bajo el prepucio», le había dicho.

Cada mañana, después de que papá se iba a trabajar, mamá se acostaba en la cama exactamente a las 7:30 para masturbarse, todos los días excepto los domingos, cuando los padres tenían relaciones sexuales toda la mañana hasta el mediodía. Ray siempre la observaba mientras se masturbaba; después de unos minutos, mamá se sumergía en un éxtasis profundo y se frotaba el clítoris automáticamente. Ese era el momento en que Ray podía abrir la puerta sin peligro para observarla. Sus ojos se nublaban y se quedaban fijos, y miraba extasiada a la distancia. La observaba hasta que se retorcía y temblaba de placer, entonces tenía que retirarse.

Ella lo colmaba de amor, pero siempre ignoraba su erección. Él había tomado su decisión, se acostó desnudo a su lado y esperó hasta que ella terminara de masturbarse. Ella abrió los ojos por un momento. “¡Todavía no, todavía no!” susurró, y los cerró de nuevo. Él sabía que ella aún tenía que continuar como de costumbre. Durante varios largos minutos, su dedo acarició su clítoris con firmeza unas cuantas veces más, y ella se estremeció ligeramente cada vez, pero continuó. Después de muchos minutos, se detuvo. Levantó la vista, aparentemente sin sorpresa. “¿Me estabas mirando?” preguntó, más con amabilidad que con enojo. Él asintió en silencio mientras ella cerraba las piernas. Solo entonces había terminado. Se quedó mirando fijamente durante un largo rato su pene erecto, que él apretaba con fuerza en su puño.

— ¿Qué haces aquí? — preguntó ella.

"¡Lo necesito ahora mismo!", dijo, agarrándose el pene, "¿lo harás por mí, por favor?"

Negó con la cabeza. «¡Hazlo tú misma o no lo hagas!». A pesar de su negativa, sonaba muy amable y muy, muy curiosa. «Nunca lo he visto de cerca», dijo, y sonó como una súplica.

Estaba desesperado y ya había superado la vergüenza. Se masturbó rápida y hábilmente; ella le puso la mano delante del pene y le dejó eyacular sobre él con un fuerte jadeo.

Cuando recuperó la respiración, dijo que muchas madres se lo hacían a sus hijos, sus compañeros de clase. Ella negó con la cabeza; eso era solo un cuento de hadas, no se lo creía ni una palabra.

Él las llamó por su nombre. Ella lo miró extrañada y tomó el teléfono. Ray admiraba su habilidad para interrogar a las madres. A cada una le tomó un tiempo admitirlo más o menos. Solo una resistió su llamada de sirena. Algunas masturbaban a sus hijos mientras se bañaban o duchaban, otras lo hacían en la habitación de los niños. Una lo abrazó, besó y acarició desnudo en la cama matrimonial hasta que se puso completamente erecto, y luego lo hizo. Una dijo que ya no lo hacía, ya que él ya podía tener relaciones sexuales. Sí, ella tenía relaciones sexuales, por supuesto, estaba divorciada, desafortunadamente.

Ella negó con la cabeza; era cierto, pero aun así no lo hizo. Día tras día, él se acostaba a su lado por la mañana, esperando pacientemente hasta que ella terminara de masturbarse, y le suplicaba. Él se masturbaba todas las mañanas, y ella lo observaba con curiosidad; al parecer, le resultaba interesante y excitante porque lo hacía una segunda y una tercera vez seguidas. Se sentía terriblemente culpable por hacerlo trabajar tanto. Tomó su pene en la boca, lo dejó masturbarse allí y eyacular dentro, y se tragó el semen; siempre lo había hecho. Pero Ray no se rindió y siguió suplicando porque podía sentir que ella poco a poco se estaba dando por vencida.

Un día, con timidez, le tocó el pene mientras él eyaculaba al masturbarse. Ella misma se sorprendió la primera vez que usó su puño sobre él. A partir de entonces, se convirtió en algo habitual: terminaba de masturbarse, le agarraba el pene sin decir palabra y lo llevaba al orgasmo con su puño.

Una mañana, papá regresó; tenía que recoger unos documentos de casa. Asomó la cabeza en la habitación de mamá e inmediatamente comprendió la situación. Mamá estaba arrodillada junto a Ray, acariciándole el pene con el puño; ya era la tercera vez esa mañana. Se detuvo al ver a papá.

— Ah, sí — dijo papá con una risita — , ¡la tía Gabi me lo hacía en aquel entonces! — dijo con una sonrisa. Tenía prisa y le hizo un rápido gesto a mamá antes de arrancar de nuevo. Mamá se encogió de hombros porque él nunca le había contado nada de Gabi, y luego empezó de nuevo, porque Ray quería eyacular tres veces cada mañana. Ray estaba muy satisfecho y feliz con la situación. Cada mañana se acostaba a su lado, esperando pacientemente hasta que ella terminaba de masturbarse, y entonces ella sonreía con picardía y le dejaba eyacular tres veces en su boca con el puño.

— Hay noticias del colegio — dijo Ray un año después — . A algunos chicos les permiten acostarse con sus madres, acostarse de verdad como tú te acuestas con tu padre los domingos por la mañana — dijo Ray. Un puño frío le agarró el corazón mientras preguntaba: — ¿Quiénes? Llamó a las madres, una por una lo admitieron, y algunas se rieron entre dientes: — ¿Y qué?

Mamá colgó el teléfono resignada. “¡No, nunca, absolutamente no!”, le dijo a Ray. “¡Nunca le he sido infiel a papá, nos lo prometimos!”. Insistió en que hacerle una paja a Ray ya era suficiente concesión. No importaba cuánto suplicara. Durante muchas semanas se mantuvo firme, solo cuando él quería eyacular en su vulva o dentro de su vagina dudaba. ¿Eyacular dentro de su vagina? ¡No, nunca lo había hecho! Pero dejar que eyaculara en su vulva después de frotarla con el puño, sí, de acuerdo, ¡si era absolutamente necesario!

Durante semanas, ella continuó dándole placer con su puño, luego guió su pene hacia su vulva y le permitió eyacular allí. Su pene se acercaba cada vez más, y un día, al eyacular, tocó su vulva.

Papá asomó la cabeza por la puerta, pero solo dijo "¡Ajá!" mientras Ray, inclinado, rociaba sobre la hendidura de mamá.

Para Ray, ese "¡Ajá!" fue un momento crucial. Introdujo su glande en la hendidura y eyaculó dentro. Mamá protestó débilmente; las cosas se le escapaban de las manos. Ray empujó su pene cada vez más profundo en la hendidura de mamá, sus protestas se volvían cada vez más débiles. Ella frotó su pene con el puño, y cuando él estuvo a punto de eyacular, ella suspiró desesperada, culpable y resignadamente, y lo introdujo en su propia vagina. Después de semanas, finalmente introdujo su pene por completo en su vagina y eyaculó. Papá tenía la cabeza dentro mientras Ray se estremecía y eyaculaba, pero de nuevo solo dijo "¡Ajá!" y se marchó.

— ¡No, por favor, no! — jadeó la madre. Lo detuvo — . ¡No, por favor, no me folles! Pero ya era demasiado tarde. Ray la folló por primera vez, muy brevemente, después de que ella le hubiera metido el puño. Pero fue culpa suya, pensó, porque había metido su pene en su coño demasiado pronto. Simplemente tuvo que follarla unos segundos para poder correrse. Mamá giró la cabeza hacia un lado y lloró. — ¡Qué terrible lo que hiciste! — dijo, sollozando suavemente.

Ray sabía que no estaba bien, pero ella seguía introduciendo su pene en su vagina cada vez más pronto, y él tenía que follarla durante más tiempo para eyacular. Papá metió la cabeza, simplemente dijo "¡Ajá!" y se fue de nuevo. Para Ray, era como su consentimiento. Mamá hacía rato que había dejado de llorar.

Dejó de masturbarlo. Justo después de terminar, se metió su pene dentro, giró la cabeza hacia un lado y se cubrió la cara con el brazo. Dejó que la follara dos o tres veces seguidas, dependiendo de cuánto necesitara correrse. Había aceptado que Ray la follara todas las mañanas. Papá miró dentro. "¡Ajá! ¡Yo también podía follar con la tía Gabi en aquel entonces, eso era genial!" Su comentario pasó desapercibido.

Justo después de que Ray se acostara con ella por primera vez, habló con su padre esa misma noche. Después de cenar, puso dos vasos de chupito en la mesa, junto con una botella. Así él sabía que tenía algo que contarle. La miró expectante. Necesitaba un par de tragos antes de ir al grano.

"En aquel entonces me convencí de que algunas madres de la clase de Ray lo hacían con sus propias manos. Al principio no le creí y me negué durante semanas; me sentía abrumada. Pero luego lo hice, ¡el pobre Ray realmente lo necesitaba!"

Papá asintió: "Lo vi entonces y me pareció perfectamente bien. Supuse que dejaste que eyaculara en tu boca".

— ¡Pero no, nunca! — mintió — . Solo te lo hice antes porque no quería volver a quedar embarazada. — Hizo una breve pausa y dio un trago a aguardiente — . Le hice una paja durante un año entero, pero ya no le bastaba. Algunos de sus amigos se acostaban con sus madres, y él también quería eso. Aunque descubrí que era verdad, no quería. Siempre te fui fiel; ¡nunca hubo nadie más! Acordamos que yo seguiría haciéndole una paja, pero que al final le dejaría correrse en mi hendidura. Le gustaba mucho, a nuestro pequeño bribón.

"Yo también lo he visto un par de veces, era completamente inofensivo, ¿no crees?" Papá la miró, pero ella continuó.

A partir de entonces, todo avanzó rápidamente. Empezó a introducir su pene para eyacular, y cada vez penetraba más y más profundo. Y eso estuvo bien durante semanas, pero esta mañana me folló, me folló de verdad. Solo quería contártelo. Mamá lo miró expectante.

— Igual que con Gabi — dijo, y ahora ella quería saber quién era ese Gabi y qué tenía que decirle; nunca se lo había contado. Se rascó la cabeza, como siempre hacía cuando tenía algo desagradable que decir.

Bueno, lo de Gabi no fue nada especial. Mis padres solían estar en la capital durante semanas, y yo me quedaba con Gabi, la hermana menor de mi padre. Era la hermana favorita porque habían dormido

juntos de jóvenes, y vivía con nosotros. En fin, me dejaban dormir en su gran cama de matrimonio. Descubrió que podía eyacular, y durante años me frotó el pene y me dejó eyacular sobre sus enormes pechos. Me parecía increíble, y un día me preguntó si quería tener sexo. Me enseñó cómo, y tuvimos sexo hasta que me casé contigo. Eso es todo, nada del otro mundo.

Ella le preguntó algunas cosas más sobre Gabi, y él le contó todo lo que sabía. Cuando su madre fue a la capital sola y su padre se quedó en casa con Gabi y él, los dos follaron sin parar, sin prestar atención al niño pequeño que estaba a su lado; era demasiado pequeño para entender. Siempre le asombraba entonces que la gruesa polla de su padre cupiera en el pequeño agujero de Gabi. No entendía por qué follaba a Gabi mucho más a menudo y durante más tiempo que a su madre. En ese momento, sospechaba que era porque su madre tenía un agujero mucho más grande que Gabi. Siempre estaba presente cuando sus padres follaban y se maravillaba del gran coño de su madre. Sin duda, la gruesa polla de su padre cabía fácilmente en su agujero. No me preguntes; no tengo ni idea de si seguían follando entonces. Cuando tuve edad suficiente, Gabi siempre dejaba que la follara por detrás primero y luego por delante la segunda vez. Siempre se masturbaba mientras follaban y siempre tenía un orgasmo, ya que se aseguraba de ello ella misma. Sabía que ella a veces todavía se masturbaba por la noche, pero no conocía más detalles.

Mamá ya había bebido bastante y preguntó cómo debía proceder con Ray.

— Oh, no te preocupes tanto. A él le gusta, y a ti también, ¿verdad? Así que sigue adelante y enséñale todo lo que necesita saber. Creo que hay bastantes chicos, quizás incluso muchos, que aprenden sobre sexo de una hermana, una tía o su madre. En mi opinión, eso está perfectamente bien, porque cuando a nuestros abuelos los mandaban a los burdeles, era una completa estupidez. ¿Entiendes lo que quiero decir? — Mamá asintió — . Quieres que siga adelante y me asegure de que a Ray le enseñen con cariño. — Papá asintió — . ¡Sí, exactamente!

¿Sabe Ray siquiera que te masturbas todas las mañanas? Ella le había dicho desde el principio que se masturbaba todas las mañanas desde que era muy joven. Al principio le había gustado verla, pero pronto se volvió aburrido.

Ella asintió. «Lleva dos años acostado a mi lado todas las mañanas mientras me masturbo. Nunca me molesta y es paciente hasta que le toca a él». La conversación continuó un rato más.

Y así sucedió que, a partir de ese día, ella dejó que Ray la follara. No tuvo que enseñarle nada.

Pero ella misma había cambiado mucho.

Ray notó que se volvía más tonta cada día. Había perdido algo, tal vez su castidad y su modestia.

Ella solo se había acostado con su padre, nunca con nadie más. Pero ahora Ray tenía relaciones sexuales con ella, y su padre no ponía objeciones; era parte de su pubertad. Siempre había sabido que tenía una ligera inclinación lésbica, pero ahora la estaba llevando a cabo. Todos los días, mujeres con la misma inclinación venían a tomar café y luego desaparecían en el dormitorio. Ray las seguía y se acostaba desnudo con ellas.

Se abrazaban, se besaban y se excitaban mutuamente. Él las observaba masturbarse, observaba a las demás masturbarse y frotar sus cuerpos como si estuvieran teniendo sexo. Esto lo enloquecía, y se acostó con todas esas mujeres. Protestaban a medias porque ninguna era una prostituta, pero casi ninguna lo apartó con fuerza. Ray exploraba sus vaginas con curiosidad; no había dos iguales. Y todas tenían sexo de la misma manera, pero a la vez de forma completamente diferente. Mamá se sentaba junto a ellas, observándolas tener sexo; ya estaba harta de las relaciones lésbicas y nunca dejaba que Ray la penetrara delante de las otras mujeres.

Un día, una de las mujeres le enseñó a mamá cómo practicar sexo clitoriano con clitoriano. Mamá se apuntó enseguida; se convirtió en su técnica sexual favorita. La primera vez, Ray se tumbó entre sus

muslos entrelazados y observó sus clítoris mientras una enloquecía de placer a la otra. Comprendió al instante por qué a mamá le encantaba tanto; por primera vez, era capaz de penetrar activamente a otra persona y llevarla al orgasmo.

Mamá ayudaba a Ray cuando era necesario. Convencía a las mujeres inseguras para que tuvieran sexo. Sujetaba a las reacias para que Ray pudiera forzarlas. Decía "¡Shh, shh!" cuando él, inesperadamente, penetraba a una por detrás, justo cuando estaba lamiendo el clítoris de mamá hasta el orgasmo. Eso era lo que hacía con más frecuencia: penetrar por detrás a la que estaba lamiendo; eso era divertido.

Las víctimas de Mamá eran cada vez más jóvenes; ella llevaba a las chicas inexpertas al orgasmo con su clítoris, y Ray inmediatamente se abalanzaba sobre la que acababa de tener un orgasmo y la penetraba sin problemas hasta llevarla a otra. Una vez, fue una virgen muy joven. Ray miró a Mamá con incertidumbre; ella asintió animándolo, diciéndole que tenía que penetrar mucho más fuerte y no dejar que el himen lo detuviera. Por primera vez, desfloró a una chica; la madre abrazó a la chica que lloraba, y Ray la penetró varias veces seguidas, tan excitado lo había puesto.

Ray se acostaba con las amigas lesbianas de su madre siempre que podía. Nunca pensó en la anticoncepción y eyaculaba dentro de ellas siempre que podía. Su madre lo llamaba idiota cada vez que una de ellas quedaba embarazada.

Ray tenía algo en mente. Estaba en su último año de preparatoria, y su mejor amigo Robert aún era virgen; nunca había tenido sexo. Mamá ocultó su horror: ¡no era una puta! Pero Ray insistió hasta que ella accedió a regañadientes. Robert faltó a clases y fue a su casa. Los tres estaban inseguros y nerviosos. Robert solo se relajó después de que Ray tuvo sexo con ella primero. Ella sonrió amablemente, y Robert se acostó encima de ella. Ella guió su pequeño pene hacia su vagina y lo animó a follarla. La primera vez, solo lo logró parcialmente; tuvo que volver al día siguiente, y al otro. Al tercer día, ella dijo que lo había hecho muy bien y que no podía volver.

Mamá mantuvo en secreto su romance con Robert, al igual que sus relaciones lésbicas. Se sentía terriblemente culpable, pero había aprendido a mentir. Poco a poco abandonó el lesbianismo después de que Ray se mudara. Ahora, ocasionalmente tenía un amante por las tardes, porque estaba muy triste.

Ray se había mudado a la capital para estudiar.

• • •

El nuevo mundo de Gabi

von Jack Faber © 2024

Gabi tenía 31 años y había sido contratada como ama de llaves por los padres de Ray. La pareja era profesora universitaria; su apartamento era espacioso y estaba amueblado con buen gusto, y tenían un hijo, Ray. Comparado con su entorno tan estricto, eran relativamente fieles el uno al otro, aunque ambos tenían alguna que otra pequeña aventura.

Gradualmente, Gabi se hizo cargo de algunas de las tareas de su madre. Las dos mujeres entraron al baño desnudas, y durante varias noches, la madre le mostró a Gabi cómo enjabonaba a Ray con jabón líquido todas las noches. Gabi asintió; lo entendió. Cuando la madre le mostró su cuerpo desnudo, su vulva y la entrada de su vagina, riendo y sonriendo mientras separaba sus labios con los dedos para que él pudiera ver su clítoris y su profunda abertura, y él lo miró fijamente durante un buen rato, tuvo una fuerte erección. Finalmente, ella le agarró el pene, diciendo: “¡Pobrecito, lo necesitas tanto!”, y luego lo frotó con cariño y naturalidad hasta que eyaculó. Gabi no dijo nada; lo entendió, pero no lo comprendió. Después, Gabi bañó al pequeño Ray, mostrándole su vagina tal como lo había hecho su madre, y le permitió tocarla con las yemas de los dedos, pero su pene erecto no provocó ninguna reacción en ella. Obedientemente obedeció cuando Ray, después de ducharse, le indicó que continuara lavando y frotando su pene con vigor. — ¿De verdad debería frotarlo? — preguntó inocentemente — . ¡Lo he visto cien veces, pero nunca lo he hecho yo misma! Ray asintió animándolo — . ¡Por favor, frótalo, Gabi! — Y entonces ella apretó su pene con más fuerza y lo frotó con vigor hasta que eyaculó.

Gabi era muy simple y tenía una mente débil, infantil e ingenua. En su último año de escuela, que apenas aprobó, vio a algunos de sus compañeros masturbarse en las duchas después de la clase de gimnasia; se consideraba genial. Por supuesto, ella misma lo intentó por la noche, pero simplemente no funcionó, así que lo dejó. Como las otras chicas, orgullosamente se acostaba con chicos y dejaba que tuvieran

sexo con ella, pero no lo disfrutaba, ni el sexo infantil le producía un orgasmo. El enamoramiento siempre se desvanecía después de un tiempo. También participaba en sexo grupal, aunque ella misma no sentía nada. Pero al menos de esa manera no era una extraña. Por el contrario, a veces le parecía divertido cuando uno tras otro tenían sexo con ella. Los chicos pensaban que era súper genial porque ella era la única que yacía allí como una muñeca sin vida y se dejaba follar como si no tuviera voluntad propia. Casi nadie se daba cuenta, y a nadie parecía molestarle el hecho de que Gabi no sintiera nada durante el sexo; Nunca se excitaba y dejaba que un hombre tras otro se acostara con ella con una amabilidad inquebrantable. Gabi no era atractiva; ocupaba un lugar muy bajo en esa escala. Quizás padecía una forma leve de autismo, pensó Ray más tarde.

Trabajó unos quince años en un comedor social; era trabajadora y obediente, y cuando el cocinero principal quiso acostarse con ella, se encogió de hombros con total indiferencia. Lo siguió en silencio hasta la despensa, se tumbó sobre los sacos y se subió la falda, sin la menor excitación sexual. Pacientemente le permitió acostarse con ella, aunque nunca sintió nada sexualmente. Luego consiguió este trabajo como ama de llaves, y aquí también el empleador abusó sexualmente de ella ocasionalmente. Gabi era verdaderamente indiferente. No sentía nada.

Los padres viajaban a la capital durante semanas para dar clases, dejando a Gabi sola con Ray. Ella lo bañaba o duchaba todas las noches, mirándolo siempre con curiosidad, y él asentía. Luego le enjabonaba el pene y lo masturbaba con el puño.

Ray estaba en una edad crítica. Estaba más interesado en las chicas que nunca. Descubrió cómo colarse sin ser visto por una trampilla en la ducha mientras las chicas se duchaban después de la clase de gimnasia. Se desnudó y se mezcló con ellas. Al principio solo se sorprendieron, pero les gustó cuando el chico las enjabonó y les tocó el cuerpo. Algunas chicas se sentaron en el suelo y se masturbaron bajo el chorro de agua caliente. Cerraron los ojos cuando Ray las observó. Una o dos chicas se atrevieron a agarrar su pene erecto y masturbarlo. Siempre terminaba con gritos desenfrenados cuando una de ellas lo llevaba al orgasmo. No habría podido decir después con cuál de las

chicas tuvo sexo primero bajo la ducha caliente. Las demás se quedaron a su alrededor, asombradas y curiosas, lo que lo excitó sexualmente y lo impulsó aún más. Todas eran chicas que habían sido desfloradas por su hermano o padre y ya habían tenido relaciones sexuales muchas veces. Más tarde entrevistó a las chicas y les pidió que le contaran cómo había sucedido que su padre las desflorara. No, no les había dolido, y la mayoría de las madres participaron activamente en la iniciación sexual, animando a las chicas a tener relaciones con sus padres con regularidad. Al parecer, querían dar mucho placer a sus amados maridos; quizás algunas también estaban cansadas de ser folladas a diario de la misma manera monótona. Ninguna de las chicas se sintió violada ni abusada; al contrario, estaban orgullosas de ser consideradas ahora mujeres de verdad.

Ray pronto se cansó de que Gabi lo masturbara noche tras noche. El hecho de que lo hiciera con tanta indiferencia y no mostrara señales de excitación sexual, a diferencia de su madre, lo inquietaba. Había decidido tener relaciones sexuales con Gabi, pero su indiferencia lo irritaba. Sus padres volvieron a casa durante cuatro días y Gabi se fue a quedarse con unos parientes.

Ahora era su madre quien lo duchaba y lo masturbaba todas las noches. Ella reía y se reía con picardía mientras lo masturbaba y se excitaba muchísimo cuando él casi eyaculaba; al parecer, había bebido demasiado. De repente, él afirmó que siempre le permitían acostarse con Gabi después de ducharse. Su madre aceptó encantada y quiso saber los detalles. Él contó que Gabi se ponía de espaldas a él junto a la bañera, se inclinaba y se apoyaba con ambos brazos contra el mueble bajo, sacando el trasero de forma provocativa.

La madre inmediatamente lo puso en práctica y preguntó con una sonrisa: “¿Algo así, más o menos?” Ray la corrigió, y ella rió mientras él decía, sacando el trasero. “Luego le tocaré el coño”, dijo Ray, y ella rió con lujuria mientras él la tocaba. No dejó de reírse mientras Ray buscaba su clítoris. Contuvo la respiración cuando lo encontró. “Luego la masturbaré un poco”, comentó, frotando el clítoris. Le pareció más grande que el de Gabi. Ella se quedó en silencio, porque Ray aparentemente sabía exactamente cómo masturbar a una chica. “¿Y la harás llegar al orgasmo?” susurró casi inaudiblemente. “Sí, a ve-

ces", dijo Ray, "¡y luego entraré por detrás y follaré a Gabi!" Ella asintió; eso era obvio. Sin embargo, se estremeció violentamente cuando Ray, con el corazón latiendo con fuerza, la penetró por detrás. Quiso protestar de inmediato, por supuesto, pero ahora su pene estaba completamente dentro, y eso era un hecho. Un pensamiento se coló entre la bruma de su mente. Estaba a punto de follarla, ¡de verdad! Nunca la había follado antes, ni siquiera había metido su polla dentro de ella. «¡Ay, vamos!», se dijo a sí misma, «ya está dentro, ¡no puedo parar ahora!». Sabía exactamente lo que tenía que pasar después.

Bajó la cabeza con tristeza y suspiró, porque Ray nunca había hecho esto antes. Le daba un poco de miedo este tipo de sexo en particular, aunque se había acostado con algunos hombres. Lo más atrevido que Ray había hecho era un toque curioso y tentativo de su clítoris por una fracción de segundo, algo que hacía cada vez antes de que ella se duchara. La oyó suspirar y la vio bajar la cabeza. Ya había llegado más lejos que nunca y simplemente tenía que continuar. La estaba follando por primera vez. Ella no se resistió en absoluto mientras él embestía fuerte y profundo, embestida y embestida. Se tocó el clítoris y tuvo un orgasmo justo cuando él eyaculó. Nunca hablaron de ello, ella dejó de masturbarlo y le dejaba follarla cada vez que estaba en casa, y normalmente una segunda vez enseguida si aún podía.

La madre, con cierta timidez, sacó el tema con el padre y suspiró aliviada. Él creía que era aceptable que un hijo — ¡pero desde luego no Ray! — aprendiera sobre sexo de su madre. No lo admitió explícitamente, pero ella tenía la impresión de que él mismo lo había aprendido de esa manera. Solo le preguntó al respecto mucho después, porque no iba a confesarle ahora que había permitido que Ray tuviera relaciones sexuales con ella durante todos esos años.

A papá le resultaba bastante difícil hablar del tema, pero ella lo presionaba. De niño, había espiado a su madre mientras se masturbaba desnuda en la cama matrimonial. Ella descubrió al pequeño voyeur y, sonriendo ampliamente, lo dejó acostarse a su lado. "Vamos, cariño, mírame, ¡me pondré muy cómoda! Y puedes jugar con tu pequeño pene si quieres, ¡e incluso eyacular en mi coño!". A partir de entonces, al pequeño se le permitió verla masturbarse, lo que, por

supuesto, lo excitaba enormemente. Se arrodillaba frente a su coño, se masturbaba rápidamente y eyaculaba sobre él. Después de un tiempo, ella le preguntó si no preferiría follarla en lugar de masturbarse. Así que ella le enseñó a follar, él aprendió muy rápido y la folló durante años. Cada pocas semanas, una u otra de sus amigas venía a casa, y las mujeres se acostaban desnudas en la cama matrimonial. Él las observaba hacer el amor y siempre se le ponía dura. Se acostó con todas esas mujeres; la mayoría lo deseaban por sí mismas o fueron persuadidas. Así fue como conoció un montón de vaginas, clítoris y aberturas vaginales diferentes, y muchas de ellas follaban de forma distinta a las demás. Siguió follando con su madre con regularidad hasta que Ray tuvo unos seis o siete años y ella, su esposa, sintió el deseo de follar de nuevo. Mamá recordó que lo había abandonado sexualmente por completo en aquel entonces.

Pero Ray no se atrevió a follar con Gabi de inmediato. Primero, solo la hizo ponerse de espaldas como su madre y, con curiosidad, le palpó la vulva. Introdujo su dedo índice en su vagina y así descubrió que la mujer de 31 años ya no era virgen. Pensó que la interrogaría más tarde y exploró su vulva y la abertura minuciosamente con su dedo índice. El clítoris de Gabi era diminuto y estaba oculto, apenas más grande que un guisante. “¡No, nunca!”, respondió ella a su pregunta sobre si se frotaba el clítoris para llegar al orgasmo. Y no sabía lo que era un orgasmo.

Ray frotó suavemente su clítoris y oyó a Gabi suspirar. Ella empujó sus nalgas cada vez más hacia él, “¡Se siente tan bien!”, exclamó Gabi en voz baja. Él sintió que su clítoris se endurecía y continuó; lo había visto cientos de veces antes. Gabi suspiró continuamente, “¡Oh, qué maravilloso!”. Sus piernas y nalgas temblaban cada vez con más intensidad, y Ray supo que se acercaba al clímax. Se estremeció y tembló, apretando rítmicamente sus nalgas. Se apartó de su dedo. “Ese fue el orgasmo”, comentó.

Hablaron largo rato sobre la masturbación y el orgasmo. Ella le contó que había visto a sus compañeras hacerlo varias veces durante su época escolar. Que ella misma lo había intentado varias veces, pero que siempre se había detenido porque la creciente excitación la perturbaba mucho. Él le preguntó y le preguntó, y entonces ella le

contó que todavía se despertaba una o dos veces al mes en mitad de la noche empapada en sudor, con el corazón latiéndole con fuerza, al igual que el clítoris. Había logrado calmar el clítoris acariciándolo suavemente y luego volver a dormirse. Sus ojos se abrieron de asombro cuando Ray le dijo que a eso se le llamaba sueño húmedo y que era el orgasmo lo que la había despertado. Ella no lo sabía.

Ray sabía que era el momento adecuado para preguntarle sobre sexo. Gabi no tenía ningún problema en contarle todo abiertamente y con sinceridad. Había empezado a tener relaciones sexuales en su último año de instituto, cuando tenía 15 y 16 años. Había tenido que esperar mucho tiempo porque era la más fea de todas. Ni siquiera recordaba haber perdido la virginidad; había ocurrido de forma sencilla y sin nada de particular. Al principio, sus relaciones con los chicos eran bastante románticas, aunque ella no sentía realmente ese romanticismo. El sexo era solo una parte, así que lo hacía porque no quería que la consideraran una pervertida. Hacia el final del curso, el sexo en grupo se puso de moda, y ella también participó con entusiasmo. No notaba ninguna diferencia si tenía sexo con una persona o con diez seguidas; simplemente duraba mucho más, se rió Gabi.

Cuando trabajaba en la cocina, no tenía novio ni sexo casual. Solo el jefe de cocina, que se acostaba con una de las jóvenes ayudantes cada día, se acostaba con ella de vez en cuando, y ella simplemente lo dejaba pasar; realmente no le importaba. «Y aquí ahora», dijo Gabi con una mirada tímida de reojo, «aquí tu padre a veces se acuesta conmigo. Lo necesita mucho cuando tu madre no está, y no me importa, así que le doy un gusto». Ray asintió en silencio; lo había sospechado desde hacía mucho tiempo.

Solo una vez papá había entrado al baño en un momento inoportuno, cuando Ray estaba teniendo sexo con mamá. “¡Ajá!”, exclamó, y, con ingenio, dijo: “No quiero molestarlos, solo quería afeitarme un poco”. Se quedó junto al lavabo y se miró en el espejo mientras se enjabonaba y se afeitaba. Le sorprendió lo delgado y estrecho que era el pene de Ray, con un glande grueso en forma de hongo. Ella no había dejado de masturbarse, seguía inclinada, y le dijo impacientemente a Ray que continuara, ¡aún no habían terminado! Papá los observó teniendo sexo en el espejo hasta que Ray se corrió justo en medio de

su orgasmo, entonces terminaron. Mamá se enderezó y miró a papá, quien asintió con una sonrisa amistosa y continuó afeitándose.

Por supuesto, papá intentó observarlos teniendo sexo a partir de entonces. Se paró junto al lavabo y los observó en el espejo. Se masturbó muy despacio y en secreto y eyaculó en el lavabo. Solo una vez la pilló muy pronto. Mamá le dijo a Ray que no tenía permitido eyacular dentro de ella ese día; era un día peligroso. Ray asintió y comenzó, sacando su pene para eyacular y masturbándose, eyaculando en largas rayas blancas por todas sus nalgas. Se frotó el pene muy suavemente hasta que se puso duro de nuevo. Al final de la segunda ronda, ella tuvo que estirar la mano hacia atrás y sacar su pene eyaculando ella misma. La tercera y última ronda requirió un gran esfuerzo por parte de Ray. Ella estaba completamente concentrada en alcanzar su tercer gran orgasmo, Ray apretó los dientes y eyaculó dentro de ella, por supuesto. Ella se incorporó después del orgasmo y dijo cansada: "¡Te corriste dentro, idiota!", pero le dio un beso en la coronilla. Papá pronto dejó de correrse; no era un verdadero voyeur y lo había visto todo.

Ray había crecido considerablemente y ahora tenía novias estables. Antes de enamorarse de una, su principal preocupación era si ella estaba dispuesta a tener relaciones sexuales; ignoraba fríamente a las demás. Él iba a su casa a almorzar, o ella iba a la suya. Le gustaban mucho las chicas jóvenes porque casi todas tenían vaginas mucho más estrechas que Gabi o su madre. Que ellas fueran responsables de su propia anticoncepción era normal en aquella época; tomaban la píldora o la píldora del día después. Ray se involucraba poco personalmente en estas relaciones; para él, todo giraba en torno al sexo y nada más. Se acababa cuando dejaban de tener relaciones sexuales; así de simple era para él. Tenía muy pocas chicas que le permitieran verlas masturbarse; muchas simplemente lo negaban, diciendo que no se masturbaban, punto. Al poco tiempo, unas pocas semanas como máximo, se cansaba de la chica y pasaba a la siguiente.

Gabi no se masturbaba, aunque podía hacerlo. Solía dejar que Ray la masturbara dos veces con el dedo, y cada vez experimentaba un orgasmo hermoso e intenso; y entre los dos orgasmos, él tenía rela-

ciones sexuales con ella. Solía colarse en la habitación de los otros niños donde dormía Gabi. La despertaba abrazándola y se excitaba con besos apasionados, lo cual no la excitaba. Obviamente, lo necesitaba antes del sexo, algo que ella comprendía y aceptaba. Después del sexo, se marchaba; la cama era demasiado pequeña para que durmieran juntos.

Ray ahora tenía novias habituales con las que tener sexo. Así que Gabi fue a casa de su vecino por la tarde para que su hijo de 16 años tuviera sexo con ella durante dos horas. El chico, que tenía un carácter muy alegre pero era tan retrasado mental que no podía ir a la escuela, tenía el pene más grande que Gabi jamás había visto. Para entonces, ya había eyaculado todo su semen dentro de su madre, pero podía volver a tener una erección en pocos minutos y tener sexo, aunque ya no pudiera eyacular. La folló con resistencia durante horas, porque ella también era una inútil.

Desde su más tierna infancia, la consideraban una idiota; su padre, un depravado, la desfloró una noche. Sus padres, por desgracia, eran idiotas de nacimiento, igual que ella. Él se acostaba con su esposa todas las tardes, y su pequeña hija siempre observaba cómo su héroe se acostaba con su madre repetidamente, incluso después de su orgasmo, hasta quedar completamente exhausto. A la niña le encantaba el sexo y abrazaba a su héroe de forma sexual después de que él hubiera llevado a su madre al orgasmo y eyaculado. Incluso de niña, se acurrucaba desnuda con su padre, y juntos observaban a su madre masturbarse hasta que, después de un largo rato, se detenía y se quedaba dormida. Presionaba su cuerpo desnudo contra la desnudez de su héroe, presionaba su pequeña abertura contra sus anchos dedos, y tomaba su gran pene entre sus manos, apretándolo, frotándolo y acariciándolo durante lo que parecía una eternidad. Cuando ella presionó repetidamente su clítoris y vulva contra sus dedos, se excitó y ardió como un horno, así que lo abrazó con cariño y le susurró al oído que estaba tan excitada que tenía que masturbarse de inmediato. Él asintió, sostuvo a la niña en sus brazos, acariciándola, y observó cómo la pequeña imitaba la técnica de masturbación de su madre. Cuando ella llegó al orgasmo, él le dio mil besos y lamió su pequeño clítoris. Ella separó sus labios con los dedos para que él pu-

diera lamer mejor su pequeño clítoris, y tuvo cientos de pequeños y temblorosos orgasmos con sus suaves lamidas.

Acariciaba a su hijita con ternura, pues la quería muchísimo. Desafortunadamente, era demasiado torpe con los dedos y no podía masturbarla, aunque siempre lo intentaba. Jugaba con su vulva y clítoris durante horas mientras veían la televisión. Ella se acurrucó aún más cerca de su héroe y le susurró que tenía que masturbarse, pues él la había excitado mucho. La pequeña le susurró al oído cuánto disfrutaba viéndolos tener relaciones sexuales, mientras se masturbaba con devoción en su cálido abrazo.

Le permitieron jugar con su pene después de que ella terminara de masturbarse y él estuviera completamente erecto. Le permitieron jugar con él, y le encantaba hacerlo, con entusiasmo infantil, probando de todo, pero no pudo hacer que eyaculara. Una vez, él se masturbó el pene durante unos segundos cuando la niña le preguntó cómo lo hacían los hombres. Durante semanas intentó masturbar su pene con una mano, luego con ambas, pero era demasiado débil; sus muñecas eran demasiado débiles.

Semanas después, tuvo una idea, una vaga inspiración repentina. Lo empujó sobre el sofá donde solían forcejear desnudos, abrazarse y acariciarse, presionándolo para que quedara tumbado boca arriba. Su pene estaba erecto, y ella se colocó de manera que sus labios lo rodearan por ambos lados. Entonces empezó a cabalgarlo. Al principio, solo arriba y abajo, pero cuando dobló su pene hacia atrás, quedó plano sobre su estómago como un plátano, como una salchicha gruesa. Le encantaba deslizarse de un lado a otro sobre esa salchicha hasta que la excitaba tanto que tenía que parar inmediatamente y masturbarse. Pero siguió cabalgando sobre su salchicha reclinada durante semanas, una y otra vez, porque él parecía disfrutarlo bastante.

Un día, ella se deslizó de un lado a otro durante un buen rato, él gimió ruidosamente y, con puro placer, se corrió. Ella había encontrado la manera de hacerlo eyacular. Él gruñó satisfecho y giró la cara hacia el televisor, y ella deslizó su coño de un lado a otro sobre su polla, presionándolo tan fuerte que casi tuvo un orgasmo, pero ahora lo hacía todas las noches y lo hacía eyacular. Ella sonrió, con el rostro

contraído por el esfuerzo, y jadeó: “¡Papi, es casi como follar de verdad!”. Él sonrió ante esas palabras y asintió para no estropear su placer.

Cada noche, con determinación infantil, ella decía: “¡Papá, acuéstate para que pueda follarte!”, y él se acostaba para ella, sonriendo obedientemente. Le había dicho que se quedara sentada sobre su pene después de que él eyaculara si quería masturbarse, porque le excitaba sentirlo y verla. Así fue como creció, porque a pesar del vacío espiritual, esta familia estaba llena de amor y afecto sexual. El padre se contuvo durante un tiempo sorprendentemente largo, pero una noche sintió que no había tenido suficiente sexo. Sin embargo, no quería despertar a su esposa, que se había masturbado hasta quedarse dormida.

¿Cuántos años tienes, por cierto? Ella pensó un momento. “Trece o catorce”, dijo, porque nadie lo sabía con certeza. “¿Entonces, ya te gusta tener sexo?”, preguntó él, lamiéndose los labios. Ella asintió con entusiasmo. “¿De verdad duele tanto la primera vez?”, preguntó, y él negó con la cabeza. “Mamá ni se dio cuenta entonces”, dijo, sonriendo. “¡Imagínate, me preguntó después de nuestra primera vez cuando iba a quitarle la virginidad!”. Ella abrazó a su padre con ambos brazos. “Quiero tener sexo contigo como lo hacía mamá, ¡pero por favor no me hagas daño!”. Entonces, sonriendo tontamente, él agarró a su pequeña hija y le quitó la virginidad. Le preguntó si le había dolido mucho, pero ella negó con la cabeza. Tuvo sexo con ella por primera vez, dándole un orgasmo fantástico y eyaculando dentro de ella. Ella había disfrutado mucho su primera vez; el orgasmo fue genial, pero completamente diferente a la masturbación. Ahora lo quería una y otra vez. Durante años, él la follaba todas las noches como segundo hombre, después de follar primero con su esposa. Tenía tiempo de sobra para recuperarse de su primera eyaculación. Su madre estuvo celosa un tiempo, pero él las follaba a ambas con tanta fuerza que ya no podía quejarse. Un día, cuando tenía unos 17 años, el corazón de su madre se detuvo en medio de su orgasmo vespertino. Ambas esperaban que despertara a la mañana siguiente, pero seguía muerta, y fue un momento muy triste.

Durante años, se acostó con su hija todas las noches, hasta que quedó embarazada. Se acostó con ella hasta poco antes del parto y de nuevo poco después. Se suicidó cuando el niño tenía seis años, y ella era demasiado torpe para encontrar un nuevo amante. Desesperada, le enseñó a su hijo a follar como una máquina; él lo entendió sorprendentemente rápido, y ella pudo volver a tener sexo con mucha intensidad, aunque él aún estaba lejos de ser adulto.

Se acostó desnuda junto a ellos dos, lista para volver a meter su polla en la vagina de Gabi cada vez que se le saliera. Curiosamente, imaginaba a Gabi como una hermana pequeña, y animaba a su chico a follarla con amor y vigor, cosa que él hacía con gusto. Ella simplemente observaba cómo follaban, como si fuera un emocionante e importante partido de fútbol. El chico folló a Gabi durante dos horas, y tan bien que ella tuvo su primer orgasmo durante el sexo. Por primera vez, experimentó la sensación de lujuria subiendo por sus caderas; por primera vez, la sintió entrar en su coño, haciendo que su clítoris estallara con una rigidez palpitante. Era igual que cuando Ray la masturbaba, pero ahora no era el dedo de Ray, sino la enorme, gruesa y poderosa polla del chico, que se abría paso en su coño con una risa alegre. Él reía con orgullo mientras Gabi era sacudida y estremecida por el orgasmo. Si se detenía un instante demasiado pronto, a Gabi solo le bastaba con tocarse el clítoris unas cuantas veces para provocar su orgasmo. Él ya sabía cómo hacerlo: llevaba a Gabi al orgasmo, le daba un momento para recuperarse y luego la penetraba con fuerza hasta que volvía a tener un orgasmo. Si el chico necesitaba un breve descanso después del orgasmo, su madre le frotaba el clítoris a Gabi para mantenerla excitada. La madre reía como una niña orgullosa cuando lograba masturbar a Gabi hasta el orgasmo.

Gabi iba a su casa todas las tardes para tener relaciones sexuales. Finalmente, experimentó la increíble oleada de creciente excitación sexual y la dicha celestial de tantos orgasmos liberadores e embriagadores.

• • •

En Himmelbauerhof

von Jack Faber © 2024

La granja Himmelbauerhof se alzaba en lo alto del valle; las cumbres de las montañas del lado opuesto habían pertenecido a Italia durante algunos años. Himmelbauerhof fue construida en 1631 por un antepasado utilizando enormes vigas de madera. Se cree que este antepasado era constructor de barcos, y el hecho de que la casa se hubiera mantenido en su estado original durante 400 años parecía confirmar esta afirmación. La casa parecía surgir de las rocas; tenía cinco habitaciones y una cocina espaciosa. Un pequeño arroyo detrás de la casa servía como lavadero o baño. A izquierda y derecha se extendían grandes campos de cereales, un establo para cuatro vacas, dos docenas de cerdos y una gran cantidad de gallinas camperas. La granja no los hizo ricos, pero les proporcionó una buena vida a sus habitantes. Antes se tardaba unas tres horas en subir a pie desde el valle hasta la granja. Sin embargo, poco antes del estallido de la guerra, el ejército había equipado todas estas granjas de alta montaña con un teleférico, de modo que el trayecto se podía realizar en 15 minutos.

Himmelbauer, su esposa y sus hijos, Lena y Fritz, eran la séptima generación en vivir en la granja. Al estallar la guerra, Himmelbauer había comprado un rifle a un traficante de armas suizo del mercado negro. Era un rifle de repetición estadounidense con un cañón largo, pesado y octogonal de más de 1,60 metros de longitud y una buena mira telescópica. Originalmente había sido diseñado para la caza de osos, y la munición del calibre .44 se guardaba en una gran caja de madera en el sótano. La caja contenía originalmente 2000 cartuchos; se habían usado pocos, ya que Himmelbauer practicaba con diligencia y también lo usaba para cazar. En el cañón estaba grabado “Hawkins US made”, y era un buen rifle. Si Himmelbauer se concentraba y mantenía la puntería firme, siempre daba en el blanco. La guerra nunca llegó a este valle; ningún soldado tuvo que subir en teleférico a las granjas para defender el país o al káiser. El granjero de Himmelbauer colocó el rifle al alcance de la mano en el armario de la

antesala cuando la guerra, el país y el emperador ya estaban perdidos.

Cada domingo por la mañana, el granjero de Himmelbauer bajaba en teleférico hasta la posada y no regresaba hasta la tarde para recuperarse de la borrachera. Los domingos por la mañana, a Fritz se le permitía acurrucarse bajo las sábanas con su madre. Desde que tenía memoria, se habían acurrucado desnudos bajo las sábanas, y ella solía leerle un cuento de hadas o una historia. Fritz hacía tiempo que había explorado cada centímetro de su cuerpo; solo la zona alrededor de su vello púbico rizado estaba estrictamente prohibida. A ella le gustaba que él acariciara sus grandes y voluptuosos senos y jugara con sus pezones. Ella, en cambio, prefería jugar con su pene, incluso antes de que pudiera eyacular. Más tarde, ella lo llevaba al orgasmo varias veces; eso era lo que más le gustaba. Los domingos por la mañana estaban reservados para esto, y ella lo dejaba eyacular tan a menudo que duraba toda la semana. El tabú se fue desvaneciendo gradualmente; finalmente se le permitió tocar y explorar su vagina, pero ella solo lo permitía sin explicarle nada.

Durante la semana, dormía en una habitación con Lena. Ella era cuatro años mayor que Fritz, y a él se le permitía meterse bajo sus sábanas antes de dormir, ya que a ella también le encantaba acurrucarse desnuda. Fritz era reservado; nunca mencionó que se acurrucaba con la otra chica. A Lena también le encantaba jugar con su pene; ella también lo frotaba y lo llevaba al orgasmo con regularidad. Él les dijo a ambas, por separado, lo triste que era que no tuvieran un pene con el que frotarse y eyacular. Ambas lo miraron fijamente durante un buen rato y decidieron no contarle nada al chico. Lena se volvió cada vez más hermosa a medida que crecía. Fritz presenció de primera mano cómo los pechos de Lena brotaron repentinamente y crecieron hasta ser tan grandes como los de su madre.

Un domingo, mamá le preguntó si no quería tener sexo de verdad. Fritz se puso rojo como un tomate y no supo qué decir. Su madre se rió y le dijo que le enseñaría si se callaba. Él asintió con un nudo en la garganta, y ella lo guió entre sus muslos. Agarró su pene y lo introdujo en su vagina. “¡Puedes meter el pene hasta el fondo y luego empujar hacia adentro y hacia afuera con todas tus fuerzas!”, dijo sonri-

endo. Así aprendió a empujar y eyacular dentro de ella. Le dijo a mamá que el sexo le parecía simplemente maravilloso, y tenía sexo con ella todos los domingos, tan a menudo como podía. Su madre le explicó que debía contener la eyaculación hasta que ella misma tuviera un orgasmo, y solo entonces debía eyacular dentro de ella. Fue muy difícil de aprender, pero estudió y practicó con diligencia y pronto lo dominó.

Por supuesto, no le dijo ni una palabra a Lena al respecto, pero ella se enteró por sí misma. Lena ya no era virgen; iba a todas las ferias de los pueblos y se dejaba follar por unas monedas de plata. Sonreía de oreja a oreja. "¡Nadie lo consigue gratis, todo el mundo tiene que pagar unas monedas de plata!", dijo, "¡Estoy ahorrando para mi dote!". Fritz escuchaba con la boca abierta, porque su hermana era muy pragmática y él la admiraba por eso. Miró debajo de las sábanas con una linterna, y Lena le explicó todo. Se maravilló con todo y preguntó para qué servía el clítoris. Ella dijo que le daba placer, como frotarse el pene, excepto que las mujeres no eyaculan al final. Naturalmente, quiso ver el clítoris frotándose de inmediato, pero Lena lo desanimó. Solo semanas después volvió a sacar el tema. Miró debajo de las sábanas con su linterna y finalmente se le permitió verlo, y por supuesto, más tarde también, cuando ella lo hizo. Lo encontró interesante y para nada aburrido; Él se asombraba cada vez que su cuerpo temblaba y se convulsionaba durante el orgasmo. Le tocaba el clítoris después del orgasmo, y ella se estremecía cada vez.

Mamá también pensaba que Lena ya tenía edad suficiente para ir al pub los viernes o sábados por la noche y conocer chicos, pero Fritz tenía que acompañarla como chaperón. «No soy una señorita», refunfuñó Fritz, y su madre le explicó que su trabajo era asegurarse de que ningún chico tocara la ropa interior de Lena. «No lleva», espetó. Su madre miró desesperada al cielo. «¡Para que los chicos no le metan la mano debajo de la falda ni se acuesten con ella!», exclamó, y él asintió, ¡por supuesto!

Bajaron en teleférico al pueblo, cenaron bien y Fritz se quedó sentado, bebiendo su cerveza, ya que Lena solo pagó una. Tuvo mucho cuidado de que nadie le metiera la mano debajo de la falda a Lena o, peor aún, que se acostara con ella. No tendría que mentirle a su

madre, porque ninguna de las dos cosas sucedió. Lena bebió bien, los muchachos la agasajaron y ella desaparecía con uno de ellos durante veinte minutos seguidos. Fritz ni siquiera quería saber qué hacía con los chicos en la posada; ya lo sabía. Esa misma noche, volvieron a casa en teleférico. Fritz dijo que olía fatal, y Lena hizo sonar las monedas de plata que llevaba atadas en un pañuelo. «¡Las guardo para mi dote; no me voy a casar con un mendigo!». Fritz asintió; era un buen argumento. Ella le dejó meter el pañuelo a escondidas en casa para que su madre no sospechara nada. Por supuesto, Fritz sabía dónde se escondía Lena, pero nunca sacó nada.

Fritz quería follar con Lena. Nunca lo mencionó, porque su aguda intuición le decía que ella podría verlo como un chantaje. Se metió bajo sus sábanas como de costumbre, se arrodilló frente a su coño y empujó su polla dura hacia adelante. Lena no pareció entender y extendió la mano hacia su polla para masturbarlo como solía hacer. Negó con la cabeza, "¡Pero si ya te follas a mamá los domingos!", susurró, frotando su polla. Él nunca había respondido a eso antes. Se deslizó más y más adentro hasta que la punta de su pene tocó su coño. Lena se resistió durante un buen rato y siguió frotándolo, pero él presentía que pronto cedería. Así que empujó más adentro, hasta que Lena tuvo que soltar su polla. La penetró en su coño y más profundamente, hasta que estuvo completamente dentro. Ella lo miró fijamente. "¿De verdad, de verdad quieres follarme?!" Fritz asintió seriamente. "Sí, Lena, de verdad que sí, ¡si me dejas!" Ahora Lena sonrió. "¡Eres increíble! ¡Te acuestas con su hermana en vez de buscarte una novia!" Fritz asintió, algo abatido. "Me gustas mucho, Lena, ¡y no quiero acostarme con nadie más! Te veo acostándote con un montón de tíos en el pub, y ya tengo edad para acostarme contigo, ¡me encantaría!" Ella sonrió y lo acarició. "Vale, yo también quiero acostarme contigo, ¡pero no se lo digas a nadie!" Y así fue como se acostaron en secreto varias veces por semana, incluso varias veces por noche durante su embarazo, hasta su muerte.

Lena estaba embarazada. Antes de acostarse, Fritz le acariciaba la creciente barriga y tenían relaciones sexuales dos o tres veces antes de dormir. Lena siempre estaba cachonda durante su embarazo; tenía sexo constantemente y se masturbaba día y noche. No le dijo a nadie quién era el padre; probablemente ni siquiera ella misma lo

sabía. Fritz estaba muy nervioso porque él también podría ser el padre. Lena sonrió y le revolvió el pelo. «¡No te olvides de los del viernes o el sábado; podría ser cualquiera de ellos!». Cuando llegó el momento, el partero gay durmió con mamá y el padre durmió en el trastero. Mamá, por supuesto, no era gay y nunca había tocado la vagina de otra mujer; ninguna otra mujer la había tocado a ella y a su clítoris con tanta pasión. Pero no pudo resistirse, porque la tentación y su creciente lujuria la hicieron aceptar todo de buena gana.

Lena sufrió durante tres días. Fritz permaneció sentado en silencio junto a su padre en el banco frente a la casa, donde no se oían los llantos de Lena. Su madre y la partera hicieron todo lo posible, y Lena dio a luz a una niña. La bebé estaba muy enferma, y su padre la llevaría al hospital de la capital. Lena se encontraba en muy mal estado; sangraba profusamente y al cuarto día murió desangrada. Apenas unas horas después, la bebé dejó de respirar.

Fritz vio llorar a sus padres por primera vez. El capellán llegó en el teleférico y ofició una silenciosa misa de réquiem por la madre y el niño. Su padre había cavado una tumba grande y otra pequeña junto a la casa, y allí los enterraron a ambos. Al principio, solo había dos cruces de madera; más tarde, el cantero trajo una hermosa losa de granito. Fritz, que había madurado y se había vuelto serio de la noche a la mañana, ayudó a su padre. Cuando terminaron ambas tumbas, su padre clavó la pala en la tierra. Señaló con la cabeza las tumbas más antiguas donde yacían sus antepasados. «Ahí no», dijo, «mi lugar debe estar aquí con Lena, y con mamá también. ¡Debemos permanecer juntos para siempre!». Fritz asintió y prometió: «¡Me aseguraré de ello, papá, te lo prometo!».

La granja de los Himmelbauer se había quedado en silencio. Pero ellos seguían con su rutina. Su padre iba a la posada los domingos, y Fritz se acostaba con su madre, aunque ya era adulto. Ella ya no necesitaba leerle cuentos; su padre había envejecido rápidamente y rara vez tenía relaciones sexuales con ella. Fritz sabía cuánto le gustaba a ella el sexo los domingos, aunque también había envejecido. A menudo le contaba lo bien que se sentía al tener relaciones sexuales con él. Le susurraba que tenía que masturbarse durante la semana, lo cual era un placer muy solitario. Fritz solía ir solo a las fiestas del pue-

blo, y así fue como conoció a Vroni. Era una mujer realmente deslumbrante, y él nunca la habría tenido si ella no se hubiera enamorado de él.

La boda se celebró en el pueblo; la posada estaba abarrotada. Los padres de Fritz habían conseguido la mejor mesa y estaban felices por primera vez desde la muerte de Lena. Su padre estaba un poco ebrio y bailaba con Vroni, dejando que su mano vagara; ¡para eso era bailar, después de todo! Tras unos cuantos bailes, volvió a la mesa y se bebió media jarra de un trago. «Tienes una esposa estupenda, hijo mío», anunció, «¡Veronika tiene un trasero magnífico!». A Fritz se le ruborizaron las orejas, pero sabía que su padre tenía buenas intenciones. Al fin y al cabo, decenas de antiguos amantes de Veronika estaban allí, y sus pensamientos no eran tan inocentes como los de su padre.

Para Vroni, supuso un ascenso social. Se mudaron a la habitación del comandante, como se llamaba al carpintero del barco 400 años antes. Era la habitación más grande y hermosa de la casa; el carpintero incluso había construido un balcón, como los que tenían los capitanes de galeón en aquella época. Las vidrieras del balcón habían sufrido daños durante las tormentas invernales, y Fritz había viajado hasta la capital para restaurarlas.

Vroni trajo alegría y felicidad a la granja Himmelbauer; se llevaba de maravilla con mamá y papá. Estaba acostumbrada a trabajar, la cocina relucía y el establo y los animales lucían limpios y bien cuidados. Incluso venía a ayudar con la siega y la cosecha, tareas tradicionalmente consideradas de hombres. Su padre la elogiaba mucho, aunque tosía con cansancio. La tos empeoraba cada día; su salud se deterioraba día a día, pero se negaba a ver a un médico. Fritz logró convencer al médico para que subiera en el teleférico. Trajo buena medicina y papá mejoró un poco. Ya no podía trabajar y se sentaba con Fritz en el banco por las tardes. Tenía su pipa fría en la boca y a veces daba caladas por costumbre. Murió en paz en el banco, con vistas a las montañas italianas. Fritz lo llevó a la casa, el capellán vino y celebró la misa fúnebre. Fritz enterró a su padre justo al lado de Lena. Abrazó a mamá en silencio; ¿qué más podía decir?

Vroni guardó silencio. Le había tenido mucho cariño al anciano y su muerte repentina la había dejado conmocionada. Durante meses, colocó flores frescas en su tumba y lloró. Había hablado con él a menudo, y era el único a quien le confiaba su profunda tristeza. Anhelaba tener hijos con todas sus fuerzas, pero simplemente no sucedía. Tenía relaciones sexuales con Fritz principalmente durante sus días fértiles, no tanto en los demás. Su padre la había abrazado y consolado con cariño, diciéndole que los hijos solo podían concebirse mediante el sexo. Él también había caído en su trampa, dejándose seducir por ella una y otra vez. ¡Quería un hijo, desesperadamente, a toda costa! Pero Veronika simplemente no podía quedar embarazada. Y ahora él estaba muerto.

Fritz dejó de tener relaciones sexuales con su madre los domingos por la mañana. Él también lloraba la muerte de su padre, quien le había enseñado a disparar y cazar con el rifle Hawkins. Cada semana, pasaba medio día en el bosque con el rifle al hombro, cazando algún ciervo o liebre de vez en cuando. Vroni preparaba la caza en silencio, pues era una excelente cocinera. Durante las comidas, su madre recordaba con nostalgia lo maravilloso que era cuando sus dos hombres — Papá y Fritz — volvían a casa con la caza al hombro. Incluso entonces, solo Fritz llevaba el Hawkins y no dejaba que nadie más lo hiciera. Mamá y Fritz recordaban anécdotas, y Vroni se sentaba en silencio a su lado.

Su madre había fallecido mientras dormía, aproximadamente un año después que su padre; tenía tan solo 58 años. Fritz cavó su tumba justo al lado de la de su padre. Llegó el capellán, y Fritz y Veronika permanecieron en silencio junto a la tumba. Ahora solo estaban ellos dos, y el trabajo era casi insoportable. Veronika, que hablaba con sus padres por teléfono todas las semanas, aceptó la sugerencia de llevar a su hermana menor, Lisa, a la granja de los Himmelbauer. La niña era muy trabajadora y podía ayudar mucho. Así fue como Lisa terminó viviendo en la granja.

Veronika era adoptada y no la hermana biológica de Lisa. Lisa era delgada, casi demacrada, pero trabajaba como dos. Fritz se alegró especialmente de que Vroni tuviera ahora con quién hablar, porque desde la muerte de su padre se había vuelto muy callada y tenía poco

deseo sexual. Sentía lástima por ella, pero no sabía cómo ayudarla. Desde luego, no con el sexo; tenía que aceptarlo. Pero ahora Lisa estaba allí; quizás ella podría ayudarla.

La enfermedad la atacó de repente y con toda su fuerza. Vroni perdió las ganas de vivir de la noche a la mañana. Dormía hasta la tarde, comía dos o tres veces más de lo habitual, bebía vino y aguardiente como si fuera agua y prácticamente dejó de trabajar. En pocos meses, se había convertido en una mole obesa. La báscula solo marcaba 150 kilos, y sin duda pesaba más. No había dormido con Fritz en seis meses. Prácticamente solo salía de casa para ir a nadar al arroyo cada pocas semanas.

Fritz y Lisa solían cenar solos por las noches y hablar de la situación sin parar. Finalmente, Fritz logró salirse con la suya; Lisa no estaba muy dispuesta a llamar al médico. Fritz habló con el médico por teléfono durante un buen rato y le describió la situación lo mejor que pudo. El médico vino y examinó a Vroni. «Tiene depresión grave», dijo el médico. «Debe tomar la medicación con regularidad y la depresión debería mejorar pronto». Y así fue. Vroni dejó de engordar, comía y cenaba con ellos y se volvió un poco más habladora. Esto duró seis meses. Fritz consiguió la medicación. Entonces llegó la recaída. Vroni dejó de tomar la medicación y pronto las cosas volvieron a estar tan mal como antes.

Fritz y Lisa terminaron el trabajo juntos. Parte del campo de grano había sido arruinado por un desprendimiento de rocas, así que eso significaba menos trabajo. Después de terminar, se tumbaron en la paja y charlaron un rato. Lisa dijo que se había enamorado de él en la boda; por aquel entonces, pensaba en el apuesto novio todos los días, el que satisfacía sus fantasías de masturbación. Él se rió; no lo sabía. Después de todo, ella era solo una niña con trenzas por aquel entonces, alguien en quien no se había fijado antes. Y que se masturbara era la primera vez que oía hablar de ello. Lisa se rió a carcajadas. Había empezado a masturbarse incluso antes del jardín de infancia, dijo, ¡todos los días hasta ahora! Se inclinó sobre él y lo besó en la boca. Él se quedó sorprendido y le devolvió el beso. No podía dejar de besarla apasionadamente; después de un año sin sexo, lo deseaba con todas sus fuerzas.

Lisa ya tenía 22 años y seguía siendo virgen. Susurró que no quería a nadie más, por eso. “Te haré daño si follamos ahora”, dijo Fritz con ansiedad, pero ella sonrió, “Sé lo de la desfloración, ¡no te preocupes!” Él la penetró y le rompió el himen. Ella solo se estremeció brevemente, luego follaron durante mucho tiempo y ella suspiró satisfecha cuando él eyaculó dentro de ella después de su orgasmo. Estaba feliz; había logrado su sueño. A partir de entonces, follaban cada minuto libre, y él dormía en su casa por la noche. A ninguno de los dos les importaba si Vroni se enteraba. Unas semanas después, él estaba trabajando en el granero y se había agachado.

El golpe le dio de forma totalmente inesperada en la nuca. Cayó al suelo y perdió el conocimiento por unos instantes. Despertó porque sentía un dolor insoportable en la nuca. Vroni se había subido encima de él con todo su peso, le había desabrochado los pantalones de cuero y le había sacado el pene. Con una mirada de locura en los ojos, le puso el pene rígido y gritó repetidamente que le pertenecía, ¡solo a ella! Empezó a cabalgarlo como pudo. ¡No paraba de gritar que le pertenecía solo a ella! Estaba a punto de eyacular cuando ella cogió el palo de madera con el que lo había golpeado y gritó que prefería matarlo antes que dejar que nadie más lo tuviera. Su segundo golpe fue débil, y lo alzó de nuevo, con locura e intención asesina en la mirada. Fritz supo que iba a morir y vio de reojo que Lisa levantaba un palo pesado y se lo descargaba con todas sus fuerzas en la cabeza a Vroni. Vroni se desplomó al instante sobre él.

Se agarró la cabeza dolorida, con el pelo ensangrentado. Lisa estaba junto a Vroni, tomándole el pulso. «¡Está muerta!», dijo con voz inexpresiva. Él le tomó la mano a Lisa, y ella lo ayudó a salir de debajo de Vroni. Inmediatamente lo llevó a la cocina, le lavó la sangre y le examinó la cabeza. «No tienes nada roto, solo un pequeño corte. Te pondré una venda y puedes tomar un par de analgésicos». Fritz se sorprendió de la lucidez y la seguridad que Lisa parecía tener.

Con la fuerza de ambos, llevaron el cuerpo de Vroni a la tumba. Él se incorporó. «No podemos enterrarla como a un perro. Llamaré al alcalde». Llamó, y el alcalde insistió en que se examinara el cuerpo. Iría con el médico. El médico examinó el cuello de Vroni; efectivamente, estaba roto. Fritz le mostró al alcalde el lugar donde Vroni

había caído por las escaleras y la madera ensangrentada sobre la que había aterrizado. El alcalde redactó un informe, que Fritz y el médico firmaron.

Llegó el capellán, y también los padres de Vroni. Los ancianos no tenían ni idea de la enfermedad de Vroni y lloraron hasta que Fritz terminó de llenar la tumba. Lisa había preparado una buena cena, y luego todos bajaron al valle por separado. Ahora estaban completamente solos.

La coraza interior de Lisa se derrumbó. ¡Había matado a su hermana! Fritz insistió en que fue en defensa propia. Vroni había querido matarlo y no compartirlo con Lisa. Prevenir un asesinato era, sin duda, defensa propia. Lisa asintió, pero le dio vueltas al asunto durante días. Solo recuperó la compostura cuando dijo que no solo había querido salvar a Fritz, sino también a su amante. Eso era lo que Vroni había gritado y vociferado. Lisa había caminado de un lado a otro y de repente se detuvo. “¡Luchamos por ti!”, exclamó, atónita. “¡Luchamos como cavernícolas por el amante!”. Fritz permaneció en silencio; ¿qué podía decir? No veía el aspecto cavernícola, ni un ápice. Lisa lo había salvado; Vroni se había vuelto loca y quería matarlo. Si Vroni hubiera atacado con más fuerza desde el principio, ahora estaría muerto.

Pasaron meses antes de que ambos lo superaran.

• • •

Reina de los 180 días

von Jack Faber © 2024

Anna era una niña alegre. El hecho de no ser muy guapa no le preocupaba; le encantaba jugar y divertirse con los otros niños, especialmente con los juegos eróticos, y más tarde puramente sexuales, con los pajes. Era delgada y huesuda, con un rostro parecido al de su padre, que era su abuelo. Uno de los oscuros secretos de la familia era que su madre mantuvo una relación puramente sexual con su padre durante toda su vida y le dio tres hijas. Tuvo relaciones sexuales con él desde su más tierna infancia hasta su muerte, cuando Anna tenía solo 17 años. La condesa, su madre, se volvió sexualmente distante y estricta después; de repente, dejó de tolerar las aventuras de su marido, el conde hedonista. Le encantaba la comida y la bebida, así como las nalgas voluptuosas de las criadas que le servían. Las criadas se dejaban seducir de buen grado por su amo, pues un bastardo significaba ascenso social y económico. Pero el lujurioso conde no engendró ningún bastardo, ni uno solo.

Aunque la Alemania del siglo XVI era sexualmente restrictiva y puritana, las tres hijas del conde no tuvieron reparos en sumergirse en el desenfreno sexual de la corte de Solingen cuando su sexualidad despertó.

A menudo, el Conde entraba tambaleándose borracho en la habitación de sus hijas temprano por la mañana y se subía a una u otra para follarlas. Estaba demasiado borracho para darse cuenta de que no se estaba follando a sus criadas. En realidad era bastante bueno follando en su estupor de borracho, y si la otra lo invitaba, también la follaba vigorosamente. Las hermanas mayor y menor de Anna siempre se habían follado al Conde y disfrutaban de tener una polla de hombre de verdad en lugar de sus pequeños penes de paje. Las hijas se guiñaban el ojo en secreto, porque el Conde era realmente bueno follando y a menudo se le podía persuadir para que se follara a la otra también. No se folló a Anna hasta muy tarde, ya que era bastante fea con su columna torcida debido a la escoliosis. A los 15 años, yacía desnuda y exigente frente a él. Le manoseó los pechos hinchados y se

excitó al instante, ansioso por follar a la pequeña. Por un momento, se le pasó la borrachera. “¿Anna?” preguntó el borracho. — Sí — dijo ella — , soy yo, ¡Papá! Él estaba completamente desconcertado, completamente cachondo, completamente perplejo. — ¿No pensé que...? Ella lo abrazó suavemente. — Papá, por fin quiero follarte como a las demás — susurró. — Pero... — Pero ella lo interrumpió — . No he sido virgen desde hace siglos y me follo a los botones bastante a menudo. ¡Por fin quiero follarme tu gran polla, Papá! Él asintió como si entendiera. Su gran polla se deslizó hacia adelante, Anna suspiró profundamente, pues nunca antes había tenido la polla de un hombre de verdad en su coño. Susurró lo maravilloso que se sentía, y ahora lo dejó follarla. Él embistió y embistió, pero se corrió demasiado pronto, sin darle tiempo suficiente para alcanzar el orgasmo. Se retiró con el corazón apesadumbrado, su rostro borracho expresando una profunda culpa. Anna también, así, llegó a ser follada por su gran polla, igual que sus hermanas. Durante días después de la primera vez, no pudo mirarla a los ojos, y casi siempre se sentía mal cuando Anna se retorcía en el éxtasis del orgasmo con su columna vertebral deformada.

La condesa supo desde el principio que él se acostaba con sus hijas. A menudo se quedaba en silencio en el umbral y lo observaba tener relaciones sexuales con ellas como un toro. ¿Pero qué podía decir? Ella misma había tenido relaciones sexuales con su padre desde los 11 o 12 años, casi a diario durante los últimos 30 años. Su padre siempre la complacía sexualmente; ella le dio tres hijas y continuó teniendo relaciones sexuales con él sin cesar. Él envejeció muy rápido; ella tenía que tomar su pene en la boca para que se le pusiera erecto, y lo montaba porque él no podía tener relaciones sexuales con ella de otra manera. Desde hacía algún tiempo, ni siquiera podía hacer eso; ella tomaba su pene en la boca y lo dejaba eyacular dentro. Él murió en paz, y un cambio se produjo en su mente, en su espíritu. Ya no podía quedarse de brazos cruzados mientras el conde borracho se acostaba con sus hijas, una tras otra. Simplemente no podía, no quería, aceptarlo más. La condesa a menudo lo apartaba de la chica cuando él se acostaba con una de sus hijas, arruinando su diversión verdaderamente inocente con gritos salvajes.

Anna y sus hermanas mantenían relaciones sexuales con frecuencia en rincones apartados con los pajes de doce y trece años, quienes, a pesar de su discreción, disfrutaban hablando de las damas nobles que secretamente les permitían acostarse con ellos. Anna, con su terquedad característica, insistía en que su paje favorito siguiera siéndolo hasta los catorce años. Él era un hombre dominante que la desnudaba delante de todos y se regodeaba en su vergüenza, pues ella se avergonzaba profundamente de su cuerpo. Sin embargo, sentía un gran afecto por su verdugo, el único que se acostaba con ella en público. Él fue su primer gran amor.

El rey Enrique de Inglaterra había desterrado a sus esposas a Escocia o las había mandado decapitar. Naturalmente, deseaba volver a casarse y envió a sus hombres a buscarlas. Lord Cromwell fue el más exitoso; el soberano del reino había encargado un magnífico retrato al pintor Hans Holbein, que el rey Enrique consideró hermoso. Cromwell recibió una generosa recompensa no solo de su rey, sino también del inmensamente rico padre de Ana. Además, Cromwell contaba con un aliado políticamente importante en el continente: el conde.

Desde que Anna tenía 20 años, su dama de compañía, Gertrudis van Geldern, se acostaba con ella. Era una muy buena amiga, su confidente y muy hábil para conseguirle a la condesa los amantes más lujuriosos. Aunque Gertrudis era una lesbiana convencida, se acostaba con todos a modo de prueba. Anna se acostaba junto a ellos y observaba. Gertrudis alcanzaba el orgasmo con facilidad, pero si alguien no podía hacerla llegar al orgasmo, quedaba fuera. Solo aquellos que podían hacerla llegar al orgasmo tenían permitido quedarse y acostarse encima de Anna. Anna la quería mucho por esto y dejaba que la dama de compañía se acostara con ella. Gertrudis estaba enamorada de Anna y le hacía el amor todas las noches. Aunque Anna no era lesbiana, aceptaba todo lo que su amiga le hacía. Resulta significativo que Cromwell no soportara a Gertrudis desde el primer momento y no la dejara ir a Inglaterra con él.

Anna acababa de cumplir 20 años, y sus dos hermanas estaban en otra habitación con sus prometidos. La condesa llevaba unas semanas acostándose con ellos a modo de prueba y les había dado permi-

so para que se acostaran con sus hijas; los ventajosos contratos matrimoniales ya estaban firmados. Para las hermanas era casi insoportable estar allí tumbadas, observando cómo su madre, llena de lujuria, dejaba que sus prometidos se acostaran con ella noche tras noche. Les permitía turnarse hasta que ambos quedaban completamente exhaustos. La madre llevaba mucho tiempo sin un amante fijo y necesitaba muchos orgasmos. Las hijas estaban bastante molestas porque ya no podían acostarse con los prometidos, que estaban completamente agotados.

Por supuesto, Anna preguntó si alguna vez habían intercambiado a sus prometidos. La hermana mayor le lanzó una mirada desdeñosa a la menor. "¡Si la princesa lo ordena, sí!" Anna no insistió, pero la hermana mayor continuó su historia alegremente. Intercambiaban parejas casi todas las noches después de la primera ronda, y era realmente placentero porque ambos hombres eran buenos en la cama, aunque diferentes. Quería saber cómo era dormir con Gertrudis, ya que ninguna de las dos había estado nunca con una mujer. Anna les contó todo, incluyendo los detalles más picantes. Las hermanas escuchaban con la boca abierta mientras Anna describía el sexo clítoris con clítoris. Intentaban imaginarlo.

Lord Cromwell había venido por diez días para concluir el matrimonio *por poderes* del rey Enrique. El capellán del castillo asintió con entusiasmo; el matrimonio por poderes selló la unión de Ana con el rey inglés. El conde tuvo que abandonar su cama y pasó las siguientes dos semanas con las doncellas, rodeado de cinco o seis muchachas desnudas, una docena de pechos y una sucesión de vaginas listas para la acción. Lord Cromwell se lamió los labios; ¡la condesa no aparentaba tener más de 43 años! El lord, severamente miope, la observó lo mejor que pudo y se disculpó en secreto con su distante esposa antes de acostarse junto a la condesa desnuda. No tenía nada de qué arrepentirse. La condesa suspiró profundamente, pues nunca antes había recibido un pene tan grande y resistente, a pesar de ser una anfitriona experimentada y trabajadora.

En la novena noche, Cromwell le recordó a la Condesa que, para que el matrimonio fuera válido, ¡debía pasar la noche nupcial *por poder* con la joven Anna, de 25 años! La Condesa asintió en silencio,

pues un matrimonio solo se sellaba con el primer acto sexual. Le dio a Anna instrucciones detalladas, y la noche siguiente apareció con su camisón festivo. Se recostó con alegre anticipación en el regazo de su madre, quien ya le había comentado que el Lord estaba enormemente dotado. Como se le había indicado, contrajo los músculos vaginales para dificultarle la penetración al Lord. Solo permitió que su miembro, marcado por las batallas, la penetrara tras un forcejeo. Su madre tenía razón; era un pene enorme, como nunca antes había experimentado en su vagina. «Estás dentro, mi Lord», susurró en un inglés entrecortado, «¡Estás dentro!». Él asintió, convencido de que había desflorado a la muchacha y de que de alguna manera tendría que explicárselo al Rey. Pero por ahora, estaba teniendo relaciones sexuales con Anna, cuya cabeza descansaba en el regazo de la Condesa. Ella sostuvo la cabeza de la niña y se sintió muy orgullosa de ella, pues era muy hábil para alcanzar el orgasmo. El señor estaba demasiado ocupado follando a la virgen como para darse cuenta de lo bien y con qué destreza ya lo hacía. Cuando él eyaculó, ambos necesitaban un descanso. La condesa acarició el cabello de Anna; la niña era realmente buena en eso. El señor simplemente no podía parar; folló a Anna una y otra vez hasta que no pudo más. Se giró hacia la pared y se quedó dormido. La condesa abrazó a Anna, y ambos se durmieron al instante.

El mal tiempo retrasó al Lord Guardián del Sello tres días más. Cromwell complacía a la Condesa con deleite y disfrutaba de la situación. La Condesa le daba todo lo que podía. El futuro, la vida de su hija, estaba en manos de este bruto que no se detendría ante nada si era necesario. Sabía, por supuesto, cuán cruelmente había subyugado a los irlandeses, cuán cruelmente los había tratado. Hasta ahora, había considerado una simple leyenda que cada noche los oprimidos irlandeses le entregaran a una doncella irlandesa. Ahora, sin embargo, ya no estaba tan segura de que fuera solo una leyenda. Cromwell tampoco había dudado en mandar decapitar al rey Carlos. La Condesa trataba al Lord como a su amante favorito, pues él debía proteger a Ana allí, en la lejana Inglaterra.

Por motivos de seguridad, Ana viajó por tierra a Inglaterra para encontrarse con su prometido. El rey Enrique viajó a su encuentro, primero disfrazado y luego con atuendo real. Quedó horrorizado al

verla por primera vez, a quien llamó la “yegua flamenca”. Probablemente fue en ese momento cuando el rey Enrique decidió asesinar a Cromwell.

Ninguno de los dos olvidará jamás su noche de bodas. Anna estaba disgustada porque Heinrich tenía una llaga purulenta y maloliente en una pierna y, como consecuencia, había engordado considerablemente. Heinrich estaba disgustado porque Anna lo esperaba desnuda en la cama; su columna vertebral deformada por la escoliosis, su esqueleto y su rostro huesudo y llamativo la hacían parecer fea. Le impactó que, debido a un trastorno genético heredado de su padre y su abuelo, no tuviera vello axilar ni púbico. Esto también resaltaba su vulva inusualmente grande, que resultaba simplemente repulsiva para el esteta Heinrich. No podía tener sexo con esa mujer tan fea. Ella asintió en silencio y con gesto sombrío cuando él le indicó que lo masturbara. Su entusiasmo era moderado porque, aunque el pene de Heinrich era más grande, parecía infantil, como el de un joven paje. Tuvo que frotarlo durante un buen rato, y él jugó con su clítoris con bastante destreza hasta que finalmente eyaculó. Pero cuando ella comenzó a masturbarse con total naturalidad y sin inhibiciones, él decidió anular el matrimonio cuanto antes. Cromwell se vio atrapado en una situación límite e hizo todo lo posible por lograrlo. Enrique lo obligó a espiarlos durante una semana para que luego pudiera jurar que el matrimonio nunca se había consumado y que nunca habían tenido relaciones sexuales. Anna acarició el pene del rey y lo hizo eyacular, luego se masturbó larga y apasionadamente.

Anna se sintió profundamente herida por el rechazo del rey. Pero no se quedó de brazos cruzados; en cambio, permitió que sus compañeros alemanes la cortejaran y mantenía relaciones sexuales con uno de ellos cada tarde. El rey fue informado de esto, pero no le importó. La había dejado masturbarlo durante una semana y la había observado. Era repugnante, porque todos sabían que solo las mujeres, monjas y viudas completamente inmorales se masturbaban.

Una de las damas de compañía inglesas, Catalina Howard, se había ganado el afecto de los alemanes. A la larga, su objetivo era el rey Enrique, pero lo mantenía en secreto. Catalina creía que el camino hacia él pasaba por la cama de Ana. Ni ella ni Ana eran lesbianas,

pero Catalina pronto se encontró en la cama de Ana, seduciéndola. Las criadas y las damas de compañía se sonrojaban al ver cómo la situación se volvía ruidosa y apasionada en la habitación de Ana. Ana, al menos, estaba satisfecha sexualmente; por las tardes tenía uno u otro amante en el sofá, y por la noche, a la apasionada Catalina. Catalina, a su vez, veía al rey con bastante frecuencia y lo deslumbraba cuando ella dejaba volar su falda. Ana fue la primera en darse cuenta de su juego frívolo. Todavía le guardaba rencor porque él la consideraba abiertamente fea y la había rechazado sexualmente.

Catherine mantenía a Anna al tanto de lo mucho que Cromwell trabajaba en la anulación por orden de Enrique. Catherine y Anna tenían un pacto. Cada vez que el rey entraba en la alcoba de Anna, esta le lamía el clítoris hasta que llegaba al orgasmo. Ambas sabían cuánto le excitaba. Anna se iba al baño de al lado durante una hora y las observaba teniendo sexo a través de una mirilla. El rey, gordo y obeso, follaba a Catherine lo mejor que podía con su pene flácido. Catherine le ofrecía un espectáculo apasionado, como nunca antes se había visto en el reino. Cuando el rey se marchaba, Anna se abalanzaba sobre el coño húmedo y caliente de Catherine y la lamía hasta que enloquecía.

Ana reinó durante seis meses, tras lo cual Cromwell logró anular el matrimonio. El rey pudo entonces casarse con Catalina como su quinta esposa, y Cromwell fue decapitado ese mismo día. Ana recibió el título de “queridísima hermana” y fue instalada en un hermoso castillo con amplios recursos económicos. Es un alivio, pues Ana conservó la cabeza bien puesta. Podría haber regresado a Solingen, pero no quiso. Ahora disfrutaba de una vida maravillosa.

La afluencia de aristócratas ingleses que deseaban acostarse con ella en el castillo de Hever o en el de Richmond era incesante. Los hombres susurraban entre sí que no debían dejarse engañar por su apariencia. «Anna folla mejor que la prostituta más cara de Londres», escribió el conde Tudor a su amigo Robert Dudley, y sin duda había algo de verdad en ello.

Su relación con el rey mejoró considerablemente una vez que Ana aprendió a hablar inglés con fluidez. Incluso le confió a su hija Isabel,

quien más tarde ascendería al trono como la Reina Virgen, durante seis meses. Catalina Parr, en cuya corte vivía Isabel, expulsó a la joven cuando sorprendió a su esposo, Thomas Seymour, teniendo relaciones sexuales con la Virgen Isabel. Enrique confiaba en Ana, y ella cuidó con esmero a la testaruda muchacha.

El remedio multiusos de Anna funcionó de maravilla. Elizabeth nunca había tenido relaciones sexuales con una mujer, pero ahora yacía gimiendo y gritando de placer en la cama de Anna, pasando de un orgasmo a otro. Elizabeth había perdido la virginidad a los 13 años con el chico Bisley, y los dos tenían relaciones sexuales una docena de veces al día durante sus juegos inocentes e infantiles. Ella perdía deliberadamente sus juegos y se tumbaba en el suelo con las piernas abiertas, sonriendo y anunciando que él había ganado y que el premio del ganador era su coño, y por lo tanto Bisley tenía que acostarse con ella. Era un joven de buen carácter y disfrutaba mucho teniendo relaciones sexuales con ella. Dos años después, Elizabeth tenía 15 años, fue seducida a la fuerza por Thomas Seymour, su padre adoptivo, quien violó a la tímida chica durante semanas y meses. Elizabeth, por supuesto, no tenía intención de vivir como una monja. Ya era lo suficientemente mayor, razonó Anna, y de todos modos nunca sería reina, así que no puso ningún obstáculo en el camino de Elizabeth. Elisabeth disfrutaba de la vida al mismo ritmo que Anna: por las tardes tenía relaciones sexuales con un amante, generalmente un caballero honorable, y por las noches con Anna. Elisabeth solía hablar con Anna sobre dos amantes en particular que vislumbraban algo más que placer sexual: Dudley y Seymour. Ninguna de las dos sospechaba lo cerca que estaban de su futuro.

Anna visitaba al rey enfermo casi todos los meses. Solo se quedaba dos o tres horas; conocía la corte como la palma de su mano y escuchaba sus monólogos sobre la corte y sus intrigas. Cada vez, él intentaba que al menos le hiciera una felación. Se quitaba la manta y dejaba al descubierto su pequeño y erecto pene. Ella ni lo soñaba, pues no lo había perdonado por la vil forma en que la había humillado sexualmente. Negó con la cabeza con firmeza y llamó a la criada. Algunas le hacían una felación al rey, pero la mayoría lo montaban, sin importar cuánto tiempo tomara ni lo arduo que fuera. Una y otra vez, la erección del rey disminuía, sin importar lo bien que la criada

lo montara. La criada tenía que desmontar y agarrar su pene. Se había vuelto flácido y desagradable. La criada tenía que frotar el pene del rey varias veces entretanto o endurecerlo con la boca, pues era un anciano enfermo. En esos momentos, Anna se inclinó hacia adelante y frotó el clítoris de la criada para mantenerla excitada. Anna sonrió con picardía mientras la llevaba al orgasmo, algo que le encantaba hacer. Sin embargo, la criada volvió a montar al rey y continuó teniendo relaciones sexuales con él. Las criadas mantuvieron la mirada fija en Anna, pues un bastardo significaba ascenso social y económico. Cuando la criada llevó al rey al orgasmo y este se quedó dormido, exhausto, Anna se marchó en silencio.

Enrique murió enfermo, con un peso de 300 kilos; ocho hombres tuvieron que cargar su pesado ataúd. A Ana se le permitió ocupar el tercer lugar en la línea de sucesión, ya que era su "hermana honoraria". Lo lloró sinceramente, como si fuera un hermano, y nunca habló mal de él. Lo sobrevivió diez años. Tenía 35 años cuando murió y presentía que no le quedaban muchos años de vida. Durante las luchas de poder que siguieron, Isabel huyó a la casa de Ana en el Castillo de Richmond. No se habían visto en años, e Isabel se acostó con Ana como si fuera una nueva amante. Durante este tiempo, Isabel se entregó por completo a sus inclinaciones lésbicas, ya que los hombres competían por su atención. Era solo la cuarta en la línea de sucesión al trono, pero un Seymour o un Dudley soñaban con casarse con ella y convertirse, como su esposo, en un rey sin dignidad real. Quizás esta fue la verdadera razón por la que Isabel nunca se casó.

Anna estaba encantada de tener a Elisabeth de vuelta con ella; había madurado y valía la pena cada pecado en la cama. Anna seguía acostándose con la larga lista de aristócratas que aspiraban al Castillo de Richmond. Tenía 35 años y estaba en la plenitud de su sexualidad. Un amante por la tarde simplemente no era suficiente; ¡tenían que ser dos o tres seguidos! Si lograba llevar a su habitación a varios hombres que se llevaban bien o incluso eran amigos, los dejaba follar con ella por turnos hasta que todos estuvieran exhaustos. Amaba este sexo en grupo por encima de todo.

En los diez años posteriores a la muerte de Heinrich, Anna tuvo mucho tiempo para pensar en él. Podía ser muy impulsivo: se ena-

moraba de una nueva criada en un instante, se acostaba con ella y la dejaba embarazada en ese mismo momento, para luego olvidarla por completo al cabo de una hora.

Podía ser muy exigente, incluso consigo mismo. ¿Cuántas veces forzaba demasiado su pene, follando una y otra vez, aunque ya no pudiera tener una erección y su pareja tuviera que volver a excitarlo con la mano o la boca, una y otra vez?

Podía ser terriblemente resentido e injusto. ¿Acaso su ira lo llevó a condenar y decapitar a Ana Bolena, quien no le había dado hijos y se había vuelto insoportable, bajo acusaciones falsas? ¿O a Catalina Howard, la mejor amiga de Ana, acusada de traición y decapitada por falsas acusaciones de incesto con su hermano Jorge y otros cuatro desafortunados amantes? Ana sabía por la propia Catalina que, en efecto, había tenido relaciones sexuales con su hermano con mucha frecuencia y con muchos más que esas cuatro personas, pero las acusaciones específicas en el tribunal eran todas falsas e inventadas a traición.

Y la había rechazado sexualmente desde el primer minuto. Nunca tuvo relaciones sexuales con ella; ella tenía que hacerle humillantes felaciones, y cuando sentía deseo sexual y se masturbaba, solo veía asco y desprecio en su rostro.

Eran cosas en las que pensaba mucho. Eran cosas que pesaban mucho en un lado de la balanza. Pero en el otro lado estaban los momentos hermosos de la vida de su esposo. Podía besar, reír y sonreír de una manera que te derretía o encendía una llama en tu interior. Podía relatar una aventura amorosa con tanta viveza e intensidad que no solo pasabas por alto la infidelidad, sino que sentías la aventura, el sexo, con tanta intensidad, como si él se hubiera acostado con ella y no con la otra mujer. Había mil otras pequeñas cosas que aligeraban ese lado de la balanza. Le gustaba pensar en particular en un incidente. Fue durante su primera semana juntos, cuando todavía se tomaba muy a pecho su negativa a tener relaciones sexuales.

Era su primer baile en un baile de salón. Se sentía expuesta, pues el vestido francés acentuaba sus caderas y resaltaba su espalda hor-

riblemente deformada y torcida. Henry apartó a su pareja y la abrazó por detrás, susurrándole al oído: «¡Esa no es la esencia del baile, mi dulce esposa! El baile, el vaivén del cuerpo y los pasos... ¡todo eso es secundario, querida! Lo importante son las aberturas a los lados de tu falda francesa, ¡en las que te ves tan deslumbrante! Eres demasiado inocente para saberlo, pues toda mujer que apoya la espalda en su pareja de baile le da la oportunidad de alcanzar el paraíso a través de la abertura». La risa de Henry era tan hermosa que Anna sonrió al instante. Le encantaba su picardía. Sin embargo, se sonrojó profundamente al imaginarlo.

"Ven, mi pequeña inocencia, te seguiré abrazando y nos saltaremos el siguiente baile. Mira, allí, el Señor de York, cómo su pareja se apoya en él, ¡cómo su rostro irradia felicidad! Y no verás su mano, es un bailarín experto y la esconde bajo su falda. ¡Mira cómo se mueve la tela de su falda tan rápido, como una comadreja mordisqueando su clítoris!" Anna se apoyó en Henry y suspiró: "Sí, en efecto, ¡ahora lo veo! Siguen bailando un rato, luego se detienen y ¡veo a la comadreja mordisqueando otra vez!"

Anna se giró. "¿Y hacen eso aunque no estén casados?!" Heinrich sonrió y la besó con ternura en la boca. "Sí, exactamente, cariño. Su propio marido siempre puede tocarla así, pero solo en un baile público un completo desconocido o un hombre de su elección puede tocarle discretamente el clítoris. ¡Esa es la naturaleza del baile!" Anna lo besó en la boca. "¿Y eso no te vuelve loco de celos?!" Heinrich sonrió. "Siempre puedo tocarte, y lo sabes; no es nada nuevo ni emocionante después de un año de matrimonio. Pero que un desconocido, o alguien a quien secretamente deseas, te toque con tanta intimidad, y tal vez incluso tener un orgasmo en sus brazos, ¿no te excita?" Después de un rato, Anna asintió; era cierto. "¿Bailamos unas cuantas vueltas, para practicar?" preguntó, y él asintió. Ella apoyó la espalda contra el ancho pecho de Henry y le besó el cuello desde abajo, pues los que estaban alrededor solo podían deducir, por el movimiento de su pecho al subir y bajar o por el temblor de sus piernas, que estaba teniendo un orgasmo en los brazos del rey en la pista de baile.

Esto también influyó. Heinrich le había enseñado algo de lo que él mismo no había sacado provecho. Pronto, ella amó el baile por enci-

ma de todo. Permitía con entusiasmo que extraños o personas inalcanzables la tocaran. No le importaba su apariencia, sino cómo se sentía su clítoris, cómo reaccionaba, con qué rapidez podía alcanzar el orgasmo. Por haberle enseñado estas cosas, amaba a su Heinrich.

Sus 10 años pasaron demasiado rápido en el reloj de arena.

• • •

Nido de serpientes

von Jack Faber © 2024

En pocas palabras, Nuri no estaba en sus cabales. Tenía 38 años, pero no había logrado nada en la vida. Era prácticamente analfabeta, no había aprendido nada y era terriblemente ingenua. Gracias a su ingenuidad, lo único que sabía era cómo tener sexo increíble y hacer felaciones excelentes. Consiguió el trabajo de enfermera nocturna en el centro gracias a una amiga. Su trabajo consistía en supervisar a los chicos por la noche: entre seis y ocho jóvenes problemáticos con un largo historial delictivo.

Había hecho un buen trabajo durante los últimos tres años. Sus superiores estaban satisfechos de que los chicos, al menos por la noche, no causaran problemas, y no querían saber cómo Nuri lo había logrado. Solo les importaba el resultado; no querían saber los detalles. A diferencia de su predecesora, disfrutaba dejando que el presidente tuviera relaciones sexuales con ella cuando la apartaba. Él era el único hombre en el comité, y le gustaba su timidez y su actitud juvenil, lo que la hacía muy feliz de dejar que él tuviera relaciones sexuales con ella. Su predecesora había tenido serios problemas; los chicos la violaban todas las noches, uno tras otro, a la vista de todos, y un día escapó.

Nuri se acostó con varios hombres a lo largo de los años. Estaba el conserje, que disfrutaba genuinamente de acostarse con ella, pero quería mantenerlo en secreto, temiendo, sin fundamento alguno, que le costara su cómodo trabajo. Y luego estaban los dos jardineros, a quienes todos suponían que eran homosexuales. En realidad, eran bisexuales; siempre se acostaban con Nuri juntos. A ella le encantaba cuando ambos la penetraban rápidamente, uno tras otro, porque siempre tenía un orgasmo intenso la segunda vez. Pero cuando uno de ellos penetraba al otro por el ano, siempre se sentía confundida. Le parecía tan irreal y obsceno que le repugnaba. Simplemente así se sentía; no se basaba en prejuicios.

Nuri era muy dulce y terriblemente ingenua, y a los pequeños criminales les gustaba eso. Todavía recordaban vívidamente los castigos por las violaciones y se hacían los inocentes con Nuri. Ella permanecía completamente quieta en el dormitorio, todos dormían plácidamente, y ella acariciaba suavemente su clítoris. No fue hasta la tercera noche que uno de ellos hizo un movimiento. El pequeño Ben, que no haría daño a una mosca, susurró que Nuri tenía que ir con él. Ajena a todo, ella se sentó junto a su cama y le preguntó qué pasaba. Él apartó las sábanas y le mostró su erección. "¿Qué se supone que debo hacer?", balbuceó. Ella examinó su pene con atención y respondió: "¡Tienes que frotarlo y hacer que eyacule!", dijo, y frotó su pene por un segundo. Él asintió y comenzó a frotar. Ella dejó que su mano se deslizara por la parte interna de sus muslos, "¡Sí, eso es, eso es perfecto!" Lo acarició hasta que eyaculó.

Fue la decisión correcta. A partir de entonces, Nuri se sentaba al borde de las camas de los chicos, acariciándoles la parte interna de los muslos y, con algunos, frotándoles el pene ella misma. Iba de cama en cama, llevando a los chicos al orgasmo. Algunos querían eyacular en su boca o en su vagina, pero ella siempre negaba con la cabeza; ambas cosas estaban fuera de toda discusión para ella. Tardaba más de una hora en llevarlos al orgasmo, pero tenía toda la noche por delante si era necesario.

Los superiores asintieron con aprobación; Nuri estaba haciendo un buen trabajo, no había nada de qué quejarse y, sobre todo, no había problemas. Nuri respondió con sinceridad cuando le preguntaron. «Les froto el pene y los hago eyacular», dijo la mujer ingenua, «pero no a todos, ¡algunos prefieren hacerlo ellos mismos!». La que preguntó se sonrojó profundamente y dijo: «¿Los masturbas por la noche?», y Nuri asintió con entusiasmo. «Se duermen enseguida y no hay problemas».

Nuri llevaba tres años haciendo esto. Se excitaba mucho frotándose y eyaculando, y se tocaba el clítoris discretamente. Después de la última vez que se masturbó, no pudo aguantar más. Metió la mano debajo de la falda y se masturbó, sin importarle si los chicos la miraban. Simplemente tenía que hacerlo; no había tiempo que perder. Se sentó en medio del dormitorio, con las piernas bien abiertas, y se

masturbó hasta que se cansó de los orgasmos. Permaneció completamente relajada e incluso se excitó un poco, porque seis pares de ojos estaban fijos en ella y en su masturbación.

Allí estaba Louis, que solo estaba allí por error; siendo mayor de 18 años, debería haber estado en prisión. Era completamente inocente, como todos los demás. Era el ayudante del conserje en el internado de chicas. La directora descubrió con horror que seis de sus alumnas estaban embarazadas. ¡Seis! Llamó al médico del colegio. De las 60 chicas de entre 13 y 16 años, solo cuatro seguían siendo vírgenes. ¡Horrible! Ninguna de las chicas quiso revelar cómo habían perdido la virginidad. Pero una de las cuatro vírgenes se desmayó y lo contó todo. Louis era el afortunado que se colaba en el dormitorio de las chicas todas las noches y tenía sexo con una chica a la vista de todos, a veces incluso con dos. Las chicas se agolpaban alrededor de los hombres que tenían sexo; ninguna quería perderse nada. Cuando llegaba el momento de desflorar a una chica, los espectadores contaban en voz alta, cantando... 5, 4, 3, 2, 1, y entonces Louis la penetraba y la desfloraba. En ese contexto, la chica no pudo llorar desconsoladamente; se recompuso y rió mientras él seguía abusando de ella. Fue una experiencia placentera para todos. Pronto, todas las chicas perdieron la virginidad, y él continuó abusando de ellas cada noche. Louis incluso tuvo que testificar en el juicio, pero debido a la negligencia burocrática, no fue a prisión.

Y luego estaba el pequeño Erich, que ahora tenía unos 16 años. Creció solo con su madre drogadicta, Sylvia. A menudo veía a hombres extraños entrar en el apartamento y tener sexo con Sylvia a cambio de dinero o drogas, y también con las otras chicas adictas, sin pagar. Sylvia no dejaba que ninguno de los hombres eyaculara dentro de ella; tenían que retirarse y eyacular mientras se masturbaban. Normalmente, había otros tres o cuatro drogadictos tumbados en la alfombra de su salón, pero todos eran estúpidos, Erich lo sabía. Observaba a Sylvia y a las otras chicas muy de cerca mientras tenían sexo, porque entendía perfectamente lo que estaba pasando. Observaba cómo Sylvia se excitaba un poco durante el sexo, pero siempre esperaba a que el hombre se fuera y solo entonces se masturbaba apasionadamente, una vez que había alcanzado cierto nivel de excitación. Estudiaba sus técnicas de masturbación con mucho cuidado,

porque no siempre lo hacía de la misma manera. Se tumbaba justo entre sus muslos y la observaba mientras se frotaba el clítoris con el dedo. Encontró sus orgasmos particularmente fascinantes; también eran a veces completamente diferentes. Observó muy de cerca la masturbación de las otras chicas adictas hasta que vio todo lo que hacía cada una. Pronto descubrió cómo desnudarlas y hacer que se masturbaran sin haber tenido relaciones sexuales con ellas primero. Rápidamente descubrió cómo excitarlas tanto que simplemente no podían contenerse y tenían que masturbarse de inmediato. Logró que algunas se masturbaran continuamente y disfrutó de su poder para incitarlas u obligarlas a una masturbación interminable y agonizante. Pasó un año entero apartando las bragas de las chicas mientras dormían bajo los efectos de las drogas y examinando sus aberturas vaginales. Esto le resultaba muy excitante porque las aberturas solían ser diferentes. Algunas eran muy profundas y otras apenas visibles en la densa carne que las rodeaba. Exploró y palpó sus clítoris; también eran bastante diferentes. Practicó constantemente, aprendiendo a masturbar a las chicas dormidas. Al principio, no lo conseguía, pero practicó incansablemente y pronto lo dominó. La mayoría se despertaba justo antes del orgasmo, confundida y excitada. Algunas dormían tan profundamente o estaban tan borrachas que ni siquiera se despertaban durante el orgasmo. Él aún no podía eyacular, pero después se las follaba a todas. Tras masturbarse o ser masturbadas, las chicas querían dormitar o dormir, pero él las montaba e introducía su pene en sus orificios. Muchas seguían dormitando o dormitando, pero él insistía en follarlas lo mejor que podía en ese momento. Hacia finales de año, pudo eyacular, y la mayoría se despertaba completamente despierta, mirándolo con los ojos enrojecidos mientras le permitían eyacular dentro de ellas. Ninguna de estas desafortunadas almas le pidió jamás que no eyaculara dentro de ellas. Aparentemente lo veían como una parte inevitable del sexo, porque el hombre tenía que eyacular, aunque solo fuera un niño. A Erich no le importaba si los demás observaban desde sus coloridos y nebulosos mundos y asentían con la cabeza en señal de acuerdo. Hacia finales de año, pudo eyacular, y eso lo llenó de orgullo. También se sintió muy orgulloso cuando finalmente logró masturbar a Sylvia mientras dormía hasta el orgasmo. Ella despertó completamente desconcertada durante su orgasmo y luego sonrió al darse cuenta de que Erich la había masturbado. Desde entonces, siempre sonreía cuando él la mastur-

baba. Su sexualidad despertó con fuerza y decidió tener sexo con Sylvia. Ella sonrió sorprendida y tontamente cuando él le bajó las bragas. Al principio, se rió de él porque no podía eyacular debido a su nerviosismo. Pero cuando finalmente eyaculó dentro de ella, murmuró que no debía eyacular dentro de ella y darle un hijo. Pero eso no le interesó; él eyaculaba profundamente dentro de ella cada vez. "¡Así me darás un bebé!", murmuró indistintamente después de que él terminó. Él no escuchaba razones; algunos días la follaba cuatro o cinco veces, siempre eyaculando profundamente dentro de ella. "¡Me da igual si tienes un bebé!", gritó después de follarla, y ella se encogió porque, en su furia, él inmediatamente continuó follándola y eyaculó dentro de ella otra vez. Cuanto más viejo se hacía, más a menudo tenía que follarla cada día para aliviar el impulso sexual recurrente. Gritó que iba a eyacular dentro de ella ahora y que no le importaba si ella lo quería. Sylvia le tenía miedo y no dijo nada más. Suspiró profunda y tristemente cuando él eyaculó dentro de ella, varias veces al día. Empezó a follar regularmente también con las otras adictas. Iban y venían; cada pocos días llegaba una nueva, inyectándole el veneno en el brazo o esnifando el polvo blanco. Erich sabía que tenía que esperar al menos 10 minutos para que el veneno hiciera efecto y para que las chicas se sumergieran en sus mundos de fantasía. Casi ninguna de ellas se daba cuenta de que Erich las estaba desnudando, examinándolas y luego follándolas. Le importaba un bledo si estaban de acuerdo con que eyaculara dentro de ellas. Lo miraban desde sus mundos de fantasía con ojos vidriosos o nublados y observaban fijamente cómo Erich les metía la polla en la vagina y las follaba con fuerza. Eran impotentes y forajidas, folladas gratis por los clientes de pago de Sylvia porque eran presa fácil, incluso para Erich. No eran tan pragmáticas como Sylvia; se resignaban a su destino y se dejaban follar sin resistencia. Eso era mejor que ser golpeadas por un proxeneta y que encima las follaran. Una adicta había muerto de una sobredosis y apestaba. Los vecinos llamaron a la policía, y así fue como Erich acabó con Nuri. Erich era, sinceramente, completamente inocente, excepto quizás por ser el cabecilla de la violación de la predecesora de Nuri. Dos chicos sujetaron a la mujer pequeña y regordeta mientras Erich y los demás la desnudaban; fue muy vergonzoso y humillante. Era una mujer de 42 años que rara vez tenía sexo rápido; normalmente se masturbaba todas las mañanas después de terminar su turno y acostarse. Sus pechos colgaban tristemente, y su escaso

vello púbico dejaba al descubierto sus labios vaginales, visiblemente enrojecidos por la vigorosa masturbación. Dos chicos le sujetaban las piernas, dos los brazos. Erich separó sus labios vaginales con los dedos y palpó su clítoris irritado. “¿Te masturbas mucho, verdad?”, preguntó, y ella apretó los labios. Jamás lo admitiría, pero Erich les contó a sus chicos que su clítoris estaba muy rojo e irritado por tanta masturbación. Le separó la vagina con los dedos todo lo que pudo y la penetró rápidamente. Lloró desconsoladamente cuando el pene de Erich entró en ella y la folló. Tras diez o más embestidas, dejó de llorar y jadeó, porque se estaba excitando muchísimo. Era el tipo de mujer que llegaba al orgasmo con mucha facilidad. Su respiración se volvió cada vez más superficial, y su orgasmo provocó la eyaculación de Erich. Su orgasmo tuvo lugar completamente dentro de su vagina; los músculos vaginales apretaron su pene y lo contrajeron rítmicamente, obligándolo a eyacular de inmediato. Estaba muy orgullosa de lo rápido que había llegado al orgasmo; sabía que pocas mujeres podían hacerlo. Pensó que todo había terminado, pero solo era un cambio de escenario. Los chicos le separaron las piernas de nuevo, y uno de ellos le abrió la vagina de par en par con los dedos. Esto fue especialmente humillante para ella; estar desnuda ya era bastante humillante, pero ofrecer su vagina como un cáliz era simplemente demasiado. Gritó de desesperación. Se estremeció y volvió a llorar cuando el siguiente empezó a follarla, pero el llanto cesó en cuanto se acercó al orgasmo. Los seis chicos la follaron y la dejaron allí tirada cuando terminaron. Estaba exhausta por los múltiples orgasmos y lloró de humillación. Fue follada por los seis chicos todas las noches durante semanas hasta que un día dejó una carta en el escritorio de la directora y se marchó para siempre. Después del desayuno, la directora hizo que los seis delincuentes se alinearan en su despacho y se desnudaran. Tomó un pene tras otro en su mano y los golpeó con una regla de madera hasta que eyacularon. Lo hizo durante diez días, siempre con una severa reprimenda después. Debían recordar: ¡nunca más violarían a la supervisora! Si sentían impulsos sexuales, debían acudir a ella; se podría encontrar una solución. Hizo una breve pausa porque la anciana imaginó tener relaciones sexuales con los chicos. Los chicos no olvidaron el castigo cuando llegó su sucesora, Nuri. Eran tan dóciles como corderitos.

Durante sus duchas semanales, Nuri estuvo completamente desnuda con los chicos por única vez esa semana. Los enjabonó y lavó, y cuando ellos le acariciaron el cuerpo desnudo, ella simplemente sonrió. No les permitió ir más allá. Si alguno de ellos tenía una erección en la ducha, ella sonreía y les preguntaba si debían frotarlo hasta que eyaculara. La mayoría quería que lo hiciera, y los demás se colocaban en círculo a su alrededor mientras ella le frotaba el pene con vigor. Murmuraban en señal de aprobación o emitían sonidos de satisfacción cuando ella lograba que el chico llegara al orgasmo.

Nuri tenía la sensación de que la observaban. Los chicos la tranquilizaron diciéndole que no había nadie, que solo se lo estaba imaginando. Pero ella seguía inquieta, mirando constantemente por encima del hombro, aunque en realidad no había nadie.

Pero una mañana sucedió.

El pequeño Ben fue encontrado al pie de las escaleras del sótano. Nuri palpó el cuello helado del niño. Estaba muerto. Llamó a la ambulancia, que llegó junto con la policía. El médico forense dijo que Ben había sido violado, golpeado y empujado por las escaleras, rompiéndole el cuello. “¿Violado?”, preguntó el detective, y el forense asintió. “¡Follado por el culo!”, añadió, explicando que ya había comparado el ADN con el de los chicos y todos los empleados varones, pero tenía que ser un desconocido.

El pequeño Ben era uno de los más inocentes. Durante años, se acostó con su madre adoptiva a diario; el niño, obediente y sumiso, se acostaba con su exigente y adicta al sexo madre adoptiva hasta que su marido los pilló en el acto. Ella tuvo que salvar su reputación y le dijo que el niño la había violado. Así fue como el pobre Ben acabó aquí, y ahora estaba muerto.

Durante dos semanas, la casa fue un caos total. Solo gradualmente la situación se calmó, y Nuri volvió a ir de cama en cama, masturbando a sus chicos o viéndolos masturbarse, acariciando sus muslos internos y murmurando palabras de aliento. Había llegado un chico nuevo, Fritz. Era tan inocente como los demás; solo se había acostado con su hermana pequeña y luego la había ahogado en la piscina.

Por lo general, se acostaba con la niña con mucho cuidado y consideración, pero sus gritos, la primera vez que se la había acostado con fuerza, desencadenaron su instinto asesino. La madre adoptiva lo golpeó por ello, pero él estaba furioso y de inmediato se acostó con la vieja zorra que gritaba casi hasta la muerte y la mató con la pala del jardín. Luego se acostó con la hermana muerta de nuevo porque la había amado de verdad. Como aún no tenía 18 años, quedó al cuidado de Nuri. Ella integró al gentil gigante en su grupo. La primera noche, descubrió que Fritz tenía el pene más grande del mundo. Él refunfuñó que preferiría follársela a que se la frotara, pero ella negó con la cabeza, "¡Tal vez más tarde!" y continuó frotando su enorme pene. Él gimió que no quería eyacular en el aire, que era muy humillante. Nuri cedió. Por primera vez en el trabajo, se tumbó boca arriba y dejó que Fritz la follara. Los otros chicos estaban de pie alrededor; nunca habían visto nada igual: el pequeño coño de Nuri, bien abierto, y el enorme pene de Fritz, que Nuri había puesto muy duro frotándolo. Y ahora el enorme pene penetraba su coño, abriéndose paso implacablemente. Ella gritó suavemente cuando el enorme pene entró en su coño, los chicos contuvieron la respiración. Fritz sostuvo a Nuri por las nalgas para que estuviera a la altura correcta. Su pene se hundió en su agujero como si quisiera empalarla. Ella se apoyó contra él y siguió su ritmo, follándolo activamente y con intensa concentración. Los chicos nunca habían visto follar así antes; Los dos follaban salvajemente como depredadores. Fritz mostró los dientes y se lo dio todo, pero pronto ella gritó de placer, porque tuvo un orgasmo poderoso, y luego uno tras otro, hasta que Fritz se levantó y se corrió dentro de ella. Había sacado su polla hasta el fondo, hasta la punta. Los chicos podían ver su polla bombeando rítmicamente, el semen disparando en el agujero de Nuri en chorros espesos y abundantes. Con su primer orgasmo, Nuri echó la cabeza hacia atrás, empujando y empujando su cabeza hacia atrás sobre el colchón con placer, dejando que su orgasmo disminuyera. Fritz empezó a llorar, Nuri se incorporó y lo abrazó. Él se calmó y ella lo dejó hablar. "Así fue exactamente como Heidi se ahogó. Dejó caer su cabeza hacia atrás durante el orgasmo, igual que tú ahora, en la piscina. Perdió el conocimiento durante el orgasmo y se ahogó. No me di cuenta porque estaba en medio de la eyaculación. ¡Pobrecita! Y de repente, la madre adoptiva estaba detrás de mí. Empezó a golpearme con una pala. Agarré a la vieja loca y le arranqué la ropa. Con una mirada sal-

vaje en los ojos, se abalanzó sobre mí y me agarró el pene con clara intención. Me metió el pene en su horrible y arrugado agujero por primera vez y empezó a follarme de pie, ¡la perra! Estaba completamente desconcertado, y después de unos minutos, la tiré al suelo, y ella se rió como una loca, triunfante. La violé salvajemente porque estaba en un frenesí sanguinario. Me follé a la vieja fea que siempre nos espiaba y nos miraba follar sin pudor hasta que dejó de moverse. Abrió los ojos y gritó." "¡Asesino! ¡Asesino!" No quería oírla gritar más, así que la golpeé con la pala hasta que se calló. Entonces oí a Heidi. Me llamaba suavemente, como siempre que quería jugar y follar. Le saqué la cabeza del agua y la tumbé en la hierba. Sonrió y me besó, "¡Vamos, fóllame, oso grande, fóllame bien fuerte esta vez!" Así que la follé más fuerte que nunca. Pero después de correr, volví en mí y salí corriendo." Fritz se aferró a Nuri y siguió llorando. "Todavía no le he contado esto a nadie", sollozó. "Menos mal que me lo has contado, lo guardaré en mi corazón", dijo Nuri, acariciando el pelo del bebé gigante. De alguna manera se habían hecho amigos.

Nuri negó con la cabeza a cada hombre que quería acostarse con ella. No, solo Fritz tenía permiso; primero se masturbaba con los demás y solo se acostaba con Fritz al final, quien la hacía llegar a orgasmos maravillosos. A ninguno de los dos les importaba que los demás estuvieran mirando. Nuri se levantó, se arregló el vestido y mandó a todos a la cama. Se restableció el orden, todos durmieron plácidamente y Fritz estaba muy contento de que Nuri se dejara follar voluntariamente y sin coacción. A menudo lloraba porque había querido mucho a su hermana de acogida; ella también había disfrutado de ser follada por su gran polla. Ya tenía 11 años cuando fueron a vivir juntos con la familia de acogida, y él pronto la desfloró, con mucho, mucho cuidado. La ayudó a abrir bien las piernas con los dedos, luego la penetró y le rompió el himen. Habían follado todos los días desde entonces, hasta la tragedia. Ahora que estaba muerta, Fritz sollozó y volvió a llorar.

Y de nuevo Nuri tuvo la sensación de que la observaban. Los chicos lo recordaban, pero seguían diciendo que solo estaba imaginando cosas. Solo pasó una semana antes de que volviera a suceder.

El pequeño Karl, o Charly, fue encontrado al pie de las escaleras del sótano. Estaba muerto, completamente muerto. Los paramédicos y la policía llegaron de nuevo. El médico forense confirmó que era la misma escena. Charly había sido violado, golpeado y empujado por las escaleras, rompiéndose el cuello en el proceso. El detective asintió sombríamente cuando el forense dijo que lo habían "sodomizado". El ADN, una vez más, solo coincidía con el del primer asesino; era la misma persona. La policía interrogó a todos tres o cuatro veces, sin éxito. Charly había sido un niño muy rebelde. Había violado a su madre adoptiva durante meses y finalmente la empujó delante de un autobús, del que afortunadamente ella sobrevivió. Había sido arrestado en el hospital por violar a su madre adoptiva, que estaba enyesada. Ese era su camino, y ahora yacía muerto al pie de las escaleras del sótano.

Pasaron otras dos o tres semanas hasta que se restableció el orden, hasta que Nuri volvió a ir de cama en cama, masturbando a los chicos. Finalmente, dejó que Fritz la follara, como antes; lo había echado mucho de menos. Le contó al inspector de policía sin pestañear cómo iba de cama en cama, masturbando a los chicos uno tras otro, y finalmente dejando que Fritz y su enorme polla la follaran; no había nada malo en eso. El inspector sintió mucha curiosidad e hizo que Fritz le mostrara su polla; era realmente enorme. Se sonrojó hasta los pechos cuando él le dijo que la tocara y esperara a que estuviera completamente erecta. La sujetó firmemente en la mano y la frotó un poco; se puso más rígida cuanto más la frotaba, y el glande emergió de debajo del prepucio. La joven negó con la cabeza cuando él le dijo que la frotara. No, no quería ver la inyección, mintió, porque alguien podía entrar en cualquier momento. Lo dejó ir y no volvió a anotar el incidente.

La policía investigó el caso durante meses, pero no encontraron nada, absolutamente nada.

El caso quedó archivado y se cerró.

• • •

El doctor sexy

von Jack Faber © 2024

Tom había tenido tiempo suficiente para reflexionar. En pocas palabras, se había dejado llevar por la corriente, se había lanzado de cabeza a la aventura y había fracasado estrepitosamente. Había abandonado sus estudios, todos sus esfuerzos por convertirse en médico. Seguía siendo médico, seguía teniendo un doctorado, pero ambos le serían arrebatados tras el veredicto judicial. Se apoyó contra la pared de hormigón de la celda y cerró los ojos.

Tom había realizado su última rotación clínica en la clínica de fertilidad; fue la experiencia más emocionante de su vida. Inspeccionaban vaginas, solo vaginas, e interrogaban a mujeres jóvenes sobre sus asuntos más íntimos. No, la ginecología no era lo suyo; mutilaban los genitales femeninos, ¡horrible! La parte teórica del tratamiento de fertilidad era obligatoria, y la aceptó, al igual que el trabajo de laboratorio. Pero entrevistar a las mujeres, el trabajo práctico con sus vaginas, era lo suyo. Daría lo que fuera por eso.

Desde el principio tuvo claro que necesitaba una confidente cercana. Alguien que apoyara su crimen y le siguiera la corriente en todo. Eligió a la hermana Angelika. Al igual que él, ella era secretamente una criminal, y Tom se aprovechó de ello. Angelika era lesbiana y se movía con soltura entre mujeres vulnerables. La invitó a cenar.

No tuvo que explicarle su lesbianismo. Sí, había tenido relaciones sexuales en su juventud; tenía experiencia, aunque solo hubiera sido con un hombre. Su padre la había desflorado a los 13 años y abusó sexualmente de ella a diario hasta que se fue de casa y se convirtió en enfermera. Fue allí donde descubrió que era lesbiana. Tom era muy hábil para conquistarla. Finalmente, accedió a tener relaciones sexuales con él si la aceptaba tal como era: lesbiana.

Él follaba a Angelika todos los días, a veces incluso dos veces. Ella era bonita, con unos pechos pequeños y encantadores, se depilaba el vello púbico, y cuando él le separaba los labios con los dedos, veía su

clítoris, enrojecido por la masturbación frecuente. Ella se encogía de hombros con indiferencia; solo se masturbaba cuando realmente lo necesitaba y no pensaba en si su clítoris estaba rojo después o no. Como habían acordado, ella le dejaba follarla siempre que él la necesitara. Ella apartaba la cabeza y al principio no le dejaba besarla. Admitió que para ella era como si su padre la follara. Tenía una vagina muy agradable y estrecha; con el tiempo, perdió sus inhibiciones, y como se excitaba especialmente mientras la follaban, seguía masturbándose hasta el orgasmo al final del encuentro. Ella le dejaba follarla tan a menudo como él podía, que normalmente era solo una vez cada 24 horas; Tom necesitaba un día para recuperarse. Hacía tiempo que se había resignado al hecho de que solo podía eyacular una vez y que su pene era de tamaño mediano. «Es más grande y firme que el de mi padre», afirmó Angelika con naturalidad, «y me excita mucho más; ¡incluso a veces tengo orgasmos, cosa que nunca me pasaba con él!». A su vez, él le permitía a Angelika tener relaciones sexuales con los pacientes que ella eligiera, siempre y cuando ellos lo desearan. Este acuerdo mutuo llevaba funcionando bien desde hacía un año. Él tenía una mujer con quien acostarse cada día, y con su apoyo, Angelika podía acercarse a las mujeres que le interesaban.

Tom entrevistó a todas las mujeres y descartó a las inalcanzables. Las que le interesaban simplemente tenían que ser ingenuas y fácilmente influenciables, y dispuestas a hacer cualquier cosa para finalmente tener un hijo. Tom había ideado una estrategia astuta. Angelika desnudó a la mujer y separó sus labios y vulva con los dedos. Él tocó y exploró la vulva, el clítoris, casi como un aperitivo. Necesitaba desesperadamente semen fresco del marido. Observaba a la pareja a través de una ventana con espejo. La mayoría de las parejas tenían sexo en la habitación desnuda; ella sostenía el recipiente y dejaba que él eyaculara dentro. El segundo grupo más grande consistía en parejas que se sentaban una frente a la otra y se observaban masturbándose. Solo un pequeño número de mujeres les hacían felaciones a sus maridos. Tom siempre las observaba porque realmente lo excitaba, y Angelika sonreía porque estaba a punto de follarla como un animal salvaje. Era tan fácil de ver a través de él, pensó Angelika.

Angelika, al igual que la paciente, escuchaba atentamente cada palabra que él le explicaba. Un científico francés había descubierto có-

mo, con la ayuda de un asistente, el semen del marido, normalmente lento, podía ser guiado hacia el óvulo. El semen del marido se recubría con una sustancia química protectora, se inyectaba en la mujer y, a continuación, el asistente rociaba su propio semen fresco y joven sobre él. El semen fresco transportaba el semen más antiguo hasta el óvulo. Las secreciones que la mujer liberaba durante el orgasmo, combinadas con la capa protectora, daban al semen más antiguo el impulso necesario para llegar al óvulo. Por lo tanto, era esencial que la paciente experimentara un orgasmo, o mejor aún, varios; esto era absolutamente crucial.

Gracias a las intensas e íntimas entrevistas, supo cuáles de las mujeres se masturbaban. Menos de la mitad, quizás entre el 35 y el 40 por ciento, lo hacían a diario. Un número similar se masturbaba con menos frecuencia, una vez al mes o incluso menos. Y alrededor del 20 por ciento nunca se masturbaba. Esa era su estadística personal, y le resultaba sorprendente. Se suponía que los dos primeros grupos se masturbarían con más frecuencia, al menos una vez al día antes del tratamiento. La mayoría de ellas, y el último grupo, pudieron contar con la ayuda de Angelika; ella sentía un inmenso placer al masturbar a las mujeres.

Tom trató así a cientos de mujeres. Angelika hacía que la mujer se tumbara desnuda en la camilla, abría la abertura con sus dedos enguantados y Tom inyectaba un mililitro de semen. Luego dejaba que varios mililitros de la misteriosa tintura del francés cayeran en la abertura. Ni siquiera Angelika sabía que era solo agua con unas gotas de colorante rojo. Algunas mujeres ya se estaban masturbando, o Angelika se frotaba el clítoris con placer para que fluyera la misteriosa secreción. Ahora venía el acto decisivo.

Tom se bajó los pantalones. La mayoría de las mujeres apartaron la mirada, mirando hacia un lado, pues habían sido fieles a sus maridos y no se habían acostado con nadie más. Algunas, las menos fieles, se masturbaban furiosamente, lamiéndose los labios mientras contemplaban el pene erecto de Tom. Él la penetró suavemente, observando sus rostros. Una lágrima rodó por la mejilla de la mayoría de las esposas fieles; algunas lloraron. Las infieles cerraron los ojos con un suspiro: ¡por fin, otro pene de verdad! La penetró lenta, deli-

beradamente y con puro placer. Observó los rostros contorsionados de las mujeres, quienes, por el placer de hacerlo o simplemente por placer, se frotaban el clítoris con todas sus fuerzas. Asintió animándola a Angelika, diciéndole que frotara al paciente de orgasmo en orgasmo, lo cual ella hizo sin interrupción.

Hizo una breve pausa cuando la mujer tuvo un orgasmo, y luego continuó follándola. Aumentó el ritmo y, al acercarse al clímax, se irguió y eyaculó dentro de ella, sabiendo perfectamente que era fértil. Eyaculó una y otra vez, porque ese era el momento crucial.

Repitió el procedimiento al menos tres veces, generalmente cinco o seis. Pero no sabría hasta diez días después si estaba embarazada. La tasa de éxito del departamento subió al 75 por ciento, una cifra de ensueño. Solo él sabía que toda la farsa era pura charlatanería. Lo único importante era tener relaciones sexuales con las mujeres durante su período crítico; era entonces cuando las probabilidades de éxito eran mayores. La mayoría de las mujeres que acudían a la clínica estaban sanas y podían concebir de forma natural; por lo general, el fracaso era del hombre, a quien, por supuesto, no se le podía responsabilizar. A Tom le daba igual si el esperma era de su marido o suyo. El 25 por ciento de las pacientes que no habían quedado embarazadas siempre volvían.

Tom tenía relaciones sexuales con Angelika cuando ella no tenía cita para tratamiento, y a menudo elogiaba su destreza al masturbar a las pacientes. Ella también estaba bastante satisfecha, porque disfrutaba genuinamente masturbando a otras mujeres y chicas. Al fin y al cabo, no eran viejas brujas, sino chicas jóvenes que se habían confiado en la clínica. El mundo de Tom no conocía mujeres bellas, bonitas ni feas; las reducía a sus vaginas y a los secretos íntimos que compartían con él en las entrevistas. Incluso Angelika, tan emotiva y sensible en sus relaciones lésbicas, reducía a las pacientes a su clítoris. Jamás habría imaginado que solo vería y juzgaría sus clítoris, decidiendo si debían ser masturbados con suavidad, vigor, relajación o pasión.

El boca a boca hizo su trabajo, así que la clínica funcionaba a pleno rendimiento y el pobre Tom ahora tenía que acostarse con dos

chicas al día. Continuó con sus engaños sin inmutarse, acostándose con una tras otra, aunque pronto necesitó cocaína para soportar la tensión.

Llevaba tres años realizando los tratamientos, asistido por Angelika, con quien ya no tenía que acostarse tan a menudo. Había embarazado a cientos de mujeres y no había habido quejas graves. Sí, había bastantes mujeres que simplemente no podían concebir. Ofrecía la tercera ronda de tratamiento gratis, pero no funcionó ni una sola vez.

Había una paciente cuyo marido era increíblemente celoso. Los había visto teniendo relaciones sexuales a través de la ventana con espejo; el hombre era un verdadero cretino. Justo cuando Tom estaba a punto de comenzar el tratamiento, el marido celoso apareció en la sala de tratamiento, declarando que él era el único que podía tener relaciones sexuales con su esposa, nadie más. Y, en efecto, el hombre tuvo relaciones sexuales con su esposa durante tres días, y luego se marcharon. Dos meses después, ella regresó sin que su marido lo supiera. Tom tuvo relaciones sexuales con ella durante diez días; a ella le gustaba el sexo más que a su marido. Quedó embarazada y solicitó el divorcio.

Estaba la paciente adinerada que acudió diez veces antes de quedar embarazada. Con una sonrisa, dijo que Tom era en realidad su amante, porque ya casi no tenía relaciones sexuales con su marido. Antes del tratamiento, dejaba que Angelika la masturbara sin parar, aunque solía hacerlo ella misma. Pero si se lo ofrecían como servicio, ¡aceptaba encantada! Angelika incluso la masturbaba mientras Tom tenía relaciones sexuales con ella. Durante el décimo tratamiento, finalmente quedó embarazada. «Nunca lo hubiera creído», dijo después, «¡Siempre pensé que era un truco de magia!». Estaba muy cerca de la verdad.

El marido de una de sus últimas pacientes lo demandó. La página web del científico francés resultó ser falsa, pero no se pudo probar que Tom la hubiera creado. Y él se había ceñido estrictamente a los textos publicados allí por el francés. El juez ordenó pruebas de paternidad a 10 niños elegidos al azar. Tom era el padre de todos ellos. El

caso estaba casi resuelto cuando la asociación médica y el hospital intervinieron. Ahora Tom estaba siendo acusado de charlatanería y conducta poco ética, porque los médicos no tenían permitido tener relaciones sexuales con pacientes; eso estaba escrito en blanco y negro. Tom tenía solo 27 años, llevaba cuatro años ejerciendo la medicina y estaba a punto de empezar a conducir un taxi. Se cubrió el rostro con las manos, desesperado.

Hasta entonces había estado solo en la celda de dos hombres, pero ahora tenía un compañero. Se hacía llamar Shri Ananda Awperitama; era el fundador y líder de su propia secta. Hablaba con fluidez el dialecto local y ni una palabra de hindi. Eso era bastante extraño. Y solo se comunicaba con su maestro y líder espiritual por correo electrónico. Tobias Niehuber, como se le conocía en la vida civil, era realmente muy peculiar. Durante la primera semana, solo hablaron de cosas superficiales; solo después compartieron sus historias de vida. Tom habló primero, y Shri se dio una palmada en los muslos riendo. Estaba particularmente complacido de que Tom hubiera ganado una pequeña fortuna. "¡El sexo está muy bien, pero ganar dinero con él es divino!", exclamó el hombre santo. Estaba seguro de que Tom saldría impune con solo una reprimenda. Quizás incluso seguiría siendo médico. Tom no compartía su entusiasmo, pero era algo liberador. Luego contó su historia.

Estuve casado con la misma mujer durante casi 20 años. Tuvimos una dulce hijita, Lena, y las fricciones habituales que uno espera después de 20 años. Mi esposa se había alejado de mí; era promiscua y me vigilaba como un halcón para asegurarse de que ni siquiera pensara en engañarla. Hasta ahí todo bien. De todos modos, no tenía tiempo para ser infiel; estaba ocupado luchando por mi trabajo y perdiendo. Estaba desempleado, apenas tenía dinero y una esposa felizmente infiel. Ella sacaba suficiente dinero de sus amantes para mantenernos bien a los tres.

A veces tenía que dejarla dormir cuando invitaba a un tipo particularmente rico para tener sexo. Estaba cansado de ver la fiesta desde la antesala. Subí a la habitación de los niños. Debí parecer un completo idiota. Lena dejó de masturbarse y me siseó: "¡Entra y cierra la puerta!", lo cual hice. Lena quedó satisfecha y continuó mastur-

bándose. Me senté al pie de la cama y la observé. Se masturbó durante mucho tiempo, su dedo en su clítoris cada vez más rápido, y tuvo un buen orgasmo. Se incorporó y me preguntó por qué había venido. Le dije: "Mamá necesita la habitación". Se rió de forma un tanto torcida. "¡Así que tiene a alguien importante para follar! ¡Tiene que follar con los ricos y famosos de aquí; no puede ir a un hotel con ellos!" Y se rió un poco. Le pregunté cuánto tiempo llevaba masturbándose, ya que solo tenía 14 años, o casi 14. Sonrió como una esfinge. "Tenía 6 o 7 años cuando pillé a mi madre masturbándose. No armó un escándalo, simplemente siguió hasta que terminó. Luego me enseñó cómo podía hacerlo yo también. No era nada malo, dijo, era perfectamente natural. Desde entonces, lo he hecho dos veces cada noche." Asentí, ¿qué más podía decir? Pregunté: "¿Ya tienes sexo con chicos?" Lena negó con la cabeza, "¡No!" y luego dijo que permitía que sus novios mayores la penetraran hasta el himen. Luego masturbaba al chico hasta que eyaculaba. Y su himen estaba intacto, me aseguró con sinceridad. Les había dicho a los chicos que quien le regalara un iPhone por su cumpleaños número 14 perdería su virginidad, ¿de acuerdo? Me quedé atónita. "Siento lo mismo que mamá", dijo Lena en voz baja, "estar enamorada puede ser bonito, ¡pero sería estúpido dejar que alguien te folle gratis!" Estaba bastante inquieta y tiró su camisón al suelo. ¡Lo hago dos veces cada noche, papá! Si quieres quedarte sentado, me da igual. La miré fijamente, paralizado. Sonrió y se acomodó. Me giré y la miré directamente a la vagina mientras se masturbaba. Le llevó mucho tiempo otra vez, pero el orgasmo al final fue muy intenso. Inmediatamente se giró de lado y susurró: «¡Buenas noches, papá!». Le acaricié el pelo sudoroso y le besé la frente. ¡Tengo que decir que quiero muchísimo a Lena!

Dos días después, tras cenar, coloqué una caja de regalo delante de Lena. Mi esposa me miró con mucha sospecha, pues no sabía nada al respecto. Lena la abrió; era, por supuesto, un iPhone. Me abrazó con fuerza y me llenó de besos. Me miró fijamente durante un buen rato. "¿Hoy?" Asentí. Instaló el dispositivo enseguida e inmediatamente llamó a sus mejores amigas. No sé si sabían a qué estaba conectado ese iPhone. Después, Lena subió a su habitación y le dije a mi esposa que no tenía que esperarme esa noche; yo dormiría arriba, en la habitación de los niños. No sé si sospechó algo en ese momen-

to; como ya dije, mi esposa y yo no nos llevábamos bien entonces. Subí a ver a Lena.

Yacía desnuda en la cama, perfumada como una prostituta de muelle. Me desvestí y me acosté a su lado. "¿Lo sabes?", pregunté, y ella sonrió, ligeramente ofendida. "Papá, soy una de las últimas vírgenes de la clase. ¡He oído cien veces cómo sucede y cómo se hace!". Nos quedamos tumbados en silencio, uno al lado del otro. "En realidad es extraño. Solo unas pocas perdieron la virginidad con un compañero de clase; la mayoría la perdieron sus padres, como yo. ¡Qué raro!".

La coloqué en posición. Levantó las piernas, las dobló y esperó con una sonrisa. "¡Hazlo rápido, así no dolerá tanto!" Asentí y la penetré rápidamente. Ninguno de los dos sintió la ruptura del himen, y nos miramos sorprendidos. Pero no importaba, follé a Lena como un profesional; llevaba días sin follar con mi esposa y estaba hambriento. Follamos durante horas, me susurró al oído: "Papi, puedes correrte dentro sin preocupaciones, ¡yo me encargaré de ello!" Era tan buena follando con ella, el interior de su coño era suave como la seda, y había entendido intuitivamente cómo acompasar su ritmo al mío. Me llevó al orgasmo con una suave fuerza cuando alcanzó el clímax de su excitación. No, no tuvo un orgasmo durante el sexo; los tuvo como de costumbre antes de quedarse dormida.

Esos fueron los mejores siete años de mi vida. Teníamos sexo veinte días al mes, y los otros diez los pasaba con mi esposa, que no se cansaba de mí. Solo una vez me preguntó: "¿Te acuestas con ella?", pero no le respondí. Al final de los siete años, cuando Lena tenía veintiún años y se fue de casa para ir a la universidad, mi esposa me miró a los ojos. "¡Sé que te has acostado con ella todos estos años, todas las noches!". Se divorció de mí y me quedé solo. Me sumí en la melancolía porque necesitaba dinero desesperadamente.

Así que me reinventé; me convertí en un líder religioso indio. Después de solo dos meses, había encontrado a más de diez mujeres que querían escuchar la palabra de Dios de mí, que rechazaban las estrictas prohibiciones sexuales de los cristianos y que pagaban sus cuotas mensuales. Extraía la palabra de Dios de varios textos bíblicos. Los estrictos mandamientos sexuales no se aplicaban, les en-

señaba. Nos sentábamos en círculo, vestidas solo con una túnica blanca, leíamos la palabra de Dios y nos escuchábamos unas a otras, porque cada mujer tenía algún tipo de problema, pregunta o fantasía sexual que quería compartir. Limitaba el tiempo a tres horas, porque luego venía la Gran Unión. Nos quitábamos las túnicas, tan desnudas como Dios nos había creado. Yo era el único que se acostaba en el círculo y tenía relaciones sexuales con una o más mujeres, dependiendo de mi fuerza. Las que estaban en el círculo podían entonces participar y masturbarse. Diez, veinte, cincuenta, cien mujeres se masturbaban simultáneamente, y yo tenía relaciones sexuales con la elegida en el centro. Como era más agradable a Dios, una mujer masturbaba a otra; solo unas pocas se masturbaban solas. Algunos hombres recibieron una masturbación o una felación, pero pronto dejaron de venir porque no les permití tener relaciones sexuales. Todos ellos infringieron la prohibición; se les permitió tener relaciones sexuales todo el tiempo que quisieran, pero después fueron expulsados.

Siempre elegía a una que me resultara sexualmente atractiva. La edad no era un criterio importante; la atracción sexual sí. Estas mujeres buscaban la unión física con un dios, y yo, como su representante terrenal, les brindaba la unión divina. Eran demasiado mayores para pensar en la anticoncepción. Más tarde, cuando muchas trajeron a sus hijas o nueras, les recordé esta responsabilidad. ¡Era una gran tentación, todas esas jovencitas! Pero siempre intenté mantener el equilibrio y no favorecer a las más jóvenes.

Duró casi 20 años; unas 150 mujeres siguieron mi camino, y algunas aún lo hacen. La Gran Unión se lleva a cabo sin mí; las mujeres leen en voz alta, hablan de temas sexuales, cantan y se quitan las túnicas para darse placer mutuamente. Si fuera una persona religiosa, vería un milagro aquí. Pero, sinceramente, no me creo nada de eso; simplemente conozco muy bien a las mujeres. Quieren escuchar palabras bellas y conmovedoras; quieren hablar de sexualidad, deseos sexuales y fantasías, precisamente porque pueden tartamudear y sonrojarse como niñas al hacerlo. Y las que quieren que las follen no lo hacen por mí, sino porque pueden burlarse de las demás y sacarles la lengua. ¿Y qué mujer de mediana edad no disfruta de que otra persona con ideas afines la masturbe?

Gracias a la cuota de socio, podía vivir como un príncipe. Podía permitirme la mejor comida, los vinos más selectos y todo lo demás. Tengo un pequeño yate amarrado en el puerto donde puedo prepararme para la ceremonia durante el día y dejarme mecer por el mar. Llevo una vida sencilla: ni jet privado, ni Rolls-Royce, ni modelos extravagantemente caros. Nada.

Pero tengo enemigos, a pesar de que predico el amor puro, la palabra de Dios y la unión sexual. No puedo decir quiénes son estos enemigos ni por qué son hostiles. Me llevaron a juicio, acusándome de explotar a las mujeres y de estafarles millones. Mi contadora desapareció sin dejar rastro, y lo que dejó ahora está en manos del tribunal. No encontrarán nada; simplemente me dieron dinero para que la citaran al centro en la próxima reunión. Recibí este dinero porque la buena mujer heredó de su esposo extremadamente rico y no sabía qué hacer con tanto dinero. También recaudé millones en donaciones para niños pobres en África, pero aún no me he ido. Realmente no sé por qué me persiguen así, hablando de robo, malversación y fraude. ¡Agradezco al juez que me permita asistir a la ceremonia un día a la semana porque mis creyentes me necesitan!

Tom interrogó a Shri, pidiéndole que le contara todo sobre la Gran Unión. Shri dijo que nunca les había pedido nada indecente a las mujeres; lo único que quería eran cosas perfectamente normales y corrientes. Cuando estaba a punto de llegar al clímax, gritaba al grupo: "¡Estoy a punto de correr!", y todos se detenían. Empujaba y eyaculaba, empujaba y eyaculaba, hasta terminar. Miraba triunfante al grupo, que murmuraba satisfecho y feliz, y seguía masturbando a sus vecinos.

Los únicos hombres a los que insultaba eran aquellos que recibían sexo oral y luego se abalanzaban sobre las pobres y vulnerables mujeres, follándolas sin piedad como leñadores incultos. ¡No podía permitir que las mujeres, sus mujeres, fueran degradadas y humilladas de esa manera! El asunto se debatió durante semanas, ya que algunas mujeres sí querían tener relaciones sexuales con los hombres, pero fueron silenciadas y no lograron convencerlas.

Tom y Shri fueron liberados uno tras otro. La jueza, que casualmente era una de las seguidoras ilustradas de Shri, los consideró inocentes y no los consideró suficientes como para ser condenados. Les exhortó a seguir viviendo de forma respetuosa de la ley y, posteriormente, les permitió marcharse.

Shri fue recibido con vítores, pisotones y aplausos. Hubo una gran celebración y un banquete sin igual. Lena volvió a vivir con él después del divorcio, pero no participó en todo el alboroto. Ella hacía las tareas de la casa, ya que había dinero de sobra, y él dormía con ella todas las noches. Una dosis de cocaína lo activaba de nuevo por las noches. Ella era la mejor en la cama, repetía él, y cuando lo decía en público, ella se sonrojaba como una niña. Nunca más supieron de mamá; su último trabajo había sido en uno de los burdeles del puerto y había desaparecido un día.

Tom fue directamente de la cárcel a ver a Angelika, que también había perdido su trabajo, y se acostó a su lado. Para Tom, había meses de sexo que recuperar. Angelika no lo necesitaba, pero sentía lástima por su médico y le permitió follarla en silencio y pasivamente hasta el amanecer. El pobre hombre tenía mucho que recuperar, y durante los descansos, idearon juntos un nuevo proyecto.

La nueva clínica de fertilidad abrió sus puertas cuatro meses después.

• • •

Ángeles Negros de la Venganza

von Jack Faber © 2024

Fleur estaba encerrada en la cabaña con las otras cinco, como de costumbre. Rose se había acurrucado junto a ella, y Fleur sintió cómo su excitación sexual se extendía por su vagina. Su clítoris se endureció y se llevó la mano para calmarlo. Pero el clítoris tenía otros planes; se rebeló, porque normalmente Fleur estaría masturbándose furiosamente en ese momento. Rose se apretó aún más, su inesperado abrazo la sorprendió, y Rose la cautivó con un beso francés. Ahora la sorpresa era alarmante; nunca había besado a una chica como una amante, nunca había tocado a una chica sexualmente. Rose encontró su clítoris de inmediato. Fleur suspiró de placer y lujuria, apartando todos sus pensamientos y entregándose a la masturbación de Rose. Fleur sintió como si cien manos la acariciaran y la excitaran, como si cien dedos frotaran su clítoris hasta el frenesí. Las otras chicas las observaban divertidas en la penumbra, y algunas incluso ayudaron a Rose. Cada noche, elegía a una chica, la seducía y la hacía retorcerse de placer hasta alcanzar el orgasmo. Nadie creía que Rose fuera lesbiana; simplemente era muy exuberante en estos asuntos y le encantaba llevar a otras chicas al clímax.

Esa tarde, Rose le susurró al oído a Fleur que Jean-Luc, el hijo mayor del amo, la había follado tan fuerte que casi perdió el conocimiento. El joven de 26 años follaba a Rose casi a diario; le tenía mucho cariño a la joven negra. Fleur le susurró que el propio amo la había llamado esa tarde, como solía hacer. El viejo estaba un poco borracho, pero Fleur aun así tuvo que subirse a su regazo y cabalgarlo. El joven de 17 años odiaba tener que follar al hombre de 60. Se dejaba follar prácticamente en público porque sabía exactamente lo humillante y degradante que era para Fleur cuando otros pasaban y la miraban estúpidamente. Ella sentía mucha vergüenza porque tenía que follar con él en público. La vergüenza se volvía insoportable cuando alguien se detenía y miraba estúpidamente su coño mientras ella tenía que cabalgar y follar con la polla del viejo.

La puerta del castillo se abrió con mucha suavidad. Louis, el hombre negro de gran tamaño, entró deslizándose. Era el cochero de la familia. La cosecha de duraznos había terminado y habían comenzado los tranquilos seis meses.

Normalmente, Luis traía consigo a dos o tres esclavos, pero hoy no, porque estaba introduciendo algo a escondidas. Pero cuando había dos o tres hombres en la cabaña, sus cuerpos se apretaban tanto que no cabía ni una hoja de papel entre ellos. Era una follada desenfrenada al anochecer; a tu alrededor, la gente follaba de pie, empujándose unos a otros, cambiando de pareja sobre la marcha hasta que los hombres quedaban completamente exhaustos. Fleur prefería con mucho esta orgía a montar al viejo.

Fleur recordó lo asustada que había estado la primera vez que Louis tuvo sexo con ella. Eso fue hace años, y Fleur nunca había visto un pene tan grande. Se arrodilló y lo examinó detenidamente. No había tenido sexo muy a menudo en aquel entonces y le aterraba que no cupiera en su pequeño agujero. Miró a Florence y Rose con temor: "¡Es demasiado grande para mi pequeño agujero!", pero ellas solo asintieron tranquilizadoramente. "Ya verás que entra fácilmente, y si te folla el tiempo suficiente, seguro que tendrás un orgasmo". Florence debería saberlo, y cuando lo dijo, lo decía en serio. Fleur tiró suavemente del prepucio de Louis hacia adelante y hacia atrás durante un rato, y él sonrió amablemente. Se puso de pie, abrió bien su abertura con los dedos y guió su pene hacia adentro con la otra mano. Tenía miedo de que su pene le reventara la vagina, pero no lo hizo. La vagina de Fleur se adaptó a su enorme pene, y desde entonces, disfrutaba mucho de que Louis la follara cada vez que su mirada codiciosa se posaba en ella. Louis venía todas las noches a follar, pero solo se acostaba con una de las chicas a la vez. Hoy, sin embargo, era a Lily a quien quería. Rose se interpuso entre Lily y él. «Prometiste traer un cuchillo, ¡solo así podrás follar a esa cosita tan delicada!», dijo Louis con una sonrisa pícara, como siempre. «Claro que te traje el cuchillo, aunque me pregunto si estás planeando un motín». Rose tomó el cuchillo y lo escondió con los otros dos. Se acercó a Lily, con el pene al descubierto.

La cabaña era tan pequeña que los cuerpos desnudos de las jóvenes se tocaban constantemente; solo podían dormir sentadas, apretujadas. Lily nunca se había acostado con Louis; le agarró el pene a la defensiva. «No me hagas daño», le dijo a Louis, «¡es demasiado grande!». Esa tarde, Lily se había visto obligada a dejarse follar por Jean-Pierre; él era el menor, pero según la experiencia de todos, era el mejor. Lily solo tenía 15 años; era pequeña y delgada, y su coño era infantilmente estrecho. A Jean-Pierre le encantaba precisamente eso, porque follar con una niña lo excitaba enormemente. Eso era justo lo que le gustaba.

Lily se echó hacia atrás, pero no pudo esconderse. La chica que estaba a su lado, Florence, levantó la pierna de Lily. La vulva infantil de Lily se abrió como por sí sola. Jadeó cuando el pene de Louis se deslizó lentamente en su pequeño agujero. La folló con evidente placer, y sus poderosas embestidas resonaron entre las otras chicas que sostenían a Lily por todos lados. Todas contuvieron la respiración mientras Louis, con un fuerte gemido, embestía y eyaculaba dentro de Lily, embestía y eyaculaba. Bajó la cabeza sobre el hombro de Lily. “¡Aaah, eso estuvo bien! ¡Volveré mañana, pequeña Lily!” Tan silenciosamente como había venido, Louis se escabulló de nuevo y cerró la cabaña con llave.

Las chicas se sentaron; era hora de ir a la cama. Rose, la única que sabía leer, les contó lo que decía el periódico. La guerra entre el Norte y el orgulloso Sur estaba en pleno apogeo y lejos de terminar. Miles de personas negras escapaban de la esclavitud huyendo hacia el norte. La gente estaba preocupada por si tendrían suficientes esclavos para la cosecha del año siguiente. Rose soltó una risa ronca. «¡Nosotras también partiremos en pleno verano!». Las demás asintieron, aunque sabían perfectamente que el dueño de la plantación, el barón Jean de Belfort, jamás las dejaría ir.

Mamá Belle gritó de parto. A las chicas se les permitía llamarla Mamá Belle, pero en público, por supuesto, solo Lady Belle o Madame. Todas las chicas sabían que el Barón no se había acostado con su esposa en años; había desflorado a su hija mayor, Hortense, años antes, cuando tenía 14 años, y había estado teniendo sexo con ella todas las noches durante años. Ahora Marielle, su hija menor, también

estaba a punto de cumplir 14 años, y el viejo lujurioso ya la había desflorado también. Marielle había gritado cuando él la desfloró brutalmente, pero desde entonces, le encantaba que su padre se acostara con ella. Él se turnaba para tener sexo con ambas hijas en su cama, y no le importaba que toda la casa susurrara y los observara. Mamá Belle se había enamorado de Jerome, su esclavo personal. Durante años, había masturbado a sus esclavos; era su especialidad hacerlos eyacular. Lo había elegido porque tenía el pene más grande del mundo. Ella era tan dueña de esclavos como su marido, pero discutía ferozmente con él. "Son personas como tú y como yo, pero prisioneras. ¡Tienen sentimientos igual que tú y como yo!", negó vehementemente el Barón. Mamá Belle ya tenía 49 años cuando quedó embarazada. Las chicas siempre la protegían cuando dejaba que Jerome la follara hasta que se desmayaba. Las chicas no se cansaban de ver al gigante sujetar a la mujer blanca entre sus patas y follarla con fuerza. Mamá Belle tenía un orgasmo tras otro mientras la follaban y luego se desmayaba con frecuencia. Jerome sostenía a la mujer inconsciente en sus brazos y seguía follándola hasta que se corría. Si notaba que las chicas miraban, sonreía, sacaba su pene y eyaculaba en su dirección. Jerome, el gigante pacífico con el pene más grande de la plantación, era un mandingo, una mezcla de negro y nativo americano, y de hecho era muy buen follador. Mamá Belle quedó embarazada.

Gritó durante dos días de parto. Luego su corazón dejó de latir. El bebé murió con ella; era completamente negro. El Barón aulló y se enfureció. Mandó atar a Jerome desnudo a la barandilla de la escalera. Todos los esclavos tuvieron que estar allí y mirar mientras azotaba a su rival hasta que sangrara. Al final, le clavó el mango del látigo en el culo a Jerome, de modo que la sangre le corrió por las piernas. "¡Fleur!", gritó el furioso Barón, "¡Fleur!". Temblorosa de miedo, dio dos pasos hacia adelante. "¿Alguna vez te has acostado con ese desgraciado?", rugió el loco, y Fleur negó con la cabeza. "¡No, Barón, nunca!". El Barón mostró los dientes como un perro rabioso. "¡Pues acuéstate con él ahora, te mereces algo bueno por una vez!", chilló su voz, quebrándose de emoción. Le arrancó la falda a Fleur. "¡Ahora vete, acuéstate con él y disfrútalo, maldita sea!". "El loco rugió y empujó a Fleur hacia adelante, de modo que ella cayó encima de Jerome."

Jerome la miró con calma; sabía que iba a morir. “¡Hazlo, pequeña Fleur, antes de que te mate en su furia!” Fleur estaba completamente nerviosa y, casi sonámbula, agarró el pene de Jerome. Tuvo que frotarlo durante mucho tiempo hasta que se puso duro. Miró a los ojos de Jerome con lágrimas en los ojos. “Es demasiado grande”, susurró, sollozando, “¡demasiado grande!” El látigo del Barón azotó el aire y rozó el hombro de Fleur. Todos a su alrededor contuvieron la respiración mientras los dedos de Fleur ensanchaban su agujero y su otra mano guiaba el pene de Jerome hacia adentro. Dejó escapar un pequeño grito, pues el pene de Jerome estiró dolorosamente su abertura. De nuevo el látigo rozó por poco, y ahora tuvo que follar al pobre Jerome. Solo dolió un momento, luego su coño se estiró hasta el punto de desgarrarse. Fleur folló a Jerome lo mejor que pudo en esa posición. Los demás esclavos murmuraron al principio, luego el murmullo se hizo más fuerte, y después aplaudieron rítmicamente, animando a la chica, que jadeaba con fuerza por el esfuerzo. Encontró el ritmo adecuado y pronto estaba follando al hombre encadenado con gran entusiasmo. Él tenía los ojos cerrados, y Fleur lo folló durante casi media hora. Ella presentía mucho antes de que él eyaculara y continuó follándolo con gran energía, sintiendo su eyaculación y follándolo una y otra vez incluso cuando su pene se había ablandado. El barón maldijo blasfemamente cuando se dio cuenta de que era demasiado tarde. Su gran revólver explotó junto a la oreja de Fleur cuando le disparó a Jerome de lleno en la cara.

Fleur permaneció en silencio toda la tarde, y siguió en silencio hasta bien entrada la noche. Las demás chicas estaban casi dormidas cuando gritó con fuerza: «¡Voy a matarlo!». Rose le tapó los labios con la mano. «¡Sí, vamos a matarlo!».

Mamá Belle yacía en capilla ardiente en su habitación; el Barón había enterrado al bastardo negro y a Jerome en el campo. Como si nada hubiera pasado, el Barón y sus hijos, maldiciendo porque Mamá Belle había muerto, violaron a las chicas negras. Nadie tenía la culpa, pero los tres hombres desahogaron su dolor con violencia, salvajemente y maldiciendo. Esa noche, el Barón llamó a sus dos hijas a su habitación y las violó sin piedad. No le importó que las hijas se vieran violadas por primera vez, ni le importó que lloraran por su

madre mientras las violaba. Las violó sin piedad hasta que no pudo más y cayó en un sueño profundo e inconsciente.

Durante dos semanas, las chicas negras y las dos hijas soportaron la follada demencial. Luego fue suficiente. Rose les dijo a los negros de la mansión que estuvieran atentos por la noche. Las seis chicas, armadas con tres cuchillos, se escabulleron en la mansión. Primero, llegaron al dormitorio del Barón. Su hija Hortense estaba encima de él. La dejaron seguir follando con él. Hortense se estremeció cuando él empezó a eyacular y lo montó muy despacio e intensamente; a él le gustaba eso cuando se corría. El culo blanco de Hortense se deslizaba lentamente hacia adelante y hacia atrás, sus nalgas se contraían cada vez que él eyaculaba. Cuatro manos sujetaban al Barón, una mano tapándole la boca. Dejaron que Hortense huyera a un rincón y miraron el pene del Barón, que seguía contrayéndose y escupiendo unas gotas. Rose le cortó la garganta con decisión. Un minuto después, se escabulleron. Hortense se arrojó sobre su padre muerto.

Jean-Luc dormía solo. Lily le puso el cuchillo en la garganta, pero no pudo. Florence se lo arrebató y, con determinación, le cortó la garganta mientras dormía. Florence le clavó el cuchillo en el pecho una docena de veces; él la había violado brutalmente en repetidas ocasiones durante los últimos días. Rose le quitó el cuchillo a Florence. Se escabulleron sigilosamente a la habitación contigua.

Jean-Pierre estaba follando con una chica, y cuando miraron más de cerca, era su hermana menor, Marielle. Se quedó paralizado cuando Rose le puso el cuchillo en la garganta. Rose gruñó amenazadoramente y aflojó el cuchillo. "¡Sigue, cabrón!" Quedó completamente atónito, y Florence siseó furiosa que tenía que seguir follando, o atenerse a las consecuencias. Aterrorizado, continuó follando, su hermanita temblando como una hoja de álamo. Folló durante 20 minutos con el cuchillo en la garganta y luego se incorporó. Se corrió una y otra vez, y cuando terminó, Rose le arrancó el cuchillo de la garganta. Dejó caer el cuerpo sin vida sobre su hermana. Los ojos de Marielle se abrieron de par en par; estaba sexualmente excitada, y su pene aún estaba medio erecto dentro de ella. Entonces empezó a gritar como una loca. Florence los animó; ¡tenían que seguir adelante! Salieron de la mansión y se reunieron afuera. Rose había prendido fuego

a las cortinas del vestíbulo; las llamas se elevaban. Los esclavos que quedaban salieron de la casa con todos los niños y se marcharon, con Luis a la cabeza. De vez en cuando miraban hacia atrás; la mansión estaba en llamas.

Se abrieron paso hacia el norte a través de la espesa maleza. Rodearon a los ejércitos del sur a una gran distancia y llegaron al territorio ocupado por el norte semanas después.

Por las noches, las chicas se sentaban alrededor de la fogata y hablaban de los dueños de la plantación. Estaban completamente de acuerdo en que el viejo merecía morir. Era un tirano estricto y brutal; comer, beber y violar esclavas era toda su vida. Solía dar fiestas ostentosas, pero no desde la guerra. Cada una describió cómo lo había visto por última vez teniendo relaciones sexuales con Hortense. Fleur suspiró; ella jamás habría podido acostarse con el viejo con el mismo fervor y amor que Hortense. A ella la habían obligado, a Hortense no. Y amaba a su padre más que a nada, quizás también porque era su único amante. Florence dijo que Jean-Luc merecía morir tanto como ella; la había violado brutalmente en los últimos días, y no podía perdonarlo por eso. Pero ella lo había matado con sus propias manos; al menos eso era justo. A Lily se le llenaron los ojos de lágrimas cuando hablaron de Jean-Pierre. Era un amante tan excelente como Louis. Ella siempre tenía un orgasmo cuando él la penetraba, y a veces se sumergía en un estado de dicha e inconsciencia; era maravilloso con él. Sin embargo, ella era la única que hablaba bien de él; los demás lo consideraban repulsivo. Rose señaló que no eran malas chicas; dejaban que los hombres las remataran antes de morir. Los seres inhumanos no harían eso. Florence, que llevaba más tiempo en la plantación, lamentaba la pérdida de la hermosa y orgullosa mansión. Hortense y Marielle probablemente habían perecido miserablemente en el incendio, murmuró con tristeza.

El grupo de unas 40 personas negras fue dirigido hacia el norte. El avance se ralentizó considerablemente; Lily y Florence estaban en avanzado estado de gestación. Louis cuidaba con cariño de Lily. Perseveraron con valentía y llegaron a Indianápolis dos semanas después.

Desde allí se dispersaron a los cuatro vientos.

• • •

Vacaciones en el Caribe

von Jack Faber © 2024

La madre de Jack lo había bañado desde que era un bebé, y él se había acostumbrado a su desnudez. Solo en los últimos años se había afeitado el vello púbico; ahora él veía su vulva infantil con otros ojos: ya no era un bebé. Después de ducharse, se quedaba de pie en la bañera y se masturbaba sin eyacular. Ella se sentaba en el borde de la bañera y lo observaba, excitándose cada vez más. Solía masturbarse durante mucho tiempo y con gran pasión porque el pequeño no dejaba de frotarse hasta que ella temblaba y se estremecía de orgasmo.

Sus ojos brillaban y centelleaban cuando él eyaculó por primera vez. La miró con impotencia y confusión mientras chorro tras chorro se dispersaba en el agua. “¡Por fin, ahora sí que eres un hombre de verdad!”, dijo ella, enjabonando cuidadosamente su pene y lavándolo. “¡No tienes por qué oler a semen!”, comentó.

Al día siguiente ya no quería masturbarse. Ella lo miró con curiosidad. “¡Te vi follando con una desconocida anteayer!”, dijo Jack con descaro. Tenía trece años y ya se había acostado con varias compañeras porque habían tenido cuidado de no perder el himen. Su madre pensó en silencio durante un buen rato. “¿Y ahora quieres follarme a mí también?”, murmuró, mientras seguía jugando con su clítoris como siempre. Jack asintió con incertidumbre y miró su clítoris. “Está bien”, suspiró profundamente y con tristeza después de un rato, “¡está bien!”. Se puso de pie, se inclinó y se apoyó en la cajita. Le ofreció el culo y dijo: “¡Está bien! ¡Vamos!”.

Jack separó sus nalgas y la penetró. Ella rió a carcajadas: “¡Estás en el agujero equivocado!” Metiendo la mano entre sus piernas, agarró su pene y lo introdujo en su vagina. Era tan fino, cálido, húmedo y suave como la seda. No estaba tan apretada como él había pensado. Empezó a empujar suavemente. Ella asintió: “Eso es”, y su dedo encontró su clítoris. La folló, pero no por mucho tiempo. “¡Mamá, me voy a correr! ¿Puedo?!” Ella asintió y jadeó: “¡Sí, por supuesto, tendré cuidado!” Jack se corrió demasiado pronto. Esperó in-

móvil hasta que ella terminó de masturbarse; ya estaba familiarizado con la masturbación. Después, ella se sentó a su lado.

"Papá casi nunca duerme conmigo, tal vez una vez al mes. Al principio, pensé que estaba saliendo con otra persona, y me acostaba con otros hombres todos los días, furiosa. Soy demasiado joven para vivir como una monja, ¿entiendes? Pero me equivoqué con él; nunca tuvo a nadie más. Simplemente había perdido el interés, eso es todo. Lo abracé y lo besé porque nos queremos mucho. Ahora solo le soy infiel de vez en cuando, solo cuando la presión se vuelve insoportable." Jack asintió con comprensión, porque ella era una buena madre y él un buen padre.

A partir de entonces, él la follaba cada vez que ella se duchaba. Ella le enseñó a contener la eyaculación hasta que ella llegara al orgasmo. Era mejor cuando llegaban al mismo tiempo. Desde entonces, ella no se ha acostado con ningún otro hombre; Jack lo hizo de maravilla.

Jack tenía ahora 16 años, casi 17. Se acostaba con ella todas las mañanas después de que se duchara, y era muy placentero y satisfactorio para ambos. Entonces su madre ganó un crucero de 10 días por el Caribe y extendió las vacaciones, así que estuvieron fuera tres semanas. Una amiga le prestó a su ama de llaves durante esas tres semanas; ella cuidaría de Jack. Ulrike llegó el día que sus padres se fueron. Jack llevó la maleta de Ulrike al dormitorio de sus padres porque había decidido acostarse con la chica nueva incluso antes de haberla visto.

Ulli, como quería que la llamaran, era una mujer bajita y regordeta, de unos 60 años, con pechos grandes y una sonrisa radiante, amable y cautivadora. Jack se sintió un poco decepcionado por su aspecto, pero se acostaría con ella sin importar qué. Pronto descubrió que la mujer analfabeta nunca había ido a la escuela, apenas sabía escribir una receta médica y sabía contar el cambio al hacer la compra. Era sumamente amable y lo atendía con alegría y cariño; para ella, él era el amo y ella su sirvienta. Era ingenua, simple y muy influenciable. Parecía que no había nada que no hiciera por el joven. En cuanto sus padres se fueron, él le dijo a Ulli que solo debía usar bragas y su-

jetador en casa, y Ulli se desnudó sin rechistar; era más cómodo así, dijo Jack. La miró sin pudor; se veía tan linda y a la vez sexy en ropa interior. ¡Jack estaba ahora aún más decidido a acostarse con la bajita y gorda, sin importar el precio! Estuvo tentado de simplemente ordenarle a la ingenua y estúpida mujer que lo dejara acostarse con ella, pero eso le pareció injusto. Quería divertirse con ella. Ulli preparó una buena cena, luego vieron un poco la televisión y después él dijo que iba a ducharse antes de acostarse. Quería que ella lo enjabonara y lo lavara un poco; su madre lo hacía todas las noches. "¡Sí, con mucho gusto, señor Jack!", dijo Ulli. "Mamá siempre entra al baño desnuda", dijo Jack con la mayor naturalidad posible, "así su ropa no se moja", añadió. Podía ver cómo Ulli empezaba a maquinar. "¿Entonces, desnuda, sin sujetador?", preguntó Ulli, con los ojos muy abiertos por el miedo. "¡Sí, por supuesto, Ulli!", dijo el seductor, "desnuda, viene sin sujetador y sin bragas, ¡completamente desnuda!", continuó, sonriendo amablemente. Ulli tuvo que pensarlo un momento. "Entonces, sin sujetador y sin bragas, estaré completamente desnuda, y la verdad es que no estoy acostumbrada a eso". Reflexionó. — ¿De verdad no te importa si entro desnuda? — preguntó con ansiedad — . Ya tengo 64 años y no soy tan guapa como cuando era modelo.

Jack frunció los labios. "¿Modelo fotográfica?", preguntó, alargando las palabras. Ulli asintió. "Sí, cuando me escapé del orfanato a los 18 años, viví con un fotógrafo casi un año. Me permitieron vivir con él gratis a cambio de que durmiera conmigo y me tomara fotos desnuda. Me tomó muchas fotos desnuda porque era increíblemente linda, según él, y también hacía películas".

Ahora Jack simplemente tenía que hacer más preguntas. "¿Filmaste películas?" Ulli asintió de nuevo en señal de confirmación. "Con hombres extraños." Mantuvo la mirada baja; habían llegado a un punto incómodo. Jack no la presionó. "Debió de ser divertido, tú y los hombres." Levantó la vista brevemente; Jack era un chico tan dulce, simplemente amigable y curioso, no tenía nada de malo. Sí, al principio me filmaba masturbándome sola y fingiendo orgasmos. Solo tenía que deslizar rápidamente el prepucio sobre el clítoris, pero pronto eso no le bastó. Me dio instrucciones muy precisas para que retrajera el prepucio y me frotara el clítoris con la yema del dedo, co-

mo mamá. Iba corriendo a orinar entretanto, pero a él no le importaba. Ahora tenía cientos de orgasmos reales, y eso le gustaba más. Luego hubo un nuevo escenario. Me filmaba siendo follada por un desconocido, luego por otro, y por muchos más. Algunos días filmaba todo el día; me acosté con seis o más hombres y tuve sexo realmente placentero y muchos orgasmos, ¡joder! Y por la noche, ¡Huber también me follaba! Nos filmaba de cerca; teníamos que follar según sus instrucciones y desinhibirnos por completo, ¡eso era muy importante para él! La mayoría de los hombres me follaban muy, muy bien y me llevaban al orgasmo fácilmente, y él tenía que filmarlo en primer plano. En realidad no me importó, solo había textos cortos pero bastante obscenos que recitar, y no tenía que hablar durante el sexo. Jack esperó y luego preguntó qué pasó después.

"Entonces tuve que acostarme con varios hombres, pero no me gustó nada. Mi padre me enseñó a tener sexo, y en aquella época lo tenía con bastante frecuencia, así que ese no era el problema. El problema era que tenían que ser varios hombres a la vez. Me recordaba demasiado al sexo en grupo del orfanato: uno eyaculando en mi ano, otro en mi vagina y otro en mi boca, todo al mismo tiempo. Después de haber tenido sexo con un montón de hombres en una docena de películas, fui a ver al Sr. Huber. El fotógrafo, el Sr. Huber, entendió mi resistencia. Trajo chicas con él y nos filmó besándonos apasionadamente, con la chica masturbándome el clítoris con la mano. Se suponía que debía mostrar abiertamente mi lujuria y gritar cuando tuviera un orgasmo."

Lo hice, aunque ninguna mujer me había besado con la lengua ni me había tocado el clítoris antes. Pero ella me volvía completamente loca, y no tenía que fingir nada; gritaba con todas mis fuerzas cuando me llevaba al orgasmo. No tenía que fingir. Todas esas chicas me masturbaban igual que mamá, y me hacían gritar como loca cuando llegaba al clímax. Pero, en general, me incomodaba; no me parecía bien que me masturbara el clítoris. Después de una docena de chicas, dejé de participar, y fue entonces cuando Huber se enfadó mucho y me fui. Así fue como me convertí en ama de llaves. Ulli miró a Jack con mucha timidez, pero él sonrió. "Entiendo perfectamente que ya no estuvieras contenta con todo aquello y que te fueras", dijo Jack, asintiendo. "¡Huber se estaba pasando de la raya, ese tío!"

Jack trajo dos vasos y una botella. «Te agradezco que me hayas escuchado», dijo Ulli después de brindar por la amistad. «No tengo a nadie más a quien contárselo». Jack sirvió más. «Me gustaría saberlo todo sobre ti, me interesa saber cómo te ha ido la vida. Yo tampoco tengo a nadie más que me lo cuente todo». Bebieron y charlaron, y luego Jack dijo que iba a ducharse.

Ulli entró al baño completamente desnuda. Jack notó que solo le quedaba un escaso vello púbico gris y que sus pechos, del tamaño de melones, colgaban sin sujetador. Se metió en la bañera y ella se puso a su lado, lo enjabonó y lo lavó. Hizo un amplio rodeo alrededor de su pene, pero él no dijo nada. Ulli salió de la bañera y se sentó en el taburete. Se colocó de manera que él pudiera mirar directamente su vulva, algo que ella pareció no notar. Empezó a masturbarse de pie, mirando de vez en cuando la vulva de Ulli, pero ella solo observaba en silencio. La miró mientras eyaculaba en el agua. Ulli se movió inquieta en el taburete y finalmente dijo: «Vi que cuando era pequeña, papá solía eyacular en el lavabo hasta que... hasta que dejó de hacerlo». Jack esperó un momento y preguntó cómo había sucedido. Ulli se lo contó.

Siempre dormía en casa de mis padres; la habitación de los niños era un trastero porque mamá no podía tirar nada. Los veía tener sexo todas las noches; en aquel entonces, era tan normal para ellos como para mí. Papá a veces eyaculaba en el lavabo, lo que también me parecía muy excitante. Pero la situación idílica no duró para siempre. Cada vez con más frecuencia, había gritos cuando mamá pillaba a papá teniendo sexo con niñas muy pequeñas en el salón. Yo no tenía ni idea; estaba arriba en la habitación de los niños jugando con mis muñecas y dejando que cada una tuviera sexo con todas. Mamá ya no le dejaba tener sexo con ella tan a menudo; estaba enfadada con él. Se enfadaba bastante cuando papá me enseñaba a montar, pero ahora tenía que asegurarme de que pudiera eyacular por las noches porque a ella no le gustaba dejarle tener sexo. Él se tumbaba boca arriba, y su pene yacía como una salchicha gruesa sobre su estómago. Tenía que presionar mi vagina contra su pene y balancearme hacia adelante y hacia atrás. “¡Fóllame, princesa, fóllame bien!” Él decía, porque me llamaba Princesa. Tenía que balancearme de un lado a otro y follarlo hasta que se riera y eyaculara. Cuando empujaba mi coño hacia

adelante, parecía que estaba eyaculando. Me encantaba mucho montar así. Mamá siempre estaba enfadada y se ponía de lado y se masturbaba a escondidas. Papá fue a la cárcel y eso me puso muy triste. Se había follado a una niña de 10 años y estaba encerrado. Mamá se masturbaba todas las noches y yo le preguntaba: "¿Qué estás haciendo?" Pero ella maldijo enfadada y respondió: "¡Eso no es asunto tuyo, métete en tus asuntos!" Intenté hacerlo también, pero no funcionó. Tenía que ir a orinar enseguida, así que dejé de intentarlo.

¡Papá regresó, gracias a Dios! La primera noche, volvió a acostarse con mamá, aunque ella lo rechazaba. Eso lo molestó mucho y me agarró. "¿Quieres acostarte conmigo, princesita?" ¡Sí, y cómo lo deseaba! Mamá ya no pudo detenerlo. Rápidamente me desvirgó y luego me folló. Me folló hasta que tuve un orgasmo, solo entonces eyaculó. Ya casi no discutía con mamá.

Si ella no quería tener relaciones sexuales, papá las tenía conmigo. Me sentía muy orgullosa de que él tuviera relaciones conmigo como un adulto, aunque yo solo tenía 13 años. Mamá se giró de lado y se masturbó a escondidas. En ese momento pensé que todo iba bastante bien para los tres. Estaba equivocada.

Un día, mamá dijo que quería hacer algo con el estreñimiento de papá; sufría mucho, pero seguía sin ir al médico. Iba a mezclar un polvo con su papilla de sémola. Ambos lo sentiríamos, pero no tanto como con la diarrea. Estuve de acuerdo, porque sabía cuánto sufría papá por el estreñimiento. Esa noche, antes de subir a la habitación de los niños, miré en la cocina, pero el frasco de polvo seguía allí. Pensé que mamá lo había olvidado y lo había mezclado con la papilla de sémola. Perdí tiempo y llegué tarde a la cena. Mamá y papá estaban tumbados boca abajo en sus platos. Los sacudí a ambos, pero no se movieron. Corrí a casa del vecino, que vino y llamó a una ambulancia, que luego llamó a la policía. Mis padres habían sido envenenados; mamá había dejado una nota de suicidio. Un suicidio conjunto.

Tenía 16 años y terminé en un orfanato. Fue horrible. Todos los días me violaban uno o más internos, aunque casi nunca coqueteaba con nadie. Cuando había una orgía, me sentía muy avergonzada y

humillada porque me violaban en público, delante de todos, uno tras otro. Todos me miraban el coño mientras me violaban. Al final, me escapé, después de uno o dos años. Así fue como terminé con el fotógrafo Huber.

Estuvieron en silencio un buen rato, luego se fueron a la cama. Al día siguiente, Ulli volvió a meterse en la bañera con él y lo lavó. Él tocó su piel; era vieja y arrugada, y se le puso la piel de gallina al tocar sus grandes pechos y pezones. Ella era muy sensible allí; sus piernas temblaron ligeramente, y la piel de gallina se intensificó. Él lo recordó. Ella se sentó en el taburete, pero Jack no se masturbó. Le preguntó si se masturbaba a menudo. Ulli negó con la cabeza; no, nunca desde que era joven. ¿No necesitaba un orgasmo? Pensó un buen rato y decidió responder. "Sí, todas las noches me monto en mi almohada como solía montar el pene de papá cuando era niña, ¡y siempre consigo un orgasmo así!" Respiró con dificultad porque le costaba revelar este secreto. "¿Puedo masturbarte ahora, Ulli?" preguntó Jack, y Ulli jadeó.

— ¿Por qué? — preguntó ella tímidamente. Jack dijo que lo había hecho muchas veces y que se le daba bastante bien. Claro que era una mentira descarada. Le habían permitido observar a su madre y a algunas chicas en el colegio, pero no tocarlas. Su madre no armaba tanto revuelo como las chicas; le dejaba mirar si quería. Siempre había sido así, desde que tenía memoria.

— ¿Como las chicas del fotógrafo, con el dedo? — preguntó Ulli, y él asintió. — ¡Sí! — Ulli pensó un momento — . ¡Pero si ni siquiera estás filmando! — fue el último obstáculo que vio. Jack respondió que no era un canalla como Huber, que no la explotaba ni vendía las películas como ese canalla — . Solo lo hago por mi propio placer, porque realmente me excita — añadió Jack. — ¡Hace siglos que no me excitan! — exclamó Ulli. Volvió a pensar — . ¿Con un orgasmo? — preguntó, porque empezaba a darse cuenta de que así tenía que ser. Jack asintió de nuevo — . Claro, con un orgasmo, ese es el objetivo. — No me han masturbado desde que tenía 19 años. En aquel entonces, tenía orgasmos a gritos. — Ulli se quedó en silencio; no había nada más que decir.

Jack salió de la bañera y se arrodilló frente a ella. Cerró los ojos mientras él le frotaba los pezones hasta que le temblaron las piernas. Le separó las rodillas, apartó el escaso vello púbico gris y examinó su vulva con atención. Tenía una abertura bastante grande, eso fue lo primero que notó. Quizás se debía a que la había excitado mucho. Su clítoris era más largo que el de su madre, fácilmente cuatro centímetros. Ya había empezado a asomar por debajo del prepucio y palpitaba suavemente al ritmo de su pulso. Le frotó el clítoris con mucha suavidad durante más de diez minutos, y solo entonces se dio cuenta por su respiración de que estaba cerca. Aumentó el ritmo y la presión. Ulli abrió los ojos y lo miró horrorizada. No podía impedir que la llevara al orgasmo con tanta facilidad. Echó la cabeza hacia atrás y el orgasmo la inundó, recorriendo sus caderas y su amplio bajo vientre. Entonces terminó.

"¡Este orgasmo es mucho más fuerte que el de montar una almohada!", exclamó. Jack le preguntó si lo había disfrutado, y ella asintió. Él dijo que con gusto se lo haría cada vez que se duchara. Ella no dijo nada, pero lo miró fijamente durante un buen rato. "¡Y ahora quiero follarte!", gritó Jack, poniéndose de pie, con su pene erecto balanceándose. Ulli se rió, "Tengo 64 años, estoy gorda y arrugada, ¿por qué quieres follarme?". Jack dijo, "¡Porque no me gusta frotarme y porque prefiero mucho más follar!". Ulli miró su pene, que se balanceaba justo delante de su cara. Está listo, pensó, ¡tiene que follar ahora! Un último intento. "Tengo 64 años y la última vez que follé fue cuando tenía 19. La última vez fue con Huber, una y otra vez, para poder quedarme unos días más. ¡También lo filmó, tuvo que filmarlo todo!". Jack no esperó más y la dejó levantarse. Jamás besaría esa boca arrugada con dientes feos, pero sin duda se la follaría. Ahora mismo.

La hizo adoptar la misma posición que su madre. Tenía que ponerse de espaldas a él e inclinarse hacia adelante, apoyándose con las manos en la pequeña caja. Le separó las nalgas. Se podían ver sus gruesos labios y la enorme abertura. La penetró en su gran coño, pero parecía ajustarse a su tamaño. Su coño era seco y suave, mucho más ancho que el de su madre. No reaccionó; simplemente se quedó allí con una expresión indiferente. Como una oveja, lo miró a los ojos, con la boca ligeramente abierta. No reaccionó en absoluto, y él

la folló durante muchísimo tiempo. Aunque su coño le había parecido enorme, se sentía igual de bien que el de su madre, cuyo coño le había parecido mucho más pequeño y estrecho. La folló y la folló, y Ulli no emitió ningún sonido. “¿Está bien?”, preguntó varias veces, preocupada, y él asintió cada vez, “¡Sí!”. Sintió que se acercaba, y no tuvo que esperar a que ella llegara al orgasmo. Él eyaculó dentro de ella y eyaculó durante mucho tiempo hasta que terminó. Se incorporaron y él la abrazó con cariño. «Después de la ducha, me acariciarás con los dedos y luego me follarás, ¿eso es todo lo que harás?», preguntó Ulli, y él respondió: «¡Sí, eso es lo que haremos!». Los días pasaron volando.

Los padres estaban de pie frente a la casa. Jack metió la maleta de Ulli en el taxi y la besó en la mejilla. “¡Gracias, Ulli, gracias!”. Retrocedió hasta colocarse junto a su madre. Ella supo al instante que Jack se había acostado con Ulrike.

— ¿Estuvo bien, Jack? — preguntó ella, pasándole un brazo por el hombro.

• • •

Sherezade

von Jack Faber © 2024

La madre de Scheherazade era hija del Maharajá de Jaipur. Vivía en los aposentos de las mujeres del Maharajá; él tenía 420 esposas. Eran su madre, sus hermanas y las hermosas muchachas que había comprado a lo largo de los años. Se acostaba con todas ellas: su madre, sus hermanas y las recién llegadas. Era un gobernante absoluto, y los Maharajás eran todos muy diferentes. Algunos tenían una mujer distinta que les llevaban a su habitación cada noche, mientras que otros pasaban la noche en los aposentos de las mujeres, rodeados de decenas de mujeres que, cansadas del lesbianismo, necesitaban un buen pene.

La Maharani, la esposa principal del Maharaja, era una hechicera blanca, como lo habían sido las Maharanis durante siglos, quizás milenios. Habían jurado usar solo magia buena; de lo contrario, perderían sus poderes y su mano jurada se marchitaría. La Maharani tenía un hijo y tres hijas. La menor era su favorita; solo ella había heredado poderes mágicos. La Maharani se negó a enviar a su hija Kurani a entrenarse en la academia de magia, así que la instruyó ella misma.

Según las costumbres del Reino de Jaipur, Kurani fue desflorada y violada por su padre, el Maharajá, el día de su decimocuarto cumpleaños. Su encanto surtió efecto; el Maharajá, a pesar de tener más de sesenta años, esa noche era tan viril como un joven de veinte. A diferencia de otros, la olvidó de inmediato, y ella se acostaba con un soldado cada noche. Tenía dieciocho años cuando su madre se encontró con la Muerte en la antecámara del Maharajá y logró hechizarlo para que esperara cinco días más. El Maharajá escuchó a la astuta Maharani y resolvió sus asuntos. Casó a su hija Kurani con el rey Buran, gobernante de Corea, feudo del poderoso rey de Persia y uno de sus grandes visires.

Kurani había conocido al rey Buran seis meses antes y se había enamorado del magnífico guerrero. Le agradeció a su padre, quien la

había hecho muy feliz. Siguió al rey Buran hasta Korestán, que limitaba con Persia. La muerte cumplió su palabra y se llevó al maharajá al sexto día.

Siguiendo la costumbre, las esposas del harén del difunto Maharaja fueron subastadas públicamente en beneficio del nuevo Maharaja. Solo había dos reglas: el pago en efectivo y la firma de un contrato comprometiéndose a tratar bien a la mujer. Las mayores de 40, como estipulaba su testamento, fueron entregadas a burdeles del ejército. De esta forma, el Maharaja se aseguró de que su madre y sus hermanas siguieran teniendo muchas mujeres con las que acostarse. La subasta de sus esposas favoritas fue larga, los precios se dispararon y los postores manoseaban y tocaban la mercancía, aumentando constantemente sus ofertas. Los mejores burdeles del reino ganaron las pujas; sus clientes pagarían una fortuna por acostarse con una de las esposas del Maharaja. Las demás mujeres fueron vendidas en tres días, y el tesorero sonreía de oreja a oreja.

Kurani tuvo una vida muy buena con Buran. Él era un rey bueno y justo; era estricto, pero amaba a su pueblo. Tuvieron dos hijas, Scheherazade y Dinhararade, nacidas con dos años de diferencia. Kurani selló mágicamente su vientre; dos partos le bastaron. Les enseñó magia a ambas, y juraron usarla solo para el bien. El rey Buran adoraba a sus hijas, y recibieron la mejor educación posible. El rey desfloró a sus hijas esa misma noche porque ellas lo deseaban. Scheherazade tenía 14 años, Dinhararade 13, y se turnaban para tener relaciones sexuales con su padre hasta el amanecer. A partir de entonces, con el consentimiento de Kurani, pasaba una noche sí y otra no con sus hijas, turnándose para tener relaciones sexuales con ellas durante los siguientes años. Kurani y sus hijas se aseguraron de que el rey se mantuviera muy potente y las llevaban al orgasmo. Sonreía amablemente y condescendiente cuando su reina, Kurani, o sus dos hijas se dejaban follar vigorosamente por hombres de su ejército de caballería hasta el amanecer. Sonreía porque él tenía que follar a su madre o a una de sus muchas hermanas cada dos días; esa era la costumbre. Fue el primer rey de Korestán que no necesitaba ni tenía un harén.

Scheherazade leyó atentamente las noticias sobre el Gran Rey Shahryar, quien de repente se había convertido en un asesino en masa. Había interrumpido una cacería de halcones porque su caballo estaba cojo. Incluso en el vestíbulo, oyó gritar a su amada esposa, pero eran gritos de placer. Corrió a su habitación, donde uno de sus guardias negros la estaba volviendo loca. Clavó su daga en el corazón del hombre negro y arrastró a su infiel esposa por el cabello hasta la plaza principal. Allí, la encadenó desnuda y ordenó a todos los hombres que pasaban por la ciudad que la violaran públicamente, una gran humillación para la desdichada. Cuando el sol besó el horizonte esa tarde, tomó la espada del verdugo y la decapitó. «¡No hay esposas fieles!», rugió furioso. Se casaba con una nueva mujer cada noche, la violaba hasta el amanecer y la hacía decapitar al amanecer.

Scheherazade había conocido al rey Shahryar en numerosas ocasiones y estaba enamorada de él. Sabía que simplemente había perdido el rumbo y que ya no era el mismo. Decidió curarlo de su delirio y convertirse en su esposa. Su padre, el rey Buran, Gran Visir del Imperio Persa, desaprobó la relación. Sería decapitada al día siguiente, como las demás. Incluso le escribió directamente al Gran Rey. Este mandó llamar a su Gran Visir, pero este no pudo pronunciar palabra; la lengua le falló. El rey Shahryar intentó disuadirlo, argumentando que no podía enviar a su hija a una muerte segura. El Gran Visir Buran permaneció en silencio, incapaz de hablar, por lo que Shahryar ordenó que llamaran a Scheherazade. Quedó deslumbrado por su belleza e inteligencia. Se casó con ella esa misma noche, como con las demás, y se acostaron. Dinhararade fue su dama de honor y se le permitió yacer con la pareja.

El rey Shahryar jamás había tenido una esposa que follara tan maravillosamente como Scheherazade. De verdad. Dinhararade ayudó a su hermana como estaba previsto. Se arrodilló detrás del rey, murmurando sus encantamientos inaudiblemente y acariciando sus nalgas. Sus dedos se deslizaron por sus nalgas desde atrás y agarraron suavemente sus testículos mientras Scheherazade alcanzaba el orgasmo. Dinhararade acarició sus testículos hasta que él arqueó la espalda, listo para eyacular. Sus dedos se deslizaron más hacia adelante, estimulando la base de su pene hasta que comenzó a eyacular. Sus

dedos se deslizaron más hacia adelante, los insertó en su vagina y masturbó su pene durante minutos hasta que el rey terminó.

El rey abrazó a su reina, la besó y dijo que ella lo había follado mejor que nadie antes. Abrazó a Dinhararade de la misma manera y la besó. Nunca antes sus dedos lo habían excitado como los de ella, acariciado sus testículos con tanta delicadeza y masturbado mientras él se corría. Se durmieron. Dinhararade despertó después de tres horas, porque el pene de Shahriar se había puesto duro como una roca. Se sentó en el regazo del rey; para la segunda ronda, él le pertenecía a ella, la dama de honor. Como habían acordado, le pidió a Scheherazade que contara una de sus maravillosas historias. Tomó su pene en su vagina y lo cabalgó, pero en cámara lenta, porque el rey y ella escuchaban atentamente a Scheherazade. Dinhararade cabalgó su pene muy lentamente en movimientos largos y amplios durante casi cuatro horas, porque se suponía que no se correría hasta la madrugada.

El mercader y el genio

Un espíritu temible se alzó ante el mercader cuando su burro se desvió del camino. «¡Mereces morir, pues has invadido mi territorio!», rugió el monstruo y comenzó a estrangular al pobre hombre. El hombre suplicó por su vida. «¡Acabo de liberar a tu hermana, ¿y esta es tu recompensa?!», exclamó el mercader, sin aliento. El gigante lo soltó. «¿Mi hermana? ¡No he oído nada de eso!». Dejó que el mercader contara toda la historia.

El mercader cabalgaba por las montañas cuando oyó a un cordero balar de terror. El pobre animal estaba atrapado entre rocas y sangrando, pues los buitres lo rodeaban, arrancándole trozos de carne con sus picos. Ahuyentó a los buitres, liberó al cordero y vendó sus profundas heridas. Con un brillante estallido de sonido, el cordero se transformó en una joven djinn. «¡Menos mal que me has liberado de la maldición, buen hombre! Un djinn malvado que quería acostarse conmigo me maldijo porque me negué. Me transformó y me arrojó al barranco para que los buitres me devoraran. ¡Gracias por liberarme! ¡Te concederé un deseo, si puedo!». El mercader siempre había anhelado comprender el lenguaje de los animales. La joven chasqueó los dedos y él pudo entender a todos los animales.

Ella conjuró una tienda de campaña, una fogata y una excelente cena. Comieron la magnífica comida y bebieron una o dos copas de vino. Se recostaron sobre las suaves pieles porque ella había dicho que le permitiría follarla. Ella le preguntó en qué forma debía transformarse. Él no dudó ni un segundo. “¡Mi hermanita! Mamá siempre protegía su himen como una furia porque jugábamos a ‘follar’ todas las tardes. Solo me dejaba penetrarla un poquito para no desgarrarle el himen cuando la follara y eyaculara.” Hizo una pausa. “Después, esperaba hasta que yo hubiera follado a mi hermana durante quince minutos, y entonces me dejaba penetrar su coño y eyacular.” El genio sonrió comprensivamente y se transformó en la niña. Ella aún era virgen, y él la desfloró con entusiasmo, luego la folló hasta el amanecer. Permanecieron otra semana en la tienda mágica, y cada noche él deseaba a una mujer inalcanzable diferente, con la que se acostaba

sin esfuerzo hasta la mañana. Después de una semana, la tienda y el genio desaparecieron. Cabalgó a casa y ató al burro testarudo. Oyó al burro quejarse a los otros animales. «¡Ese hombre estúpido siempre me da agua primero, así que me siento lleno después de solo unos bocados! Debería ser al revés; ¡así estaría más satisfecho en el trabajo!». El mercader se lo tomó en serio de inmediato y desde entonces le dio al burro comida primero y agua después. Estaba a punto de salir del establo cuando oyó a la vaca decir: «¡Qué simplón! Apenas sale de casa, su mujer se escapa a casa del vecino y regresa con el mozo de cuadra. Se tumba sobre mi suave piel, ¡y los dos se follan y se follan hasta la cena!». El mercader se entristeció. Entonces el buey levantó la cabeza. «¡Anteayer, se acostó con el mozo de cuadra, y se follaron hasta la cena!». Ahora el mercader se angustió aún más. El camello también tenía algo que decir, pero el viejo balbuceó algunas verdades bastante obscenas. «¡Oh, mozo de cuadra o mozo de cuadra, eso no fue nada! Me trajo al hijo menor del vecino, ¡y era tan pequeño que ni siquiera había tenido relaciones sexuales! Así que se hizo la maestra, se tumbó aquí sobre mi espalda y le enseñó al hombrecito lo que tenía que hacer. ¡Me puse rojo como un tomate porque la gente complica tanto las cosas, los idiotas!» Ahora el comerciante estaba profundamente angustiado y entró en la casa. Cogió el palo de la pared, agarró a su mujer y entró con ella en la habitación. Nunca supimos exactamente qué pasó, pero la regañó severamente. Cuando ella preguntó por qué, él le dijo sin rodeos que se había acostado con el mozo de cuadra y el mozo de cuadra en el establo. Solo dejó de pegarle cuando ella juró solemnemente no volver a hacerlo jamás con el mozo de cuadra ni con el mozo de cuadra.

Viajó de nuevo durante una semana y regresó. Los animales sonrieron cuando entró en el establo. “¡Ahí está nuestro simplón con cuernos!”

Pero en ese momento, la voz del muecín resonó, llamando a los fieles a la oración matutina. Dinhararade fingió decepción y exigió escuchar el final de la historia. El rey Shahryar estaba indeciso; él también quería saber cómo continuaba el relato. Despidió al verdugo, diciendo que escucharía la continuación la noche siguiente. Luego fue a orar y a ocuparse de los asuntos de Estado hasta el

anochecer. Scheherazade y Dinhararade, sin embargo, no estaban ociosos. Llamaron a sus cien guardaespaldas de Korestan y declararon que quien pudiera contarles a uno de ellos una historia excitante y obscena tendría permiso para acostarse con uno de ellos. Entonces llegó la noche.

Después de la cena, el rey Shahryar tuvo relaciones sexuales con Scheherazade como antes, y Dinhararade volvió a ayudar con sus hábiles dedos. Él las besó a ambas con gratitud y durmieron unas horas. Dinhararade despertó primero; el pene del rey estaba completamente erecto. Dinhararade volvió a sentarse sobre su regazo y penetró lentamente al rey, ¡porque se suponía que su erección duraría cuatro horas! Ambos escucharon a Scheherazade mientras Dinhararade se movía de un lado a otro sobre el pene del rey.

La historia del genio

El mercader escuchó a los animales. El camello contó que la mujer, en cuanto su marido se marchó, corrió a casa del vecino y trajo al niño. Recordaba bien lo que había aprendido sobre follar y se acostó con la buena mujer con todas sus fuerzas. Folló y se corrió, folló y se corrió hasta la cena. El camello, al menos, se quejó de la frecuencia con la que el pequeño tenía que follar; ¡al fin y al cabo, solo se montaba a la yegua una vez, y con eso bastaba! El buey no tenía opinión propia, pero le pareció muy extraño que al día siguiente ella trajera a tres niños al establo y los dejara follarla en círculo. Como buey, no entendía muy bien todo aquello de follar. La vaca lo hizo callar, diciéndole que no tenía ni idea de lo maravilloso que era follar. Y ahora contó que al día siguiente la mujer apareció con cinco niños y les tocó sus pequeños penes infantiles. Luego los dejó follarla por turnos, uno tras otro, hasta la cena. El mercader ya había oído suficiente. Cogió de nuevo el palo de la pared, agarró a su mujer con brusquedad y la dejó inconsciente a golpes. «¡No se había acostado con el mozo de cuadra ni con el mozo!», gritó la mujer atormentada. Él le dijo con voz sombría: «¡Pero sí con los niños de todo el vecindario, mujer depravada!». La agarró del pelo y la arrastró hasta la plaza principal, la encadenó desnuda a la picota para que todos pudieran abusar de ella. Como comerciante, no tenía permitido decapitarla, así que esa misma noche la persiguió desnuda hasta el desierto, ¡asegurándose de que jamás regresara!

El genio malvado se había reído hasta llorar. «Sí, ahora recuerdo, así que fuiste tú quien salvó a mi pobre hermana. ¡Por eso, te doy las gracias de corazón! No te haré daño. Pero la historia me recordó una experiencia que quiero contarte. Hace siglos, había una mujer en Bagdad que era la esposa de un visir. Pero ella conocía algunos trucos; por ejemplo, podía invocar a un genio, y este tenía que hacer todo lo que ella quisiera. Desmalezar, pelar patatas, etcétera, ¿entiendes?».

Por supuesto que tenía que follármela. Por la mañana. A media mañana. Al mediodía. Por la tarde. Por la noche. Y por supuesto tam-

bién por la noche, aunque el visir ya estuviera profundamente dormido a su lado después de su propio polvo. Por supuesto que ella sabía que los genios no nos cansamos y follamos tan a menudo como queremos. Se había convertido en su costumbre que la follaran siete u ocho veces al día. Florecía como un girasol, y su marido empezaba a sospechar que tenía un amante, pero sus espías no encontraron nada. Entonces, sin embargo...

Scheherazade guardó silencio, pues el muecín estaba cantando para la oración matutina. El rey se levantó. «Volveré esta noche, ¡y quiero saber qué sucede después!». Debería haber estado furioso, ¡pues la mujer solo lo estaba entreteniendo! Pero, por supuesto, quería saber cómo continuaba la historia del genio. Fue a la sala de oración y luego a ver a los consejeros.

Las dos hermanas yacían felices abrazadas. La estrategia era primitiva, pero funcionó. Llegaron los primeros guardaespaldas y les contaron historias de sexo. Ellas rieron y se dejaron follar con entusiasmo. Eran hombres fuertes de las montañas de Corea, y follaban de maravilla. Las hermanas se bañaron y se prepararon para la noche.

El rey se acostaba con Scheherazade todas las noches; su magia le otorgaba gran potencia y resistencia. Dormían unas horas, y luego él pertenecía a Dinhararade. Ella se acostaba con él como siempre, en la posición de sirvienta, a quien solo se le permitía hacerlo tan lentamente que él solo podía eyacular dentro de ella después de tres o cuatro horas, pues solo Scheherazade era su reina. Dinhararade sabía exactamente cuándo cantaba el muecín y siempre hacía que el rey eyaculara dentro de ella en el momento preciso.

Y así sucedió que Scheherazade dio a luz a tres hijos y Dinharade a tres hijas durante esas 1001 noches, pues las hermanas eran muy hábiles en la magia. Eran lo suficientemente astutas como para no desviarse de su rutina. El rey cumplió bien su papel. Gobernó a su pueblo con bondad, justicia y firmeza desde la oración matutina hasta la vespertina. Por la noche, mantenía los aposentos cerrados y solo estaba allí para la reina y su dama de honor. Cuando se levantaba por la mañana al llamado del muecín a la oración, acudía con una sonrisa

a rezar y gobernar. Aprobaba que las dos hermanas invitaran a sus guardaespaldas al burdel para tener sexo por las mañanas y las tardes, dejándose follar hasta la locura. No necesitaba estar hechizado para ver la felicidad en los ojos de las mujeres. Había aprendido mucho de las 1000 historias, sobre sexo y masturbación, por supuesto, pero también sobre la vida de la gente común. Scheherazade y Dinhararade le enseñaron a ser un rey bueno, justo y honorable.

La esposa del panadero engañó a su marido con el pescadero, la esposa del pescadero se acostó con el cazador, la esposa del cazador se acostó con el mercader, y la esposa de este con el hechicero. La hechicera violó a las hijas del zapatero como una furia, la esposa del zapatero iba noche tras noche al burdel del ejército y tenía sexo gratis. El rey se mostró indulgente. Le gustaban especialmente las acusaciones de adulterio. Iba a una habitación privada con la supuesta adúltera durante una hora y luego dictaba sentencia: cinco latigazos para el marido o el amante. El pueblo se divertía y los hombres recibían el látigo.

Transcurrieron catorce maravillosos años, y entonces Dinhararade acostó a su hija mayor en la cama del rey. El rey Shahriar se sorprendió, pero Dinhararade le recordó su deber. Sí, ahora lo recordaba. Se acostó junto a su hija, la desfloró con la mayor delicadeza posible, y su madre y su tía la consolaron, tranquilizándola ante su miedo y dolor. El rey le hizo el amor hasta el amanecer, y ella se regocijó y gritó de placer. En los años siguientes, su segunda y tercera hijas acudieron a su cama, entregándose con alegría y gracia.

Scheherazade enseñó a las hijas de Dinhararade todo lo necesario sobre sexo y anticoncepción, pues no habían heredado el gen mágico. Sin embargo, los hijos de Scheherazade sí lo habían heredado; ella los tomó bajo su protección, les enseñó el arte del sexo y todo sobre magia. Eran buenos y poderosos, y el rey Shahryar tuvo que preocuparse por la sucesión. Pasaba mucho tiempo con sus esposas, hijos y nietos. Este era el retiro más maravilloso que el rey Shahryar podía imaginar.

Se sentó en su terraza, rodeado de sus seres queridos, sonrió y cerró los ojos con una sonrisa.

Lena está corriendo

von Jack Faber © 2024

Ray — así se hacía llamar, porque Rachmiel era demasiado raro — finalmente había logrado captar la atención de Lena. Ella iba a la escuela de chicas de al lado, era un año mayor que él y hermosa. Se hicieron más cercanos durante los recreos; ella acababa de terminar su segunda relación, él nunca había tenido novia y no sabía nada de sexo. Ella estaba enamorada de él y le enseñó a besar con lengua. Él estaba en las nubes, y después de unas semanas, se encontraron detrás del gimnasio. Él era bueno con la ganzúa, y se tumbaron uno al lado del otro en la habitación contigua, profundamente absortos en un beso francés, y otro, y Lena le preguntó si debía hacerlo eyacular. Él asintió sorprendido y sacó su pene. No era la primera vez de Lena; tenía mucha práctica. Dijo que se lo había hecho a sus dos novios una y otra vez, pero ellos solo querían tener sexo, y ella no, así que ambas veces terminó en desastre. Ray dijo que ni siquiera quería tener relaciones sexuales y que era la primera vez que una chica lo masturbaba y lo dejaba eyacular. El secreto había durado meses.

Lena se quitó las bragas y se lo mostró todo de cerca. Él nunca lo había visto antes y estaba muy excitado. Bajó la mirada, siguiendo con la vista sus dedos mientras ella le mostraba una cosa tras otra. Le impresionó su vulva, aún sellada por el himen. Tenía que tener mucho cuidado con ella, explicó, porque algún día dejaría que el hombre adecuado le quitara la virginidad. Pero no ahora. Se retrajo el prepucio con los dedos y le mostró el clítoris expuesto. Funcionaba como un pene, explicó, era para la masturbación, solo que no eyaculaba, las chicas no eyaculan. Él contempló su clítoris con reverencia; medía al menos tres centímetros. Podía ponerse erecto y crecer otro centímetro al masturbarse. Lo miró y vio cómo se endurecía gradualmente. Podría enseñarle a masturbarse en otra ocasión, dijo Lena, soltando su clítoris, en otra ocasión, tal vez. Era algo muy privado e íntimo, recalcó. Tenía permiso para sumergirse cada día y mirar su coño, pero no para tocarlo. A él le parecía bien; ella no dudó ni un instante en sacarle el pene de los pantalones y dejar que se masturbara y eyaculara. «Algunas chicas lo toman en la boca y dejan que se corra

dentro», dijo en voz baja, «pero a mí me da asco, ¡yo no lo hago!». Ray asintió; él tampoco quería. Era una humillación perversa para la chica, dijo. Iban al pequeño cuarto del gimnasio todos esos meses.

Lena se había masturbado todas las noches desde el jardín de infancia. Antes de acostarse, siempre le permitían meterse desnuda en la cama de su padre y acurrucarse con él. Su madre la abrazaba muy rara vez, pero su padre lo hacía todas las noches. Mamá usaba sus gruesas gafas y leía sus revistas pornográficas. Todas las historias trataban sobre sexo. Mientras leía, mamá jugaba constantemente con su vulva, su vello púbico rizado y tiraba de su clítoris, pero nunca se masturbaba. Si algún punto en particular la excitaba, se introducía un dedo y se tocaba con excitación, pero nunca hasta el orgasmo. De hecho, casi nunca se masturbaba, solo a veces al final del sexo o cuando se despertaba en mitad de la noche empapada en sudor con el corazón latiendo con fuerza. Por lo general, se cubría mientras leía, pero Lena podía asomarse bajo las sábanas y verlo todo con claridad. A veces, la novela de mala calidad era tan excitante que dejaba el libro y las gafas, se destapaba y se tocaba salvajemente hasta el orgasmo. Luego miraba a su alrededor, avergonzada, y simplemente seguía leyendo. Pero eso ocurría muy rara vez.

Lena se acurrucó junto a su papá y apretó su coño contra su polla, porque le encantaba cuando se le ponía dura. Desde que tenía memoria, los dedos de su papá habían jugado con su coño; era tan agradable y excitante. Solo empezó a tocar y estimular su clítoris cuando fue mayor. Mamá levantaba la vista de su libro y decía: “¡Estás arruinando a nuestra pequeña!”, pero seguía leyendo. Ya no era una niña pequeña, y cuando él quería follar con mamá una o dos veces por semana, le susurraba a Lena que fingiera estar dormida.

Mamá apartaba el libro sorprendida cada vez que él se acostaba encima de ella. «¡Ahora no, niño!», decía siempre, «¡Vas a arruinar a mi pequeño!». Pero el pequeño estaba dormido, así que ella abría las piernas y le permitía tener relaciones sexuales con ella. Por lo general, se excitaba mucho durante el sexo, y si seguía muy excitada después de que él eyaculara, se masturbaba hasta el orgasmo en un segundo con el dedo. Luego volvía a leer.

A papá le gustaba jugar con su pene. Lentamente subía y bajaba el prepucio, mucho, mucho más despacio de lo que Lena se frotaba su Fritz y luego su Karl. Papá abrazó a Lena con fuerza para ocultar su pene, y un dedo descansaba sobre el clítoris de la niña. Mamá levantó la vista a través de sus gruesas gafas de lectura y dijo: "¡Vas a arruinar a mi pequeña!" y volvió a leer. A papá siempre le tomaba mucho tiempo eyacular en secreto. Lena sonrió y limpió el semen. Era su secreto que él se frotaba hasta eyacular todas las noches cuando no tenía sexo con mamá. Lena abrazó a su amado héroe después de que él eyaculara y le susurró al oído que deseaba tanto que la follara. Él negó con la cabeza: "Eres demasiado joven, tal vez cuando tengas 13". Ella estaba triste porque lo deseaba desesperadamente.

Mientras tanto, él había intentado frotarle el clítoris. Mamá levantó la vista y, sacudiendo la cabeza, dijo: "¡Vas a arruinar a mi pequeña!" y luego continuó leyendo. Era demasiado torpe, y después de unas semanas, ella lo hizo sola, su cuerpo desnudo presionado contra papá. El trasero de Lena se contrajo en el orgasmo, y ella presionó su vulva contra su cuerpo, contrayéndose rítmicamente. "Vas a arruinar a mi pequeña", murmuró mamá y continuó leyendo. Lena presionó sus labios contra el pecho de papá y le chupó los pezones hasta que el orgasmo disminuyó. Él le acarició el cabello y finalmente la besó en la coronilla. Mamá levantó la vista, pero no había nada de qué quejarse, así que continuó leyendo. Luego Lena fue a su habitación y se masturbó antes de quedarse dormida.

Lena llevaba más de un año molestando a su padre, deseando acostarse con él con muchas ganas, ¡de verdad acostarse con él! Él negó con la cabeza, diciendo que era demasiado joven, aunque ya tenía 13 años. Ella le mostró el suave vello negro que le crecía sobre la vulva. El padre se puso cada vez más inseguro, y Lena susurró que ya era una mujer. Él cedió. Ella se tumbó boca arriba y sonrió de forma seductora. Estaba excitada y se preguntaba ansiosamente si debía hacerlo. El padre se acercó a su vulva con su pene. La madre levantó la vista a través de sus gruesas gafas y murmuró: «Arruinarás a nuestra pequeña», murmuró, esforzándose por ver. Reconoció vagamente las piernas abiertas de la chica y al hombre que se acercaba con la bayoneta calada, pero todo era muy indistinto y borroso. «No te la folles», susurró tímidamente, «¡arruinarás a nuestra pequeña!». Las

dos sombras se fusionaron; ¿había cambiado algo?, pensó, y luego continuó leyendo.

Papá entró en ella muy suavemente, y el himen de Lena se rasgó sin sentir mucho dolor. Ya había dejado que Fritz y Karl la follaran en su vestíbulo, docenas de veces. Había dejado que sus penes penetraran su vestíbulo hasta el himen y los había masturbado durante horas, y cuando eyaculaban, presionaba la punta del glande en la abertura del himen y dejaba que eyaculara dentro, ya que aún no le había bajado la regla. Pero a Papá le había entregado su virginidad, a él le permitía rasgar su himen y ser el primero en penetrarla profundamente. Lena lo rodeó con los brazos y lo abrazó con fuerza. Él la folló despacio y muy suavemente. Mamá volvió a mirar hacia arriba, pero solo pudo distinguir algunas formas. "¡No debes follártela, la arruinarás!", murmuró para sí misma, mirando las sombras borrosas por el rabillo del ojo, mientras su dedo índice la acariciaba excitadamente por dentro. Papá folló a Lena durante mucho tiempo y luego eyaculó rítmicamente dentro de ella.

A diferencia de Lena, Ray había crecido con mucha menos actividad sexual. Su madre siempre entraba desnuda al baño y lo lavaba, pero nunca le tocaba el pene. En cambio, iba a la habitación de al lado y se acostaba en la cama matrimonial. Él se sentaba en la bañera, mirando fijamente su vulva mientras ella estaba allí, y se masturbaba; siempre lo hacía. Ella le mostraba su vulva sin vergüenza alguna cuando lo veía excitado y masturbándose. Se paraba frente a él, abría su vulva con los dedos y acariciaba un poco su clítoris, de modo que él la miraba con la boca abierta, masturbándose apresuradamente como un conejo. Ella se lo había sugerido: le mostraría su vulva de cerca y él debería masturbarse. Solía hacerlo, pero quería que él lo hiciera por sí mismo. Ella le mostraba su vulva de cerca; él miraba profundamente dentro de su vagina y luego miraba su clítoris, que ella acariciaba y estimulaba con un dedo. Se masturbó rápida y apresuradamente como un conejo, tal como ella le había pedido. Ella se marchó en cuanto él eyaculó en el agua. Una vez seco, cruzó rápidamente el dormitorio principal, echándole un vistazo fugaz, pues a ella no le gustaba que la viera masturbarse; se lo había dejado claro hacía años.

Se quedó allí inseguro, con la toalla alrededor de las caderas. Ella se detuvo y lo miró interrogativamente. "¿Bueno, qué pasa?" preguntó, esperando, pero él no dijo nada. Tuvo que ajustarse la toalla para que su pene erecto no se viera. Ella palmeó la sábana. "¡Vamos, acuéstate aquí!" ordenó. Él se acostó a su lado y presionó su pene duro contra su cuerpo. "Vas a correrte, ¿verdad?" preguntó ella, "Vamos, hazlo, no me importa". Él frotó su pene y eyaculó sobre su cuerpo. Sonriendo, ella lo mandó a su habitación. Ahora tenía permitido acostarse a su lado después de cada ducha, presionarse contra su cuerpo y eyacular. Excepto cuando papá estaba con ella y la follaba. El pie de Ray solo vaciló brevemente, luego fue a su habitación a eyacular.

Un día, como de costumbre, ella dobló las piernas para que él pudiera eyacular sobre su vagina y le susurró: "¿No preferirías tener sexo?". Él se detuvo a mitad de la masturbación. ¿Había oído bien? "Ya tienes más de 12 años, casi 14", dijo ella, "así que nosotros, los judíos, te consideramos un hombre. ¿No preferirías tener sexo?". Él asintió con incertidumbre. Lena solo le hacía felaciones, y ni siquiera pensaba en sexo todavía; lo habían hablado muchas veces. Pero, ¿le estaba permitido tener sexo con mamá, tener sexo de verdad?, preguntó en voz baja. Mamá asintió. "Es muy común; a muchos se les permite tener sexo a los 12 años, es perfectamente normal". Él se giró para poder tener sexo con ella. "Nunca he tenido sexo, mamá; ¡solo lo he visto un par de veces cuando papá tuvo sexo contigo!". Estaba muy inseguro. Mamá asintió. "¡Te lo enseñaré todo, no tengas miedo!". Y así fue como Ray aprendió sobre sexo de su madre, no de Lena.

"Humedece un poco la punta de tu pene con saliva, así entrará más fácilmente", dijo con una sonrisa alentadora. Él entró lentamente y se detuvo. Era maravilloso, cálido, húmedo y muy, muy apretado. Ella suspiró profundamente y luego sonrió. "¡Una buena polla, una buena polla dura!" suspiró de nuevo. "Me daré placer a mí misma y tú me follarás con fuerza. Pero tienes que esperar a correrte hasta que yo esté lista, ¿de acuerdo?" Ray asintió y comenzó a embestir. Pensó en Lena, quien hacía un año le había prometido enseñarle cómo se masturbaban las mujeres, y ahora era Rachel, su madrastra. Era hijo de la segunda esposa de su padre, pero ella había muerto cuando él tenía cinco años. Luego su padre se casó con Ra-

chel; ella aún no tenía treinta años, pensó Ray. Observó su rostro. Tenía los ojos cerrados y sonreía mientras se masturbaba. La folló durante mucho tiempo y contuvo su eyaculación, lo cual le resultó muy difícil. Su rostro se contorsionó cada vez más y gritó suavemente: "¡Ahora!" Y entonces la invadió un orgasmo. Él nunca la había visto tener un orgasmo, pero incluso esta vez solo duró un segundo, y luego tuvo que eyacular. Arqueó la espalda y eyaculó rítmicamente dentro de ella. Luego se dejó caer a su lado. Pensó en Lena; de alguna manera se sintió triste porque la estaba engañando. ¿No era así?

Rachel susurró que lo había hecho bien. "Por desgracia, papá no puede contenerse y se corre demasiado pronto, antes de que yo esté lista", susurró. "Si un hombre puede aguantar hasta que yo también esté lista, entonces es lo mejor, llegar al orgasmo juntos". Ray pensó un buen rato. "¿Eres fiel a papá o tienes un amante?", preguntó en voz baja. Ella rió a carcajadas. "Desde que nos casamos, le he sido fiel. Antes tuve docenas de amantes, pero eso no le importaba. Quería una mujer con experiencia, no una virgen inexperta. Su primera esposa murió de cáncer muy joven, y su segunda esposa, tu madre, también murió de cáncer muy joven, por desgracia. Me casé con él cuando tenías 8 o 9 años". La interrumpió: "9, casi 10. Pero fui muy feliz porque fuiste una buena madre desde el primer día". Durante un buen rato, le susurraron que podía acostarse con ella tan a menudo como le apeteciera, y que ella se acordaría de sacarle el pene a tiempo durante sus días fértiles. Dijo que se lo contaría a papá cuando se presentara la oportunidad.

Él se acostaba con Rachel cuatro o cinco veces cada tarde. Ella solía estar en la cocina, tumbada con la parte superior del cuerpo sobre la mesa, porque así le resultaba más fácil masturbarse, con el trasero hacia él. Si no, simplemente se inclinaba y se subía la falda, y él sabía entonces que ella no quería masturbarse y que tendría que correrse muy rápido. Eso era lo habitual, ya que ella normalmente solo se masturbaba la primera vez que tenían relaciones sexuales.

— No te la folles, pequeña — susurraba la madre de Lena cada vez que las figuras se movían — , ¡arruinarás a mi pequeña por completo! Cuando su padre estaba de turno de noche, Lena se acurrucaba con su madre porque le encantaba que sus cuerpos desnudos se rozaran.

Su madre se quitó las gruesas gafas y abrió las piernas con gusto. Lena se acurrucó junto a ella y se frotó contra su cuerpo. La niña frotó su clítoris contra el de Lena hasta que esta tuvo un pequeño y tembloroso orgasmo. Se quedó encima de ella unos minutos, y luego los dedos de Lena exploraron su clítoris. Lena llevaba años haciendo esto, masturbando el clítoris de su madre de un pequeño orgasmo a otro, y a su madre le encantaba. — ¿Pero no dejas que tu padre te folle, pequeña? — preguntó, y Lena negó con la cabeza indignada — . ¡Claro que no, mamá! ¡Froto mi clítoris contra su polla hasta que eyacula, y luego sigo hasta que tengo mi orgasmo! Lena soltó las mentiras sin dudarlo. "¡Cuéntame tu experiencia, mamá!" Mamá cerró los ojos, disfrutando de la masturbación de Lena. "Mi padre me desvirgó cuando tenía 13 años. A mi madre no le importó; al contrario, se sintió aliviada de no tener más sexo con él. Realmente disfruté del sexo con mi padre durante todos esos años. Era muy popular en la escuela; los chicos incluso me votaron como la reina de las felaciones." Lena preguntó si se había tragado el semen. Mamá asintió. "¡Claro que nosotras, las chicas depravadas, bebíamos el jugo! Las chicas judías éramos extremadamente populares porque no éramos tan zorras como las católicas, y nos gustaba que nos follaran. Me gustaban especialmente las llamadas 'noches de caballeros', donde yo era la única chica entre 10 o 12 chicos. Fumábamos y bebíamos, y todos los chicos me follaban en medio del grupo. ¡Eso sí que era algo, te lo aseguro! Al día siguiente tenía los músculos doloridos, como si hubiera escalado el Everest, ¡pero disfrutaba follando en público muchísimo! ¡Imagínate lo genial que era, un tío follándote en medio del grupo, y todos mirando con avidez tu coño!" Más tarde, cuando Lena era un poco mayor, también contó cómo les bajaba lentamente el prepucio a los chicos y les sacaba el pequeño glande redondeado como si lo desenvolvieran. Le gustaban mucho los chicos católicos porque no estaban circuncidados. Los circuncidados no eran ni de lejos tan excitantes. Pero ella no se metía los penes en la boca; le parecía repugnante. Pero follaba con mucha diligencia, le contaba sus mentiras a su madre, y también le encantaba el sexo en grupo, según afirmaba. Su madre sonreía satisfecha y le advertía repetidamente que no dejara que su padre la follara. Ahora, al ver las figuras moviéndose a su lado, se quitó las gafas, se metió el dedo índice en la vagina y se masturbó con excitación, siguiendo las figuras con la mirada. «Solo frótate contra su pene, pequeña», susurró inaudiblemente,

«¡haz que se corra, vamos!». Cerró los ojos con satisfacción y se entregó a su dedo.

Unos meses después, Lena le dijo a Ray que ya era una mujer y que quería acostarse con él. En ese mismo instante. Inmediatamente. Él penetró la vagina de Lena por primera vez. Era tan cálida y húmeda como la de Rachel, pero mucho, mucho más estrecha. Esa estrechez lo enloqueció. Lena no se masturbó durante el acto, pero pronto alcanzó el clímax y tuvo un orgasmo intenso cuando él eyaculó dentro de ella. Se quedaron tumbados en el suelo, respirando con dificultad.

Ray le preguntó cuándo había perdido la virginidad. "¡Fue mi héroe, mi padre! Me desfloró hace unos meses, ¡fue tan considerado y tan dulce! Prácticamente lo obligué a hacerlo." Le contó todo. Y ahora su padre seguía follando a su madre una o dos veces por semana hasta que ella estaba casi al orgasmo, y ella se frotaba el clítoris un instante después de follarla, apenas un minuto, y eso desencadenaba el orgasmo. Su padre follaba a Lena casi todos los días; su madre levantaba la vista brevemente, pero solo podía verlos vagamente. "¡No debes follarla, o malcriarás a mi niña!" decía la madre de Lena varias veces cada noche.

Y mamá tenía revistas cada vez más excitantes. Todas las noches se masturbaba durante horas con el dedo índice y tenía múltiples orgasmos. Lena y papá observaban a mamá, que se masturbaba como loca mientras leía, deteniéndose durante tres segundos cada vez que tenía un orgasmo. Luego volvía a leer, todavía masturbándose vigorosamente. De esa manera, generalmente se perdía a papá teniendo sexo de verdad con la pequeña. Lena sonrió y dijo que mamá tendría un ataque al corazón si no fuera medio ciega. Ray escuchaba, sonriendo, porque estaba contento de que Lena lo estuviera disfrutando. Le contó todo sobre Rachel. Lena preguntó la edad de sus padres. Su padre tenía 61 años, Rachel 29. "¡Ajá!", dijo Lena. Ray y Lena solo tenían sexo una vez por semana; simplemente no tenían tiempo para más. Pero él le dijo que llevaban juntos exactamente dos años y que le gustaba la idea de tal vez permanecer juntos por mucho tiempo. "¡Pero todavía no estamos hablando de matrimonio!", rió Lena.

Una tarde, alguien llamó a la puerta de Ray. Su padre estaba afuera, desnudo. Ray nunca lo había visto completamente desnudo; tenía un pene largo con un glande grande y rojo oscuro que era inmediatamente visible porque era judío circuncidado, como Ray. «Ven conmigo», dijo su padre, «no, no necesitas vestirte». Ray lo siguió desnudo hasta el dormitorio de sus padres. Rachel yacía desnuda en la cama, sonriendo de oreja a oreja. Su padre se acostó y le indicó que se tumbara entre ellos.

— Rachel me dijo hoy que ya tienes 12, casi 16, ni siquiera me había dado cuenta — dijo el padre con seriedad, y Ray se preguntó si estaba bromeando, pero el padre se mantuvo serio — . En mi cultura, nuestra cultura, los niños de 12 años se convierten en hombres, y muchos de ellos duermen con sus madres durante algunos años. ¡Así que estoy muy contento de que Rachel duerma contigo, hijo mío! Ray extendió la mano hacia la de Rachel. El padre le preguntó bruscamente si tenía novia. Ray pensó por un momento; ni siquiera Rachel se lo había preguntado nunca. — Sí, papá, tengo una. Se llama Lena, Magdalena. El padre asintió como lo hacen los hombres sabios. — ¿Y bien? ¿Ya han dormido juntos? Fue un momento incómodo; nunca antes había hablado de nada sexual con su padre. — Sí, papá, tenemos sexo una vez por semana. Ella es judía como nosotros, pero no muy religiosa. Y duerme con su padre todas las noches, lo ha hecho durante mucho tiempo. Pero aún no hablamos de matrimonio, somos demasiado jóvenes, 16 y 17 años. — El padre gimió — . ¡16 y 17! ¡Qué maravilla ser tan joven! Yo ya tengo 60 y pronto dejaré este mundo. — El padre reflexionó en silencio, y Ray no lo corrigió diciéndole que en realidad tenía 61 años. Sintió que Rachel le apretaba la mano. El padre levantó la vista — . No quiero secretos en mi casa. Claro y verdadero, ese sería un buen lema. Me gustaría que durmieras aquí con Rachel y conmigo; puedes estar con Rachel tan a menudo como quieras. Esa sería mi sugerencia, mi deseo. ¿Qué te parece? — Ray no necesitó un segundo para pensar. — Sí, papá, por supuesto. Lo haremos como dijiste. ¡Quiero poder mirarte a los ojos en el futuro también, por supuesto! — El padre miró brevemente a Rachel, quien asintió con la cabeza.

Sin embargo, Ray tuvo que superar una barrera invisible, y afortunadamente fue Rachel quien tomó la iniciativa. Ray se acostó con Ra-

chel, intentando no pensar en que su padre lo había visto todo. Se acostó con Rachel una segunda y una tercera vez, y luego quedó exhausto. Una vez a la semana, el padre se acostaba con Rachel. Ray intentó no mirar la primera vez, pero eso fue infantil. Se acostó con Rachel tres, cuatro o cinco veces cuando le apetecía. Rachel solo se masturbó la primera vez; coordinaron su ritmo para alcanzar el orgasmo rápidamente. Los tres encontraron una buena rutina y disfrutaron del resto del año.

El padre maldijo con tal vehemencia que fue una vergüenza. Ese bocazas, Hitler, se había convertido en canciller. El padre había leído fragmentos de su manifiesto, "Mein Kampf". "¡Nos va a matar a todos, a todos los judíos! Lo ha escrito en blanco y negro, ¡y no creo que este tipo esté bromeando! Nos vamos del país lo más rápido posible. ¡Despídete de tus amigos, yo me encargo de todo!". El padre no bromeaba, al igual que ese Hitler, del que Ray ni siquiera había oído hablar.

Fue difícil contárselo a Lena. Ella y su familia también eran judíos, aunque no religiosos. Ray se esforzó por hacerle entrar en razón. Le horrorizaba que Ray quisiera irse del país. Era inconcebible que alguien pudiera matar a otra persona por el color de su piel o su raza. Ray le recordó que los blancos habían exterminado a los nativos americanos, que los indígenas negros de Sudáfrica no lo habían pasado bien, que los cruzados habían masacrado a los musulmanes, al igual que los europeos en la Guerra de los Treinta Años. La lista era interminable; su padre era ingeniero y se atenía estrictamente a los hechos presentados por la prensa nacional e internacional. No cabía duda de que las hordas bárbaras de Hitler pronto prevalecerían y que el exterminio de los judíos era un asunto grave. Lena no quería creerlo, no podía creerlo. Estaba destrozada porque su amado se marchaba. Dejó de ver a Ray. Él había traicionado su amor, y eso le dolía terriblemente. Su amor se rompió en silencio y sin aspavientos. Así, sin más.

Dos semanas después, Ray iba en tren a Londres con su padre y Rachel. Su padre ya había trasladado su pequeña fortuna a Londres, había hecho algunos contactos profesionales iniciales y había organizado todo para el viaje de vacaciones. Un ingeniero alemán no

tenía problemas para establecerse en Inglaterra. Ray contuvo las lágrimas porque Lena no quería acompañarlo a la estación.

Se quedó mirando, cegado por las lágrimas, por la ventana mientras el tren se alejaba. ¡La bufanda verde de Lena! La bufanda verde que solo ella se atrevía a usar. Ella lo miró fijamente mientras el tren pasaba. Él se levantó de un salto, pero la estúpida ventana no se abría. Ella alzó una mano para saludar. Él le devolvió el saludo con ambas manos y aulló como un sauce llorón.

Nunca volvió a ver a Lena.

• • •

El General Suave

von Jack Faber © 2024

Tito Tácito Teutónico fue probablemente el mejor general del emperador. En Galilea, Samaria y Zafón, defendió los intereses del Imperio Romano con mano de hierro, derrotando a bandidos y rebeldes y ejecutando a sus líderes. Sin duda, tuvo más éxito que Publio, el general incompetente y su más acérrimo adversario, quien fue incapaz de pacificar Judea y Jerusalén. Tito, en cualquier caso, mantuvo sus provincias firmemente bajo su control; los judíos derrotados debían enviar a una de sus esposas o hijas a su tienda cada noche. Por supuesto, también sabía que algunos perdonaban a sus esposas y le enviaban una criada disfrazada. Lo principal era que fuera buena en la cama, pues las mujeres judías eran famosas por ello.

¡Qué asombrado se quedó cuando el Emperador lo convocó a Roma! Aún no había cumplido los 50, la edad en la que un general se retiraba. Partió de inmediato y tomó el primer barco. Al llegar a Roma, encontró su casa de luto. Apenas tuvo tiempo de bañarse y ponerse un uniforme nuevo antes de correr hacia el Emperador.

— Mis más sinceras condolencias por la muerte de su esposa; era una persona bondadosa — lo saludó el Emperador — . ¡Vamos, sentémonos y tomemos una copa de vino! Brindaron por Griseldis, su esposa. — Recuerdo que tenía solo nueve años cuando estuve con su legión en Suetonia, donde la capturaron y se casaron. ¡Lo recuerdo como si fuera ayer! — dijo el Emperador. Pero no tenía tiempo para charlas triviales. «Envié a Flavio Coercito a Galilea como tu sucesor porque sabía que lo tenías en alta estima. Tu esposa falleció y estabas cerca de la jubilación, así que me acordé de ti y de Griseldis. Ambos fueron amables conmigo, un muchacho testarudo y obstinado que ni siquiera era el heredero al trono por aquel entonces. Pero siempre me mostraron el camino correcto; Griseldis incluso me arropó con su manta y me convirtió en un hombre. Te muestro mi gratitud y te retiro de inmediato, ¡mientras aún conservas todos tus huesos intactos, querido confidente! Puedes llorar a tu esposa como es debido, aunque ya esté enterrada. Le di a Griseldis un funeral digno y apropiado,

como si fuera una confidente, una pariente. El tesorero te dará una asignación adecuada; insistí en ello. Aunque tengo consejeros más que suficientes en este momento, no quiero que caigas en el olvido y empañes mi reputación.» «Sígueme. Y ahora vete en paz, viejo amigo, ¡y descansa hasta que te necesite de nuevo!» El emperador se levantó y, aunque no era conocido por ser afectuoso, abrazó a su general y se marchó.

Tito recibió su honorable baja del ejército del tesorero, junto con una carretilla llena de oro y plata y una espada de gala dorada. Esto era considerablemente más de lo habitual. En casa, preguntó por Thusnelda, la criada de Griseldis. La buena anciana llegó y se sentaron con una copa de vino. Le contó lo miserable y lamentable que había sido la muerte de su ama Griseldis a causa de la tuberculosis y el magnífico funeral que el emperador había organizado. El emperador había llegado inesperadamente al amanecer para despedirse de Griseldis. Thusnelda conocía la historia: Griseldis había convertido al emperador en un hombre cuando aún era un niño insignificante. Pero así era Griseldis, sollozó la anciana criada, convirtiendo niños en hombres; eso era lo que hacía día tras día, obsesivamente, toda su vida.

Thusnelda rebuscó en su túnica y le entregó una carta de Griseldis. Lo dejó solo para que la leyera.

“¡Querido Tito, mi querido esposo!”

Te escribo porque pronto moriré y tengo algo que contarte. Eres y siempre has sido mi mejor amo, mi mejor esposo y mi mejor amor. No tuvimos hijos en nuestros diez años juntos; regresaste a la guerra desesperado y no nos vimos durante casi quince años. Te lloré durante quince años; ¡extrañé muchísimo tus fuertes brazos y tu virilidad!

Me voy en paz y mis pensamientos siempre están con ustedes. Tengo una hija de doce años, Julia, a quien quiero confiar a su cuidado. Ella lo es todo para mí, la estrella más brillante que me acompañó y me guió. Les pido que la consideren nuestra hija y que no la abandonen.

Su padre se llamaba Torin, hijo de Gramar, y llegó al Emperador como rehén noble. El Emperador me confió al muchacho, que entonces tenía trece años. Era de mi linaje, y nos alegraba poder conversar en nuestro idioma; el Emperador lo sabía, por supuesto. Torin vivía en nuestra casa, en mi cama. ¡Lo amaba tanto como a ti, mi amor! Era bueno de corazón, y era bueno en mi cama, ¡y siempre te tuvo en alta estima, muchacho! Creció espléndidamente; le di la mejor educación. Pero tuvo que lidiar solo con las locuras de la juventud. Ni siquiera tenía diecinueve años cuando se vio envuelto en una pelea de taberna y fue asesinado. El Emperador quedó devastado. Envió el cuerpo de Torin, doce lingotes de oro como compensación por la sangre y al miserable asesino encadenado a su padre.

Te ruego, mi querido Tito, que aceptes a Julia como tu hija y la trates con amor. Ella es lo único que me queda de mí, al igual que el amor que te di durante toda mi vida. Griseldis.

Tito leyó la carta dos veces más y luego la guardó. Llamó a Julia. Thusnelda la trajo. «¡Su hija Julia, señor!», dijo Thusnelda, «Julia, su padre Tito Tácito Teutónico, general al servicio del emperador».

Él contempló a Julia. Era esbelta y alta como su madre, con el cabello rubio y rizado que le llegaba hasta la cintura. Su rostro reflejaba el de Griseldis, con la nariz y la barbilla aristocráticas de la princesa suetonia con la que se había casado treinta años antes. Aún no tenía pechos y sus caderas eran suavemente curvadas. Bajo su fina túnica blanca, podía ver su marcada hendidura y su pubis lampiño. Le recordaba a las mujeres judías más bellas que habían yacido a su lado, orgullosas y pecaminosamente seductoras, haciéndole sentir que, aunque era vencedor, ahora también estaba vencido. Julia aún no poseía esa aura seductora. Titus la abrazó espontáneamente y se puso de puntillas para besarle la coronilla. «¡Saludos, Julia, hija mía!». Con eso, había cumplido la última petición de Griseldis.

Tito pasó el resto del día con Thusnelda y Julia. Ella era culta, hablaba griego a la perfección y había leído autores romanos y griegos. Él estaba encantado, pues era deslumbrante. En un momento dado, Thusnelda señaló que Julia era virgen y no había tenido relaciones inapropiadas con chicos. Julia bajó la cabeza, y Tito, experto en in-

terrogatorios, supo que eso no era todo, pero sonrió y asintió cortésmente; eso era tema para otro día.

Tito los mandó a bañarse y vestirse elegantemente. Dormirían en su casa después de cenar. Thusnelda quiso decir algo, pero él los apartó a ambos. Pasó dos horas con el mayordomo, el jefe de la casa, y se puso al día. La casa estaba en orden; Griseldis se había encargado de ello. Los tres cenaron, bebieron un poco de vino y lo pasaron de maravilla.

Los tres entraron en la habitación de Tito. Él les dijo a ambas mujeres que se acostaran desnudas a su lado. Primero abrazó a Julia, le puso la mano en el pecho y le dijo: «Conoce a tu padre y su cuerpo con esta mano, no tengas vergüenza». Julia dijo que ya había visto un pene y también cómo hacerlo eyacular. A menudo había visto a un chico masturbarse y eyacular en el suelo. Ya había frotado un pene tres o cuatro veces y lo había llevado al orgasmo; eso era muy excitante. Julia evitó su mirada. Él dijo que ya lo sospechaba, pero que ella no necesitaba hacerlo eyacular; simplemente debía conocer cada fibra de su ser, como debe hacerlo una hija. Se volvió hacia Thusnelda y también la abrazó.

Ella sabía lo que tenía que seguir. “Señor, no he tenido relaciones sexuales desde que Griseldis me fue confiada hace 30 años.” Titus le acarició la cabeza. “Eres el alma más fiel que conozco. Te sentaste junto a nuestra cama mil veces, velando por Griseldis. Estaba tan enamorado de ella que nunca te noté, aunque eras una mujer hermosa entonces, y debería haber tenido relaciones contigo. ¡Pero estaba cegado por el amor, perdóname! ¡De ahora en adelante, tendré relaciones contigo cada año en el aniversario de su muerte, también para honrar su memoria!” Thusnelda no estuvo de acuerdo. “Señor, no he tenido relaciones sexuales en 30 años, soy vieja y arrugada. No soy la mujer que un hombre como usted desea. Déjelo estar, señor, tiene docenas de jóvenes esclavas a su disposición.”

“Mira, Thusnelda, mi hija descubrió mi polla y se puso dura, ¡no nos vamos a perder esto!” Acostó a Thusnelda, que forcejeaba, boca arriba, le levantó las rodillas y se las separó. Thusnelda suspiró: “¡Dios mío!” Julia se sentó al pie de la cama; estaba a punto de ver algo

extraordinario. Titus penetró lentamente el coño de Thusnelda; era muy suave y nada apretado. Abrió la boca en un grito silencioso mientras Titus la follaba. Debió de contener su eyaculación durante unos quince minutos hasta que la anciana se aferró a él en el orgasmo. Se corrió cuando el orgasmo de ella disminuyó. Se dejó caer en medio de la cama e hizo un gesto a Julia para que se acostara a su lado otra vez. Julia acarició su cara y la de Thusnelda. “Os he estado observando a los dos con mucha atención”, susurró. “¿Tienes permiso para follar con todas las mujeres de tu casa?”, preguntó. Él asintió; ya estaba muy cansado. “Solo que no con las feas”, dijo y se quedó dormido.

Thusnelda permaneció en silencio todo el día, pero esa noche le preguntó a Titus en privado si hablaba en serio sobre tener relaciones sexuales con ella en el aniversario de la muerte de Griseldis. Él le preguntó si eso no estaba bien. Ella bajó la mirada. “¡Como usted ordene, señor!”. Él le preguntó a cuál de las esclavas debía evitar. Ella lo pensó durante un buen rato. Había dos en las que no confiaba, solo esas dos. Memorizó sus nombres y luego habló con el mayordomo para venderlas a ambas de inmediato. Después de cenar, dejó ir a Thusnelda y se fue a la cama con Julia. Ella se acurrucó contra él, sintiendo que se formaba un fuerte vínculo. Él era el único y primer padre que había conocido. Se había ganado su corazón desde el primer momento, podía sentirlo. Lo abrazó con fuerza, el deseo sexual creciendo en su vagina. “Tengo 13 años, papá”, le susurró al oído, frotando su clítoris contra su cadera. “Tu polla ya está dura como una roca, papi”, susurró, “¿quieres follarme o debería meterte el puño?”. Titus sintió su delicada mano acariciando su pene. “En mi opinión, todavía eres demasiado joven para follar, ¡mi hermosa hija! Pronto encontrarás un tesoro, seguro que te desflorará y te follará, ¡te mereces algo mejor que un soldado de 50 años!” Permanecieron en silencio durante un largo rato. “En cuanto me encuentres lo suficientemente mayor, quiero que me desflores y me folles. ¡Tú, y nadie más!” ¿Acaso escuchó a Griseldis decir algo, dar una orden y no desviarse de ella ni un ápice? Se rió entre dientes. Luego le preguntó a Julia cuál de las esclavas le traería hoy. Ella sonrió y se levantó, “¡Déjate sorprender, papi!” y regresó unos minutos después con una esclava de una belleza deslumbrante. Se sentó al pie de la cama como lo había hecho ayer.

— Me llamo Despina y vengo de Grecia, de Zakynthos. Un incendio forestal arrasó nuestra granja, los campos, el ganado y a mi padre. Mi madre tuvo que vendernos, a sus hijos. ¡Y quiero pedirte perdón desde el principio! — preguntó él — . ¿Perdonarme por qué? — Despina sonrió misteriosamente — . Algunos me llaman gata salvaje, y pronto descubrirás por qué. — Titus rió entre dientes — . ¡Pues averigüémoslo!

Despina no lo había mencionado; realmente era salvaje y depravada. El viejo soldado estaba saciéndonos. No dejaba de mirar a Julia, que observaba la salvaje follada y se frotaba el clítoris, completamente inocente y sin vergüenza alguna. Le fascinaba la forma distraída en que Julia se masturbaba. Su clítoris, normalmente apenas visible, se erguía rígido, rojo y descarado, mientras su dedo atormentaba vigorosa y furiosamente a la pobre criatura. No era la primera vez. Estaba completamente absorto en Despina y vio que Julia tenía un orgasmo y se calmaba de nuevo. Él también terminó con la fiera y la besó en la mejilla, luego la dejó ir. Hizo una seña a Julia, y ella se acurrucó contra él. “¡Hiciste una buena elección, Julia!”, dijo, “¡Despina va directa al primer puesto de nuestra lista!” y se quedó dormido en los brazos de Julia.

Envió a algunos agentes a buscarle un nuevo hogar. Roma ya no era la ciudad encantadora donde había crecido. Se había convertido en una vieja y enferma prostituta; la escoria había salido de sus agujeros e incluso se había presentado ante el palacio imperial. Había tugurios inmundos como nunca había visto. Un burdel tras otro, mendigos por doquier, y la guardia de la ciudad recogiendo cadáveres cada mañana. Eran muertos, víctimas de enfermedades, indigentes, y tantas víctimas de asesinato que las piras funerarias ardían día y noche.

Julia continuó sus estudios con una nueva tutora bajo la tutela de Thusnelda. No necesitaría todo ese conocimiento una vez casada, pero una vez le había dicho a Tito que ya era hora de que hubiera una senadora. Tito se quedó sin palabras al principio, pero claro, ella tenía razón, ¿y por qué no ella? Sus abuelos habían llegado a Roma siendo pobres, procedentes del caído Imperio Teutónico, y se llamaban Teutónicos, pero él era ciudadano romano, un general distingui-

do y no carecía de recursos. Estaba de acuerdo en que el aprendizaje y el conocimiento eran buenos e importantes. Julia le conseguía una esclava cada noche, y la lista y el orden crecían. Ya había tenido a todas las esclavas y empezó de nuevo desde el principio, solo para quedarse dormido después en los brazos de Julia.

El emperador lo había convocado solo una vez, en el año 70 d. C. Generales en activo y retirados debían informarle sobre la situación en el Cercano Oriente. El general Flavio Dracio, el carnicero de Alejandría, había arrasado Jerusalén y cometido un crimen de guerra al ordenar la destrucción del Templo judío. Lo que Flavio desestimó con indiferencia sacudió los cimientos del Imperio romano. Ninguno de los pueblos subyugados podía aceptar que los romanos destruyeran un lugar de culto. Ningún mortal se había atrevido jamás a destruir el Templo de Isis en Éfeso, el Templo de Apolo en Delfos o el Templo de Zeus en el Partenón. El sacrilegio de Aquiles aún estaba muy presente en la memoria de todos; el primer día de la guerra de Troya, había profanado con sus propias manos el Templo de Apolo, la estatua sagrada de Apolo, perdiendo así la protección y el favor de los dioses. Flavio, el destructor, había atraído la ira de los dioses sobre el emperador y sobre el imperio.

Los generales no estaban familiarizados con los dioses, pero sabían perfectamente qué hacer con los oficiales que se habían vuelto locos. También era evidente que el emperador se encontraba en un aprieto. ¿Acaso el comandante supremo no debería agradecer a su mariscal de campo el éxito de la campaña?

Tito tomó la palabra. Creía que Roma había cruzado una línea roja para siempre, independientemente de si se trataba de sentimientos o superstición. Roma debía prepararse para el hecho de que las naciones ya no la admirarían. La confianza forjada durante siglos se había destruido ese día. Punto.

— ¿Y qué hay de Flavio? — interrumpió un general. — Los judíos tienen una leyenda apropiada para eso — dijo Tito — . El rey David envió a su rival, el general Urías, al frente de batalla, y el problema se resolvió; el rey era completamente inocente. Los generales sonrieron. — ¿Y qué hay del triunfo? — añadió uno de ellos. — ¿Qué triunfo? —

preguntó Tito con frialdad — . ¿Hay algo de qué enorgullecerse? Se sentó y notó el gesto amistoso del emperador en su dirección. La conversación se prolongó hasta altas horas de la noche porque los esclavos no dejaban de rellenar las copas con vino.

Tras varias semanas, Tito encontró el hogar perfecto. Se ubicaba en las colinas sobre la ciudad de Barium, ahora llamada Bari. A dos días de viaje de Roma, y desde el puerto, el mundo entero estaba a su alcance. Bari era una ciudad próspera y limpia, y allí se encontraba el palacio de verano de un antiguo emperador. El alcalde se encargó de las reformas y la mudanza, y después de meses, pudieron instalarse en el palacio. Tito se ocupó personalmente de varios asuntos. Necesitaba tres escribas; el papeleo lo abrumaba. Y necesitaba su guardia personal. De los 35 tracios que le habían servido en Galilea y que funcionaban como un equipo de fútbol perfectamente coordinado, quedaban 22, y los puso a todos bajo el mando del mismo comandante, Phyllis Thraco. Los tracios eran invencibles; podían detener incluso a un ejército de 500 hombres.

Los primeros días fueron caóticos, pero luego todo funcionó sin problemas. Unas 120 personas se encargaban del palacio. Incluso tuvo que contratar a seis mozos de cuadra, que antes no necesitaba, pero ahora tenía que cuidar de 60 caballos. Dos sementales, hermanos, se peleaban a muerte por una yegua. Fue entonces cuando su hermandad se rompió, y los mozos de cuadra tuvieron que hacerlos entrar en razón a latigazos. Uno a uno, se les permitió montar la yegua, y entonces se restableció la paz. El encargado de las caballerizas sugirió la cría de caballos; se podía ganar mucho dinero de esa manera. Titus asintió; la cría de caballos no era su especialidad. Pero el encargado de las caballerizas tendría razón; en pocos años, se convirtió en un negocio lucrativo. Sin embargo, Titus no necesitaba el dinero con urgencia; aún tenía una docena de cofres llenos de oro en la bodega.

Julia había cumplido quince años; era una belleza deslumbrante con una apariencia verdaderamente majestuosa. Titus no se había fijado en ella en absoluto; de día dictaba cientos de cartas a los escribanos, de noche se acostaba con una esclava y se dormía en los brazos de Julia. Disfrutaba viendo a Julia acostarse con la esclava o después masturbándose. Julia se masturbaba con creciente intensidad

y pasión, sumergiéndose profundamente en sí misma; solo el orgasmo la devolvía a la realidad.

Se carteaba con todas las personas importantes del Mediterráneo oriental. Los conocía a todos: prefectos, gobernadores, alcaldes y oficiales militares. Mantenía un contacto especial con la gente de Galilea y Samaria a quienes conocía de antes. Cada cinco semanas, escribía un extenso informe al propio emperador. En aquel entonces, probablemente era el mejor espía del emperador; sabía exactamente qué era importante. El emperador le agradecía y le pagaba con lingotes de monedas de oro. El hecho de que ambos hubieran estado acostados con Griseldis durante años los unía de una manera mágica. Ella dormía con ambos: con el muchacho por la mañana, al mediodía y por la tarde, y con su soldado por la noche.

Tito notó de repente lo hermosa que se había vuelto Julia. Sus pechos no eran más pequeños que los de Griseldis, ¡y eso ya era mucho decir! Sus caderas se habían vuelto muy femeninas y estaban esperando una mano que las acariciara. Siempre vestía túnicas transparentes que no ocultaban ni cubrían su hendidura y su hermoso monte de Venus, cubierto de vello rubio rojizo. Cualquier hombre se habría vuelto loco ante tal espectáculo, pero él era el único hombre en kilómetros a la redonda. Tito ahuyentó a los escribas, diciendo que hoy no habría dictado nada, y les dio el día libre. Se sentó con Julia en la terraza y contempló la ciudad de Barium y el mar. “Te has vuelto muy hermosa, Julia”, comenzó, “¿tienes muchos admiradores?” Ella lo miró sin comprender. “¿Admiradores? ¿Quiénes? ¿El cocinero afeminado o el lujurioso mozo de cuadra? ¿A cuál te refieres?” Se dio cuenta de que estaba montando un burro cojo. “¿Cuántos años tienes ahora, mi hermosa y espinosa hija?” Ella volvió a sonreír; Estaba tan absorto en su trabajo de correspondencia internacional que ya no veía las pequeñas cosas de la vida. “Celebramos mi decimoquinto cumpleaños hace seis meses. Me regalaste un hermoso collar de coral rojo, ¿no te acuerdas?” Elevó una silenciosa plegaria a los dioses: ¡Dios mío, la buena Thusnelda se había acordado! Se recompuso. “¿Así que nada de pretendientes, nada de amantes?!” Ella sonrió dulcemente. “Papá, hemos hablado de esto. Vas a ser mi primer marido, no un pretendiente ni un payaso. Tú, y nadie más. Dijiste que cuando tuviera la edad suficiente, entonces. Solo estoy esperan-

do tu señal; puedo esperar. Me ves masturbándome todas las noches; ahí es cuando tengo mi orgasmo, mi liberación. Y todas las noches te veo tan feliz en el regazo de las esclavas." Permanecieron en silencio durante mucho tiempo; no pudo encontrar las palabras adecuadas para dictar un nuevo párrafo. ¡Al diablo con todo!

"¡Te has convertido en una mujer muy hermosa y deseable, Julia! ¡Hasta yo, un viejo, caería rendido a tus pies, porque ya tienes edad para follar!" No con elegancia, pero la flecha le dio justo en el corazón. "¡Oh, papá, me harás feliz!" Lo abrazó por el cuello y lo cubrió de besos. Era como si hubieran pasado 40 años; era tan hermosa y deseable como Griseldis lo había sido entonces. Bailó en círculo. "¿Cuándo?", gritó, y él dijo: "Hoy". Ella se detuvo. "¡Oh, ya hoy, qué maravilla!" Recordó que Thusnelda había estado allí cuando desfloró a Griseldis. "¿Debería estar Thusnelda allí?", preguntó, y ella asintió. "Por supuesto, ella también estaba allí, como mamá... como Griseldis..." Él asintió. "Bajen y hablen con ella. Deben bañarse y ponerse hermosas, y decirle al cocinero que debe preparar una cena festiva para los tres esta noche". Julia se fue volando, su túnica ondeando tras ella, revelando su desnudez.

Permaneció sentado en la terraza, pensando en la princesa prisionera que se había enamorado de su enemigo. Pensó en la bella Thusnelda, que se había sentado desnuda junto a ellos en su noche de bodas. Claro que había mirado mil veces el coño entreabierto de Thusnelda mientras follaba a Griseldis; cada noche contemplaba el coño de la sirvienta sin pensar jamás en follar él mismo a la bella muchacha. Todavía era joven, demasiado joven para ver más allá de una vid, se reprochó ahora. Qué sola debía de sentirse Thusnelda, teniendo solo su dedo como amante y protegiendo a su ama mientras la follaban. Debería haber pensado en eso antes. Pensó en la interminable sucesión de muchachas y mujeres que había tomado como vencedor de los vencidos. Ninguna había encontrado un lugar en su corazón, ni reina ni campesina. Eran kilómetros vacíos que había desperdiciado, ciego y sordo, a lomos del burro cojo. Le iría mejor con Julia y Thusnelda.

El cocinero era un artista; había preparado una cena magnífica. Bebieron un poco más de vino y fueron a su habitación. Le preguntó

a Thusnelda si lo recordaba. «¡Claro que sí, señor, como si hubiera sido hace unos minutos!». Le dijo que se sentara como antes, con las piernas cruzadas, y que recostara la cabeza de Julia en su regazo. Thusnelda acarició la cabeza de Julia, y él le dijo a Julia que debía introducir su pene en la entrada de su vagina con su propia mano, como señal a los dioses de que lo hacía voluntariamente y no por la fuerza.

Fue una sensación increíblemente maravillosa cuando su pene tocó la vagina virgen de Julia. La penetró con decisión, rompiendo el himen, y Thusnelda besó a Julia en los labios para ahogar su llanto. Permaneció dentro de Julia y le dio un beso largo y apasionado. "¡Ahora eres una mujer, mi querida hija!". Ella asintió, y él la penetró larga y fuertemente. Retuvo su eyaculación hasta que Julia llegó al orgasmo, y luego eyaculó inmediatamente dentro de ella en chorros espesos y firmes. Esta vez, Julia se durmió en sus brazos.

Él contempló a Thusnelda durante un largo rato; era más joven que él, su figura se había recuperado de las comidas de los sirvientes y estaba bastante delgada de nuevo. Solo sus grandes pechos delataban que había amamantado a Julia durante años después de que Griseldi dejara de producir leche. La tomó de la mano y la acostó junto a la dormida Julia. La miró a los ojos y le separó los muslos. La penetró durante un largo rato; ella tuvo un orgasmo muy pronto, pero él aún no había terminado. Tras eyacular, le dio un beso largo y apasionado. «¡Gracias por estar con nosotros como Griseldi lo estuvo entonces!», susurró suavemente. Ella sonrió y se durmió en sus brazos por primera vez en tantos años.

Julia dejaba que Papá la follara todas las noches, y se alegraba por Thusnelda, que a veces también se dejaba follar por él. Era la sirvienta y confidente de Julia. Tito alzó la vista asombrado cuando Despina se paró frente a él. Tenía la mirada baja y le preguntó en voz baja por qué ya no llamaba a las esclavas. "¿Hemos hecho algo mal?" Se quedó sin palabras. Entonces le dijo que siguiera adelante; iba a entrar en el dormitorio de las chicas. Ella corrió delante, gritando: "¡Chicas, atención! ¡El amo viene!" Él entró con calma y la saludó. «¡Queridas muchachas, queridas mujeres! Sé que están preocupadas, y les aseguro que no han hecho nada malo. Simplemente necesito un respiro,

un tiempo para reflexionar. Mi hija virgen Julia duerme conmigo bajo mi cuidado y el de Thusnelda; así deben ser las cosas. Pero entiendo perfectamente que ustedes también tienen necesidades y deseos sexuales, lo cual es muy bueno y digno de elogio, como saben. Así que decreto que, a partir de mañana, podrán tener relaciones sexuales con los hombres de mi guardia personal, los apuestos tracios, como les plazca, ¡siempre y cuando no descuiden sus deberes! El vicegeneral, Phyllis Thracus, les consultará sobre cómo hacerlo, ¡y ustedes seguirán sus instrucciones! Sin embargo, quien no quiera tener relaciones sexuales, simplemente diga que no. ¡Que tengan un buen día!» Se marchó, dejando atrás a las muchachas que parloteaban y gritaban de lujuria.

Se encontró con Phyllis en los establos donde entrenaba con sus hombres. Llevó aparte a su viejo compañero de armas. “Phyllis, viejo amigo, ¡nos hemos hecho bastante mayores!” Phyllis permaneció impasible; no era de los que se andaban con rodeos, así que esperó. “Tengo buenas y malas noticias para ti, y luego una misión. ¿Qué prefieres primero, las buenas o las malas?” Phyllis no se inmutó. “Primero las malas”, dijo secamente. “¡Pues resulta que algunas chicas están insatisfechas!” dijo Titus alegremente. Phyllis seguía impasible, pero se preguntó si el general había estado bebiendo. “General, ¿qué opina?” preguntó concisamente. “Phyllis, vieja amiga, es un cálculo sencillo. Por un lado, tengo a 22 tracios robustos y valientes, tus hombres. Y por otro lado, tengo a unas 25 esclavas ninfómanas, y cuando comparo los números, hay más chicas que tracios.” Ahora Phyllis lo miró fijamente. “¿De qué estás hablando, general?” Titus se dio una palmada en los muslos, riendo. “Ahora la buena noticia, amiga mía. ¡Acabo de darles permiso a mis esclavas para que se acuesten con los 22 valientes tracios cuando les dé la gana!” Phyllis lo miró de nuevo. “¿Y esa es la buena noticia, general?” Esperó, pero Titus solo lo miró, divertido. “Tus hombres son los mejores que he conocido. Sería bueno que también se divirtieran un poco. ¡Ya sé, ya sé lo que vas a decir, amigo mío! Y ahora, tu tarea. Organiza el deber y el placer como mejor te parezca, haz un horario para que las torres de vigilancia estén ocupadas y los hombres estén listos en cualquier momento cuando suene la corneta. Las chicas no descuidarán sus deberes. Ese es tu trabajo, encontrar un horario.” Entonces algo se agitó en el rostro de Phyllis. Se rió a carcajadas, y Titus no recordaba haber

visto reír a Phyllis nunca. Esperó pacientemente hasta que Phyllis se puso serio de nuevo. Puso una mano sobre el hombro del tracio. “¡Les dije a las chicas que tenían que seguir tus órdenes, mi vicegeneral! ¡Pero no te creas eso, no te ascenderán tan fácilmente! ¡Ahora dime por qué te reías!” Phyllis cambió de un pie al otro y sonrió. — Siempre me he asegurado de que mis hombres cumplieran con su deber, como bien sabe, General. Pero hice la vista gorda cuando uno o dos de ellos tuvieron una cita con una muchacha. Y ahora me presento ante las tropas para anunciar que el general fue besado en la frente por una elfa, o cegado por la flecha de Cupido, o simplemente hizo el ridículo, y ahora, oficialmente, con permiso oficial, pueden acostarse con las muchachas. Esta, General, es una orden de mierda, pero la cumpliré con esmero. — Titus estaba atónito, y se notaba; miraba fijamente, como un ciervo paralizado por las luces. Entonces Phyllis le puso una mano en el hombro. — Y fue precisamente por la expresión que tiene que me reí. Perdóname, General, por permitirme esa broma. — Ahora ambos rieron, los soldados de pelo canoso.

Phyllis volvió a ponerse seria. «¡Los hombres te lo agradecerán! Es bueno para todos tener de nuevo muslos femeninos firmes entre nuestras piernas. Ya no dormiré con un ojo abierto porque mis hombres se reúnen en secreto con las chicas. Ya tengo algunas ideas sobre la mejor manera de lograrlo. Y gracias, general, sus hombres lo apreciarán. ¡Puede estar seguro de que cumpliremos con nuestros deberes como antes!». Phyllis estaba a punto de irse, pero Titus lo detuvo. «Hablé de 22 tracios, así que llévate una chica para ti. Y no empieces ahora...». Phyllis lo interrumpió. «Mi esposa e hijos llevan muertos siglos, víctimas de los tracios. Pero también me buscaré una anciana para que me caliente la manta. Entiendo que me concederás este favor también, ¡muchas gracias!». Entonces Titus estalló en cólera. — ¡Eres mucho más joven que yo, amigo! Y además, me acuesto con chicas que podrían ser mis nietas; ¡funciona de maravilla, créeme! No quiero oír más sobre lo viejo que te sientes, ¿o debería preocuparme? — Se miraron fijamente a los ojos. Entonces Phyllis sonrió — . Sí, señor, me encontraré a una jovencita, ¡como me ordenó! — Titus sonrió, le dio una palmada cariñosa en el hombro y lo dejó ir. Entró en su estudio y leyó algunas cartas que pensaba responder al día siguiente.

En efecto, Phyllis había ideado un buen plan; los tracios estaban en las torres de vigilancia cada vez que él levantaba la vista. Las esclavas realizaban su trabajo como siempre; todo transcurría con normalidad y tranquilidad. Eran buenos meses; él dictaba a los escribas y leía sus escritos. Escribía al emperador con regularidad y apreciaba sus preguntas y reflexiones perspicaces. El emperador no lo tenía fácil; se había propuesto limpiar la ciudad. Escribió, como era cierto, que tenía que solucionar el problema. La tasa de homicidios disminuyó notablemente cuando envió legionarios de patrulla, escribió el emperador.

Julia se convirtió en una magnífica joven. Él disfrutaba observándola; había aprendido mucho de las técnicas sexuales de Thusnelda. No se acostaba con Thusnelda muy a menudo; podía saber por sus ojos cuándo estaba de humor. El encargado de los establos informó cuántos caballos había vendido la yeguada y qué ganancias había obtenido. Titus escuchó atentamente, aunque todavía no era un gran aficionado a los caballos. Pensó que construir un abrevadero era una buena idea; los caballos se bañarían más a menudo, y eso era importante para su salud.

Todavía estaba absorto en sus pensamientos cuando la señal de la trompeta lo sacó de su ensimismamiento. La señal fue clara y contundente: «¡Estamos bajo ataque!». Saltó de su asiento y agarró una espada del cofre. Era la espada de gala dorada que el emperador le había dado. No importaba, era una buena espada. Se abrochó el cinturón y corrió hacia la puerta. El primer grupo de tracios estaba frente a la puerta, desnudos o con sus camisas, todos armados. Habían practicado tales alarmas miles de veces. El segundo grupo había corrido a la armería y se estaba armando. Relevaron al primer grupo, que se armó con la rapidez del rayo. Cinco minutos después, los 22 tracios estaban con armadura completa frente a la puerta. Tito había hecho cerrar la puerta desde adentro.

Los mozos de cuadra trajeron cuatro caballos al trote. Antes de montar, Tito echó un vistazo a sus tracios. Todos portaban las lanzas de cuatro metros de largo con las que Alejandro Magno había conquistado medio mundo, con las que Leónidas el espartano había repelido a los 250.000 hombres de Jerjes. Hizo un gesto a Phyllis, y

montaron, seguidos por dos tracios. Cabalgaron hacia el grupo y se detuvieron en el medio. «Cuento 38, mal armados y claramente cansados. El de pelo gris del extremo izquierdo es probablemente el líder». Al breve informe de Phyllis, uno de los tracios añadió que no eran un ejército, sino más bien bandoleros demacrados. Tito asintió en silencio, admirando la mirada penetrante de los hombres.

El líder se acercó a caballo. Un hombre musculoso de pecho ancho. Detuvo su caballo unos pasos delante de Tito. Antes de que Tito pudiera decir nada, Phyllis gritó: «¡Este es el general Tito Tácito Teutónico, general del Imperio Romano!». El líder inclinó la cabeza en señal de saludo. «Soy Yannis. Somos un grupo de antiguos esclavos que nos dirigimos a la ciudad de Barium. No somos salteadores de caminos, simplemente estamos cansados y hambrientos. Buscamos un lugar donde pasar la noche y lo pedimos. No hemos descansado en días y mis hombres no han comido. Tenemos la intención de mendigar provisiones en Barium». Yannis alzó la vista y miró a Tito directamente a los ojos.

Tito sonrió. “¿Antiguos esclavos? ¡Esclavos fugitivos!”, exclamó. Yannis sonrió. “¡Los esclavos fugitivos también son antiguos esclavos!”. Tito rió entre dientes y asintió a Yannis. “De acuerdo. No huyeron de mí, así que no me importa. Les ofrezco lo siguiente: pueden acampar aquí en el huerto esta noche. A la izquierda de mi casa hay un pequeño arroyo de agua limpia; pueden beber, lavarse y dar de beber a los caballos. Haré traer provisiones de la cocina para 38 hombres. Sus hombres no tienen permitido entrar en mi casa. Mañana por la mañana les daré provisiones para 38 hombres antes de que continúen su camino hacia la ciudad”. Yannis dijo: «Somos cuarenta y dos. Tengo cuatro hombres detrás de la colina para cubrir nuestra retaguardia. Muchas gracias por su generosa oferta; es mucho más de lo que esperaba. Como bien sospecha, huimos, pero no somos salteadores de caminos ni asesinos. No hemos herido a nadie. Sin embargo, maté a dos de mis hombres; eran unos viles belicistas y alborotadores». Yannis giró su caballo y Tito lo llamó. «Yannis, ven a cenar a mi casa esta noche, ven solo y desarmado». Yannis le dio las gracias y cabalgó hacia sus hombres.

Tito lo organizó todo. Los esclavos acamparon bajo los árboles frutales y llevaron sus caballos al arroyo. El encargado de los establos les dio forraje, la cocina trajo cestas llenas de provisiones y unos cuantos galones de vino local diluido. Yannis entró en la casa recién bañado, y Tito le dio una túnica limpia. Los cinco — Julia, Thusnelda, Phyllis y Yannis — comieron juntos. Yannis comió con apetito; claramente lo necesitaba. Después de la cena, Tito mandó rellenar las copas y animó a Yannis a contar su historia. Lo escucharon con atención.

Nací en Gran Bretaña; por aquel entonces me llamaba John Longbow. Era herrero como mi padre, y no nos faltaba nada; teníamos trabajo y comida de sobra. Perdóname si no hablo muy bien de los romanos — y veo que tú también lo eres — . Pero un día, los soldados romanos llegaron de la costa, asaltaron nuestra aldea sin previo aviso y mataron a todos los habitantes sin excepción. Mi padre y yo fuimos los únicos capaces de luchar.

Mi padre mató a muchos romanos con la espada a medio terminar en la que trabajaba. Yo agarré una barra de hierro y aplasté las cabezas de los romanos uno por uno, haciendo que sus sesos salieran disparados. Mi padre fue alcanzado por una flecha y murió al instante. En un arrebato de furia, reuní fuerzas, pasé por encima de los cadáveres romanos, los atropellé y los maté uno por uno, gritando hasta quedarme ronco. Paulino Quinto, el general, envió compañía tras compañía; mis brazos se cansaron de matar, y entonces me hicieron prisionero.

Me encadenaron con cadenas mal forjadas que fácilmente podría haber roto, pero ¿adónde iría entonces? Nuestro país se ahogaba en el ejército romano. Descubrí unas cadenas excepcionalmente bien hechas y pregunté para quién eran. Paulino se rió: «¡Son para el rey británico!». Me reí de él. «¡No hay rey, solo tenemos reinas guerreras, solo mujeres!». Paulino guardó silencio y me interrogó.

Solo había visto a una como ella, llamada Vrnica. Sus hombres temblaban ante ella; luchaba como una fiera, tan fuerte como cinco hombres, según me contaron. Se quedó en nuestra aldea una semana, hasta que se les acabaron las provisiones. Cada noche, Vrnica se

tumbaba junto al fuego de nuestra chimenea y dejaba que cuatro guerreros la violaran, sin pudor alguno y en público. Quería que todos a su alrededor vieran el acto sexual de cerca; era tan obscena y depravada como sus guerreros. «Eso mantiene la moral alta», me dijo uno de sus guerreros. «Todos podían violarla y marcharían al infierno por ella». Paulino me escuchó, pero pensó que solo eran chismes de mujeres.

Me llevaron a Roma y me vendieron a una escuela de gladiadores, donde me pusieron el nombre de Yannis. El ianista, el instructor, me examinó de pies a cabeza como a un toro que pretendía comprar en el mercado de ganado. Al segundo día, me hizo ponerme una armadura y me dio una espada ridícula, diciéndome que luchara contra sus hombres a modo de prueba. Tiré la armadura y la espada al suelo; luchar con semejante juguete sería una deshonra. Cogí una barra de hierro de la obra para hacerme una nueva jaula. Entonces luchamos. Dejé inconscientes a sus hombres uno por uno, sin querer matarlos. Cuando siete ya estaban inconscientes en el suelo, el ianista gritó que ya era suficiente. Intentó explicarme que los espectadores necesitaban un espectáculo más largo y dramático. Pero yo, el estúpido británico, simplemente los derribé sin ninguna gracia. Le dije que no podía hacer eso. Puedo dejar inconsciente a alguien con un golpe ligero o matarlo con uno sólido. Eso era todo lo que podía hacer. Lo intentó durante unos días más, desesperado, y finalmente me vendió a un romano rico que quedó impresionado por mis primitivas habilidades de lucha. Así comenzó mi desgracia.

El patricio Tunculus Severius me nombró guardaespaldas de su hija Emilia, que por aquel entonces tendría unos 18 o 19 años. Rechacé obstinadamente todas las armas que me ofrecieron; eran solo juguetes. Quería una barra de hierro sin tratar, a la altura del pecho; esa sería mi arma. El mayordomo se quejó del testarudo buey británico, pero luego sonrió y me asignó como compañera de celda a una gata montesa egipcia igualmente testaruda. «Araña y muerde como es debido, tú, burro británico testarudo. Ha mordido la cola de todos o les ha arañado la cara. Nadie ha conseguido violar a la gata montesa, y mucho menos acostarse con ella. Simplemente no era una esclava dispuesta, completamente inútil. Diviértete, buey; tengo muchísi-

ma curiosidad por ver cuál de los dos sigue vivo mañana por la mañana». Nos encerró a los dos en una celda, sonriendo.

En un momento te contaré sobre mi trabajo como guardaespaldas de Emilia; primero, déjame contarte sobre mi compañera de celda. Era una chica egipcia pequeña, delicada y fuerte, de no más de 13 o 14 años. Inmediatamente gritó: "Me llamo Men-Har-Ref, soy de Egipto y no soy tu juguete sexual, ¡quítate esa idea de la cabeza ahora mismo!". Asentí; su romano era tan malo como el mío en ese momento. "Soy Yannis de Gran Bretaña, ¡y no necesito un juguete sexual! Solo tenemos una cama estrecha y una manta. Podemos mantenernos calientes y hacer las paces si quieres, de lo contrario te dejaré inconsciente y me quedaré con la cama". Sus ojos negros brillaron con fuego mortal, pero luego sonrió. "¿Haremos las paces y no me tocarás?". Asentí y nos acurrucamos juntos en la cama. Ella agarró mi pene al instante. "Así siempre sé dónde está", dijo con firmeza. Asentí, "¡Me parece bien!". Mi pene creció naturalmente y eyaculó en su firme agarre sin que ella hiciera nada. Eyaculé dos veces más, luego me cansé y me quedé dormido. Esto continuó durante semanas; mantuvimos la boca cerrada sobre la eyaculación, ella no quería hablar de ello. Ella lo sabía y lo aceptaba, lo cual me venía bien. Men-Har-Ref era mucho más baja que yo; apenas alcanzaba mis pezones. Era muy delgada y fibrosa, con pechos pequeños y puntiagudos, y su piel era casi blanca. No era una egipcia de pura raza, cuya vulva es completamente negra por dentro. Tenía un delicado tono rosado en sus labios menores y clítoris, que colgaba como la trompa de un pequeño elefante rosa. Cuando se ponía duro mientras se masturbaba, era tan largo como su dedo meñique. La observé masturbarse desde el primer día; se masturbaba todas las noches. Le acaricié los hombros con timidez, su cuerpo juvenil, y ella me lo permitió. Puse mi mano sobre su vulva cuando eyaculé, y ella también lo permitió. Ella solo se masturbaba en secreto después de que yo hubiera terminado.

Gradualmente se volvió hacia mí; solo comenzamos a hablar después de semanas de silencio. Tiró su túnica al suelo y hicimos el amor desnudos. Dijo que deberíamos masturbarnos mutuamente, y lo hicimos, aunque yo era un novato y ella tenía mucha más experiencia. Durante semanas se quejó de que no podíamos tener sexo porque era virgen, prometida a la diosa Isis. Yo no conocía a su diosa

Isis y dije que aun así me gustaría tener sexo con ella porque era una chica muy dulce y me gustaba mucho. Me interrogó, y confesé que solo había tenido sexo con unas pocas mujeres, allá en Gran Bretaña. Fue mi madre quien me enseñó cómo tener sexo, y tuve que practicar con ella durante muchos años hasta que estuvo satisfecha conmigo. Tenía quizás 18 años cuando me dejó ir, y seduje a su hermana menor, que ni siquiera tenía 12 años en ese momento. Una virgen dulce y tímida a la que le gustaba acostarse conmigo. La follé muy a menudo, aprendió a amar el sexo, y se acostó conmigo durante diez años hasta que los romanos la asesinaron. Tuve que contarle a Men-Har-Ref durante muchos días sobre el sexo con las dos hermanas, y la sentí volverse cada vez más suave. Ya habíamos estado encerrados juntos durante varios meses cuando, tímidamente y llena de vergüenza, se dejó desflorar. Era cálida, húmeda y suave, y también mucho más estrecha que mi esposa británica, y después de ser desflorada, su amor por el sexo y los orgasmos estalló en ella como un volcán. Follábamos todas las noches hasta que yo estaba exhausto, pero veía la felicidad brillar en los ojos de Men-Har-Ref. Quedó embarazada después de dos años, y el mayordomo tuvo que despedirla como muy tarde después del parto. Pero aún no hemos llegado a ese punto.

Fui guardaespaldas de Emilia durante dos años, siguiéndola a todas partes y protegiéndola. Pero nadie quería hacerle daño. Era una chica disoluta pero muy guapa. Coqueteaba descaradamente con sus profesores, permitiéndoles al principio manosearla y, finalmente, tener relaciones sexuales con ella con regularidad. Yo era solo un títere, un simple espectador. Cambiaba de profesor como un caballo; era una mocosa malcriada e inmoral. Se acostaba con todos ellos con la misma facilidad con la que se toma una copa de vino.

No sé por qué, pero un día me descubrió, a mí, el mueble. Desde entonces, tuve que follarla todos los días. No le había prometido nada a Men-Har-Ref, pero la amaba mucho, como si fuera mi esposa. Me parecía perverso follar a mi protegida durante el día y a mi esposa egipcia, a quien amaba por encima de todo, por la noche. No conozco muy bien a los dioses, pero un día una diosa decidió destruirme. Ciertamente no era Isis, la diosa de Men-Har-Ref, porque ella era, entre otras cosas, la diosa del amor, tanto sexual como espiritual. Emilia dio a luz a un hermoso niño, rubio y de brillantes ojos azu-

les. Estaba convencido de que era mi hijo, pero Emilia entregó a nuestro niño a una pareja patricia sin hijos. Al menos allí está bien cuidado, me tranquilicé a mí mismo.

Emilia siempre se dejaba follar en un círculo de sus criadas. Formaban un semicírculo para ocultar lo indecente, lo indecoroso, de las miradas del mundo con sus cuerpos. Quince pares de ojos se fijaban en mi polla cada día mientras araba el jardín de Emilia. Era una sensación perversa y excitante follar a su ama delante de quince chicas guapas. A Emilia le debió gustar, de lo contrario no lo habría hecho con su protector durante más de un año. En mis pensamientos, siempre estaba solo con Men-Har-Ref, pensando en su coño suave y apretado y en su manera de follar, juvenil, tímida y hermosa.

La diosa debió de estar furiosa, pues un día las sirvientas se dispersaron como moscas. Tunculus Severius permanecía allí temblando de rabia, con dos hombres armados detrás, como de costumbre. Mi barra de hierro yacía junto a mi túnica, fuera de mi alcance. El padre de Emilia gritó, fuera de sí por la furia: “¿Qué está pasando aquí?”. Me hubiera gustado rugirle que su fiel sirviente tenía que follar a su hija, esa mierda, como se le había ordenado. Pero un buen espíritu me hizo callar. Emilia reaccionó como era de esperar. “¡Me acaba de atacar, el pederasta!”, gritó, y ahora lágrimas de verdad corrían por sus mejillas, sudorosas por el acto sexual. El buen Tunculus, naturalmente, quería creer a su hija, pero cuando la miró más de cerca, todo se le aclaró. “¡Tu hijito también tiene rizos rubios y ojos azules como este!”, tronó, sin sorprenderse de que ella permaneciera obstinadamente callada y evitara su mirada. Estaba terriblemente enojado y furioso. “¡Yannis, termina lo que empezaste!” Me gritó, haciéndome señas con su bastón para que continuara follando. “¿Terminar lo que ordenó?”, le gruñí desafiante, y él asintió, temblando de ira. “¡Pero no me voy a correr dentro, hoy es un día extremadamente peligroso!”, dije, mirándolo fijamente. Emilia me había contado una vez que su padre solía verla masturbarse de niña, frotándose el pene hasta correrse, pero ya no. Su padre miró con incertidumbre su coño, pero luego, con feroz determinación, se arrodilló a mi lado. Su enorme pene se puso erecto al instante mientras miraba, hipnotizado, su coño. La estaba viendo ser follada por primera vez. Follé a Emilia salvajemente, con rabia y con absoluto desprecio; en un segundo, me

había dado el regalo de la muerte. El padre frotó su pene frente al agujero de Emilia, en el que miraba fijamente, con el rostro expresando tanto asco como lujuria. Continué follando a Emilia, pero él me apartó antes de correrse, le metió el pene en la vagina y la folló y eyaculó hasta terminar. Me dejó seguir follándolo y se masturbó justo delante de su agujero. Cuando estaba a punto de eyacular, me apartó, le metió el pene en el agujero y la folló y eyaculó hasta terminar. Esto sucedió cinco veces, y luego no pudo continuar. Me sorprendió mucho porque sin duda la había dejado embarazada, pero era su culpa. La follé tan fuerte, brutal y furiosamente que casi se ahogó en su orgasmo, pero la follé sin piedad. Se quedó atrapada en el orgasmo y estaba tan sacudida por los orgasmos continuos que finalmente se desmayó. La dejé caer sobre la alfombra como una muñeca sin vida y me negué a eyacular dentro de ella. Me levanté y me fui; nadie me detuvo.

Men-Har-Ref gritó; sabía tan bien como yo que me cortarían la cabeza al amanecer del día siguiente. Lloramos abrazados, hicimos el amor una y otra vez por última vez. Se incorporó. “¡No dejaré que se lleven a mi marido y al padre de mi hijo!”, gritó de repente furiosa. “Que esa mujer, esa miserable perra, te haya profanado día tras día siempre me ha ofendido y herido profundamente. ¡Pero que deje que te corten la cabeza, eso no lo permitiré!” Hicimos un plan. El embarazo ya estaba muy avanzado; ella ya no podía viajar. El mayordomo tendría que enviarla lejos después del parto. Pero yo tenía que irme inmediatamente, hacia el sur y en barco a Egipto. Nos esperaríamos en casa de su padre. ¡Me fui enseguida, y ahora estoy aquí!” Yannis bebió una copa de vino de un trago.

Tito rompió el silencio. «John Longbow, Yannis, eso fue muy conmovedor. Soy un hombre de decisiones rápidas, y les hago dos ofertas que deben aceptar de inmediato, porque no esperaré. Mi primera oferta es que se queden aquí una semana, y yo proveeré para sus hombres. A cambio, trabajarán desde el amanecer hasta el anochecer en la nueva cerca junto a los establos bajo la dirección del encargado de los establos. Mi segunda oferta es que les conseguiré un pasaje gratuito a Egipto, a Alejandría, por ejemplo, durante esta semana. También podrían tener que trabajar en el barco. Ahora, ¿qué dicen?». Ante estas palabras, Yannis se puso de pie de un salto y se ar-

rodilló ante Tito. «¡Sí y sí, mi general!», exclamó. «¡Ambas aceptadas! ¡Pero estoy muy conmovido por su amabilidad, que no me he ganado!». Besó la mano de Tito. Julia, sorprendida, se inclinó hacia adelante.

«¡Padre, gracias! Acabo de aprender algo muy importante que también me guiará en mi carrera política. Quienes tienen, deben dar. La vida real no es un paseo por el parque con balanza en mano, donde se da algo a cambio de otra cosa; somos más que simples comerciantes, eso es lo que nos hace humanos. Damos cuando nuestros recursos son suficientes y no exigimos una contraprestación exacta como hacen los comerciantes». Julia guardó silencio.

Thusnelda, que había permanecido en silencio toda la noche, habló en el silencio. «Es cierto, querida Julia, que las diosas nos acompañan en nuestro camino. Pero nosotras mismas decidimos adónde daremos el siguiente paso. Esto me quedó claro en el momento en que tu padre me tomó de la mano por primera vez. Podría haberlo hecho mil veces antes, pero hace treinta años sus pasos lo llevaron en una dirección completamente distinta. Durante los primeros quince años, le indiqué cada día cuánto lo deseaba, al esposo de mi amante, y con cuánta voluntad y alegría habría estado a su lado. Pero sus pasos lo alejaron de mí. Ahora nuestros pasos nos guían hacia adelante, y solo recorremos el camino que la diosa nos deparó desde el principio. Reconocer que incluso el amor no correspondido puede encontrar su plenitud algún día lejano es simplemente una perspectiva puramente humana sobre los secretos designios de las diosas». Thusnelda guardó silencio; sus palabras iban dirigidas principalmente a Julia y Titus.

Yannis corrió al huerto e informó a sus hombres, luego fue al encargado de los establos, quien estaba eufórico. Phyllis informó a sus hombres. Julia y Thusnelda se acostaron junto a Titus. Julia estaba extasiada y rápidamente alcanzó el orgasmo. Inmediatamente colocó a Titus sobre Thusnelda, incluso antes de que él eyaculara. Se arrodilló detrás de él, sus dedos acariciando sus nalgas, trazando la hendidura de sus nalgas, y acarició sus testículos y pene desde atrás mientras él follaba a Thusnelda durante lo que pareció una eternidad. Las palabras sinceras de Thusnelda conmovieron su corazón; la

llevó al orgasmo y continuó follándola con ternura. Solo eyaculó cuando Thusnelda ya había provocado su segundo orgasmo con su dedo y estaba usando sus dedos para llevarlo a un tercero. Julia acarició sus testículos y pene hasta que terminó de eyacular. Julia había estado haciendo esto desde el día en que él se lo contó por primera vez. Era una joven reina de Galilea que no había sido follada por su anciano rey en mucho tiempo. Venía semana tras semana con su criada favorita para ser follada por el vencedor, pues esa era la ley de la guerra. La hermosa criada siempre se arrodillaba detrás de él, acariciando sus testículos y su pene hasta que eyaculaba. Al final, él también se follaba a la criada, que lo hacía incluso con más energía y gracia que la ama, y le dijo a Julia en ese momento que las mujeres judías estaban entre las mejores del mundo. Tito se tumbó entre Julia y Thusnelda, con las manos apoyadas sobre sus coños calientes y humeantes. Las dos se durmieron, él solo cabeceó, con los pensamientos acelerados en su cabeza.

Su madre se acostó junto a él en la cama por primera vez. Sus dedos agarraron el pene del pequeño. Le preguntó con lujuria si ya podía eyacular. Él no sabía a qué se refería. Se dio cuenta con confusión de que ella estaba lujuriosa y masajeando su pene; nunca lo había hecho antes. “¡Bueno, folla y luego eyacula dentro!”, susurró ella, y él susurró que nunca había follado y eyaculado dentro. “¿Eso es malo?”, susurró, porque obviamente se había perdido algo. Ella negó con la cabeza. “Nada malo, pequeño Titi”, dijo amablemente, “¡solo estoy comprobando si ya puedes eyacular!”. Se sumergió y tomó su pene en la boca. Era tan sensible que se puso duro de inmediato. Lo frotó brevemente, y él eyaculó en su boca. Se limpió los labios con el dorso de la mano y sonrió. “¡Claro que ya puedes eyacular, en chorros gruesos y fuertes como un hombre adulto, ya tienes 12 años!”. Ella se recostó y le explicó todo en un suave susurro. “Puede que seamos romanos, pero en realidad somos teutones de Germania. Según nuestras costumbres, a los 12 años eres un hombre, y como tu madre, tengo que enseñarte a follar. ¿Entendido?” Titus asintió con un nudo en la garganta. “Pero ya sé cómo se hace, los he visto a ti y a papá follar mil veces”, dijo Titus, porque era cierto. “Está bien”, dijo ella en voz baja, “entonces follaremos ahora, los dos, tú y yo. ¡Igual que con papá!” Se tumbó boca arriba y dobló las piernas. Era una noche de luna llena brillante, y él podía verlo todo: su coño brillante y húmedo y su agu-

jero grande y profundo. Ella lo hizo arrodillarse, y él la penetró. Era sorprendentemente cálido, húmedo y suave. Él no se movió; era tan bellamente intenso. Ella le dio tiempo para que se orientara. Luego susurró: "¡Vamos, Titi!" y él comenzó a follarla. No duró mucho y tuvo que eyacular. Ella lo consoló: "Todos nos sentimos tristes después de follar; es perfectamente normal".

Ella venía a su cama todas las noches para tener sexo. Papá debió haberlo sabido de alguna manera, pero nunca lo mencionó; eso era asunto de mujeres. Ella le mostró cómo se masturbaba y tenía un orgasmo. "¡Esto es importante, Titi!", le reprendió. Un hombre tiene que aprender a contener su eyaculación hasta que la mujer tenga su orgasmo, porque las mujeres tardan más que los hombres. Ella lo hizo practicar hasta que pudo hacerlo. Ella venía a él todas las noches para tener sexo, durante cuatro años, hasta que tuvo que unirse al ejército. Probablemente se haya acostado con mil mujeres desde entonces. Pero nunca olvidó lo emocionantes que habían sido esos cuatro años. Tenía un deseo sexual muy fuerte y seducía a su madre para que se acostara con él tres o cuatro veces al día para tener sexo. Ella sonreía y felizmente le permitía tener sexo con ella tan a menudo como él quisiera. Por la mañana, a menudo estaba agotada por los cuatro a seis orgasmos del día anterior.

Titus pensó durante mucho tiempo en el excitante encuentro sexual con su madre, hasta que poco a poco se quedó dormido.

• • •